



# Colgados

Nicholas

Blincoe

«Blincoe plasma con contundencia  
los delirios de la cultura techno.»

*The Observer*

## Annotation

Son un grupo de lo más peculiar y esta misma noche abren un restaurante en el Soho londinense. Susan es la propietaria, y el dinero para el negocio se lo sacó a su marido, un gánster conocido como Frankie Ball, que cualquier día puede aparecer para arreglar cuentas. El cocinero es Hogie, un rubito encantador que se hizo famoso con un programa de cocina en televisión, pero que también es conocido por su afición a las drogas, a las tarjetas de crédito y a las mujeres maduras. Cheb, el maître, también ha consumido de todo, tiene tendencias místico-filosóficas y hay quien dice que está loco de remate. ¿El menú? Un cóctel delirante de cadáveres, sexo y drogas posmodernas, con un toque de cinismo amoral y de humor corrosivo al más puro estilo Tarantino.

Después de *Noches de ácido*, calificada en su momento como «la nueva novela negra para la generación de *Pulp Fiction*», Nicholas Blincoe vuelve a mostrar el lado más enloquecido y peligroso de la noche en una novela de lectura tan trepidante como adictiva.

Nicholas Blincoe

# **COLGADOS**

Título original: Jellow Salad

Fecha publicación esta edición: 2002

ISBN: 84-666-0656-4

Autor: Nicholas Blincoe

Fecha 1ª edición Original: 1997

Traducción: Helena Martín

Editorial: Ediciones B

*A Robert Blincoe*

## Prólogo

Desde un rincón del plató, Hogie controlaba a los cámaras y técnicos, sintiendo que los sesos se le cocían a fuego lento bajo el gorro de cocinero. A izquierda y derecha, los monitores mostraban los distintos decorados por orden de aparición. La falsa cocina seguía sin iluminar, pero ya estaba todo listo: las especias y demás ingredientes esperaban en sus boles a que bajaran los focos y los micrófonos. Hogie se volvió hacia la ayudante de producción, que le confirmó que el anuncio de cocina era el quinto. El público todavía seguía entrando en el plató, así que nadie lo necesitaría hasta al cabo de unos treinta minutos. Si no recordaba cómo regresar a la sala de espera para invitados, ella le indicaría el camino. Hogie asintió. Se estaba preparando para la ocasión. No era una cuestión de palpitación o temblores, lo suyo era histeria absoluta: un auténtico Vesubio craneal.

La ayudante de producción lo condujo por un pasillo lleno de pantallas de televisión. En las últimas horas, la chica había estado a su entera disposición, de manera casi exagerada. Mientras caminaban, ella le recordaba que cualquier cosa que necesitase, sólo tenía que pedirla. Le recomendó que se relajara y charlara con los otros invitados.

—¿Te han contado lo que me pasó en el programa matinal de Liverpool? —preguntó él.

Ella asintió.

—No te preocupes —le dijo—. Eso era de día; ahora no estamos en horario infantil. A nadie le va a importar si te entusiasmas un poco.

—¿Seguro?

A ella no le extrañaba que el tío estuviera nervioso. La última vez lo había hecho tan mal que ya no esperaba una segunda oportunidad de alcanzar la gloria. Su sueño de ser un cocinero famoso en televisión se había evaporado por culpa de un maldito malentendido.

Pasaban por delante de los camerinos cuando Hogie oyó la sintonía de las noticias. Las pantallas del pasillo se pusieron azules, apareció el logotipo giratorio de la cadena y, tras un fundido, el presentador. Eran las doce de la noche y el programa empezaba con una noticia escalofriante: el quinto de una serie de asesinatos macabros. Hogie se detuvo; tenía que verlo.

Había un equipo de televisión en la escena del crimen, pero el periodista se estaba limitando a los datos evidentes (como el color de la víctima, el lugar y la hora aproximada de la muerte) y evitando dar una descripción detallada del asesinato. El cadáver había aparecido flotando en Bow Creek, un riachuelo situado al este de la ciudad, envuelto en lona plastificada. En pantalla, un policía se negaba a confirmar que la víctima hubiera sido destripada, pero habló de crimen ritual. Como en los demás asesinatos de aquella semana, se especulaba con un móvil relacionado con la religión, la delincuencia o la droga, o a una combinación de todos ellos. Hogie no quería ni pensar que hubiera nuevos factores en el caso. Esta vez estaba seguro de que el cadáver era el de Cheb. La encargada de producción intentó agarrarle del brazo, pero él se zafó y salió corriendo.

—Déjame en paz.

Ni siquiera se dio cuenta de que se dirigía de vuelta al plató; sólo necesitaba tiempo y espacio para pensar. El regidor y dos operadores tuvieron que hacerle un placaje antes de conseguir sentarlo en un banco. Nadie se fiaba un pelo de aquel cocinero chalado, alimentado a base de pesar y droga.

Las noticias habían terminado y el programa estaba a punto de empezar. Las cámaras se dispusieron alrededor de un psicoanalista muy asiduo de los medios de comunicación, visiblemente incómodo en aquel sofá tan bajo. Cuando terminó la sintonía, el hombre empezó a argumentar que no existía ninguna relación entre los asesinatos de la semana; sólo un deseo social inconsciente de convertir la muerte en espectáculo.

—¿Como si estuviéramos en un circo? —preguntó la presentadora.

El psicoanalista golpeó la mesita con su nuevo libro.

—Exactamente, en un circo o en un carnaval.

Pausa para un primer plano de la portada: *El carnaval asesino*. Hogie se quitó el gorro de chef. ¿Cómo iba a rebanar nada después de oír a un lunático entonar «Carnaval, carnívoro, ¿entienden? Es la llamada de la carne»? Mientras tanto, la presentadora se limitaba a asentir con la cabeza. Hogie no iba a montar un número; se largaba y punto.

En la salida se encontró a la productora del programa, que le recordó que se hallaba bajo contrato. Si se negaba a cocinar, lo demandaría.

—Pues demándeme.

La ayudante de producción se plantó frente a él. Cerró la puerta con una mano, le agarró el brazo con la otra y le recordó que ninguna cadena lo contrataría después de su última aparición en televisión completamente drogado. No era el único cocinero precoz del país y, después de lo sucedido en Liverpool, suponía un riesgo para cualquier medio. Ésa era su última oportunidad y sólo tenía una cosa que vender: su conocimiento personal e íntimo de las víctimas del asesino. O lo usaba o la cagaba. Al final la chica le susurró que la productora estaba tan interesada en mantenerlo en el plató que le ofrecía su coche, su tarjeta de crédito o lo que a él le diera la realísima gana.

Hogie sabía que si aceptaba sería una especie de traición: a la memoria de los muertos, a sus amigos y a sus madres. Si seguía por ese camino, no tardaría en pagar por ello. Cheb le había enseñado las reglas del karma, así que ya sabía lo que le esperaba. Aquella tragedia monumental había despegado desde la pista cenagosa de sus pasados pecados sexuales. La culpa era sólo suya.

—Un momento. Voy a lavarme la cara y ahora vuelvo.

Lo que ocurriera después sería una forma de culminar una mala semana.

# **Primera parte**

## **Preparados**



Incluso sentada al otro extremo de la barra, Gloria Manning oía absolutamente todo lo que decía Hogie.

—Es que no entendíamos por qué estábamos perdiendo tanta pasta. Comprobábamos la papeleta antes de cada carrera y mirábamos cómo lo habían hecho antes y a cuánto se pagaban las apuestas. Al principio pensamos en todas las combinaciones posibles: predicciones al revés, tríos de todo tipo... Cheb tenía un sistema rollo místico que quería probar, pero yo no me enteraba con los cálculos. Total, que al final apostamos por el favorito de cada carrera.

En el otro extremo del local, Hogie le estaba contando a todo el mundo su visita al canódromo de Belle Vue. Gloria quería saber el final de la historia, y no tenía que esforzarse demasiado para oírla. Desde su posición, entre una columna y la barra, era como si estuviese en primera fila.

Hogie no había dejado de hablar.

—No ganó ninguno de nuestros galgos. Ni uno. Cheb se iba metiendo las papeletas de las apuestas perdidas en los bolsillos, mientras yo le frotaba el folleto en la calva y le gritaba que no me creía nada. Queríamos galgos y nos habían metido perros salchicha. Entonces caímos en lo que había pasado. Estábamos tan colocados que íbamos una carrera por delante de los perros. Sin darnos cuenta estábamos mirando los resultados de las carreras equivocadas.

Miró a su alrededor, sacándole jugo a la situación. Con sus ojos azules bien abiertos y los brazos extendidos, como si estuviera diciendo:

«¿Podéis creerlo?»

La mitad de sus amigos se partieron de risa y un chico apodado Sandman casi se atragantó al soltarle un «Joder, no». Sólo Jools no lo captó. Había seguido casi toda la historia con su carita de bebé llorón. Si Hogie quería que ella lo entendiera tendría que ir mucho, mucho más despacio.

Gloria conocía a todos los amigos de Hogie por su nombre, el auténtico o el inventado. La mayoría aparecían de vez en cuando por su casa. De todos ellos, sólo Hogie y Cheb habían encontrado una razón para marcharse de Manchester; ambos se habían ido antes de cumplir los dieciocho años.

Esta vez sólo pensaban quedarse una noche, pero se habían adaptado de maravilla a su viejo entorno. Hogie explicando sus historias, cómodamente sentado, mientras diez de sus amigos se agolpaban a su alrededor. Y Cheb en la barra intentando comprar bebidas sin demasiado éxito. Llevaba quince minutos allí y aún seguía discutiendo. Había sacado tres tarjetas de crédito y le estaba preguntando a la camarera qué tipo de antro era ese que no aceptaba American Express Platino.

En la mesa de Hogie, Jools seguía intentando comprender la historia de los galgos.

—¿Cómo podíais haberos adelantado a los perros? ¿Es que no sabíais cuáles habíais escogido?

Gloria sabía que Hogie podía ser un poco idiota, pero aquel error era más fácil de

cometer de lo que parecía. Aparte de que todos los perros son iguales, las apuestas se hacen con el número de la calle, no con el del animal.

—No. No teníamos ni idea de qué galgo escogíamos; sólo buscábamos el favorito y apostábamos. Pero en vez de elegir el mejor perro, lo que hacíamos era apostar al que usaba esa calle en la carrera anterior. Cuando nos dimos cuenta, ya habíamos perdido más de doscientas libras.

Un chaval llamado Roly, que tenía la boca llena de cacahuetes, casi se atragantó del susto.

—¡Doscientas libras! ¡No jodas!

—Sí jodo. Ya os he dicho que Cheb tenía su sistema de mierda. Bueno, pues resulta que estábamos multiplicando todo lo que habíamos perdido por las probabilidades del siguiente favorito. O viceversa. La verdad es que a esas alturas yo ya pasaba de todo.

Sandman preguntó cuándo se enteraron de lo que estaba pasando.

—¿Sabes ese marcador electrónico que tienen en Belle Vue, ese mamotreto donde salen los resultados de las carreras? Pues nosotros llevábamos toda la noche mirándolo, o sea que en teoría tendríamos que haber caído. Pero no señor. Nos estábamos partiendo el culo, señalábamos el marcador y comentábamos que era lentísimo, que iba una carrera atrasado. Cheb estuvo a punto de quejarse a dirección. Decía que no se lo podía creer, que el tío que lo manejaba tenía que estar colocado para tardar tanto en poner los resultados. Y que no tenían ni puta idea de cómo llevar un canódromo. Ya quería irse para allá y arreglarlo en persona.

—¿Y lo hizo? —masculló Jools.

Hogie negó con la cabeza.

—No. Decidimos ir a un sitio tranquilo para liar otro porro. Total, que estábamos en medio del aparcamiento cuando de repente Cheb soltó: «¿Crees que el marcador tenía razón y nosotros no?» Entonces caí. Pues claro. Estábamos tan colocados que nos habíamos olvidado de lo subnormales que somos. —Para subrayarlo, Hogie se dio una palmada en la frente.

Pausa.

—Así que pillamos un taxi a Chinatown y lo recuperamos todo en la ruleta.

Jools, de nuevo:

—¿Quééé? ¿Todo?

Hogie asintió y miró tranquilamente a su alrededor. Se había dejado crecer su precioso pelo rubio y llevaba perilla y bigote, lo que le daba una simplicidad mesiánica.

—¡No, hombre, no! —explotó finalmente—. Nos limpiaron del todo y nos quedamos sin un penique.

Estaba claro que aquél era el chiste final. Y estaba claro que sólo les podía hacer gracia a ellos.

Hogie también era amigo del hijo de Gloria, Mannie, que debería haber estado allí, pero seguramente había fumado demasiado para moverse. En cambio, su hija Jools se les

había enganchado. Gloria la había visto gimotear y quejarse toda la noche intentando captar la atención de Hogie. Ya estaba tan borracha que sólo era capaz de gritar cuando necesitaba otro ron con Coca-Cola. Tenía la cabeza a la altura de los vasos vacíos que los camareros no daban abasto a recoger. Gloria sabía que los únicos que no estaban borrachos iban de hachís, *speed* o cosas peores.

Cheb seguía junto a la barra, pero la situación comenzaba a rozar el ridículo. Acababa de sacar una tarjeta Diners, pero al ver que no funcionaba, se rindió. Esperó a que la camarera se volviera de espaldas para bajar del taburete y dirigirse a la puerta. Pasó muy cerca de Gloria, pero como no levantó la cabeza, no la vio. El chico nunca había crecido más de un metro cincuenta y siete, así que en lo único en lo que había cambiado era en el pelo y la piel. Se había ido de Manchester melencólico y blacucho y había vuelto muy moreno y con la cabeza rapada al cero. Cuando le hizo un gesto casi imperceptible a Hogie, su calva reflejó un poco la luz.

Hogie lo vio. Tras sortear a Jools, se reunió con Cheb en la salida. Vistos así, uno al lado del otro, tenían el mismo aspecto que cuando eran niños. Hogie estaba un poco encorvado, pero cuando se ponía recto le sacaba más de un palmo. Los dos habían sido siempre muy amigos y siempre habían tenido algo que decirse que no querían que los demás oyeran. Gloria atravesó el bar y oyó la voz de Hogie primero. Por el tono, dedujo que estaba repitiendo algo.

—¿Que no han aceptado la tarjeta?

Cheb lo miró como diciendo: «¿Y yo qué quieres que haga?»

—¿Qué nombre has usado?

—Francis Woo.

—¿Un nombre chino? ¡Joder, Cheb!

—Le he dicho que era un hijo de la guerra de Vietnam, pero no ha colado. Me ha contestado: «No, señor. Eres Jason Beddoes. Fui al cole contigo.» Tío, si llama a la poli estamos jodidos. Tenemos que abrirnos.

Hogie miró hacia la mesa.

—Vale. Voy a buscar las llaves del coche de Jools. ¿Qué hacemos? ¿La dejamos ahí?

—Pues claro.

Se volvieron a la vez y se toparon con Gloria. Al menos Hogie era lo bastante sensible para ponerse colorado. Cheb parecía nervioso y miraba a todos lados, pero no era por vergüenza.

Al ver a Gloria delante de ellos, debió de temerse que su madre estuviera cerca.

—Señora Manning, ahora precisamente íbamos a buscar a su Mannie —dijo Hogie, intentando que sonara como una obra de caridad. Pero seguía colorado.

—¿Ah, sí? Pues no lo metáis en líos.

—¿Nosotros? Imposible, señora —le contestó Cheb.

Lo dijo muy serio, como si realmente esperase que ella lo creyera.

En el bar, la chica que se había negado a servirle estaba hablando con el dueño y los señalaba con la mano. Hogie vio el gesto y agarró a Cheb.

—Vámonos ya, tío —le dijo con ademán agitado.

Sin embargo, Cheb ya no parecía tener mucha prisa. Una vez se hubo cerciorado de que su madre no rondaba por allí, parecía feliz quedándose rondando por ahí y poniendo nervioso a todo el mundo. Incluso preguntó a Gloria por su hija.

—He oído que las cosas le van muy bien, que es famosa o algo por el estilo.

—Cheb lleva un par de años viajando —aclaró Hogie—. Acaba de enterarse de lo de Jools.

Gloria miró por encima del hombro hacia la mesa. Jools seguía allí, a punto de caerse redonda, con el pelo dentro de los vasos vacíos de cerveza.

No era famosa; sólo tenía un papel pequeñito en un serial de televisión. Y al paso que iba no llegaría mucho más lejos.

Detrás de ella, Hogie dijo:

—Bueno, tenemos que irnos. Adiós, señora Manning.

Gloria se quedó mirando a su hija y con la boca cerrada.

El coche de Jools estaba aparcado frente a una carnicería *kosher*. Cheb alucinó al descubrir que una actriz de televisión tenía semejante mierda de coche.

—¿Qué le pasa a este coche? —preguntó Hogie.

Era una especie de Subaru enano, pero para Cheb lo peor era el radiocasete. Decía que le habían hecho yuyu, que tenía la cinta metida pero no se la tragaba. Cheb la introdujo en la ranura un par de veces hasta que se rindió.

—¿Y cuál es el programa de Jools?

Era el peor serial de todo el planeta.

—Se llama *Pony Trek*, pero ella no es la protagonista. Lleva menos de un año y ya quieren matar al personaje.

—Ah, claro, me olvidaba —se burló Cheb—. Tú eres el único del barrio que va a triunfar en la tele.

Cheb estaba palpándose los bolsillos y sus dedos tocaron con un envoltorio cuadrado, una papelina. Al vaciarla sobre el salpicadero del Subaru vio que quedaba media raya para cada uno. Era la coca que habían comprado la noche anterior.

—Hogie, ¿por qué no abres esto? Hagamos bien las cosas, a la luz de las estrellas.

Hogie le dio vueltas a la manivela para abrir el techo solar. Era una noche sin lluvia, pero seguro que no podía compararse a una noche de luna llena en la playa de Koh Phang Nga ni a cualquiera de los lugares que Cheb había descrito. Con su millón de farolas, el cielo de Manchester nunca se oscurecía del todo. Las estrellas apenas se distinguían a través del toldo de luz ámbar que cubría la ciudad.

Cheb comenzó a esnifar la coca con un billete de cincuenta y fue trazando unos círculos tan amplios que lo llevaron de su raya a la de al lado. Cuando le pasó el billete a Hogie, no quedaban más que migajas.

—Perdona, tío. Creo que me he pasado. ¿Seguro que podremos pillar más en el centro?

—Sí, ya te lo he dicho. Ahora Mannie es un profesional; nos ha dicho que le pidiéramos lo que quisiéramos.

Cheb asintió y se relajó.

—¿Y qué pasa con su madre? Yo creo que te estaba tirando los tejos.

—Vete a la mierda, Cheb. Sólo me ha saludado porque yo aguanto las gilipolleces de Jools.

Hogie arrancó el coche. La radio se encendió y empezó a sonar el primer acorde de una canción de Beck, una especie de melodía country con una letra sobre conducir en camión cargado de óxido nitroso. Cheb se puso a cantar al llegar al estribillo: «Hay gases en el camión y no sabemos si estamos muertos o no.» Hogie se unió a él después de tragar para deshacerse del nudo amargo que la cocaína le había dejado en la garganta.

Los dos seguían cantando cuando Jools salió del bar y se les acercó. Atravesó la carretera con los puños en alto y una expresión de ira.

—Parece que su madre le ha ido con el cuento.

Hogie tuvo que bajar la ventanilla del coche, porque ella amenazaba con romperla de un puñetazo. Al principio Hogie intentó meterle una bola, pero finalmente no tuvo elección; quitó el seguro y dejó que la chica se acomodara en el asiento de atrás.

—Es su coche —se disculpó ante Cheb, encogiéndose de hombros.

Las baldosas estaban salpicadas con los añicos de una copa de brandy. Y a cuatro pasos estaba la botella en un charco pegajoso de licor. Susan Ball sorteó con elegancia aquellos obstáculos, con las sandalias golpeándole los talones y los tacones repicando en el suelo. Aquello le recordó un chiste. ¿Por qué tienen piernas las mujeres? Para no ir dejando un rastro como los caracoles. Sin embargo, en su caso era Frankie quien siempre pillaba una mierda impresionante.

Su rastro baboso de brandy, vómito, cocaína y cristales rotos empezaba en la puerta, pasaba por la piscina y entraba por las puertas correderas hasta llegar al pie de la escalera, donde probablemente habría dormido. Aunque ya no estaba allí, no resultaba difícil adivinar todos sus movimientos.

Susan tendría que recogerlo todo. Mientras la casa estuviera limpia, él no se daría cuenta de que se había marchado. Podía tardar unas veinticuatro horas más en descubrir que su matrimonio había terminado. Pero primero necesitaba un café. No podía enfrentarse a aquel desastre nada más levantarse; estaba recién salida de la ducha y aún llevaba el albornoz puesto. Ni siquiera se había fumado el primer cigarrillo del día.

En la radio de la cocina, la emisora local ponía canciones con un ritmo latino. A Susan le iban más los Beatles, pero esa mañana se atrevió con unos pasos; se puso a bailar y taconear por la cocina al ritmo de la música, con el albornoz ondeando. Antes de arriesgarse a perder el equilibrio, remató la danza con una patada en el aire. Aquello le hizo gracia. Con el cigarrillo en una mano y la otra en la puerta de la nevera, parecía una fulana en un *sketch* de televisión.

Mientras se hacía el café llamó a su hijo, pero le salió el contestador: unos compases de tecno alegre seguidos del mensaje breve y porrero de Callum —«Habla o cuelga»— y un montón de pitidos. Debía de haber tres o cuatro mensajes acumulados antes del suyo. Susan colgó y consultó el reloj de la cocina. Podía ser que hubiera salido, pero lo más probable era que estuviera durmiendo. Como ella, su hijo era de los que se levantaban tarde. Doce años en la Costa del Sol y ninguno de los dos se había acostumbrado al horario. En lugar de dormir durante las horas más calurosas del día, se despertaban a las doce y sufrían los rayos cegadores del sol sobre su piel pálida y pecosa. Más valía que se levantase pronto, porque él era el encargado de comprar los billetes de vuelta a casa.

Se fumó tres cigarrillos y se tomó tres cafés antes de tener ganas de ponerse manos a la obra.

La fregona y el cubo estaban en el armario del pasillo, junto a la colección de armas de Frankie. Tenía las escopetas colgadas en la pared, pero guardaba las automáticas en una bolsa del Arsenal, detrás del carbón para la barbacoa. Faltaba la escopeta de cañones recortados, y eso normalmente quería decir que Frankie había salido a cazar. Eso también explicaba por qué Susan no lo había encontrado dormido al final de su baba. Su marido debía de ser la única persona del mundo que cazaba con una escopeta de cañones recortados. Él decía que era más precisa y ella nunca se lo discutía. De todos modos, siempre había tenido una puntería pésima; sólo acertaba a una distancia de treinta centímetros. Eso sí, en esas ocasiones era demoledor e incluso tenía los recortes de prensa para demostrarlo: una fotografía de un vigilante de seguridad a quien alguien había volado los sesos y un artículo que decía que la policía

quería interrogar a Frankie Ball, *el Balas*. Eso debió de ser en el sesenta y siete, el año en que ella lo conoció. El caso se desestimó y se casaron poco después de que lo soltaran.

Al mirar en la bolsa de deporte, Susan descubrió que también había desaparecido la ametralladora y sintió lástima por el idiota que hubiese ido de caza con su marido. Si Frankie fuera al oculista, le habrían recetado gafas. Aunque de poco iban a servirle las gafas con su resaca de todos los días...

Al parecer se había llevado el todoterreno. Cuando iba de caza, siempre le dejaba el Mercedes, pero ella odiaba conducir aquel coche enorme por las callejuelas de la ciudad. Aquel día, la cosa se complicaba aún más, porque si Susan dejaba el Mercedes en el aeropuerto, él enseguida se daría cuenta de que ella se había ido. Tendría que esperar hasta la tarde para recuperar el todoterreno. Frankie llegaría al bar hacia las seis. Eso suponía apurar un poco, pero Susan necesitaba su propio coche; además, después de verlo con sus amigos recordaría la razón por la que lo dejaba. Las otras mujeres soportaban el bar, las canciones, las juergas y la nostalgia que mantenía a sus maridos contentos, pero Susan pasaba. Frankie estaba tan desfasado que nada tenía demasiada importancia. España y el aburrimiento habían acabado con él.

Susan tardó media hora en limpiar las baldosas del interior y el exterior del chalé. Después pensó en darse un chapuzón en la piscina, pero el sol picaba demasiado. Siempre que estaba nerviosa echaba la culpa al calor y sólo se tranquilizaba cuando empezaba a caer la tarde. En Inglaterra era igual: una chica de noche. Por eso había trabajado en clubes nocturnos cuando se mudó a Londres. Cuando se marchó de Manchester tenía diecinueve años y suficiente talento para triunfar en televisión como bailarina, pero el trabajo en los clubes se ajustaba más a su estilo. Y a su afición por los delincuentes. En esa época, para ella no había nada más sexy que un joven ladrón con demasiado dinero en los bolsillos.

La tercera noche después de conocer a Frankie, se lo llevó a rastras a su camerino mientras las otras chicas estaban en el escenario. Al cabo de dos minutos ya le había desabrochado los pantalones y le había abierto los calzoncillos para destapar su erección. Cuando hubo terminado, Susan usó los tres billetes de cinco libras que él le había dado para limpiarse las manos y se los devolvió diciéndole que le diese otros, que aquellos estaban sucios. Frankie se subió la cremallera, sacó un fajo de billetes y le dio un par más. Estaba buenísimo, aunque ella se había conservado mucho mejor que él. Durante años Susan no había podido ver un billete de cinco sin echarse a reír. Últimamente pensaba en Frankie cada vez que limpiaba los hongos del filtro de la piscina, cosa que ni siquiera le provocaba una triste sonrisa.

De vuelta en la cocina, la radio seguía con sus complicados ritmos españoles. Susan buscó en el dial hasta encontrar la emisora para inmigrantes ingleses, en la que estaban poniendo *If you go away*, de Scott Walker. ¡Nada como el pop británico!

Intentó llamar a Callum tres veces más, pero le volvió a saltar el contestador. El teléfono comenzó a sonar mientras en la radio sonaba la versión de Glen Campbell de *By the time I get to Phoenix*. Susan dejó de tararear y cogió el teléfono, esperando que fuese su hijo. No era él, sino alguien con una voz inconfundible.

—Hola, George. ¿Cómo van los números?

La voz de George Carmichael siempre sonaba como si estuviera haciendo gárgaras

con refrigerante.

—Bien. ¿Y tú? ¿Preparada para el retorno?

Ella le dijo que tenía los billetes y las maletas en el apartamento de Callum.

—Entonces ¿qué llevas puesto ahora?

Susan le explicó que además de la maleta que había llevado a casa de su hijo la noche anterior tenía un armario lleno de ropa. De todos modos, admitió que estaba en bata.

—Dios, si Frankie supiera que estás hablando conmigo medio desnuda... —comentó George.

—Él ya sabe que eres marica.

—No me digas. ¿Crees que se ha reblandecido con la edad?

—Está en adobo. Sigue igual que siempre, aunque no tan apetitoso —respondió Susan—. Está cociéndose en su propio aburrimiento, pero no, no está más blando. Tengo que salir de aquí; no quiero que Callum se convierta en un hombre como él.

Susan le contó que no localizaba a su hijo.

—Mira que si te ha robado la ropa y se ha ido a trabajar de travestí —bromeó George.

Era un típico chiste de maricas, eso de pretender que todo el mundo era gay. George no insistió con la broma ni con lo que daba a entender; que ella preferiría a un niño de mamá a una réplica de Frankie. Tampoco hablaron de negocios. En cambio, él le anunció que tenía una historia de un bailarín que le había estado guardando.

Susan sonrió.

—Este chico se dedicaba a los anuncios de televisión —empezó George—. Había hecho de zanahoria bailarina para una marca de alimentos congelados, de empleado de banca que se transformaba en Fred Astaire para una compañía de seguros y trabajos por el estilo. Se los pagaban bien, pero eran demasiado irregulares, así que tuvo que buscarse otro modo de ganar dinero. Al final decidió probar la prostitución. El chico tenía buen corazón e incluso había pensado en ser enfermero, así que estaba seguro de que el trabajo le iría bien.

George explicó que el bailarín conocía al dueño de una agencia de acompañantes especializada en octogenarios, inválidos y otras personas con problemas físicos. De ahí la importancia de su vocación de enfermero. ¿Le seguía Susan? George se disculpó por haber empezado la historia por el final.

—Sí, te sigo.

No importaba cómo contase George la historia. Siempre que Susan oía aquel ronroneo, se relajaba completamente y se dejaba llevar.

—El caso es que el bailarín hizo una visita a un curioso personaje. El hombre había sufrido un accidente de coche o algo que le había dejado tetrapléjico. Cuando el bailarín lo conoció se quedó descolocado. ¿Qué podía hacer él por una persona que no sentía nada de hombros para abajo? Pero el cliente fue muy concreto; le explicó exactamente lo que quería. Era un montaje que no requería movilidad, sólo un poco de atrezo especial. De hecho, era tan especial que el cliente sugirió que grabaran en vídeo



todo el asunto. —George hizo una pausa para dar una calada al cigarrillo—. Bueno, el bailarín solía negarse a hacer vídeos, pero esta vez aceptó. Como no era probable que lo repitieran muy a menudo, sería una especie de testimonio de la experiencia. Así que, al cabo de una semana, el bailarín llegó con una cámara alquilada y con el resto de objetos necesarios. La pieza estelar era un tocado, una especie de casco, pero abierto por arriba. ¿Te lo imaginas?

Ella se imaginó a un inválido sentado en su silla y con una especie de chimenea en la cabeza. Le dijo a George que sí, que se lo imaginaba.

—El casco este tenía una goma para sujetarlo al cuello y que no pasara el agua. Una vez puesto, el bailarín lo llenó hasta el borde con cinco litros de gelatina de naranja y unos cuantos gajos de mandarina.

—¿Y no le quemó la cabeza?

—Supongo que esperó a que la gelatina se enfriase un poquito antes de verterla en el casco. El cliente se excitó al sentir que la gelatina iba cuajando a su alrededor y lo cubría con trozos deliciosos de fruta.

—¿Y cómo respiraba?

—No lo sé. A lo mejor tenía un tubito o algo así; tendrás que usar tu imaginación. Total, que la gelatina tardó un rato en cuajar. El bailarín sentó al inválido delante del ventilador hasta que el aire le enfrió por completo la cabeza. Y cuando le quitó el casco, quedó un perfecto budín de gelatina naranja.

—¿Y cuál era la gracia?

—El tío quería que abusaran oralmente de él con varios objetos (nada malo: un plátano, un frankfurt, cosas así) mientras el calor de la casa iba derritiendo la gelatina. La operación culminó con el bailarín chupando la gelatina del cliente mientras la máscara se deshacía y le resbalaba por la cara.

—No creo que saliera bien.

—Sí que salió bien, créeme. Pero lo que el bailarín no sabía era que antes del accidente el inválido era un artista y que había diseñado toda la escena como una *performance*. Y entonces se enteró de que la cabeza de gelatina había aparecido en carteles por toda la ciudad. No podía creerlo. El vídeo había ganado un premio en un oscuro festival alemán y lo estaban poniendo en un cine de arte y ensayo del West End de Londres. Corrió la voz, el Hombre de la Cabeza de Gelatina se hizo famoso y el bailarín no volvió a encontrar trabajo en publicidad.

—¿Es una historia real?

George se encogió de hombros. ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Y cuál es la moraleja?

—Que por muy pervertido que parezca alguien, siempre hay que comprobar si lo que hace tiene una explicación racional.

—¿Es una advertencia? —Susan se rió.

—Una promesa. Tus negocios están seguros en mis manos. Incluso te he comprado el restaurante que querías. He organizado la fiesta de inauguración para que coincida con

tu regreso.

Susan preguntó si había gelatina en la carta.

—Sólo si Frankie descubre lo que estamos haciendo.

Ambos sabían que Frankie lo descubriría. Ella iba a iniciar los trámites de divorcio por la mañana, pero si quería recibir una pensión, iba a necesitar toda la ayuda de George. Le preguntó cómo iba el resto de su cuenta.

—¿Se está multiplicando?

—Sí, sin prisa pero sin pausa. Es todo tan legal que, aunque extraditaran a Frankie mañana mismo no podría recuperar ni un penique.

Susan esperaba tener un poco más de margen.

—¿Has recibido las llaves de tu nuevo piso? —preguntó George.

Sí. Habían llegado por Federal Express a su banco de Marbella, junto a una notita con una dirección en Marylebone. De momento todo iba sobre ruedas. Frankie pasaba tanto de su negocio que nunca iba al banco, así que a ella le tocaba llevar las cuentas y supervisar las inversiones de George. Mientras funcionaran sus tarjetas de crédito y del cajero automático, Frankie no haría preguntas.

George seguía preocupado por las llaves.

—O sea, ¿que las tienes?

—Sí, pero están en casa de Callum, con el resto de mis cosas.

Empaquetadas y listas. George admitió que estaba sorprendido.

—Nunca pensé que volverías a Londres.

Él siempre había dicho que en el fondo Susan era una chica de provincias, incapaz de soportar la velocidad de la gran ciudad.

—Yo siempre he dicho que Londres sería un sitio genial para vivir —le corrigió Susan—. Sobre todo si los londinenses volvieran a Essex y dejaran la ciudad a los demás.

George había nacido en el barrio londinense de Kentish Town, pero no se molestó en recordárselo.

—Bueno, pues date prisa. Eres la estrella invitada en la gran fiesta de inauguración del restaurante.

A Susan casi se le olvidó algo.

—¿Te acuerdas de que Callum quería hacer de disc-jockey?

—Tú mandas.

Cierto. O al menos eso esperaba. Susan le preguntó a George cómo era la gente que llevaba su nuevo restaurante.

—Son dos chicos: Hogie y Cheb. El cocinero es increíble, llegará lejos.

—¿Y el otro?

—Ése sí que tiene gelatina en el cerebro, pero es el mejor amigo del chef así que tendremos que aguantarnos. Es un poco *new age*; le van las religiones exóticas, viajar de mochilero por la India... Ya me entiendes.

—Ah, uno de éstos —dijo Susan.

Estaba detrás de la catedral, en las bodegas abovedadas del Corn Exchange de Manchester. Eran poco más de las once, pero la discoteca ya estaba tan a tope que no podía ser sano. Mannie habría obligado a los porteros a llevar un cartel que advirtiera: «Absténganse de entrar los que tengan tendencia a la claustrofobia.» Los techos bajos tampoco ayudaban. El local estaba construido sobre los cimientos de un edificio Victoriano y decorado como una cripta medieval, con un laberinto de pasillos de fibra de vidrio. Mannie esperaba frente a una que imitaba la textura de una gruta. Aquella era la peor hora de la noche; la discoteca estaba abarrotada de gente y el calor era insoportable, pero todavía no había empezado a vibrar. Él prefería saltarse esa fase; mandar a la mierda el suspense y pasar directamente al siguiente nivel. Entonces vio a Cheb y a Hogie.

Reconoció a Cheb a pesar del afeitado total. La cabeza rapada le daba un aspecto todavía más demoníaco. Por lo que decían, Cheb había pasado los últimos años friéndose los sesos en los chiringuitos de las playas de Tailandia, escuchando viejos discos de *acid* y *trance* y viendo películas de la guerra de Vietnam. Lo que estaba claro era que no se había calmado nada, porque bajó los escalones como una moto. En cambio Hogie caminaba con un estilo más seductor, sin parecer gilipollas a pesar de sus ricitos rubios y la barba. Y es que había nacido con suerte y podía permitirse cualquier cosa. Mannie estaba a punto de saludarlos cuando vio a su hermana. Bueno, tal vez Hogie no tenía tanta suerte, porque Jools lo seguía a todas partes desde el colegio. Mannie sabía lo insoportable que era tener a Jools cerca y por eso decidió quedarse escondido.

Cheb se desmarcó del grupo antes de llegar a la pista de baile, dejando que Hogie y Jools buscaran asiento en un rincón. Como él llevaba la pasta, se fue derecho a la barra. Cheb había obligado a Hogie a pararse en todos los bancos del camino para saquear los cajeros automáticos. Se suponía que aquello era un viaje de placer y no quería pasar más vergüenza con sus tarjetas de crédito. Casi todas funcionaban; en el camino desde Cheetham Hill recogió más de quinientas libras.

Cheb no vio a Mannie. A un par de metros de la barra, apareció un brazo que tiró de él y lo arrastró a un rincón oscuro. Allí lo esperaba un tío colgado que se puso a gritarle.

—Mannie, ¿eres tú? ¿Por qué te escondes? —le preguntó Cheb.

Mannie hizo un gesto con la cabeza hacia la pista de baile, donde estaba su hermana. Al volverse Cheb vio a Jools, que parecía casi sobria después del viaje en coche.

—Perdona, tío. Pero es que la tía se nos ha enganchado.

A Mannie no hacía falta que se lo contaran.

—No importa —le dijo a Cheb—. Cuánto tiempo sin vernos. Pero ¿qué te ha pasado en el pelo?

Cheb se pasó una mano por la cabeza.

—Suavecita, ¿eh? ¿Y tú qué, mamón? ¿No habíamos quedado en el bar?

Mannie parecía arrepentido.

—Sí, lo siento. Es que últimamente estoy un poco neurás, pero en cuanto me haga efecto lo que me he metido, estaré mejor.

Eso era lo que Cheb quería oír.

—¿Ah, sí? Hogie me ha dicho que ahora mueves.

Mannie negó con la cabeza.

—Ése es uno de mis problemas. Tuve una mala racha y dejé el negocio. No puedo ayudaros.

Cheb debería haberlo imaginado. Todo lo que Mannie tocaba se convertía en mierda.

—¿Y nuestra fiesta de la semana que viene? Hogie me dijo que nos echarías un cable.

—¿La inauguración del restaurante? Puede que consiga algo, no lo sé. Pero esta noche os tendréis que buscar la vida solos.

Mannie señaló a un chico apoyado en una máquina de tabaco.

Tenía un *piercing* en la lengua y una expresión a lo Charlie Manson.

—Dile que te mando yo. Nos vemos luego, cuando os libréis de Jools.

Cheb dijo que vale. Estaba dando media vuelta cuando Mannie le gritó:

—Eh, ¿qué pasa contigo y el restaurante? Sé que Hogie va a cocinar, pero ¿y tú?

—Yo soy el maître, el que controla las buenas vibraciones, el ambiente y todo ese rollo.

—¿Y por qué te eligieron a ti?

Cheb le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Alguien tiene que divertir a la humanidad antes de su destrucción final.

Cheb continuó sonriendo y caminando hacia atrás hasta que se confundió entre la multitud. No estaba seguro, pero tal vez había logrado arrancar una sonrisa al Hombre Triste.

Al llegar a la máquina de tabaco, Cheb pidió ocho gramos de *speed* y diez tripis. El chico le dijo que no hacía descuento por compras en grandes cantidades. Cheb contestó que bueno, ya que tampoco esperaba obtener un buen precio de alguien recomendado por Mannie. Sacó su rollo de billetes y contó ciento setenta libras.

Cuando volvió con Hogie y Jools, ya se había formado un pequeño corro a su alrededor. Hogie estaba entreteniéndolo a un grupo de desconocidos con la historia de la camarera racista y su negativa a aceptar cualquier tarjeta de crédito del Banco de Hong Kong o de Shanghai.

—¿Cuántas tarjetas tenéis? —preguntó alguien.

—Unas diez. Visa, American y una Diners.

—¿Diez? ¿Todas robadas?

—No, ninguna robada. Son copias. Cheb y yo vamos a poner un negocio para hacer más.

Cheb apareció por su punto ciego, le dio un toque en la cabeza y le puso un gramo de *speed* en la mano.

—Aquí tienes. También he comprado unos ajos. Son mejores que el éxtasis, así no acabaremos con Alzheimer.

Hogie entornó los ojos para ver el dibujo minúsculo de los secantes.

—¿Dragones lila? Puta madre. ¿Cuánto te debo?

—Paga la casa, cortesía del plan de crédito Cheb. —Entonces bajó la voz—. Pero no le cuentes a todo dios el rollo de las tarjetas.

—Te estás agobiando, colega.

—Estoy bien.

—No, tío. Estás agobiado. —Hogie abrió los brazos, en plan teatral—. ¿Quieres compartir tus penas conmigo?

Cheb dio un paso atrás y miró a Hogie de arriba abajo.

—Oye, Hogie. Estás buenísimo, ¿lo sabías?

—¿Ah, sí? Pues ven a follarme, polla de toro.

Cheb se echó a reír, pero se calló al ver a Jools abriéndose paso entre la gente. Había olido la droga y venía a reclamar su parte. Cheb le pasó una papelina y un tripi. Con el rabillo del ojo vio que Hogie se escabullía, pero antes de que pudiera seguirlo Jools ya lo había arrinconado. Le dijo que quería conocer el budismo, porque pensaba que eso podría ayudarla en su carrera televisiva.

El disc-jockey comenzaba a dar caña; todavía estaba en pleno preámbulo, pero ya se oían pequeños toques oscuros: *house* lento y profundo combinado con sonidos más *trip*. Hogie se dejó llevar por la música mientras Cheb le explicaba las leyes del budismo a Jools. Sabía que a su amigo le encantaba hablar de esos rollos, a pesar de que nunca repetía las reglas de la misma manera. Aunque eso era asunto de Jools. Mientras estuviera ocupada...

Hogie logró ir abriéndose paso por toda la discoteca. Si la gente no se apartaba, él se convertía en el Hombre de Goma y se colaba de todas formas. Finalmente encontró los lavabos al final de una escalera. Había gente en los urinarios, pero la cabina estaba libre, así que corrió el pestillo y colocó el *speed* en la tapa de la cisterna. A pesar de que la superficie de metal pintado estaba pelada y oxidada, Hogie encontró un trozo liso, perfecto para esnifar.

Al cabo de media hora, cuando aún seguía merodeando por la discoteca intentando orientarse, vislumbró a Mannie. El local estaba distribuido de manera que resultaba fácil perderse; era mucho mejor seguir moviéndose y esperar a que las cosas pasaran. En ese momento, Hogie decidió tomarse su dragón lila. Cuando el ácido le tocó la garganta, notó una descarga eléctrica en la nuca que le recorrió la columna vertebral. Su plexo solar se tensó y relajó. El espectáculo todavía tardaría tres cuartos de hora en empezar, pero su cuerpo ya vibraba anticipando la emoción química. Al toparse cara a cara con un chico en la escalera que llevaban a la sala *ambient*, Hogie había olvidado que lo estaba buscando. Se lanzó a sus brazos y le dijo:

—Hola, Mannie. ¡Te quiero!

—Joder, qué ojos —comentó Mannie.

Hogie los abrió aún más.

—¿Bonitos?

—Parecen platos —respondió Mannie—. Dan miedo. Toma, relájate un poco.

Mannie le pasó un porro mal liado. Hogie le dio una buena calada, aguantó el humo y lo sacó con un «gracias» carrasposo.

—¿Has visto a mi hermana? —preguntó Mannie.

—Hace rato que no la veo.

—Pues yo he visto a Cheb y dice que nos está buscando a los dos. Se ve que se ha quejado de que el *speed* estaba chungo y el cerdo de Cheb le ha dicho que nosotros le daríamos más.

—Mierda.

Mannie se persignó.

—Venga, vamos a bailar. Si nos damos prisa, Jools no nos encontrará.

Mannie condujo a Hogie por un túnel de goma que daba a una sala de techos bajos llena de hielo seco. El sudor de la gente se había convertido en un vapor que apestaba a *popper* y Vicks VapoRub. A Mannie le pasaron una botellita de nitrito de amilo y él se la dio a Hogie. Inmediatamente los gases se desataron en el interior de sus pulmones. Casi sin tener tiempo de tapar la botella, la cabeza le estalló con una explosión de ruido rojo. La música estaba machacando a un ritmo desenfrenado. A Hogie le encantaba. Mientras bailaba, iba haciendo ruiditos silenciosos con la boca, «chu-chu», como un tren, tomando sorbitos de aire... Sus propios brazos se agitaban frente a él como un taladro desquiciado.

Mannie le dio un codazo y le pasó un cigarrillo. Hogie aceptó sin darse cuenta de que no era un porro y al chupar el filtro algo hirvió en su interior y le provocó una descarga termodinámica que le fue directa al corazón. Habían empapado el cigarrillo con nitrito de amilo. «Esto es una pasada», pensó Hogie. Chu-chuuu. Hogie se dejó caer hacia el núcleo de gente que bailaba, confiando en que sus cuerpos formaran un círculo protector. Al otro lado de la pista le pareció oír a Jools gritando su nombre, pero por suerte ella no lo siguió y pronto se encontró nadando entre nuevas olas de humo y perdiéndose entre las luces. Una chica le acarició la espalda con la uña y, cuando él se volvió con una sonrisa, ella también le sonrió. Tenía los ojos redondos con un contorno gris azulado, los labios tensos por la sonrisa y el pelo mojado, pegado al cráneo. Aunque tendría unos diecinueve, Hogie ya adivinaba cómo sería al cabo de treinta años. Más tarde. Más tarde. Ya volvería a ella si podía. Alzó los brazos y se alejó, girando como una peonza. En ese momento Mannie se levantó y se puso a agitar sus seis brazos raquíuticos como si fuera la diosa Shiva. Hogie se apuntó a aquella nueva religión. Alucinaba de lo deprisa que se movían sus piernas, era imposible enfocarlas, como las del Correcaminos cuando pasa al Coyote a toda velocidad. Chu-chuuu.

Jools lo sacó de la pista de baile por los codos. Hogie se quedó inmóvil y sudoroso, intentando recuperar el aliento, mientras ella le hablaba. Las gotas de sudor le caían a

los ojos. Mannie había desaparecido. Hogie no podía concentrarse en Jools ni en las palabras que salían de su enorme boca de plástico.

Por lo visto, le estaba diciendo que tenía pánico a la gente que acosaba a los famosos. Cada vez que iba a la barra, notaba que todos los pirados se le echaban encima. Allá donde iba se le acercaban y le preguntaban qué iba a pasar en el siguiente episodio de *Pony Trek*. ¿Se imaginaba Hogie lo horrible que era?

Jools hablaba con un tono quejica muy poco atractivo.

—Déjame ir contigo a Londres —le rogaba mientras le acariciaba la cabeza.

Hogie se quedó de piedra.

—Ni en broma... ¿Es que no tienes que trabajar?

—¿No lo sabes? Me han matado. Un conductor borracho se sale de la carretera y me atropella —le explicó ella—. Entonces, ¿puedo ir a tu casa?

Hogie le soltó una retahíla de excusas. Su piso estaba en el culo de Londres y era un antro desastroso y casi insalubre, desde que Cheb había vuelto del extranjero y no tenía otro sitio donde vivir. Y su trabajo era otro obstáculo insalvable. Con el nuevo proyecto, Hogie tenía un montón de cosas en que pensar... Total, que lo sentía, pero no podía ayudarla. No tenía espacio ni tiempo. Jools parecía a punto de decir algo, pero Hogie echó a correr. Sabía que si seguía hablando se le escaparía lo de la inauguración.

Cuando subió al segundo piso, Hogie se encontró con una cola para comprar pizza. El olor a mala comida siempre le producía náuseas y, después de un gramo de *speed* mucho peor. Se tambaleó hasta encontrar otra escalera que le condujo al *chill-out*, un lugar con el suelo de colchones y proyecciones psicodélicas en el techo. La música era *ambient* y aparte de una chica acelerada que parecía vestida de papel de aluminio no había nadie. Hogie se tiró de cabeza sobre los colchones y ella lo siguió con la mirada.

—Eh, tú eres el superchef, ¿no?

Él alzó la mirada, sorprendido, e intentó enfocar la imagen.

—Sí. ¿Me has visto por la tele?

—No, pero antes ha entrado un rapado que te ha descrito tal cual. Oye, ¿qué es un gerontófilo?

Hogie no lo sabía.

—Ha dicho que tú lo eres y que te has tirado a su madre.

A Hogie se le encendió la alarma.

—Pero ¡qué dice! ¿Estaba alucinando?

—Totalmente. —La chica parecía alegrarse—. Estaba pasadísimo, gritaba que el Vietcong iba a venir a matarlo. No veas cómo iba el tío.

Hogie intentó levantarse, pero los pies se le hundieron en el suelo. El colchón lo estaba engullendo. Mucho más lejos, en las alturas, oyó a Mannie que chillaba:

—Tienes que ayudarme, tío. A Cheb se le ha ido la olla.



Había espacio de sobra en el aparcamiento del pub favorito de Frankie, pero Susan dio unas cuantas vueltas hasta encontrar otro sitio. Al final aparcó un poco lejos de la calle principal, en una colina con vistas a la playa. Después de cerrar el Mercedes, caminó deprisa calle abajo, por el lado de la sombra. En aquella época del año aún no había turistas y los andaluces estaban durmiendo la siesta, así que apenas vio a nadie de camino a la plaza San Sebastián. Callum vivía allí, encima de una agencia de casas de multipropiedad. Susan rodeó el edificio y subió por la escalera, que estaba situada en la parte de atrás. Pulsó el timbre repetidas veces y, cuando se convenció de que nadie le iba a abrir, sacó la llave. Aunque no había visto el Mazda Miata en la calle, mantenía la esperanza de que su hijo estuviese en casa.

Normalmente, el único lugar que Callum frecuentaba durante el día era la tienda de discos El Tozo, donde se pasaba horas escuchando las últimas novedades discográficas, casi todas de importación. Después iba a unos cuantos bares y finalmente ponía rumbo a la discoteca donde trabajaba de disc-jockey. Las cuatro de la tarde era una buena hora para encontrarlo en casa antes de que desapareciera toda la noche, aunque siempre había sido un chico difícil de localizar.

En la encimera había un plato con una salchicha sin terminar, pero Susan no sabía si eran sobras de esa mañana o de la noche anterior. El suelo estaba cubierto de cigarrillos rotos y el aire apestaba a costo. Susan abrió una ventana, aunque no sirvió de mucho, y gritó el nombre de su hijo sin obtener respuesta. Su cama estaba vacía, a excepción de una pila de ropa sucia y del contenido de una bolsa de cuero que ella pensaba llevarse como equipaje de mano. Susan encontró la bolsa tirada en el armario, pero no halló ni rastro de su maleta.

Entonces se puso a buscar los billetes de avión y las llaves del piso de Londres, al principio por encima y luego más a fondo. No estaban entre las monedas y papeles, que volvió a meter en su bolsa de cuero. Al mirar por el apartamento encontró otras cosas suyas: un par de elepés que había comprado cuando salió con un chico de Canvey Island, durante una de las condenas más largas de Frankie. No sabía por qué los había cogido Callum, a no ser que planeara un *revival* de aquella música. Tras meterlos en la bolsa, Susan se dispuso a examinar la colección de Callum para ver qué más le había robado. En la caja de un cedé encontró una papelina mal doblada que contenía un polvillo bastante grueso: cocaína o casi seguro *speed*. En la mesita del salón, Callum había dejado un álbum de fotos con la portada de plástico cruzada con los restos de viejas rayas. Al lado había un billete de dos mil pesetas medio enrollado. Susan se metió el turulo en la bolsa, junto con los discos, y dejó el álbum de fotos donde estaba.

Ella ya sabía lo de la colección de fotos y le parecía repugnante. Cada foto mostraba a una chica vestida con la bata de Callum y sentada en el sofá de Callum. Cada foto era de una chica distinta. Susan se imaginaba el rollo que su hijo les soltaba por las mañanas: «Anda, ponte esto que yo prepararé el desayuno. Oye, ¿por qué no te saco una foto? ¿Te importa? Venga, es que estás preciosa.» La última vez que miró debía de haber unas cincuenta fotografías en el álbum, todas con la misma iluminación y la misma decoración, hasta el último detalle. Incluso las expresiones de las chicas eran similares. Al menos Callum no coleccionaba su ropa interior, aunque a Susan le seguía pareciendo asqueroso. De todos modos, no pudo evitar reírse la primera vez que se lo

contó a George Carmichael. George le preguntaba de vez en cuando cómo iba la colección y ella le contestaba sin demasiadas ganas. George le decía: «Ya verás, un día te sorprenderé. Echarás un vistazo y me verás a mí mirando a la cámara.»

Otro de sus chistes. Aunque los dos sabían que Callum era heterosexual y a pesar de que a George nunca le habían gustado los niñatos. Sin embargo, cuando George fantaseaba con una aparición estelar en el Sofá de la Vergüenza pensaba en Susan. Era ella quien tenía más probabilidades de sentirse tentada por un niñato.

—Podrías ser tú, en otro sofá, en otra ciudad.

—No. Yo nunca me pongo sus batas ni poso para fotos.

—¿Y para vídeos?

—No —respondió Susan—. Bueno, una vez. Pero robé la cinta y la destruí.

Una vez que Susan le preguntó a su hijo sobre su colección, él se encogió de hombros. Callum era un chico alto, ella diría que larguirucho. Su pelo anaranjado se había aclarado mucho con el sol. Tenía unos brazos delgados y morenos que le colgaban a ambos costados de esas camisetas que no se quitaba ni para dormir. Se ponía moreno por las mañanas, cuando volvía de las discotecas. Salvo por el bronceado, Susan siempre había pensado que se parecía más a ella que a su padre. Aunque era blando. Tenía los ojos muy espaciados. Eso le daba un aspecto inocente, y en el fondo lo era. Pero sus ojos no sólo estaban espaciados, sino que estaban perdidos en el espacio. En una ocasión ella le preguntó qué se veía haciendo dentro de diez años:

—¿Seguirás tirándote a turistas y pinchando discos?

—No sé —le había contestado él.

Frankie, Callum y ella se habían marchado de Inglaterra cuando el niño tenía diez años, pero él seguía teniendo acento de Londres, como su padre y como todos los amigos de su padre.

—Unos tíos que conocí en Ibiza me propusieron ayudarles en sus fiestas nocturnas.

—¿En Ibiza?

—No, en Londres. Ellos ponen el sistema de sonido.

—¿Y por qué te querían? ¿Por tu talento?

Susan se arrepintió del tono con que se lo había dicho. Pero había tantísimos disc-jockeys...; ¿por qué iba alguien a mirar a Callum y pensar: «Sí, es justo lo que necesitamos.»? Si esa gente le había hecho una propuesta era porque querían que contribuyera con algo como, por ejemplo, capital. Susan pensaba que era una tontería y así se lo dijo a Callum.

Pero al cabo de un tiempo Susan comenzó a darle vueltas a la idea y le gustó. Los dos podrían volver a Londres juntos, pero lo harían a la manera de ella. No quería que su hijo se metiera en un negocio cutre, pero si quería ser disc-jockey, ¿por qué no? Quizá tuviera talento. Tal vez ella podría comprar una discoteca y dejar que Callum la llevara...

Durante la fase de preparación, en las llamadas a larga distancia entre ella y George, la idea de la discoteca se fue transformando hasta convertirse en un restaurante. Era sólo

una cuestión práctica. Cuando todo se hubo concretado, Susan se lo contó a Callum. Entonces él le confesó que se había mantenido en contacto con la gente de Ibiza y ya había hecho sus propios planes. Susan estuvo a punto de ponerse a gritar como una loca, pero se controló. Cuando volvieran a Londres, ya encontraría la forma de que las cosas fueran a su gusto. Así lo había racionalizado todo... hasta ese momento, en que no tenía ni puta de idea de dónde se había metido su hijo. Tras consultar el reloj del vídeo, calculó que su avión salía en menos de cuatro horas.

Había otra fotografía en el piso —una nueva— pegada sobre la barra de la cocina. Era una foto de grupo tomada en el puerto deportivo; Frankie y sus amigos haciendo el payaso en la cubierta del *My Lady Suzie*. Todos estaban posando en plan macho, lo cual, a su edad, daba más pena que otra cosa. Susan había despegado la foto y estaba buscando una papelera cuando de pronto vio a Callum. Estaba a un lado, junto a uno de los mástiles, claramente fuera de lugar pero intentando encajar; estaba haciendo morritos y tenía una botella espumeante de San Miguel en la entrepierna. Susan se quedó pensativa y al final se guardó la foto en la bolsa, junto con las demás cosas por las que pensaba pedirle explicaciones a su hijo.

Antes de irse se le ocurrió comprobar el contestador. El primer mensaje era de una chica con acento galés que hablaba entre lágrimas; le decía a Callum que lo quería y le prometía que le escribiría todos los días. El mensaje era de las ocho de la mañana, lo cual quería decir que Callum no había estado en casa en toda la noche. El segundo mensaje era de un amigo con quien había trabajado en una discoteca y que le recordaba que trajera el *speed* esa noche. Lo tenía claro.

El tercer mensaje era de Frankie y era para ella.

—Se ha ido, tonta del culo.

Su marido soltó una breve carcajada antes de colgar el teléfono. El mensaje era de las doce del mediodía.

Susan echó a correr colina arriba pulsando desesperadamente el botón del mando para abrir las puertas. El cierre centralizado del Mercedes se apagó y encendió un par de veces. Cuando no pudo meter las llaves en la cerradura, dio un manotazo en el techo. Tenía que calmarse.

Al final consiguió arrancar y se deslizó lentamente colina abajo en dirección al pub. El aparcamiento estaba mucho más lleno, pero al menos habían quitado la cadena de la entrada. Así no tendría que salir y entrar del coche para retirarla; no estaba segura de poder mantenerse en pie y no quería tropezar antes de su enfrentamiento con Frankie. Mientras aparcaba, puso el aire acondicionado a tope y se quedó en el coche hasta que se sintió más fresca. Enfrente de ella estaba su todoterreno; Frankie ya había vuelto de matar animales en la montaña. Si es que había ido.

Susan se volvió lentamente al oír unos golpecitos en la ventanilla del pasajero. Era Cardiff, el esbirro más asqueroso de Frankie. Era otro tío del norte de Londres, gordo y canoso; resollaba con tanta fuerza que se le oía perfectamente a pesar del vidrio y el aire acondicionado. Con su dedo gordezuelo trazó unos círculos en el aire para que Susan bajara la ventanilla. Ella apretó el botón y el cristal bajó automáticamente.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? De puta madre, seguro.

—Bien, gracias —contestó Susan.

—Cojonudo. ¿Entras a tomar algo?

Ella bajó del coche y se dirigió a la entrada mientras Cardiff resollaba a su lado y caminaba pesadamente. La brisa de la tarde ya se había levantado y Susan notó su leve aliento en las pantorrillas. Sobre su cabeza, el rótulo del pub se columpiaba a izquierda y derecha. Los colores de la bandera británica relucían a la luz todavía brillante del sol, que estaba a la altura de los tejados más altos. Susan entró en el oscuro local.

Frankie estaba sentado en un banco largo, de terciopelo verde, que iba de punta a punta de la sala. A su alrededor tenía a su grupito de compatriotas, que se iban turnando para comprar cervezas. La espuma de sus vasos se derramaba sobre las mesas de madera con patas de hierro forjado. Sus manos carnosas flotaban descuidadamente sobre el cenicero de cerámica con el logo de la cerveza Courage.

—Invito yo —dijo Cardiff—. ¿Qué tomas, guapa?

Ella le contestó que un vino blanco. Cardiff caminó como un pato hasta la barra, que tenía unas columnas barrocas y torneadas al más puro estilo de pub británico. Mientras tanto, Susan se acercó a su marido. Él se percató de su presencia un poco antes de que se sentara.

—Hola, nena. Estaba contando a los chicos mi salida para cazar. ¿Sabes el cabrón de Pedro, el que trabaja en el puerto deportivo? Pues me llevó al coto de su primo. Allá arriba tienen lobos, una manada. Los cabrones de Madrid quieren declararlos en peligro de extinción, pero Pedro dice que han estado cargándose sus animales: pollos y no sé qué coño más. Total, que subimos allá y perseguimos a esos lobos por todas partes. Pedro conducía y yo cazaba; iba asomado por el techo y dando caña con mi Thompson. No dejé ni uno. ¡Fue de puta madre!

—¿Dónde está? —preguntó Susan.

Frankie hizo ver que no la había oído.

—¡Que se jodan esos ecologistas gilipollas! Ahora sí que tienen una especie en peligro.

Los chicos se echaron a reír un poco después que él.

—¿Dónde está? —repitió Susan, sin alzar la voz.

Frankie miró a sus colegas.

—Me pregunta por el niño. —Volviéndose hacia ella, dijo—: El niño se ha hecho un hombre.

—¿Qué le has obligado a hacer?

—Nada, cariño. Me vino con una propuesta comercial. Yo sólo le di el capital para montar el negocio.

—¿Qué has hecho, Frankie? ¿Lo has metido en robos a mano armada?

Frankie volvió a reírse.

—No estaría mal: de tal palo tal astilla. Pero no me imagino a ese blandengue con una escopeta. No, cariño. No te preocupes; el niño ha entrado en el negocio de la importación-exportación.

Susan se quedó boquiabierta.

—¿Droga? Qué hijo de puta. ¡Lo has metido a pasar droga!

—Contrólate, si no quieres ganarte una bofetada —la amenazó Frankie—. Es culpa tuya; tú lo has mimado tanto que todo el mundo lo toma por maricón. Pues se acabó. Ahora va a hacer negocios con su viejo. Tendría que haberlo hecho hace años. Es lo mejor para él y para mí. —Frankie miró a los de su mesa y añadió—: Soy demasiado joven para jubilarme, ¿no?

Todos asintieron, aunque Susan no entendía por qué. Frankie se había hecho multimillonario con su último trabajo, pero ellos siempre habían preferido vivir a costa suya que seguir su ejemplo. Y en esta ocasión se lo quedaron mirando, como si también echaran de menos la vida criminal.

Cardiff volvió resollando con la copa de Susan.

—Déjalo, me voy —le informó ella. Volviéndose hacia Frankie, le dijo—: Dame las llaves de mi coche.

Él le pasó las llaves del todoterreno.

—No tardaré. Guárdame el chocho caliente, ¿vale?

Cuando ella se levantó, él le dio una palmada en el culo.

De vuelta en el aparcamiento, el aire parecía mucho más dulce. El sol era cegador. Londres no podía seguir siendo como lo imaginaban ellos, sentados en aquel falso pub y recordando los viejos tiempos. La realidad tenía que haber cambiado en los últimos doce años.

Frankie había dejado la ametralladora en el asiento trasero del todoterreno, tapada con la chaqueta de caza que casi nunca llevaba. Susan cogió un cargador nuevo. Al salir del jeep, intentó recordar cuánto había pagado Frankie por su Mercedes. Cuando compraba algo grande siempre era al contado y ella se encargaba de sacar el dinero del banco. No, no recordaba la cifra. Miró larga y tranquilamente el coche antes de empezar a disparar. Las balas rebotaron en todas direcciones; algunas perforaron el metal y rompieron los cristales de los coches que había aparcados por allí. El parabrisas estalló y los asientos se desgajaron. Cuando hubo vaciado la recámara, Susan arrojó el arma en la parte trasera del todoterreno. En ese instante, Frankie salió corriendo del bar.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —gritó—. ¡Qué coño..., mi coche! ¿Qué ha pasado?

—Habrás sido la ETA —respondió Susan.

Y puso rumbo al aeropuerto.

Hogie y Mannie tardaron más de una hora en convencer a Cheb de que saliera del lavabo donde se había encerrado. El tío no paraba de explicar a gritos lo que Hogie le había hecho a su madre como si fuera un cómic para adultos. Por lo visto quería anunciar al mundo que su mamá se había vuelto loca de placer con Hogie. Ella era una vieja calentorra y Hogie, una máquina sexual adolescente.

Lo sacaron a la calle con la ayuda de dos porteros, pero se negó a dar un paso hasta que Hogie se cubrió la cabeza con una chaqueta, como si fuera un violador de niños en el juzgado. Por lo menos, eso hizo que se callara.

En el taxi de camino a Rusholme, Hogie comentó que le parecía que tenía hambre, aunque no estaba muy seguro.

—¿Qué os parece? Puede que Cheb baje de su órbita con un poco de comida.

Mannie no tardó en protestar.

—¿Y quién dice que tengo comida en casa? Yo no tengo comida en casa.

Hogie pensó que se había equivocado de profesión; debería haber sido enfermero. Cheb estaba siendo más fácil de manejar desde que había entrado en aquel estado catatónico, pero sus problemas no acababan ahí. Encima de todo aquel marrón, le tocaba cuidar a un depresivo neurótico como Mannie.

—Tranqui, tío —dijo, controlando el tono—. Compraremos algo en una gasolinera y os cocinaré uno de mis platos combinados.

Pero incluso así, Mannie le tocó los cojones.

—Ya sabes que pagas tú. Yo estoy pelado.

Hogie llevaba un montón de dinero, pero pensó que le tocaba pagar a Cheb. Le registró los bolsillos hasta que notó el plástico.

—¿Y si usamos esto?

Le pidieron al taxista que parase en la gasolinera Shell que había junto a Saint Xav y le dejaron de canguro de Cheb, con el taxímetro en marcha. Se pasaron los siguientes veinte minutos mareando al dependiente de la tienda, que por razones de seguridad estaba detrás de un cristal. Le pidieron las cosas que querían una por una: seis yogures de mandarina, varias chokolatinas, galletas de jengibre, tabaco, papel de fumar y cualquier cosa con vitamina C. Cuando finalmente decidieron que lo tenían todo y llegó el momento de pagar, surgió otro problema. Hogie tuvo que salir de la tienda para poder mirar la firma de la tarjeta de crédito.

Cuando el taxi volvió a enfilear Wilmslow Road, Mannie le preguntó:

—¿Crees que el tío ha sospechado?

—No, hombre, no. He ido con cuidado.

—Lo malo es que me conoce. Yo compro allí todos los días.

—Pero si he sido frío como el hielo. ¿Has visto qué pulso tenía al firmar?

—Tienen cámaras de vídeo.

—¿Te puedes callar de una vez? —protestó Hogie.

Era alucinante. Mannie estaba tan histérico que sólo veía el lado negro de todo. Y él estaba harto.

Al llegar a casa de Mannie, acostaron a Cheb sobre unos cojines en el suelo de la sala de estar. Hogie creyó que era mejor tenerlo cerca, porque así lo oirían si volvía a delirar. Ellos se sentaron en la salita de atrás: Hogie en la moqueta, sacudiendo el porro que acababa de liar, y Mannie en el sofá intentando escoger el calibre perfecto de cartón para hacer un filtro. Entre ellos, sobre un ejemplar arrugado del cómic *Eight Ball*, estaba la «chocoyogutarta» que Hogie había preparado. El plan de Mannie era seguir fumando porros y comerse el pastel cuando el hambre anulara los efectos de la Anfetamina. Después quizá se dormirían. Hacía horas que no oían a Cheb, pero ya sólo pensaban en ellos mismos.

Mannie veía el pastel como algo simbólico. En cuanto se lo comieran, podrían regresar a un horario terrestre. Las últimas horas se habían desarrollado violentamente, sin un ritmo determinado, puntuadas por flash-backs breves o larguísimos. Había habido algún momento en que parecía posible comerse el pastel, pero el momento había pasado, se había desmoronado y se había recompuesto en otro sitio.

Habría resultado angustiante de no haber sido porque estaba acostumbrado. Mannie se había pasado los últimos cincuenta minutos buscando un vídeo de la primera y última aparición de Hogie en televisión. Finalmente lo encontró, justo a tiempo para verlo mientras se fumaban otro porro.

Hogie entornó los ojos y se vio a sí mismo en la pantalla, vestido de cocinero.

—Con ese traje blanco y la perilla pareces el tío del Kentucky Fried Chicken.

En la pantalla, Hogie soltó un grito estilo kung-fu y clavó un cuchillo carnicero en una madera de cortar.

—¡Joder, qué fuerte! Es una buena presentación, ¿no crees?

Mannie había visto la cinta unas cien veces. Nunca había comprendido por qué Hogie sólo hizo un programa, cuando estaba claro que tenía madera de estrella.

—Yo veo un montón de chefs y ninguno tiene tu presencia en pantalla.

Hogie lo sabía.

—Lo que pasa es que cogí un poco de mala reputación después de ese programa. Llegué al plató un poco colocado y puse nerviosos a los jefes.

—Pero ¿qué pasó?

—Fue después de la parte de cocina. Los presentadores se pusieron a hablar de moda y sacaron a unas modelos con trajes de noche. Pero al cabo de cinco minutos se quedaron sin saber qué decir y nos preguntaron a los demás invitados qué opinábamos de la ropa. La modelo que estaba cerca de mí llevaba unos pantalones de terciopelo y se me ocurrió acariciarlos. No sé, pensé que quedaría divertido por televisión. Lo malo es que era tan agradable que no podía soltarla. Al final casi tuvieron que separarme de

ella con tenazas.

Mannie recordaba que el programa se había vuelto un poco raro al final, pero pensaba que lo habían hecho a propósito. Según él, había funcionado, parecía natural.

—Quizá me vaya mejor la próxima vez. Me ha salido una oportunidad en un programa de medianoche y voy a ser más profesional. No pienso ni tocar las drogas psicodélicas.

—Buena suerte, colega.

Hogie dijo que la necesitaría.

—Hasta ahora sólo he aparecido una vez y tu hermana, en cambio, sale cada día. Que conste que no la veo nunca... Aunque quizá grabe el episodio en que la atropella el camión; puede ser histórico.

—A mí tampoco me importaría verlo, qué digo, hasta pagaría —comentó Mannie—. ¿Qué? ¿Ya tienes hambre para comerte el pastel?

Hogie no estaba seguro. Quizá se fumaría otro peta. Mientras alisaba los papeles, Mannie le preguntó por el chanchullo de las tarjetas de crédito. Hogie intentó explicárselo, aunque Cheb lo hacía mucho mejor.

—Es una movida de Oriente. Allí es donde Cheb compró un descodificador que se enchufa a la caja registradora. Pasas una tarjeta por la máquina y te lee toda la información de la cinta magnética, incluido el código del propietario.

A Mannie le gustó.

—O sea, que puedes copiar la tarjeta de cualquier persona y ellos no se enteran hasta que les llega el recibo mensual.

Hogie asintió. Así era.

—¿Y puedes fabricar todas las tarjetas que te dé la gana sin que te cojan?

—No te pueden coger. Pero no podemos fabricar las tarjetas.

—Antes dijiste que sí.

—No. Podemos copiar la información en una réplica, pero no podemos producir tarjetas nuevas. Cheb dice que necesitaríamos una fábrica supersofisticada, especialmente con los nuevos hologramas y toda esa mierda que les ponen ahora.

—Entonces el chisme no sirve de nada.

—Sí que sirve. Cheb tiene un montón de tarjetas en blanco que compró con el descodificador y quiere instalarlo en el nuevo restaurante. Yo le he conseguido un trabajo allí para que pueda llevar el negocio en secreto.

Mannie admiraba el plan, pero seguía dudando.

—¿Y no hay riesgos? Quiero decir, si robáis a vuestros propios clientes, ¿no hay más posibilidades de que os liguen?

—No, Cheb dice que no hay riesgo. El dueño del restaurante nunca está. —Hogie se reía por lo bajo; era un plan perfecto—. Sólo estaremos Cheb y yo, el jefe de cocina y el lavaplatos. Oye, tío, ¿por qué no te vienes? Te puedo encontrar algo; puedes ser mi



chulo y mi chico de los recados.

—Vale. Seré tu chulo y te traeré abuelitas para satisfacer tus deseos antinaturales.

—Ya vale con esa mierda de las abuelitas —le cortó Hogie—. Cheb estaba delirando.

—Entonces, ¿no te tiraste a su madre?

—Que no, ¡joder!

—Vale, tío. Ahora que lo hemos aclarado, ¿vamos a cortar la tarta o qué?

Era una buena idea, pero los únicos cuchillos que tenía Mannie estaban apoyados contra la estufa de gas y tenían las hojas carbonizadas de tanto recalentarlas. Al principio se habían fumado el costo con cuchillos calientes. Eso fue hacia el amanecer, después de que Mannie se olvidara de dónde había dejado el papel y antes de que Hogie recordara que había comprado más en la tienda de la gasolinera.

Hogie echó otro vistazo a los cuchillos, pero el tío era un profesional y se negaba a usarlos en esas condiciones. Puso rumbo a la cocina, situada en la parte de atrás de la casa, para buscar un par de cucharas. Él y Mannie podían ir pasándose el pastel.

Las únicas cucharas de la casa estaban en el fregadero, manchadas de cereales. Hogie se puso a rascar la mierda pegada con la mirada perdida en el jardín de atrás. Ya eran más de las doce. Su avión a Londres salía esa misma tarde, pero sus maletas estaban en un Bed and Breakfast, cerca de Heaton Park. Todavía tenía las llaves del coche de Jools en el bolsillo y, bueno, el coche debía de estar aparcado en algún sitio de la ciudad... Tenía suerte de que fuera sábado, porque los fines de semana no había restricciones de aparcamiento. Si nadie lo había robado, seguiría allí. Mientras Cheb se despertara a tiempo para recordar dónde lo habían dejado, podrían recoger sus maletas y pillar el avión.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por alguien que aporreaba la puerta de la casa.

—Parece que Jools nos ha encontrado —gritó Hogie.

—Cállate, tío —le susurró Mannie.

Los golpes no paraban y, si Mannie dijo algo más, Hogie no lo oyó. Había algo raro en su voz, una ansiedad estrangulada que le intrigó. Iba a ir a comprobar si estaba bien y entonces vio a alguien que venía por el jardín de atrás. Un paquistaní alto le saludó con la mano y le dijo «hola» con los labios. Hogie le devolvió el saludo. El hombre señaló la puerta de la cocina e hizo un gesto para que le abrieran.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Hogie a través del cristal.

El paqui asintió, sonriente y relajado, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Hogie descorrió el pestillo.

—Gracias, colega —dijo el tío.

Atravesó la cocina mientras Hogie se quedaba parado, sintiéndose idiota. Al final decidió seguirlo, todavía preguntándose si se habría equivocado, y vio al tío dirigirse a la puerta principal. Mannie estaba sentado en el suelo, verde y tembloroso, y eso que el paqui ni siquiera le había dirigido la palabra. Hogie lo oyó retirar la cadena de la puerta.

Cuando la abrió, los golpes cesaron.

Antes de que Hogie pudiera preguntarle algo a Mannie, el paquistaní regresó acompañado de un asiático más bajito.

—Naz —fue lo único que dijo Mannie.

—¿Qué pasa, Mannie? —dijo Naz con una lentitud impresionante—. ¿Es que no oías a Omar llamando a la puerta o qué, joder?

La frase sonó monocorde y parecía que no iba a terminar nunca. Mannie intentó disculparse, pero sólo logró tartamudear un poco.

Cuando Hogie detectó el bulto en la chaqueta de Naz, no se podía creer que alguien hubiese entrado en la casa con una pistola. Sin embargo, al quitarse Naz su chupa de cuero acolchada, Hogie descubrió que la supuesta arma no era más que un teléfono móvil en una pistolera de hombro.

—Joder, cómo apesta. ¿Qué es? ¿Costo barato o puro miedo? —exclamó Naz—. Aunque lo que más me interesa, Mannie, es saber cuándo me vas a pagar mis seiscientas libras.

Mannie se levantó, pero contestó con los hombros encogidos, como si esperara que aquel gesto obrara milagros.

—No las tengo —susurró, sin parar de tirarse de las mangas del jersey—. Ya sabéis que no voy a salir corriendo, pero no las tengo. Yo no te estafaría, Naz. Estoy intentando reunir la pasta.

—Seiscientas libras o trescientos secantes. El plazo venció la semana pasada. ¿Sabes qué? Creo que tendría que cobrarte intereses. —Naz se volvió hacia su compañero—. ¿Qué tipo de interés debería cobrarle, Omar?

—Cárgatelo.

Mannie miraba a Naz con ojos implorantes.

—Has intentado evitarme, Mannie. No entiendo qué coño te pasa, pero Omar tiene razón. Debería dejar la deuda como impagada y volarte la tapa de los sesos.

Naz se llevó una mano a la espalda. Resultaba que sí tenía una pistola: en la parte trasera del cinturón. Cuando la sacó, Mannie hizo un ruido gutural, algo que Hogie no había oído en su vida.

Naz siguió hablando en tono bajo y nasal, sin apenas mover los labios.

—Eh, Mannie. No te vayas a mear encima. No está cargada.

Naz se pasó la pistola a la mano izquierda, poniéndola sobre la palma. Entonces se sacó del bolsillo un cargador y lo introdujo en la culata. Se oyó un chasquido al encajar el cargador. A continuación se cambió el arma de mano y corrió una barra situada encima del tambor.

—Ahora está cargada —le informó Naz.

Mannie perdió el equilibrio y se cayó al suelo, desapareciendo del campo de visión de Hogie. Era muy improbable que volviera a levantarse en un futuro próximo.

Naz y Omar miraron a Mannie desde un ángulo, mientras Hogie lo contemplaba desde otro. Al alzar la cabeza la mirada de Hogie se encontró con la de Naz. Levantó las manos y comenzó a retroceder hacia un rincón.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —preguntó Naz.

Hogie mantuvo las manos en alto y notó que le temblaban. No tenía nada que decir; no hacía falta. De pronto oyó una voz conocida que decía:

—No pasa nada. Somos amigos de Mannie.

Era Cheb. Había vuelto a la Tierra y tenía una pinta bastante decente. Incluso se le veía relajado, en el umbral de la puerta, con una sonrisa dulce y las manos extendidas. Era una señal de paz para acompañar su tono tranquilo.

—¿Por qué estáis todos tan nerviosos?

Naz se volvió hacia él con la pistola en la mano, aunque curiosamente no parecía tan amenazador. La había bajado un poco y Cheb se comportaba como si no hubiese visto el arma. En ese momento estaba preguntando si alguien quería preparar un té.

—Eh, Hogie. Tú eres cocinero. ¿Por qué no vas a hervir el agua?

Hogie tuvo que salir a comprar leche, porque Mannie no tenía. Cruzó la calle hasta la tienda de la esquina, donde un grupo de niños le pidieron dinero para golosinas. Dentro había unos cuantos hombres que iban a ver el partido del Manchester City y compraban provisiones para el campo: chocolatinas y bolsas de patatas fritas. Todas las calles cercanas a Santiago Street estaban ya llenas de coches, algunos en doble fila, aunque el partido no empezaba hasta al cabo de una hora y cuarto.

Atrapado entre los aficionados del City, Hogie tuvo que esperar un buen rato a que lo atendieran. Se pasó el tiempo pensando si le podía comprar otra cosa a Mannie. ¿Habría algún dulce especial para sustos?

Cuando había salido de la casa, Mannie parecía estar recuperando el conocimiento. Todavía seguía en el suelo, exactamente como había caído, pero había comenzado a lloriquear por lo bajo. Por suerte, Cheb y los paquistaníes se estaban llevando de maravilla; no parecía que fueran a disparar a nadie. Hogie ignoraba si Cheb había ayudado a calmar la situación, si lo había hecho a propósito o si simplemente se había dejado llevar. También se preguntó si Cheb era tan legal como parecía. La verdad era que debería preocuparse un poco más de él.

Hogie pagó la leche, una docena de huevos y un paquete de salchichas de frankfurt que encontró en la nevera de la tienda. En ese momento cayó en la cuenta de que tenía hambre. La tensión que había comenzado a sentir en el pecho y el cuello durante las tres últimas horas se le había extendido por todo el cuerpo, dejándole los nervios a flor de piel. Después de que Naz guardara su pistola, la tensión se había convertido en un vacío peligroso. Hogie esperaba recuperar un poco de equilibrio psíquico si comía pronto.

A la salida de la tienda empezó a arrepentirse de haber comprado las salchichas. No podía ofrecer carne de cerdo a un par de paquis. Hogie se acordó de cuando había lomo en el colegio y cómo a ellos siempre les daban un triste plato de queso rallado.

Al entrar otra vez en la casa, Hogie encontró a Cheb y a Naz sentados en el sofá. Naz

estaba enseñándole a cargar el arma y a introducir la primera bala en la recámara. Mannie estaba sentado en un sillón junto a la estufa.

—¡Voy a hacer el té! —anunció Hogie, agitando el cartón de leche.

—Ya lo ha hecho Omar —replicó Naz—. Tú sólo tienes que servirlo.

—Hogie —dijo Cheb—. ¿Sabes lo que ha hecho Mannie? Naz le dio trescientos tripis para vender; él pilló cinco para probarlos y escondió el resto. Lo malo es que estaba tan colgado que no se acuerda de dónde los metió. Lleva una semana buscándolos por toda la casa.

—¿Por qué no se los pagamos nosotros?

—Pues claro —contestó Cheb—. Nosotros te daremos el dinero, Naz.

—¿Vais a saldar las deudas de este capullo?

Cheb se encogió de hombros. Pues sí.

Hogie se sacó un rollo de billetes del bolsillo.

—Yo tengo doscientas.

—Aquí están las otras cuatrocientas.

Cheb le pasó un fajo de billetes de cincuenta.

—Listo. —Naz cogió los billetes y se volvió hacia Hogie—. Oye, rubito, éste dice que eres cocinero. Pues ¿sabes qué? Yo también. O lo era, antes de dedicarme a los negocios. Ahora Omar se encarga de las recetas: vamos, mezclar el *speed* con leche en polvo para bebés o remojar los secantes.

Omar asintió con orgullo.

—Prueba un poco del pastel de Hogie —le ofreció Cheb, levantando el plato del suelo.

Naz frunció el ceño.

—Nos lo íbamos a comer, pero todos los cuchillos están jodidos —explicó Hogie mientras señalaba la estufa.

Naz le hizo un ademán a Omar, y éste se metió la mano dentro de su enorme camisa y sacó un cuchillo gigantesco.

Con él cortó la «chocoyogutarta» en seis trozos y, usándolo a modo de pala, le pasó uno a Naz.

—¿Qué te parece? —le preguntó Cheb.

Naz mordió un poco.

—No está mal. Para una fiesta infantil, claro. ¿Es lo único que sabes hacer?

—No —contestó Hogie—. Anoche estaba hecho polvo, así que hice algo sencillo.

—Y que lo digas. —Naz hizo una pausa mientras se terminaba su trozo—. Eres chef, ¿no? ¿Y dónde trabajas? ¿En el centro?

—En Londres. Estoy a punto de abrir mi propio restaurante. Cheb es el maître.

—Genial. Tiene una pinta de maître que te cagas —se burló Naz—. Oye, ¿sabes qué? Deberías darle un curro a Mannie. Ya hemos visto que para camello no sirve.

La verdad es que en ese momento Mannie tenía aspecto de no servir para nada. Todavía estaba tirándose de las mangas del jersey, hecho un ovillo en el sillón. Mannie había sido el único que terminó el colegio, mientras los demás hacían formación profesional y aprendían un oficio. Incluso había ido a la universidad, a la única facultad donde le dejaron entrar, pero no terminó la carrera: psicología conductista. ¿Para qué coño servía eso? Aunque Mannie no era el único que no había dado un palo al agua en toda su vida. Era jodido, pero, que Hogie supiera, él y Jools eran los únicos que habían tenido algún tipo de éxito en su profesión.

Naz asentía con la cabeza y decía:

—Pues sí, yo era cocinero. Empecé en el restaurante de mi tío cuando tenía doce años. Y me pasé seis cocinando, hasta que encontré mi verdadera vocación: gángster.

Cheb asintió. El tío era un gángster cojonudo.

—Pero deberías haber seguido cocinando y así serías el Chef Gángster. Tendrías tu propio programa de televisión, libro de recetas y todas esas mierdas. Irías a las tiendas y escogerías los mejores trozos de carne a punta de pistola. Y asarías pimientos con lanzallamas.

—Suenan bien.

—Deberías pensarlo, tío. Mira la mierda que ponen en la tele. Como Hogie, por ejemplo.

Naz se volvió hacia Hogie.

—¿Tú has salido por la tele?

Hogie asintió.

—Una vez.

Estaba a punto de señalar el vídeo, pero Cheb lo interrumpió.

—Todo el mundo sale por la tele hoy en día. Incluso dejan salir a la hermana pirada de Mannie.

—¿Qué hace?

—¿Qué hace? —preguntó Cheb.

Hogie se encogió de hombros, esperando que Mannie se lo contase. Cuando éste se dio cuenta de que todos lo estaban mirando, consiguió murmurar:

—Es la sobrina de Derek Taverner en su segundo matrimonio.

—*Pony Trek!* Yo siempre lo veo. Es Charlie Brompton, ¿no? Pues no está mal la chica. —Se relamió Naz—. Nada mal.

Cheb y Hogie se miraron, pero Cheb habló primero:

—Seguramente le gustaría. Si quieres os presento. ¿Por qué no me das tu teléfono?

Lunes por la mañana, de vuelta en Londres. Hogie llevaba una hora despierto cuando oyó la radio de Cheb. Con el bol de cereales en la mano, abrió la puerta y entró. La habitación era un cajón de tres por tres que hasta ese momento Hogie había usado como trastero. Sin embargo, ese día estaba irreconocible. Cheb había cubierto todas las paredes con papel de aluminio; del techo colgaban unas tiras sueltas que capturaban la luz y la proyectaban por todo el suelo de madera. Y justo en el centro, Cheb: el gurú metálico en su yurta de papel de plata. Sentado con las piernas cruzadas en un colchón, su amigo estudiaba un enorme mapa de Inglaterra.

—Estás despierto.

—Sí. —Cheb no necesitaba despertador. Todavía estaba con el horario asiático y se había levantado antes de que la grabación del último sermón del reverendo Jim Jones llegase a la parte interesante—. ¿Qué te parece?

Hogie siguió su mano con la mirada.

—Muy bonito.

—Es *feng shui*. Si quieres vivir bien, tienes que optimizar el potencial del espacio.

—¿Qué le ha pasado a la moqueta?

—He tenido que quitarla, me estaba dando dolor de cabeza. ¿Sabes qué? No me había dado cuenta del coñazo que iba a ser volver a casa. Después del mal rollo que me dio en Manchester, me puse a pensar. Tengo que volver a aclimatarme. —Cheb clavó un dedo en el mapa que había desplegado frente a él—. Coordinar. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —respondió Hogie, aunque no lo sabía.

Siguió desayunando sin demasiado apetito, al tiempo que observaba que él tenía mucho peor pinta que Cheb. Manchester les había afectado de manera contraria; Hogie había experimentado un pequeño subidón y la caída consiguiente, mientras que Cheb había salido disparado hasta la estratosfera, pero había vuelto lleno de energía, casi renovado.

Tenía las neuronas a mil, con los motores listos para despegar.

—Hoy paso de currar —anunció Hogie—. No tengo por qué presentarme hasta mañana, para preparar la inauguración. Los cocineros también empiezan entonces, así que, siempre que llegue pronto, no creo que haya problema. —Esperaba haber diseñado algún tipo de experiencia culinaria antes del día siguiente.

—¿Y la comida? —dijo Cheb.

Hogie había escrito una lista de ingredientes básicos para que Cheb la enviara por fax a sus proveedores. El resto lo compraría él mismo en el mercado por la mañana temprano.

—¿Cómo de temprano?

Hogie se inventó una hora.

—Hacia las cinco, supongo.

—Pero si tú nunca te has levantado tan pronto.

—Pillaré un poco de *speed*. Es lo normal cuando vas al mercado.

Cheb recogió el correo que había en la puerta, paró un taxi y abrió las cartas de camino al restaurante. Sólo había una carta de Hacienda, unos cuantos folletos de compañías alimenticias y un montón de tarjetas de otros chefs deseándoles buena suerte. Cheb lo metió todo en su maletín y se pasó el resto del trayecto admirando el paisaje y contando las calles hasta el Soho, el centro de su nueva ciudad.

El restaurante estaba muy bien situado, en una calle lateral, a cuatro pasos de Dean Street. Por lo poco que había visto, aquél era el barrio gay de la ciudad. El restaurante se llamaba La George, un nombre que encajaba perfectamente con el ambientillo. Las letras adornaban la ventana como un enorme autógrafo de diva, pero tras el cristal el *feeling* era más distante, un poco mira pero no toques. Mucho más frío que la calle, sobre todo en esos momentos de calor veraniego. Cheb abrió la puerta con su llave y se encontró en un comedor que todavía olía a pintura fresca; el suelo, de madera blanca, estaba reluciente. Sin duda el sitio estaba listo para su inauguración, pero Cheb todavía tenía pensadas un par de ideas decorativas sutiles.

Tras recorrer la sala, Cheb pasó por debajo de la barra y dejó el maletín junto al contestador automático. La luz roja parpadeaba. Cheb pulsó el botón y escuchó los mensajes; la mitad eran respuestas de invitados a la fiesta; el resto, ruegos descarados para obtener una invitación. Al parecer nadie en Londres quería perderse una comida gratis. Cheb decidió que tenía mejores cosas que hacer que ponerse a apuntar teléfonos.

Abrió su maletín. Tan sólo con tocarlo ya se sentía elegante, como si fuera un espía del servicio secreto británico. Lo había comprado durante su escala de tres horas en Qatar, cuando volvía de Bangkok. Le había parecido irresistible: libre de impuestos, hecho de plástico endurecido y tapizado de espuma. Costaba cuatrocientos dólares y venía con un taladro multiuso inalámbrico. Cheb no necesitaba una caja de herramientas, pero, una vez vacío, el maletín tenía el tamaño perfecto para su máquina de tarjetas de crédito. La máquina era tecnología del Lejano Oriente y por tanto merecía un respeto. No podía llevarla por ahí en una vieja bolsa Adidas, entre el *Libro tibetano de los muertos* de Timothy Leary y otros clásicos para viajes largos.

El descodificador era una auténtica pieza de ingeniería: cuadrado y negro, con una ranura en la parte superior del ancho de una tarjeta de crédito. El muy cabrón parecía morirse de ganas de pegarle un mordisco al crédito de alguien. Cheb se agachó debajo de la barra, en busca de un enchufe libre. La cosa era de lo más sencilla. Estaba tiradísimo; con la máquina oculta debajo de la caja registradora, Cheb podía copiar la tarjeta de alguien en pocos segundos, incluso ante sus propias narices. Era tan fácil que casi ni se merecía esa copita gratis que se iba a tomar.

Empezó a examinar las etiquetas hasta que vio una que le gustó: un armagnac que estaba en el estante de arriba. Después de coger la silla y alcanzar la botella, se sirvió una copa más que generosa. El licor tenía un sabor no del todo delicado, con un toque travieso y un puñetazo final de efectos retardados. Cheb lo habría combinado con Coca-Cola pero no había, así que se lo tomó solo y esperó acordarse de llamar a los proveedores.

La botella volvió al estante. Y tras un enjuague rápido, el vasito también volvería a su



sitio. Cheb empujó las puertas del fondo del restaurante y entró en la cocina. A simple vista no había nada extraño, pero curiosamente algo lo puso sobre aviso antes de notar el olor.

Encontró el cadáver sentado en los fogones. Pese a que tenía la cabeza oculta tras la campana del extractor, Cheb dedujo que el tío estaba muerto. Quienquiera que lo hubiese sentado ahí, le había bajado los pantalones para que hubiera más contacto entre los fogones y el culo. El gas estaba apagado, pero Cheb vio los daños causados entre las piernas abiertas del hombre. Las primeras moscas del verano zumbaban alrededor de aquella escena de tortura.

El cuerpo olía a pelo quemado, y eso aportaba un leve toque acre al suave aroma de su carne. Cheb tiró fuerte de los brazos delgados y extrajo el cuerpo de la campana. La cabeza chocó contra las paredes de acero inoxidable antes de estrellarse contra la encimera de la cocina. Era un chico joven, pensó Cheb, más o menos de su edad. Los moretones de la cara lo habían estropeado un poco, pero seguía siendo reconocible. Aunque él no lo conocía. Eso sí, le recordaba un poco a Hogie.

Había trozos de carne quemada enganchada a los fogones. Sin pensarlo, Cheb alargó el brazo y arrancó un pedacito con la uña. El cadáver yacía inerte y retorcido, con los fogones marcados en las nalgas como estrellas de cinco puntas. Cheb se quedó mirándolo mientras se limpiaba un poquito de grasa que se le había metido debajo de la uña con un colmillo. En cuanto se dio cuenta de lo que hacía, se sacó el dedo de la boca. Había leído en algún sitio que los aztecas se comían las entrañas de sus víctimas. Él lo comprendía, pero no era un caníbal, sino un mero espectador.

Cuando registró los bolsillos del muerto, encontró un par de papeles de fumar, pero nada que pudiese servir como identificación: ni tarjetas, ni permiso de conducir, ni carné de un videoclub. No tenía ni idea de cómo reaccionar ante semejante situación. Tal vez si se pasaba el día considerando las posibilidades, se le ocurriría algo. Comenzó a dar una vuelta y luego otra. Al cabo de cinco vueltas, estaba girando descontrolado. El córtex izquierdo de su cerebro se había fundido y el derecho se hallaba en plena parálisis. Orbitaba como un satélite por la cocina, propulsado por sus propios nervios desquiciados.

Finalmente decidió limpiar.

En un rincón de la cocina había un enorme cubo de basura con ruedecitas. Cheb tardó bastante en trasladar el cadáver hasta el borde y tirarlo dentro, ya que el tío medía al menos treinta centímetros más que él y era todo brazos y piernas. Pero al final lo consiguió y remató el asunto sellando el cubo con la tapa.

A continuación se lavó las manos y volvió al comedor. Tenía la vista fija en el suelo, pero la levantó al oír un chirrido de frenos. Fuera, en el mundo real, Jools estaba saliendo de un clásico taxi londinense. Llevaba una maleta enorme, como si fuera a dar la vuelta al mundo, y estaba buscando en el monedero. A Cheb se le ocurrió cerrar la puerta con llave, pero en esos pocos segundos ella pagó al taxista y se volvió. Cheb vio claramente su cara avinagrada a través del cristal y ella también lo vio claramente a él, atrapado en el restaurante.

Antes de que tuviera tiempo de moverse, Jools entró con su equipaje; tenía la cara roja por el esfuerzo. Una vez dentro, dejó caer la maleta en el suelo y se desplomó en una silla.

—¿La George? ¿Y eso qué quiere decir?

—Es el nombre del propietario —contestó Cheb—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella se limitó a decir:

—¿Dónde está Hogie?

—Hoy no trabaja... ¿Qué haces aquí?

—Déjalo, Cheb. Estoy hecha polvo. Si me das una Coca-Cola o una copa, te dejo en paz. Sólo necesito las llaves del piso de Hogie.

—¿Qué?

Ella respiró hondo y soltó el aire a través de sus dientes apretados.

—No me jodas, Cheb. Sabes que Hogie me pidió que viniera a vivir con él. He tenido un viaje de puta pena. Necesito una rayita o un trago y descansar un momento. Así que venga.

Para que se callase, Cheb fue al bar y le puso un coñac, aunque no del que él había estado bebiendo. Si ella pensaba que había tenido un mal día, debería probar el suyo.

Jools le estaba contando que tenía dolor de cabeza por culpa de los gases del tren. Al parecer todo su vagón apestaba a nitrito de amilo, porque dos desgraciados de Liverpool se pusieron a inhalar *popper*, a liar petas y a agobiarla durante todo el trayecto. Cuando el tren llegó a la estación de Euston, Jools descubrió que los dos trabajaban para la compañía ferroviaria: uno era el conductor y el otro el jefe de tren que tenían que llevar el Intercity de vuelta a Lime Street. Jools juró que la próxima vez iría en avión, como Hogie. Cheb no le dijo que volar había sido idea suya y que Hogie prefería ir en coche.

En una pausa para respirar, Jools dedicó un momento a admirar el restaurante.

—Esto está fenomenal.

Estaba impresionada, boquiabierta. Cheb le preguntó de dónde había sacado la dirección.

Jools extrajo del bolso un ejemplar de *Time Out*.

—Venía aquí. Lo compré para leer un artículo y encontré la foto de Hogie.

Cheb cogió la revista. Estaba arrugada, con un día de uso como mínimo, por lo que debía de haberla comprado antes de salir de Manchester. Al llegar al índice, vio un artículo titulado «¿Debe morir la chica de *Pony Trek*?» junto a una foto borrosa de Jools.

—Los dos hemos salido en el mismo número: Hogie y yo.

Cheb asintió. Ajá. Seguro que estaban predestinados. Encontró el artículo sobre Hogie y La George en la sección llamada «Intro»: trescientas palabras acompañadas de una foto en color de Hogie, con su pelo brillante y la sonrisa alelada.

Era una minibiografía, escrita en una prosa que describía a Hogie como si fuera una estrella del porno más que un cocinero de moda.

Cheb hojeó la revista y le preguntó a Jools si había alguna foto de su muerte que pudiera estropearle la digestión.

—No. La productora no ha divulgado fotos del accidente. Prefieren mantener los detalles en secreto, para aumentar el impacto.

—Pero si te va a atropellar un camión; todos lo sabemos —se burló Cheb—. Ya se lo has dicho a todo el mundo.

—Mañana por la mañana tengo una entrevista en un programa y voy a hablar del mensaje que queremos dar.

—«Cómo deshacerse de una actriz foca con un camión articulado.»

—Vete a la mierda. Es un mensaje de seguridad vial. Además, en la entrevista podré hablar de mi carrera cinematográfica.

Finalmente, Cheb logró sacarla del restaurante. Una vez en la calle, le indicó el camino a Picadilly y le dijo que había un cerrajero en la estación de metro. Ella lo tenía claro si creía que Cheb iba a entregarle sus únicas llaves.

—Estoy harta —protestó Jools—. Dame las tuyas y se acabó. A ti no te harán falta, porque yo estaré en el piso cuando vuelvas.

Cheb no las soltó.

—¡Dámelas! —gritó ella.

—Ni de coña.

—Vale, haré una copia. ¿Dónde está Picadilly?

Cheb volvió a indicárselo:

—Bajas por esta calle, cruzas Old Compton Street y es la última a la derecha.

No había pérdida.

—Vale..., vale..., vale —asintió Jools.

—Y deja la maleta aquí.

Jools la tenía bien sujeta. Cheb sabía que la tía no tenía la más mínima intención de hacer una copia de las llaves. En cuanto doblara la esquina, cogería un taxi y adiós muy buenas. Pero en esos momentos tenía que enfrentarse a la enorme vergüenza de una pelea frente al restaurante. Los dos lucharon por la maleta como carteristas. A Cheb sólo le faltaba que apareciese la poli para acabar de rematar el día.

Entonces a Jools se le ocurrió otra idea.

—Haz tú la copia y yo me quedo aquí.

No, no, no.

—¿Y dejarte sola en el restaurante? Una mierda. Puede que sea irresponsable, pero no gilipollas.

Jools soltó la maleta.

—Vale. ¿Dónde está Picadilly?

Cheb agitó los brazos, desesperado.

—Alucino contigo, tía. Es al final de esta calle. ¿Ves esta calle? ¡Pues al final, hostias!

Cheb estaba señalando con el brazo y de repente Jools le dio en la muñeca con el canto del bolso. Las llaves de Cheb cayeron al suelo. Ella se agachó, pero él aunque seguía gritando y agarrándose la muñeca por el dolor, logró darles una patada antes de que las pillara. Jools ni siquiera se molestó en ir a buscarlas, sino que lo miró con desprecio y le soltó un puñetazo en toda la nariz. Cheb se quedó dando tumbos por la calle mientras ella recogía el llavero y echaba a correr, maleta en mano.

—¡Pero si no tienes la dirección, tonta del culo! —le gritó Cheb.

Ella lo oyó, pero siguió corriendo. Cheb estaba seguro de que no tenía la dirección.

Mierda, la muy zorra debía de tenerla. Cheb comenzó a perseguirla y de pronto recordó la correspondencia que había dejado en la barra del bar, toda dirigida al piso de Hogie. Jools debía de habérsela llevado, aunque Dios sabía cómo o cuándo. Era una descarriada, incapaz de seguir el camino recto. Y parte de la culpa la tenía ese culo gordo, que la desequilibraba.

Cheb la alcanzó cuando abría la puerta de un taxi, y se la cerró de golpe. La tía podía gritarle todo lo que quisiera, pero él no pensaba moverse.

—Tienes todas mis llaves, tía. Las del restaurante, las de mi casa de Manchester, las de todas partes.

—Te las devolveré.

—Ya las cojo yo. —Cheb le arrancó el bolso.

Si no tenía las llaves en la mano, debían de estar ahí dentro. Retrocedió hasta el bordillo, abrió el bolso y las encontró entre el fajo de cartas robadas.

—Mira esto. ¡Míralas! —Cheb las agitó ante su cara—. ¿Qué más has encontrado?

—¿Qué?

Cheb notó que le hervía la sangre.

—Que qué más has encontrado, coño. ¿Qué más buscabas?

No podía haber entrado en la cocina... ¿O sí?

—Nada más. ¿De qué cojones hablas?

—¿Y la cocina? —Bueno, ya lo había dicho—. ¿Has entrado en la cocina?

—Pero ¿de qué vas?

A Cheb la sangre se le agolpaba en el cerebro. Tenía el cuero cabelludo tenso como la piel de un tambor. Se sentó en la acera con la cabeza entre las manos e intentó contener las palpitaciones.

—No, no he entrado en la cocina. ¿Qué coño te pasa?

El taxi se marchó. Jools no podía hacer nada, así que se sentó a su lado en el bordillo. Había dejado de pelearse con él, pero a Cheb ya le daba igual.

—Estoy harto —musitó—. No sé cómo lo aguantas.

—Venga, Cheb —le consoló ella.

Cheb estaba dispuesto a contárselo todo. No quería montar otro número, pero ya era hora de contarle la verdad.

—Hogie está pirado. Sabes perfectamente que pierdes el tiempo con él, pero vas y te presentas igualmente.

Ya estaba. Jools saltó como un cohete.

—Vete a la mierda, Cheb. Sólo porque Hogie se tiró a tu madre.

Él la miró a los ojos.

—Y a la tuya también, Jools. A la tuya también.

Ella se puso a gritar como una loca, pero sólo estaba negando lo evidente.

—Si no me crees, te enseñaré las fotos —le dijo él.

La estaban siguiendo. Susan lo notó poco después de bajarse del taxi. Pagar al taxista delante de Harrods ya había sido bastante complicado; tenía las libras mezcladas con la calderilla española y tuvo que ir comprobando las monedas una por una. Durante toda esta movida, una figura la estuvo acechando desde la derecha. Ella pensó que se trataba de alguien a la caza de un taxi, pero ya dentro de los almacenes notó claramente una presencia extraña que se iba abriendo paso entre la masa anónima de compradores. Era algo ansioso, fuera de lugar.

Susan se paseó con tranquilidad por la sección de caballeros y apretó el paso cuando llegó a la de artículos de fumador. Yendo de un lado a otro por Harrods esperaba forzar a su perseguidor a dar un paso en falso. Pero no ocurrió nada, aparte de notar que la sensación de paranoia iba en aumento. En la sección de charcutería seguía sintiendo esa presencia, a pesar del fuerte aroma a queso fresco que lo invadía todo. Susan pasó de largo por los embutidos y fue directa a una pila de conservas, aunque sabía por experiencia que las berenjenas en vinagre no valían nada. Sin embargo, se le había ocurrido una estratagema; coger el bote de tamaño familiar y registrar la sección de alimentación a través de su jugo violáceo.

Desgraciadamente, su perseguidor seguía oculto. A su derecha había unos cuantos peinados lamentables y a su izquierda, tres pelucas jasídicas de lo más ordinario, pero nada que pudiera considerarse verdaderamente siniestro. Si la sensación no hubiese sido tan fuerte, Susan la habría atribuido al nerviosismo que siempre sentía después de un viaje en avión. Ese mismo día, aunque había reservado un vuelo de Málaga a Manchester, había conducido más de quinientos kilómetros hasta Madrid y luego había cogido un avión hasta Londres. George Carmichael había orquestado toda la operación por motivos de seguridad, basándose en la suposición de que su marido la seguiría. George se despidió con un «*bon voyage*» y la promesa de dejar la llave debajo del felpudo del nuevo piso; todo para que ella pudiera irse a dormir en cuanto llegara. Al final resultó que había una huelga de controladores aéreos y Susan no llegó al centro de Londres hasta las nueve de la mañana y entonces ya estaba demasiado acelerada para dormir. Por eso le pidió al taxista que la llevara a Harrods. Como no tenía ropa hasta que Callum apareciese con su maleta, se le había ocurrido ir de compras.

Las pelucas horteras pertenecían a una unidad familiar compuesta por tres generaciones; exactamente el tipo de cliente al que estaban destinados aquellos botes enormes de berenjenas. Susan pensó que sería divertido hacer sus compras en Knightsbridge, para darse a sí misma una bienvenida a Londres, pero sentirse vigilada le quitó todo el encanto.

Susan apoyó la cesta metálica en el mostrador de la pescadería y se dirigió a la sección de ropa de señora. Al cuerno la comida; no tenía ganas de comprar ni apetito, porque —además de lo mal que le habían caído los cócteles del avión— se había esnifado todo el *speed* de Callum de camino a Madrid. ¿Y por qué no? Total, era un vuelo nocturno. Tenía derecho a tomarse un poco del sulfato de su hijo si le daba la gana. ¿O no?

El aura de dinamismo causada por las anfetaminas todavía le duraba cuando llegó a la sección de perfumería. Iba espantando con las manos a los que pretendían infectarla con muestras gratuitas. Susan huía de todo lo que la agobiaba, poniendo tierra por medio —o en este caso, amplias extensiones de suelo pulido—. Al salir de aquella

sección, estuvo a punto de concluir que la culpa de su paranoia la tenían las anfetaminas españolas. Como decía Callum, el *speed* español sólo servía para desatascar cañerías. Pero entonces reparó en una imagen reflejada en las puertas del ascensor. Cuando encontró a su perseguidor, los otros compradores pasaron a un segundo plano.

Las puertas del ascensor se abrieron y Susan esperó su turno para entrar. Una vez dentro, se abrió paso hasta el fondo, sorteando a un par de árabes, a una japonesita regordeta y a un viejo borracho que llevaba una gorra Burberry. Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando se coló la última persona. Susan se volvió hacia las paredes cubiertas de espejos para poder examinarla detenidamente. Era un chico alto, pelo rubio hasta los hombros, bigote bien cuidado sobre una sonrisa incierta. Y una perilla bajo aquel mohín.

El ascensor se detuvo en la primera, segunda y tercera plantas, pero el equilibrio interno apenas se alteró; una combinación de madre e hija reemplazó a los dos árabes, el borracho se cambió por una vieja arrugada y, al bajar la madre y la hija, entraron dos saudíes. Susan dio unos pasos al frente y el joven mordió el anzuelo; pensó que ella iba a salir y se le adelantó.

Susan lo dejó colgado en la tercera planta. Sólo tuvo que aparentar un poco de indecisión, echar un vistazo a la lista de secciones de la planta, negar con la cabeza y encogerse de hombros cuando las puertas se cerraron ante ella.

Hogie se moría de rabia. Aporreó los botones de todos los ascensores y, como ninguno se abrió, miró a su alrededor en busca de la escalera. El rótulo indicaba que estaba fuera de la sala de ascensores, o sea, demasiado lejos. Entonces oyó el ruido de un ascensor que bajaba y se animó, pero tuvo que esperar medio minuto hasta que pasó uno que subía. La había perdido, fijo.

La cuarta planta estaba casi toda dedicada a moda de señora. Hogie tenía que decidirse. Por lo que había visto desde que bajó del taxi, la mujer tenía unos gustos muy concretos. A él le pareció que podía adivinarlos, pero en esos momentos no tenía ni puta idea de adonde dirigirse.

Hogie había decidido no ir al restaurante y pasarse el día dándose una vuelta por los grandes almacenes. Entonces la mujer pelirroja bajó del taxi y él le vio la cara interior del muslo. Era justamente lo que había estado esperando. La tía era una diosa... Hogie alucinó al verla moverse por la planta baja con aquel culo increíble. Ya se imaginaba la ropa interior que había debajo del vestido de lino. En la sección de alimentación, Hogie incluso creyó ver una oportunidad, pero desgraciadamente ella había cogido un bote de conservas en vinagre. ¿Cómo iba a ligársela hablando de berenjenas?

Hogie subió hasta la planta más aburrida, la dedicada a esa franja tan insulsa y unisex entre los quince y los veintipico años. Al pasar por delante de los probadores, su polla se relajó bajo los pantalones. Ya más tranquilo, se puso a mirar trajes y a revolver en las pilas de jerséis, pero pasó de sacar una de sus tarjetas de crédito. Decidió que lo mejor sería comer algo y buscó el café más escondido y pasado de moda para sentarse a contemplar a las mujeres mayores.

Fue atravesando sala tras sala de ropa de mujer. Aunque no todo era ropa; Hogie vio cadenitas de oro y todo tipo de complementos brillantes. Nada era de su gusto hasta que se imaginaba a las mujeres que lo llevaban: tías judías o quizás árabes. Le

excitaban los tonos de sus pieles, siempre y cuando no fueran demasiado bajas, gordas o con pinta maternal. Le gustaban los cardados estilo años sesenta que usaban las mujeres judías, con un toque a lo Jackie Onassis, pero teñidas de naranja en vez de negro. Hogie frenó al pasar junto a una árabe, de cuarenta y tantos años y carnes firmes. La mujer estaba dándole la vara a la dependienta y él se fijó en la dentadura blanca que asomaba por entre unos labios ultrarrojos.

A continuación entró en una sala de estilo norteamericano, en la que se ofrecía la típica gama de colores pálidos y campestres: camisas blancas y pantalones de pinzas. Demasiado simple. Aunque una delantera alimentada con maíz y vista a través del escote de una camisa planchada podía ser irresistible. Especialmente si todo el conjunto descansaba sobre un culito prieto de montar a caballo. Pero ese día no había nada que se le pareciera.

Hogie pasó a otra sala, donde experimentó una reacción más compleja ante el estilo de ropa que allí se exponía. Por un lado le encantaba la sensación de frialdad de la alta costura, ese toque de suspense, el bodegón de un zapato sobre una columna... Pero por otro, aquéllos eran los trapos que preferían las mujeres de tipo huesudo, que siempre le habían dado bastante grima. Hogie no negaba que las siluetas finísimas de esas viejas forradas tenían su encanto, pero para ver y no tocar. Su lema era: «A las bien vestidas, mejor no desvestirlas.»

Allí también encontró una colección de vestidos con un diseño inspirado en las gabardinas. Y éstos sí que tenían muchísimo morbo, porque cualquier vestido con pinta de abrigo parece un abrigo que se lleva directamente encima de la ropa interior. Y eso está a un paso de ir desnudo.

La siguiente sala era la de lencería y a Hogie casi le dio algo. Los probadores se alineaban tentadores a su izquierda; se moría de ganas de correr hasta allí, pegarle un puñetazo a la bruja de la entrada y derribar cada puerta de una patada. La energía sexual lo había puesto como una moto; tuvo que buscar un sitio para sentarse, fumarse un pitillo y calmarse.

El café del último piso era una curiosa estructura circular, construida a finales de los años sesenta y nunca renovada del todo. Se entraba por un arco de yeso blanco y en las paredes había una serie de ventanas redondas con vistas a la tienda. Todo era blanco y verde: vinilo blanco estilo espacial y sillones de cuero verde. Recordaba vagamente a una película de Kubrick, pero en realidad era clavado a una película porno alemana que Susan había visto. El salón del protagonista tenía una alfombra peluda de color blanco y un enorme sofá circular, y en las paredes curvadas había unos huecos redondos con una mujer desnuda en cada uno. El protagonista se paseaba por la habitación bebiendo champán mientras ellas le acariciaban la polla o el culo. Susan no recordaba el título de la película, pero era mejor que la bazofia obscena que Frankie solía sacar del cineclub de su amigo en Great Windmill Street. Debió de ser hacia el setenta o el setenta y uno; la habían visto juntos en un piso de Chelsea, con un buen plato de pan de gambas, una caja de cerveza inglesa y una botella de coñac Hennessy. Vivir en Chelsea había sido un lujazo, aunque no se habían quedado mucho tiempo. Consiguieron el piso con los beneficios de un trabajito que hizo Frankie en un banco de Southgate y se fueron cuando lo detuvieron dos meses más tarde. De todos modos, en esa época ella ya estaba embarazada de Callum y el apartamento habría sido demasiado pequeño para una familia.

Susan tardó un rato en ver al chico rubio que la había estado siguiendo. Lo miró,



confundida, y él bajó la vista. Estaba claro que no era un profesional, pero tenía que ser adivino para haberla encontrado. El sulfato sólo produce paranoia cuando empiezas a ir de bajada y ella aún no se sentía así.

Finalmente cayó. La sonrisita tímida, el rubor, la forma en que jugueteaba con el pelo. Tendría que haberlo pensado antes.

Susan desvió la mirada, tragándose la risa que pugnaba por asomar a sus labios y que podía ser malinterpretada. Encendió un cigarrillo para ocuparse en algo. A continuación tomó un sorbo de café. Se preguntó si estaba haciendo demasiadas cosas a la vez; no quería parecer ni avergonzada, ni molesta, ni halagada. Entonces decidió poner a prueba su interés y se dispuso a jugar un poco con él. Primero se tomó el café y se fumó el cigarrillo con toda calma; quería darle la impresión de que tenían tiempo de sobra. Esperó a que él encendiera un pitillo y de pronto recogió sus cosas y se marchó. Al salir, se volvió un momento para mirarlo y sus miradas se encontraron durante un segundo.

Susan eligió bajar por la escalera mecánica para facilitar al chico la tarea de seguirla. Luego se tomó su tiempo en los puestos de perfumes, donde empleó los espejos para no perderlo de vista.

Antes de llegar a la calle se detuvo para abrocharse la gabardina. Él seguía detrás de ella; lo veía reflejado en el cristal de una vitrina. Susan observó que se abría paso entre un grupo de turistas japoneses. Sin embargo, él apenas la vio cuando abrió las puertas y se dirigió a la derecha. Susan avanzaba con paso decidido, evitando las partes más concurridas de la acera. De pronto, al llegar a Sloane Street cruzó como una loca entre medio del tráfico. Él se quedó plantado en la acera opuesta y la vio desaparecer por una puerta lateral de los almacenes Harvey Nichols.

Hogie empezó a cruzar la calle por detrás de un autobús, pero lo detuvo el tráfico que venía de Knightsbridge. Mierda. Ya no tenía manera de alcanzar a la mujer... Al entrar en la sección de perfumería de Harvey Nichols, sabía que su única posibilidad era tomarse las cosas con calma, planta por planta. Si ella quería que la encontrara, la encontraría. Hogie fue sorteando los puestos de las distintas casas de belleza hasta llegar a la escalera mecánica.

La mujer no estaba en la primera planta, tal como él había esperado (sabía que allí estaban las marcas que ella podía preferir). La segunda planta también fue un fracaso. No tenía ninguna fe en la tercera planta, porque la ropa era demasiado juvenil o demasiado informal. La sección de alimentación y el restaurante de la quinta planta tenían más probabilidades. Hogie estaba atravesando la tercera planta, sólo para asegurarse, y de pronto vislumbró un destello de pelo rojo al fondo de la sala. Inmediatamente localizó las posibles salidas y empezó a acercarse trazando círculos concéntricos, como si hubiera echado una red de pescar.

No vio más destellos, pero sabía que la mujer que iba debajo de aquel pelo rojo no podía habersele escapado. Había eliminado todas las posibles rutas de escape y finalmente llegó a los probadores y al lavabo de señoras. Sólo le quedaba esperar.

La pelirroja que salió del probador era una norteamericana llamada Lauren. Cuando oyó el ruido de las botas en el suelo de madera y se volvió para mirar, vio a un chico rubio que se le venía encima. El chico echó el freno, derrapó y logró detenerse a pocos centímetros de los pies de la mujer. Ella exclamó algo así como:

—¡Ay! ¡Para!

Él no la había tocado, pero le había dado un buen susto.

—Perdona, me he equivocado. Pensaba que eras otra persona. —El chico intentó calmarse; respiró hondo y se incorporó—. Pensaba que eras una mujer que estoy buscando.

Se había equivocado. ¿Qué podía decirle?

—Pues no lo soy.

—No.

Él dio un paso atrás, bajó la cabeza y adoptó una pose de adolescente tímido. Aunque ya no lo era. El chico tenía la gracia especial de mirar por debajo de su largo flequillo. Y el flequillo tenía la gracia especial de absorber los rayos de sol de su alrededor y convertirse en una fuente de luz que iluminaba el centro de la sala.

Por fin él le prestó atención.

—Perdona que te moleste, pero ese vestido es de Ben de Lisi, ¿verdad?

Lo era. Lauren lo había escogido en un impulso; al fin y al cabo, estaba de vacaciones.

—Sí, pero creo que no es mi estilo.

—¿Te lo has probado?

—¿Éste? —Ella miró la percha que colgaba de su dedo. No pesaba nada; podía olvidarse de que existía y dedicarse a contemplar al chico.

—Sí. —Él sonrió—. El vestido de Ben de Lisi.

—No. Me lo he visto en el espejo, pero no me lo he probado. Me ha parecido demasiado juvenil.

Él comenzó a negar con la cabeza y el flequillo se meció como filamentos de luz. Incluso la barbita, que ella acababa de ver en ese momento, no estaba del todo mal.

—No, no, qué va —decía el chico—. Bueno, puede que lo parezca, pero no. Lo que pasa es que Ben de Lisi no es fácil de llevar. No es imposible, pero es un poco problemático... Si quieres, te puedo ayudar.

—¿Ah, sí? ¿Trabajas aquí?

—Trabajo en los grandes almacenes en general. Soy un experto en ropa de mujer.

Lauren notó que se le escapaba una sonrisa. Pensó en dejarle seguir un poquito más, para ver cuánto aguantaría haciéndose el gigoló.

—Entonces, ¿qué eres? —le preguntó, arqueando una ceja—. ¿Una especie de asesor *freelance*?

—No. Soy chef. Pero si vuelves a los probadores, creo que podré ayudarte.

La sonrisa del chico dejaba claro que sabía que la tenía en el bote. Pero fue el entusiasmo infantil lo que la convenció, no las cosas que le dijo. Al volver a los

probadores, Lauren notó el contoneo rítmico de sus caderas, algo así como «ba-ba-bum». Después de pasar un arco, encontraron un espacio sin dependientes y con dos cubículos al fondo. Lauren entró en el de la izquierda, seguida de cerca por el Chico Champú. Fue idea de él cerrar la puerta con pestillo.

—Me llamo Hogie —dijo, mientras intentaba volverse en aquella caja minúscula.

—Yo Lauren.

Cuando él le cogió la mano, ella notó que tenía el pulso a mil. Lauren dio medio paso adelante, sabiendo perfectamente que no había espacio. Los dos se rozaron y permanecieron muy juntos hasta que las piernas de él chocaron contra el asiento del rincón y lo obligaron a sentarse. Hogie, el chico maravilla, la miraba como si no pudiera creerse la suerte que había tenido. Esa mañana, Lauren se había puesto un vestido de flores y, a la hora de comer, ya se había cansado de él. Sabía que le marcaba demasiado el tipo y, con el calor la tela parecía a punto de estallar. Al contemplar el azul de los ojos del chico, supo que el vestido no tenía por qué aguantar más.

—¿Te bajo la cremallera? —le preguntó él.

—Está aquí —contestó ella, levantando el brazo.

Oculto en la costura lateral había una cremallera de quince centímetros que le llegaba hasta la cintura.

El chico tiró de ella. Mierda; tendría que revolverse como una loca para salir del vestido. Él le puso una de sus manos cálidas en la cadera, en teoría para agarrar la tela, pero en realidad para empezar a explorar.

Con la cremallera bajada, Lauren tiró del vestido hacia arriba, encogió los hombros y empezó a mover los brazos para sacárselo por la cabeza. Estaba atrapada, era incapaz de ver nada; entonces Hogie le pasó las manos por detrás y la agarró por las nalgas, con firmeza pero sin violencia. Ella dejó de moverse. Hubo una pausa y finalmente se movió hacia Hogie y dejó escapar un gemido. Él deslizó los dedos entre sus bragas y se las bajó. Sin que ella supiera cómo, el chico logró situar su boca a la altura de sus labios vaginales. Lauren se tambaleó por un instante, pero recobró el equilibrio. Él respiraba deprisa. Lauren no sabía si era por la excitación de él, por los nervios o simplemente por la habilidad del chico, pero el calor húmedo del aliento de Hogie la estaba poniendo a cien. Dobló las rodillas para poder abrir bien las piernas y comprobó que la boca de él encajaba perfectamente. La lengua suave y carnosa del chico recorría sus puntos más sensibles y recogía el licor cálido de sus rincones más ocultos.

Cuando él volvió a la superficie, ella consiguió despojarse del vestido y lo arrojó al suelo. A continuación extendió los brazos hasta tocar las dos paredes del probador y, totalmente desnuda a excepción del sujetador y las sandalias, se sintió dueña de aquel espacio minúsculo. Hogie se levantó y se arrimó a ella para besarla. Lauren le devolvió sus besos empapados y se frotaron el uno contra el otro hasta que Hogie se bajó los pantalones y le pidió que se diera la vuelta. No había sitio para hacerlo de ninguna otra manera.

Ella se dejó caer hacia adelante con los brazos extendidos; apoyó las manos en el espejo y se dobló por la cintura. Frente a ella vio la imagen reflejada de Hogie, que miraba abajo a través de su flequillo. Al sentirlo en su interior, ella empujó hacia atrás y los dos tragaron saliva al mismo tiempo. Ella cerró los ojos. Hogie comenzó a moverse

con una ligera rotación, al mismo tiempo que acariciaba la piel suave de sus nalgas. El aire estaba impregnado del perfume de ella, del sudor de los dos cuerpos y del olor fresco del cabello de Hogie. Él olía tan bien y..., bueno..., quizás era un poco caótico y tenía demasiada prisa, pero sus jadeos y su grito de placer cuando se corrió dentro de ella... y ese olor tan tan dulce por todas partes... eran una auténtica gozada.

Lauren tenía buenos pulmones. Hogie se quedó impresionado. La tía gritaba mucho más fuerte que las madres de sus amigos.

Los problemas de Cheb lo habían mantenido alejado del restaurante durante casi una hora. Todos los gays de Old Compton Street se habían tomado el numerito de Cheb y Jools como la diversión del día. Para su desgracia habían decidido que él era el malo de la película y, en cuanto Jools empezó a llorar, la cosa se puso fea. Cheb no tuvo elección; le dio sus llaves y la metió en un taxi. Incluso le regaló su tabaco para que se tranquilizase un poco. Lo malo era que todos la habían reconocido. Estaba claro que llevaba demasiado tiempo fuera del país; ¿cómo iba a saber él que Jools se había convertido en un icono gay?

Al volver al restaurante, encontró a George Carmichael en el bar. Lo vio incluso antes de abrir la puerta. Cuando entró, Carmichael se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Quiero hablar contigo —le soltó con voz áspera.

Cheb se detuvo en el centro del comedor mientras Carmichael sostenía el teléfono de la barra con su enorme manaza y marcaba un número con la otra.

—Quédate aquí.

Cheb no se movió.

Carmichael no llamó a la policía, ni insinuó nada sobre un caso de asesinato ni dio a entender que sabía lo que le esperaba en la cocina. Cheb se pasó casi media hora en vilo, vigilando en silencio y deseando no haber regalado su tabaco con tanta alegría. Todas las llamadas telefónicas que hizo Carmichael eran tonterías y su voz hacía eco en el restaurante vacío. A Cheb sólo le sirvieron para averiguar que el tío era marica y el testaferro del restaurante. La dueña de verdad era una mujer con domicilio en España, pero a punto de aterrizar en Londres, Inglaterra. George Carmichael estaba llamando para anular cualquier cita que coincidiera con la que tenía con ella. El tío seguía dale que te pego, diciendo que no podría quedar hasta más tarde, que tenía que repasar las cuentas con la mujer y bla, bla, bla. Al final Carmichael cortó la conversación por lo sano.

—No, ella es legal. Es el marido el que es un problema... Para variar.

Ésas fueron sus últimas palabras. Cuando colgó de repente, Cheb estaba en las nubes, con la mirada perdida. Carmichael chasqueó los dedos.

—¿Por qué estaba abierto el restaurante?

Cheb negó con la cabeza.

—¿Abierto? Pues porque está usted aquí. —Cheb le mostró las llaves—. Yo acabo de llegar.

—¿Qué? ¿Ahora? —Carmichael consultó su reloj—. ¿Y Hogie?

—Tampoco ha venido, señor Carmichael. Hemos estado... —tenía que sonar bien— hablando con los proveedores. El todavía está preparando las cosas. Mañana es la inauguración.

Carmichael ya lo sabía. Entonces cogió el maletín de Cheb y lo abrió.

—¿Y esto? ¿No es tuyo?

Cheb miró el maletín vacío.

—No.

Carmichael se encogió de hombros.

—Pues ve a mirar en la cocina —le ordenó—. Yo ya he echado un vistazo y no parece que falte nada, pero es mejor asegurarnos antes de decidir si llamamos a la policía.

—Vale —asintió Cheb y se dirigió a la cocina.

No sabía adónde mirar. En cualquier sitio menos en el cubo de basura. Abrió un cajón bien ordenado en el que había batidoras, cucharones, cortapastas... El siguiente cajón estaba lleno de cuchillos.

Cuando oyó pasos, Cheb se volvió. Las puertas se abrieron como alas ante Carmichael, que se detuvo un instante a examinar el lugar. En una mano tenía una botella de coñac Otard y en la otra, dos copas. De sus labios colgaba un cigarrillo el doble de grueso que un Marlboro.

—¿Falta algo?

Cheb respondió que no. Carmichael le dio la espalda y colocó las copas en la encimera. Cheb se fijó en su nuca arrugada y su calva canosa mientras el hombre servía un par de tragos a ojo, más bien cargaditos.

—Entonces no hay razón para molestar a la policía.

Cheb dijo que no.

—¿Fue Hogie quien me dijo que eras budista? —preguntó Carmichael por encima de su hombro.

Cheb cerró el tercer cajón-espátulas y otras cosas de acero inoxidable que no sabía cómo se llamaban— y se acercó para recoger su coñac.

—Sé algo de eso, señor Carmichael. Pero desde luego no soy budista.

George se encogió de hombros. Tal vez lo había entendido mal.

—Hogie me dijo que estudiaste budismo cuando estuviste en Oriente.

—Sí, lo estudié, pero por mi cuenta.

—Entonces, ¿no eres uno de esos gurús de sexo tántrico que están tan de moda?

Cheb negó con la cabeza. No, no era uno de esos.

—¿Nunca has tenido una sesión sexual de cinco horas?

Cheb pensó que, de ser así, se acordaría.

Carmichael buscó un cenicero y, como no vio ninguno, le pasó la colilla a Cheb para que la apagara en el grifo. Cheb quería aparentar eficiencia y controlar sus tics nerviosos. Al final dejó la colilla mojada en una jabonera limpia que le pasó a Carmichael.

—¿Así vale?

—Sí, gracias. Entonces, ¿qué opinas del budismo?

Cheb se bebió el coñac de un solo trago y por poco se ahoga.

—¿Qué?

—Que qué piensas del budismo.

Cheb intentó calcular el grado de interés de Carmichael, que estaba encendiendo otro cigarrillo; aquella operación era lo único que quebraba su boca, cerrada de forma semipermanente entre dos poderosas mandíbulas. Con semejante cara no tenía forma de saber si al tío le interesaba el tema o no. Como no había señales claras de desinterés, Cheb decidió intentarlo. Al menos era mejor que el horror del cubo de basura.

—¿Que qué creo? Pues que es enfermizo. —Cheb le explicó la ecuación—: Los budistas viven de arroz y el arroz causa beri-beri, una enfermedad que consume a la gente.

—¿Ah, sí? —Carmichael asintió con su enorme cabeza y los ojos casi ocultos entre sus abultados párpados—. ¿Es algo que yo debería tener en cuenta, ahora que voy a abrir un restaurante?

—No. Hoy en día es poco frecuente. Si le preocupa, coma sólo arroz integral. ¿Tiene otro cigarrillo?

Carmichael le pasó el paquete de Gitanes y comentó:

—Sí, ya sé que hay gente que come arroz integral, pero yo, personalmente, prefiero el arroz blanco. Aunque supongo que a algunos les gusta tanto uno como el otro. ¿Y a ti? ¿Qué te gusta?

Quedaba claro que el tío estaba jugando con él. La pregunta iba con segundas, pero no muy en serio. Cheb reconoció que la había hecho con bastante estilo.

—Ni idea. Yo no pruebo ni una cosa ni otra.

—Eso es ser pervertido de verdad.

Carmichael apuró la última gota del coñac. Cuando puso la copa sobre la encimera de la cocina para servirse otra, Cheb colocó la suya al lado. Temió que la rapidez del gesto hubiera revelado desesperación, pero Carmichael miró la copa y comentó:

—Qué gracioso.

Se sirvió otra copita y dejó la botella a disposición del chico.

Cheb podría haberse ventilado la botella de un solo trago, pero intentó frenar el ritmo. Dejó que el siguiente trago se extendiera por su lengua mientras ideaba una táctica para suavizar la situación.

Al final se decidió por una descripción clínica del beri-beri.

—Yo no digo que todos los budistas tengan el beri-beri, señor Carmichael. Pero es más probable que lo coja un monje que vive de un poco de arroz al día, que un campesino que lo mezcla con verdura. Lo que ocurre es que la enfermedad paraliza el sistema

nervioso y por eso hay gente que se clava pinchos en los brazos o se entierra viva... Bueno, todos esos trucos de pacotilla.

Carmichael dio un sorbo a su coñac. Parecía atento, así que Cheb decidió continuar.

—El monje se gana el respeto del campesino porque es totalmente indiferente al dolor. Por eso, el tipo de vida que produce el beri-beri se convierte para el devoto en el modelo que hay que imitar. Ya en los límites de lo posible, tenemos el nirvana, es decir, la inercia total: el fin lógico de una sociedad dedicada a la malnutrición.

Aunque le parecía haber oído antes todo aquello, Carmichael se iba interesando en la conversación.

—¿No me estarás soltando uno de esos discursos sobre el «opio del pueblo»? Que el budismo es sólo una forma de soportar una civilización enferma y todo ese rollo.

—No hay ninguna civilización sana. No es que el budismo oculte los síntomas de una sociedad enferma; es que es uno de esos síntomas. Pero también es la clave que permite que la enfermedad se extienda sin que las sociedades orientales se derrumben por completo.

—¿Todo este rollo lo has pensado tú?

—Sí. Bueno, lo he deducido leyendo, hablando y visitando.

Carmichael apagó su último cigarrillo en la jabonera y miró a Cheb. A continuación, empezó a sacudir la cabeza.

—¿Sabes qué? Es mejor que elabores tus teorías en tu tiempo libre. Éste es un sitio normal. No quiero rollos que causen mal ambiente.

Carmichael se llevó el improvisado cenicero a la basura.

—Tú mantén el sitio limpio y nos llevaremos bien.

Cheb no pudo detenerlo. El hombre había abierto el cubo y estaba mirando dentro.

Lo que dijo Carmichael, con la tapa de la basura en una mano y el rostro demudado, fue:

—Creo que tenemos un problema.

El tío se tomó su tiempo; más de cuarenta segundos con la vista fija en el interior del cubo. Cheb los había contado.

—¿Un problema? —repitió Cheb mientras daba un paso atrás, hacia las puertas.

—Sí, yo creo que sí. —Carmichael lo miró fijamente y esa vez no hubo nada que quebrara la línea severa de su boca. Sus ojos achinados lo fulminaron.

—Mira, chaval. Tú eres un tío raro, ¿no? Pues tengo un trabajito para ti. Espero que puedas hacerlo.

Cheb asintió mientras se preparaba para mostrar sorpresa. Carmichael comenzó a contarle lo que tenía en mente.



En la sección de perfumería, Susan había logrado sortear a la primera chica. La segunda la alcanzó a la altura del pecho con un disparo de perfume que duró cinco segundos y casi la derribó. Para colmo, el sulfato de anfetamina que hasta hacía poco corría por sus venas se había evaporado del todo y le había dejado un dolor de cabeza horrible. Se tambaleó hacia la izquierda y se plantó frente a las puertas de los almacenes, que se abrieron automáticamente. Llegó a la calle sin mirar atrás; había olvidado que la estaban siguiendo. Instintivamente su mano se alzó para parar un taxi y sus piernas la transportaron hasta el bordillo.

El taxista le preguntó más de una vez si se encontraba bien. Acurrucada en el asiento de atrás, Susan murmuró que podía aguantar. Lo peor era que el taxi apestaba a ambientador de albaricoque; era como estar en un burdel. Habían pasado Portman Square cuando empezó a arrepentirse de haber abandonado la persecución en los grandes almacenes. Nunca más volvería a ver a aquel rubito.

Más tarde, cuando la despertó el timbre del portero automático, Susan no tenía ni idea de dónde estaba. Tuvo que recorrer todas las habitaciones hasta deducir que era un apartamento amueblado en New Cavendish Street, Marylebone. El taxista la había dejado allí gracias a un papelito con una dirección que ella llevaba en el bolso. Susan abrió la puerta con la llave que estaba escondida bajo el felpudo y se tambaleó hasta quedarse frita sobre una cama. Según su reloj, había dormido casi seis horas.

El timbre seguía sonando y en la pared del recibidor se había encendido una pantalla de cuatro pulgadas, brillante como una bengala de señales y estridente como el frenazo de un tren. De pronto, de la nada surgió la imagen de George Carmichael a través de un glorioso ojo de pez.

—George —dijo Susan.

—¿Susan? —inquirió con su notable vozarrón.

—¡Para ya con el timbrecito!

—¿Susan?

—Sube y ponte cómodo. Voy a ducharme.

Susan recorrió el pestillo de la puerta e intentó orientarse un poco. En la cocina encontró una bolsa de plástico que contenía un paquete de salchichas inglesas y una docena de huevos. Desperdigadas por la encimera había unas cien bolsitas de té que flotaban sobre un charco de zumo de naranja. Aunque había un colmado en la esquina de enfrente, junto a Marylebone High Street, ella no recordaba haber comprado nada. Pero sí se fijó en que el zumo de naranja era español: concentrado y medio vacío.

Susan salió tiritando tras una ducha rápida con agua fría. Mientras se secaba, recordó que no tenía ropa limpia. Afortunadamente, alguien había colgado un albornoz detrás de la puerta del dormitorio: el único detalle acogedor en una habitación decorada con papel floreado y sábanas a juego, tapetitos de encaje y muebles de pino. En el baño, como en la cocina, el fregadero tenía un grifo para el agua caliente y otro para el agua fría. A pesar de que las cosas eran exactamente igual que siempre, a Susan se le hacían extrañas. Con el tiempo parecía haberse olvidado de las costumbres inglesas.

Cuando entró en la cocina, George la miró y le dijo:

—Dios, ¿con qué pie te has levantado hoy?

Susan se preguntó si tenía tan mala cara.

—¿Cómo funciona esta calefacción de mierda? —se quejó. En el pasillo había visto una caja de plástico con una pantallita digital y un montón de botones, pero no había sabido ponerla en marcha.

—¿Tienes frío? —se sorprendió George—. No puede ser. ¡Pero si es uno de los días más calurosos del año!

Pues entonces estaba en una zona de exclusión térmica.

—¿Me pones la calefacción o no?

George se levantó.

—¿Qué quieres? —le gritó desde el pasillo—. ¿Calefacción o agua caliente?

—Las dos cosas. Déjalo en automático.

Susan tenía hambre. Le dio gracias al Señor o a quien fuera porque hubiera suficiente comida en el piso para amortiguar el bajón del *speed*. Tenía que comer antes de ponerse a repasar las cuentas. George ya había dejado su tabaco y cuatro libros de contabilidad en la mesa de la cocina.

Susan estaba comiéndose un plato de huevos fritos con salchichas cuando levantó la vista y dijo:

—Me alegro de verte.

—Y yo de verte a ti, zorra antipática —contestó él, con una sonrisa perdida entre el humo de su tabaco.

Ahora que se fijaba, Susan confirmó que su primera impresión había sido acertada. George no sólo estaba más viejo y tenía el pelo más blanco, sino que se había vuelto más sólido. Y no sólo porque la grasa se había convertido en músculo, sino por algo totalmente distinto; había adquirido una dignidad que le sentaba de maravilla. Aunque cada vez que Susan le echaba un poco de salsa a los huevos fritos él ponía cara de asco.

—¿Qué pasa, no soportas el ketchup desde que eres una reina de los fogones?

—No, no es eso. Bueno, no es sólo eso —se corrigió—. Es que he tenido un mal día, nada más. Tuvimos un problema en el restaurante y no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Pensaba que estabas preocupado porque voy a descubrir cómo has amañado las cuentas.

Él no, aunque estaba claro que le debía algunas explicaciones.

—No me lo sacarás, muñeca.

—¿Ah, no? —Ella arqueó una ceja—. Hay una plancha para pantalones en el dormitorio. No me obligues a usarla.

George levantó las manos.

—Vale, vale. Hablaré.

Los dos sabían que las cuentas que él le había enviado en los últimos doce años no eran muy precisas, que digamos. No andaban demasiado lejos de ser un fraude.

Ella apartó el plato.

—¿Estás listo? —preguntó.

Él se incorporó y exhibió de nuevo su solidez. Realmente, la edad le había sentado bien en todos los aspectos... Bueno, se había puesto gafas para leer. Cada vez que le tocaba explicar una columna, se las empujaba hasta la punta de la nariz y seguía las cifras con el dedo anular. Era un gesto extraño, lo de aguantar la mano revoloteando por encima del libro, pero incluso eso tenía su gracia: un pequeño tic nervioso que contrastaba con su aspecto calmado.

Cuando Susan lo conoció, George Carmichael era coreógrafo. Incluso cuando pasó a dedicarse exclusivamente a las inversiones de Frankie, para ella seguía siendo George *el Bailarín*, una voz amiga al otro lado de la línea telefónica. Por esa razón nunca se había quejado de sus informes financieros. Siempre había confiado en sus motivos y en que nunca pondría en peligro su capital. Pero había llegado el momento de que George saliera al escenario y empezara a cantar.

Susan no suponía que fuera tan complicado. Tras noventa minutos de explicaciones sobre adonde había ido a parar el dinero, fue ella quien sugirió que hicieran una pausa. Se había dejado las gafas de leer en España y las de George, que tenían mayor graduación, le daban dolor de cabeza.

Cuando Susan se ofreció a hacer café, él le preguntó si le importaría que fuese un momento al salón. Quería ver las noticias.

Ella seguía llevando el albornoz. Su ropa estaba sucia, así que, hasta que comprara más, tendría que ir lavando lo que tenía y volviéndoselo a poner. Cuando terminó el centrifugado, metió la ropa en la secadora y esperó a que hirviera el agua para el café.

Al entrar en el salón con las tazas, Susan se encontró a George viendo un suceso ocurrido cerca de Stoke Newington.

—¿Algo interesante? —inquirió ella.

George se sobresaltó.

—No, nada. —Y volvió la vista rápidamente hacia el televisor, como si temiera perderse algo.

Susan miró por encima del hombro de George y vio un primer plano de una discoteca. La voz en *off* informaba que los impactos de bala en el rótulo del local habían sido causados por un arma semiautomática.

—¿Qué pasa? ¿Tiene algo que ver contigo?

No tenía nada que ver con él. George negó con la cabeza y se echó a reír, porque debía de parecer distraído. Señaló a la pantalla y dijo:

—No, sólo estaba pensando que en los bares gays nunca ocurren estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues violencia armada. Las cosas están tan mal que la policía preferiría que todo el país fuera marica.

—Estáis en la cresta de la ola.

—Ya lo sé, y me encanta.

George aceptó el café, pero sólo logró tomar un sorbito. Como sabía que con Susan más valía ser sincero, confesó que nunca tomaba café instantáneo.

—Es como volver a los años setenta: dinero instantáneo, bebidas instantáneas y mal gusto en todo.

Susan probó su propio café. Era horrible; en España ni lo habría tocado, pero el bajón del *speed* debía de haberle afectado la capacidad de juicio. O eso, o el apartamento le había hecho una jugarreta terrorífica: le había devuelto sus malas costumbres inglesas.

George tenía razón sobre los instantáneos años setenta; esa época en que todo era rápido, barato y desechable. La gente llevaba los billetes enrollados, en cajas de latón o en bolsas de papel. Y como no podían volver a meter la pasta en un banco, tenía que gastárselo rápidamente. Todo el mundo sabía perfectamente qué era la inflación y cuáles eran las mejores maneras de luchar contra ella. Más de una vez, Susan se había pasado una hora en una tienda y había comprado suficientes cosas para amueblar un piso entero: sofá de escay, minibar, armarios empotrados de fórmica y mesas de cristal ahumado; todo para que se lo entregaran esa misma tarde. No importaba que sólo fueran a vivir allí un mes. Frankie Ball trabajaba cada semana, robando a empresas o a sociedades de crédito hipotecario. Y había que gastarse la pasta.

George era lo más parecido a un banco que habían tenido. No era exactamente un blanqueador ni un prestamista, sino que —por extraño que parezca— en aquella época ya se había especializado en inversiones. Si a Frankie o a uno de sus amigotes les molestaba el dinero, George Carmichael se hacía cargo de él; todos sabían que se lo devolvería en cuanto se lo pidieran. Mientras tanto, hacían uso de los bares de George: copas gratis, chicas, cualquier cosa dentro de lo razonable y siempre a cambio de intereses. Era un banco para gorriones; un banco que los escuchaba, porque George siempre lo sabía todo. Incluso antes del último trabajito de Frankie, George ya había hablado con él y le había sugerido hacerse cargo de los beneficios.

La televisión había pasado a otra noticia, y George se había vuelto de nuevo hacia la pantalla. De pronto señaló una silueta que caminaba deprisa por un aparcamiento, escoltada por dos hombres de uniforme.

—¿Te acuerdas de él?

El hombre intentaba ocultar el rostro, pero al entrar en el coche patrulla algo le hizo levantar la vista, sorprendido. El presentador dio su nombre y rango: era un sargento de la policía de Stoke Newington.

—Es uno de la brigada antidroga de los años setenta —contestó Susan—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Lo han pillado vendiendo *crack* —explicó George. Al congelarse la imagen, el rostro del policía quedó enmarcado por la ventanilla del coche. Parecía un animal salvaje,

atrapado con las manos en la masa—. El tío acababa de empezar en la brigada cuando los trincaron a todos. No sé cómo conservó el trabajo, pero seguro que se quedó sin posibilidad de ascender.

—Me acuerdo. Vino al club donde yo trabajaba y le dijo al jefe..., Fiat Stanley, lo conoces, ¿no?, pues el cabrón le soltó que pasaba de su dinero, que prefería pasar una hora conmigo. Fiat le contestó que no era buena idea, que yo era la mujer de Frankie Ball. Así que cambió de opinión y se tiró a otra de las chicas.

—¿Trabajabas estando casada?

—Al principio no, pero en el setenta y tres Frank pasó una temporada a la sombra y yo volví a trabajar unos ocho meses.

—Eras una bailarina sensacional: la reina del Soho.

—Tú y yo. Los dos —le corrigió Susan.

George *el Bailarín* y la mujer que podría haber sido la Liza Minelli de Londres si no se hubiera casado con un atracador de bancos. Porque, además de hacer estriptis, cantaba fenomenal.

—Ese poli me ha recordado toda aquella época —comentó George—. Yo sabía que un día caerían. Incluso cuando se paseaban tranquilamente por el Soho, tomando copas por el morro y cobrando en sobres cerrados, yo sabía que no les duraría eternamente. Porque un kilómetro cuadrado en pleno centro de Londres no podía continuar siendo como una ciudad del Far West. Había llegado el momento de que se largaran esos *cowboys* de la brigada antidroga, pero la escena gay no tenía por qué desaparecer con ellos. Los clubes gay ya no eran ilegales y tampoco formaron exactamente parte del comercio sexual. Sólo porque estuvieran en el Soho, no tenían por qué ser sórdidos o cutres. Podían convertirse en algo más elegante. —Ésa había sido su gran idea—. El negocio gay es el mejor negocio del mundo: rentable y pacífico. Y también ideal para mí, porque sólo un marica sabe adónde quiere ir otro marica. Pero ser gay era sólo uno de los obstáculos para entrar en esto; había otras barreras. Sitios que teóricamente eran legales después de que cambiara la ley en el sesenta y nueve, seguían sobornando a la policía a finales de los setenta. Yo compré un montón de baretos y discotecas pequeñas por una miseria. Cuando arrestaron a toda la brigada antidroga y la cosa se calmó un poco, me di cuenta de que había llegado el momento que había estado esperando. Invertí todo el dinero que me sobraba en redecorar los locales y en poner unos rótulos de neón que dijeran «Somos Sarasas». Era una idea maravillosa, pero los bancos seguían haciéndose los estrechos. Así que cuando llegó el dinero de Frankie, lo cogí y lo puse a trabajar.

—Yo creo que eres un genio, pero Frankie no lo vería así —comentó Susan—. Él no sudó la gota gorda atracando bancos para que los de la otra acera os lo pasarais mejor.

George soltó un bufido.

—La única diferencia entre un delincuente normal y uno marica es media botella de whisky.

Quizá tuviera razón. La primera persona famosa que se había declarado homosexual en Gran Bretaña había sido Ron Kray, el célebre delincuente. Sin embargo, Frankie se había vuelto más conservador con la edad.

—Así que, ¿somos los dueños del Soho? —preguntó Susan.

—De casi todo. Como mínimo, tenemos los títulos de propiedad.

Aquello merecía un brindis. Podían brindar por mantener el control de aquel imperio.

—¿Qué, socios? —sugirió ella.

—Con este café no se puede brindar —se quejó él—. Bajo un momento a comprar un poco de ginebra.

Susan recordó que había visto cubitos de hielo en el congelador, seguramente de los inquilinos anteriores. Estaban cubiertos de escarcha blanca, pero no creía que el hielo se estropease. Lo que no había eran limones.

—Yo ya lo traigo todo —prometió George—. Tardo cinco minutos.

Susan se despidió de él dando palmaditas de emoción. Después volvió a la cocina para ver cómo iba la secadora. Su ropa estaba seca y limpia, pero demasiado arrugada para una magnate inmobiliaria, así que comenzó a registrar el apartamento en busca de una plancha. Entonces encontró un segundo dormitorio en el que todavía no había entrado.

Enfrente de la cama había un espejo y, sin saber por qué, se sentó a mirarse. Al verse reflejada en él con las manos en el regazo y el albornoz puesto, la imagen le resultó familiar. De repente cayó; parecía uno de los ligues de Callum posando para su álbum de fotos. Cuando se había puesto el albornoz, Susan estaba demasiado atontada para fijarse en que era el de su hijo.

Siguiendo un impulso, se levantó y abrió las puertas del armario. Dentro estaba su maleta, que llevaba un nuevo adhesivo del aeropuerto y el nombre de ella escrito con la letra de Callum. Susan la colocó en la cama y comenzó a sacar la ropa. Tenía que haber una razón para que su hijo se la hubiese llevado. Entonces encontró seis kilos de cocaína, envueltos en polietileno y tapados con su ropa de noche, y la embargó una sensación de odio que la dejó temblorosa, como si hubiera tomado una droga barata. ¿A quién odiaba más, a Frankie por dejar que su hijo se metiera en aquella historia o a Callum por usar su maleta para hacerlo? Cuando George entró en el apartamento y dijo hola, ella seguía temblando.

Jools lo miró un segundo con cara de odio y se largó a la habitación. Hogie se quedó petrificado. A pesar de que era su piso, se sentía como un extraño que se presenta a cenar con una capucha en la cabeza y una guadaña en la mano.

Por fin, el teléfono lo sacó de su estupefacción. Era Mannie.

—Joder, tío. Menos mal que has llamado —le dijo Hogie—. ¿Qué coño está pasando?

Mannie lo llamaba desde una cabina de la estación de Euston.

—Yo qué sé; sólo soy su hermano —contestó Mannie—. Dame tu dirección.

—Tranqui, iré a recogerte. Quiero salir del piso antes de que a Jools le dé el ataque. La tía no ha dicho nada; sólo se ha encerrado en la habitación de Cheb, pero noto las vibraciones. Aunque tengo la música a tope, la oigo llorar y golpear las paredes.

—¿Y no ha dicho nada? —se sorprendió Mannie—. Joder, a ver si va a ir en serio.

—Tú quédate ahí. Tardo diez minutos.

Hogie colgó, así que Mannie no pudo avisarle de que iba acompañado. Naz apareció por detrás de él.

—¿Cogemos un taxi o qué? —le preguntó.

—No. Hogie ha dicho que lo esperemos, que viene a buscarnos.

—De puta madre. Y tu hermana, ¿está allá?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Naz chasqueó la lengua, pero no respondió a la pregunta. Se limitó a decir:

—Parece que lo tengo todo controlado. ¿Dónde quieres esperar?

Mannie miró a su alrededor. En el centro de la estación había un grupo de asientos de metal soldados al suelo. Allí ya iba bien; Hogie podría verlos con facilidad. Naz se dirigió a los asientos, dejando que Mannie cargara con las maletas.

Durante todo el trayecto de Manchester a Londres, Naz le había estado recordando a Mannie lo chungo que lo tenía. Claro que ya lo sabía. Quizá parecía un poco atontado, pero la culpa la tenía Naz; cada vez que pasaba un tiempo con él, Mannie acababa mareado y de los nervios.

Tres horas más tarde, Naz seguía con el mismo rollo. Mientras Mannie avanzaba lentamente con las maletas, el tío se volvió para insistir:

—Mira, perder un cartón de ácido es una cagada, pero dos ya es una tomadura de pelo.

Mannie se sentó. Sabía perfectamente que había cometido el peor error posible. La cosa funcionaba así; Naz le fiaba la mercancía a condición de devolverla si no la colocaba. Aunque en la práctica nunca se devolvía nada, porque nunca faltaban clientes. Si en la siguiente reunión había algo que no hubiera vendido, era porque lo

había consumido él. Las dos primeras semanas, Mannie había creído que el sistema era equitativo. Pero al cabo de un mes, tener la droga en casa le había causado tanta paranoia y amnesia que se pasaba la mitad del tiempo pensando en sitios complicadísimos para guardarla y la otra mitad olvidándose de dónde estaba. Si existía un talento especial para traficar, Mannie no lo tenía. De todas formas, aunque había demostrado claramente su inutilidad, Naz seguía teniendo planes para él.

—Me estresas tanto que no me extraña que necesite unas vacaciones —comentó Naz.

Mannie no veía que el tío estuviera estresado, ahí repantigado en el asiento, pero asintió de todos modos. O al menos lo intentó. Le dolía tanto el cuello por la tensión acumulada que apenas podía mover la cabeza. Y las punzadas agudas del corazón le llegaban hasta el brazo izquierdo. Si aquello eran unas vacaciones, eran totalmente unilaterales.

Cuando Hogie llegó, al cabo de veinte minutos, enseguida se dio cuenta de que Mannie estaba agobiado. Con ese careto parecía *Droopy*, el perro tristón de los dibujos animados de Tex Avery. A más de cien pasos de distancia, Hogie ya vislumbró la nubecilla de tormenta que flotaba sobre la cabeza de Mannie, metafórica, claro, pero evidente. Sin embargo, al llamar a Mannie y ver que el paquistaní se volvía, a él también se le formó su propia nubecilla de tormenta.

—Hola, Naz —saludó Hogie, sin mover los brazos—. No te esperaba.

—¿Ah, no? —A Naz no le pareció un problema—. Cheb nos invitó a bajar y divertirnos. Tengo que descansar un poco antes de preocuparme de cómo voy a castigar a este imbécil y a los demás inútiles que trabajan para nosotros. —Naz señaló a Mannie con el dedo—. Estará bien: fumar unos petas, ir a esa fiesta que estáis preparando... y luego hacer una intentona con la hermana de Mannie.

Hogie no lo entendió bien. ¿Qué quería decir «hacer una intentona»?

—Ligármela —contestó Naz.

—¿En serio?

—Sí. Está buena. —Naz se volvió hacia Mannie—. No te molesta, ¿verdad?

—¿A mí? ¡Qué va! Haz lo que te dé la gana.

Cuando Naz comenzó a caminar hacia la salida, Mannie miró a Hogie con cara de impotencia.

—¿Por aquí? —preguntó el paquistaní.

—Sí —respondió Hogie.

Su coche familiar estaba aparcado al borde de la rampa para taxis y curiosamente no tenía ninguna multa, a pesar de que ya lo habían calado varios taxistas. Hogie abrió el coche y todos entraron: Naz se acomodó en el asiento de delante y Mannie se sentó detrás, flaco y debilucho, entre los mapas rotos, las botellas de bebida energética y las bolsas de patatas fritas vacías. Hogie dio la vuelta para salir de la estación, giró a la izquierda y tomó la callejuela que llevaba a Camden High Street.

Naz bajó el apoyabrazos.

—Un coche caro —comentó.



Hogie no sabía qué decir. Sí, era bastante caro.

—¿Y por qué te compraste un Volvo?

—Porque es seguro. Tiene esas mierdas de impacto lateral, zona arrugable en el morro... Todo ese rollo para que no te mates.

—¿Y por qué no te compraste uno automático? Son de puta madre para conducir colocado.

Hogie asintió. Ya se le había ocurrido; así podría sentarse, ponerlo en marcha y, mientras controlase la velocidad, no habría problema. Sonrió a Naz, pero éste no le devolvió la sonrisa.

Estaban acercándose a la bifurcación de Camden, la que tenía la estación de metro en medio. El sol del atardecer iluminaba el rótulo y teñía de naranja una de sus paredes. Hogie puso el intermitente para colarse en el carril de la derecha. Avanzó lentamente por el cruce, al mismo ritmo que los trozos de papel y cartón que revoloteaban por Kentish Town Road. Pasó de los bocinazos y siguió moviéndose despacio hasta que vio que un autobús se paraba y aceleró para meterse en el espacio que dejó libre. Luego anunció que su casa estaba en la siguiente travesía de Camden Road, a la derecha.

—¿Queréis bajar? —preguntó unos segundos más tarde, al detenerse en medio de una calle.

Naz empezó a abrir la puerta del coche.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Mannie.

—Que tiene que aparcar —explicó Naz.

Estaban frente a una casa victoriana de tejado plano. Había un timbre para cada planta, pero el del ático era el único decorado con una calcomanía de Estela Plateada. Mannie la vio, puso cara de incredulidad y apretó el botón. Mientras él y Naz esperaban en el porche, contemplaron a Hogie intentando aparcar el Volvo en un espacio justísimo. También oyeron unos pasos que se acercaban en el interior de la casa. La puerta se abrió antes de que Hogie terminase la maniobra. Mannie se volvió y se encontró cara a cara con su hermana.

Lo primero que notó fue que se le había corrido el rímel. Al mirarla con más atención, se percató de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Mannie pensó en preguntarle si estaba bien, pero no parecía dispuesta a hablar; dio media vuelta y empezó a subir la escalera lentamente. Naz se abrió paso para seguir a Jools y Mannie entró el último con todas las maletas.

Jools dejó la puerta del piso abierta, pero continuó caminando hasta meterse en la habitación que estaba al fondo del pasillo. Mannie sólo logró ver un poco del interior antes de que la cerrara de un portazo, pero reconoció inmediatamente los toques «chebianos», como el papel de aluminio en las paredes. Mannie había oído por la tele que el papel de aluminio multiplicaba la energía latente de una sala y la desviaba a puntos específicos, y le había parecido la típica idea que le encantaría a Cheb.

Antes de que entrara Hogie, Naz ya se había instalado en el sofá con los papeles de fumar.

—¿Qué le pasa a tu hermana? —preguntó mientras los iba lamiendo y pegando.

Mannie se encogió de hombros.

—¿Cosas de mujeres?

Lo dudaba. Cuando Jools sufría «cosas de mujeres», siempre era mucho más dramático. Hacía mucho tiempo que no la veía tan muda, tan deprimida.

Cuando finalmente apareció Hogie, Naz ya tenía el porro encendido y, al preguntar quién iba a hacer el té, lo hizo con la típica voz ronca de después de la primera calada. Mannie fue a la cocina a hervir el agua y Hogie lo siguió para ayudarle a encontrar los ingredientes.

—¡Prepárale una taza a tu hermana! —gritó Naz—. ¿Sabes si lo toma con azúcar?

Naz estaba acostado, sumamente relajado, con la cabeza colgando de uno de los brazos del sofá y los pies apoyados en el otro. No parecía que le molestase el hecho de que Jools estuviera en plena crisis nerviosa; era como si para él la única diferencia fuese que el juego se alargaría un poco más. Mannie no quería ni pensar cuánto iban a durar aquellas «vacaciones».

Él y Hogie se quedaron en la cocina hasta que hirvió el agua y permanecieron callados mientras el té reposaba. Cuando se agotaron todas las excusas, Mannie tiró las bolsitas a la basura y llevó dos tazas al salón.

Naz, que ya se había acabado el porro y se había puesto en pie, agarró los tés.

—De puta madre —dijo—. Me los llevo.

Mannie lo vio alejarse. Luego oyó que llamaba a la puerta al final del pasillo y que ésta se abría. Así de sencillo.

Él y Hogie pasaron las siguientes horas viendo reposiciones de series de los setenta en televisión por cable. Cuando empezó a oscurecer, Mannie pensó que podían empezar a oír ciertos sonidos a través de la pared. Hogie pensó lo mismo y subió el volumen con el mando a distancia. El piso se había convertido en zona catastrófica.

Mannie estaba a punto de decir que no aguantaba más cuando Hogie se le adelantó.

—Tenemos que salir de aquí, tío. —Incluso estaba dispuesto a pagar las copas con tal de que se marcharan inmediatamente.

Estaban caminando por Camden Road, de vuelta al centro de Camden, cuando Hogie comentó:

—Es cosa de Cheb. Le toca a él librarse de ellos.

—¿Por qué crees que invitó a Naz a Londres? —preguntó Mannie.

Cheb no podía decir exactamente cómo había aceptado el encargo, pero una de las cosas en las que insistió fue en que no podía hacerlo solo.

Carmichael no había discutido. El chico del cubo debía de medir un metro ochenta y pesaba como mínimo setenta kilos, mientras que Cheb rondaba los cincuenta y cinco.

—De acuerdo. Contrata a quien te dé la gana; tú decides. —Carmichael le tendió la mano y Cheb se la estrechó automáticamente. Trato hecho.

Cuando Carmichael se iba, Cheb le preguntó:

—¿Por qué no llamamos a la policía?

Carmichael se volvió un segundo y dijo con sequedad:

—Yo soy empresario, no confidente.

Cheb podría haberse pasado el resto de la tarde pensando en aquello. Si hubiese sido capaz de pensar, claro.

Uno de sus problemas era que no había comido nada desde que había salido de Manchester. La última vez que lo había intentado, la noche anterior, había abierto la nevera y se había encontrado un pastel de pescado hecho por Hogie. Ingredientes: una lata de sopa Campbell, una lata de atún y galletas machacadas por encima. Cuando cocinaba para él, Hogie casi siempre usaba galletas y sopa Campbell o yogur, en función de si la receta era salada o dulce, o rodajas de melocotón o piña cuando era ambas cosas. Era lo malo de comprar después de medianoche, que sólo estaban abiertos los colmados paquistaníes y las tiendecitas de las gasolineras. Total, que Cheb metió el pastel en el microondas. Al sacarlo tenía buena pinta, pero no pudo comérselo.

En esos momentos, sentado en la cocina a pocos metros del cadáver, sólo le apetecía un menú minúsculo: un tripi y un gramo de *speed*. Cuando levantó la tapa y volvió a mirar, la escena le impresionó menos. Una buena señal. No obstante, seguía faltándole la inspiración para emprender cualquier iniciativa. La cuestión no era sólo hacer un trabajo profesional, sino hacerlo con respeto y cierta ceremonia.

Cheb derribó el cubo y tiró del cadáver hasta sacarlo del todo. El chico parecía más pálido que esa mañana, seguramente por culpa de la luz de los fluorescentes, que eliminaba las sombras naturales y hacía que la cocina pareciese un depósito de cadáveres esterilizado, casi de ciencia ficción. La luz destacaba los moretones de la cara, como bolsas liláceas de caldo congelado: litros de *borsch* bajo la piel nublada. Lo peor era el lado izquierdo y la nariz rota. Sin embargo, aparte de la quemadura del culo, había pocas heridas en el resto del cuerpo. Mientras observaba la cara, a Cheb se le ocurrió comprar una máscara estilo violador en una de las *sex-shops* del Soho: algo con cremallera en la boca y anteojos, que le cubriera completamente los cardenales. No creía que la idea tuviera mucha lógica, pero le daba igual. La justificó diciéndose a sí mismo que le servía para distanciarse del asunto. En lugar de darle vueltas y más vueltas al asunto había decidido levantar la aguja del surco y ponerse a cantar.

La brisa de la tarde comenzaba a colarse entre el humo de los coches y a despejar un poco el aire. Al salir del restaurante, Cheb sintió que respiraba con libertad por primera

vez en ese día. Intentó concentrarse en el silbido que notaba en el pecho y ponerse a tono con las luces intermitentes de las librerías y clubes de estriptis que lo rodeaban, a sentir el latido profundo de la ciudad.

Siendo de Manchester, Cheb nunca había estado en Londres antes de vivir con Hogie. Al final de su estancia en Asia pidió prestado un mapa de Gran Bretaña y repasó el rumbo de todas las carreteras y vías de ferrocarril del país. Londres era el lugar donde las líneas entrecrocaban y se quebraban, un embrollo en el centro del papel, totalmente imposible de desenmarañar. Se imaginó la ciudad como una versión gótica de Singapur, o quizá de Hong Kong: un centro internacional, sin ataduras con la región que lo rodeaba. Pero a diferencia de otras ciudades, Londres gozaba de una larga historia. Si uno analiza las palabras que suelen asociarse con Londres, se le aparece un panorama de horror medieval en cinemascopio: torres sangrientas, puentes peligrosos, niebla, incendios, pestes, bombardeos. Para Cheb, las palabras se mezclaban con las historias que había oído de niño y con otras que había escuchado más tarde en bares con televisión: transbordadores que se hundían en el Támesis, una monarquía que se derrumbaba entre llamas y vómitos, imágenes en directo de ministros persiguiendo vacas locas por los jardines del Parlamento... Por encima de todo, Cheb veía un monstruo que se alimentaba con dinero procedente de todo el planeta, que arrancaba fragmentos del digiverso y los absorbía hacia su infierno. Londres era una explosión de lo irreal, la última ciudad, la base de toda la caosfera. Aterrizar en Heathrow era como tocar tierra en el kilómetro cero. Aquel análisis del mapa lo había convencido; los husos horarios, las flechas de vuelos, las carreteras de Inglaterra y las arrugas del mapa..., todo confluía en un punto negro, un espacio donde todo puede convertirse en algo peor: de perrito bonito a sabueso rabioso, de sueño ligero a pesadilla, de zona peatonal a área de disturbios, etcétera... Londres, contradictoriamente suyo.

Mientras miraba el cadáver, a Cheb se le nubló la vista y casi se hundió en la más absoluta negrura. Pero de pronto sintió que recuperaba la sensación de dinamismo, más fuerte que nunca. Estaba convencido de que encontraría la forma de deslizarse entre los pliegues de la catástrofe, subir hasta la cúspide y desde allí divisar su propio destino. Las neuronas le vibraban. No iba a tener problemas en librarse del hambre; simplemente lo lanzaría hacia la noche, dejaría que cayera y rebotara a otro nivel.

Al llegar a Old Compton Street, Cheb se mezcló con las multitudes que caminaban hacia los concurridos cafés: un millar de ojos dilatados flotando sobre cafés con leche. Cheb siguió caminando a toda prisa. Su misión era recorrer los *sex-shops*. No tenía tiempo de quedarse a contemplar la fauna de los alrededores.

En el escaparate de un viejo local de estriptis había una silueta femenina de neón rosa con pezones azul brillante. Cuando la luz parpadeaba, daba la impresión de que la mujer se contoneaba sobre el vidrio. Junto a la puerta había una vitrina con fotos poco reveladoras y un cartel que prometía «Todas desnudas, toda la noche». El neón era claramente de los años sesenta; ninguno de los locales más nuevos tenían tanto estilo. Una vez dentro, los dependientes intentaron venderle unos vídeos y él vio todo lo que le mostraban. Uno era de una chica alemana bastante pálida que le metía la mano en el culo a otra. A Cheb le hacía gracia considerarla una nueva versión del truco de pasar un camello por el ojo de una aguja. Había leído en algún sitio que los mayas habían incorporado este tipo de prácticas en algunos de sus ritos. Cheb ignoraba quién las había recuperado. De Mesoamérica a la Europa central: una mano a través de los siglos. Aunque él había visto cosas parecidas en Bangkok.

Cheb se pasó horas buscando en las tiendas especializadas del norte del Soho sin

encontrar una máscara que le gustase; sólo había chapucillas de plástico barato que se rasgarían por las costuras a la primera mueca de dolor. Cuando le preguntaron si quería probarse una, Cheb se deprimió aún más.

—¿Es para su amante? —insistió el dependiente.

Harto de mirar hileras e hileras de capuchas, suspensorios y correas de plástico barato, Cheb contestó:

—Pues sí. ¿Tiene algo del tamaño de un terrier? Necesito uno con agujeros para las orejotas.

Salió de la tienda y caminó hasta el final de Dean Street, donde Shaftesbury Avenue partía en dos el Soho. Frente a él tenía el barrio chino de Londres y puso rumbo al este con ojos anfetamínicos. La idea de la máscara no había resultado, pero aún no se daba por vencido. Todavía le quedaba el séptimo de caballería.

George Carmichael sostenía una botella de ginebra en una mano y una bolsita con dos limones en la otra.

—¿Por qué estás tan segura de que es coca? —preguntó, balanceando la bolsa.

Susan miró los seis paquetes sobre la mesa de la cocina.

—Venga, George. ¿Qué más puede ser? ¿Qué otra cosa pasarías de España a Inglaterra?

George pensó: «Picassos, Grecos, cojones de toro o chocolate de Marruecos.»

—Vale, digamos que es cocaína. ¿Por qué crees que lo hizo Frankie?

—Porque el muy cabrón ya chochea. Seguro que ni siquiera fue idea suya. Últimamente Callum se ha liado con unos pirados que seguramente lo convencieron para que le pidiera a su padre que lo financiara —explicó Susan—. Y seguro que Frankie aceptó. Si lo vieras lo entenderías. Ha cambiado, la vida fácil no le sienta bien; se ha convertido en un vago chalado que no hace más que suspirar por los viejos tiempos.

Susan tenía algo en la mano: la prueba definitiva. Era una foto de Frankie y otros hombres jugando en la cubierta de un yate.

—¿Qué es esto? ¿Gángsteres de vacaciones? —preguntó George.

Ella negó con la cabeza.

No estaban de vacaciones.

George cogió la foto y la examinó hasta encontrar a Frankie, a un lado de la imagen.

—Yo diría que tiene alto el colesterol. Debería mirarse la tensión. —George la examinó más detenidamente—. Y estos capullos ¿quiénes son?

—¿No los reconoces?

George entornó los ojos.

—Ése no será Cardiff, ¿verdad?

Susan asintió.

—¿Y qué hace en la foto?

—Pues eso; son la pandilla de Frankie. Sus colegas.

George no podía creerlo.

—¿Y qué pasó con los tíos que lo ayudaron en el robo de los lingotes?

—¿Tú qué crees?

—¡No puede ser! —exclamó George.

—Frankie dice que es más fácil que espere una persona y no seis.

—¿Todos muertos?

Ella asintió.

—Algo había oído, pero no tanto —admitió George—. Sabía que uno de ellos murió en un rollo de droga. ¿Quién era ése, Jimmy Viva?

—Jimmy fue el tercero en morir. Frankie pagó para que lo tiraran por la borda entre Marruecos y Gibraltar. Son una generación perdida, George. Nadie se enteró de que todos la iban palmando.

—¿Y ahora Frankie sale de marcha con zorras como Cardiff?

—Bueno, se reúnen en una mierda de pub inglés para charlar sobre los viejos tiempos. Y eso que antes Frankie ni le habría dirigido la palabra a ese cerdo.

George recorrió la línea de caras. Estaba a punto de devolverle la foto a Susan cuando se fijó en el chico rubio del extremo.

—Necesito las gafas.

Antes de dárselas, Susan miró por encima del hombro de George.

—Es mi hijo —le dijo al ver a quién señalaba con el dedo—. ¿Pasa algo?

George sabía que se había puesto pálido, pero ella no podía darse cuenta porque estaba a su espalda. Se encogió de hombros.

—¿Lo has visto? —insistió Susan.

—No. —George hizo una pausa—. Puede ser. —Otra pausa—. Mira, no quiero decir nada todavía, pero te prometo que me informaré.

—Pues hazlo. Porque lo voy a matar.

George preparó un par de gintonics y se los tomó él solo antes de que Susan acabara de vestirse. Después sirvió dos más y se los llevó a la sala de estar. Como el televisor seguía encendido, se puso a cambiar de canal sin pensar. Había sido muy fácil convencer a Cheb de que se deshiciera del cadáver. No había duda; el chaval estaba loco, pero George esperaba que fuera capaz de hacer un buen trabajo. Si surgían complicaciones, George estaba dispuesto a jurar que no sabía nada y a rezar por que

la policía se lo tragara. Aunque seguro que a Susan no podría engañarla.

Socios. George se bebió el tercer gintonic y se sirvió un cuarto. Llevaba todo el día intentando decidir quién le habría hecho semejante putada: cargarle con un muerto. El único nombre que se le ocurría era el de Frankie Ball; por eso ni se le había pasado por la cabeza que el cadáver fuera hijo suyo. Y de Susan.

—Socios.

George alzó la vista. Susan estaba de pie junto a él, diciendo:

—¿Por qué no me has esperado? ¿No íbamos a brindar?

George le pasó el gintonic y Susan lo tomó con su mano libre. Entonces se dio cuenta de que, en la otra mano, ella sostenía un espejito a modo de bandeja. Encima había dos rayas ya cortadas que, al reflejarse en el espejo, parecían gruesas como dedos de azúcar.

George pensó: «¿Por qué no?»

Al cabo de un rato, Susan sugirió:

—¿Por qué no apartamos la alfombra y nos ponemos a bailar? —Y luego, como con efecto retardado, se lo tomó en serio—. Venga, George. He traído un par de mis viejos discos.

Susan se puso a revolver en su bolsa y sacó dos elepés.

—Los encontré en el piso de Callum. El muy cabrón me los había robado.

George negó con la cabeza.

—¿AWB? ¿Qué es eso?

—Los Average White Band, un disco del setenta y tres. Seguro que lo conoces.

George volvió a negar.

—No. Yo no compré ningún disco por gusto desde que murió Judy Garland y hasta que salieron los Village People.

—¡Qué dices! ¿Y la música de tus clubes?

—Eso eran negocios, no placer. Era música de estriptis: canciones para menear las tetas —explicó George—. Para eso compraba recopilaciones de James Last, Mandingo y The Dave Pell Singers. O cosas como TJ Brass o, bueno, cualquier cosa con ritmo.

Susan había oído a James Last en España, en la emisora de radio para emigrantes ingleses, pero no conocía los demás nombres que George había mencionado. Colocó la funda de la Average White Band en una mesa y le mostró su otro disco.

—De esto te tienes que acordar: Van Morrison.

George examinó detenidamente la portada del disco.

—Puede ser.

Susan esperaba que le gustase. Habían resuelto juntos el asunto de la contabilidad, por lo que había llegado el momento de divertirse un poco. Puso *Moondance* en el tocadiscos, extendió los brazos y, cuando empezaron a sonar los primeros acordes de piano, le preguntó:

—¿Listo?

George se acercó y empezaron un baile lento, bastante clásico. Cuando la hizo girar por primera vez, ella se deslizó con tanta suavidad hasta el final de sus dedos extendidos que a George casi le pareció obra suya. Le dio confianza. Hacía siglos que él no bailaba así. Recordaba una fiesta, hacía al menos diez años, en que había aceptado bailar para divertirse un poco. Pero no había funcionado: ¡dos cuarentones con bigote y chaquetas de piloto, discutiendo sobre quién llevaba a quién! Al final, el compañero de George se rindió y se largó con muchos aspavientos. Más tarde, un actor cómico delgaducho —que hacía tiempo que había dejado atrás la edad de la jubilación— se ofreció a hacer de mujer. Había sido muy bonito, porque el vejele sabía bailar de verdad. Pero no como Susan. ¡Ella era un sueño!

Susan se enroscó hasta topar con el pecho duro de George y entonces dio dos pasitos rápidos hacia atrás. Aunque ella lo estaba ayudando, George era ágil; incluso cuando bailaba con menos fluidez, siempre daba los pasos con estilo. Y con sutileza. Susan sólo notó que llevaba colonia cuando apoyó la mejilla contra la suya. Le impresionaba lo bien que había envejecido George. Había cumplido cincuenta y pico años como si ése hubiera sido siempre su objetivo: ser un hombre de mediana edad, maduro y canoso, pero imponente. Unos momentos antes, Susan se estaba preguntando si aún le sobraban algunos kilos y había logrado esconderlos con un buen traje. Sin embargo, al bailar con él enseguida se dio cuenta de que no le sobraba grasa por ninguna parte. Él estaba orgulloso de su cuerpo y su traje elegante lo confirmaba.

George se soltó antes de terminar. Susan pensó que se había hartado, pero cuando comenzó a aplaudir al ritmo de la música, ella adivinó lo que estaba pensando. Susan dio dos vueltas y comenzó a contonearse, marcando el ritmo con las caderas y arqueando la espalda para que el culo pareciera más redondo y la cintura más estrecha. Se puso las manos en la espalda y empezó a subirse el vestido con los dedos. Fue subiendo la tela de algodón centímetro a centímetro hasta que el borde de la falda quedó a pocos milímetros de las nalgas. Entonces la soltó y se volvió para mirar a George. Él comenzó a dirigirla con las manos, sugiriendo movimientos con pequeños gestos. Ella siguió sus instrucciones; levantaba lentamente la pierna en un movimiento circular y luego, cuando él cambiaba la dirección, trazaba el mismo arco en sentido contrario. Cada vez que Susan levantaba la pierna, dejaba entrever la piel más pálida del interior de los muslos. Animada por George, sus dedos buscaron los botones del vestido. Después de desabrocharse los primeros tres, se abrió las solapas para mostrar su pecoso escote. A continuación se puso de espaldas y dejó caer los hombros del vestido, primero el izquierdo y luego el derecho para dejarlo resbalar hasta la cintura. Sólo tuvo que rozar con los dedos el cierre del sujetador para que saltara.

O bien George había reconocido la canción o ya se la había aprendido de memoria, porque comenzó a cantar una estrofa que decía: «¿Puedo hacerte el amor, mi vida?» Su falsete no lograba disfrazar lo bien que cantaba.

Cuando Susan se volvió hacia él, el vestido cayó al suelo. Ella se sostuvo el sujetador con las manos. George tuvo el sentido común de dejar de cantar antes de la última estrofa, en la que Van soltaba un rollo hablado, y Susan aprovechó los últimos compases para improvisar unos pasos provocativos. Estaba aguantándose, pero al



final no pudo más y una risa asomó a sus dulces labios rojos. Al terminar la música, ella arrojó el sujetador y... ¡tachán! George ya estaba aplaudiendo.

Susan saludó y George comenzó a servir la ginebra para celebrarlo.

—Está claro que aún podemos trabajar juntos —dijo él.

Ella, todavía en bragas, asintió.

—En el Soho, nuestro territorio.

—Frankie se cabreará cuando se entere —comentó George.

—Y cuando se entere de que yo le he dejado —añadió Susan—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Podrías organizar alguna catástrofe espectacular para que parezca que ha perdido todo el dinero?

—¿Y después repartírnoslo entre los dos? Sí, claro. Excepto que se supone que un especialista en inversiones como yo no pone todo el dinero en un solo proyecto. Frankie podría denunciarme por negligencia.

—Ése no es su estilo.

—No, él prefiere ahorrarse el abogado.

Y tampoco se molestaría en pasar por un largo proceso de divorcio.

—¿Cómo puede ser que ese cerdo me recordara a Terence Stamp?

George apuró las últimas gotas de ginebra. Sabía lo que Susan quería que dijera; ni siquiera estaba dando un rodeo. Sólo podían hacer una cosa y los dos lo sabían.

—Vale, pero ¿y si Frankie nos mata primero a nosotros?

Cheb volvió al restaurante con las manos vacías, a excepción de un frasco de *popper* que había comprado por el camino. Cuando entró en la cocina, vislumbró el resplandor de un cigarrillo entre las sombras del comedor.

—¿Quién es?

Le contestó una voz lenta y grave.

—No, colega. ¿Quién eres tú?

Cheb notó el olor del humo; no era un cigarrillo.

—Naz, ya has llegado.

Cheb oyó que Naz daba una calada capaz de agotar el porro de una vez. Cuando por fin habló, su voz sonó con un glorioso tono monótono, a treinta y tres revoluciones por minuto:

—Sí..., bueno..., ya me tocaba venir y ver los monumentos y todo ese rollo: el Big Ben y cómo se llama... el puente ese con los alerones... Y quizá tenga un rollo de verano con la hermanita de Mannie.

—¿Ah, sí?

—Pero tengo un problema; Jools está un poco tensa. Parece que un idiota ha ido diciendo por ahí que su madre es una puta.

—Fui yo —confesó Cheb—. ¿Sigue enfadada?

Naz dio una calada y se dobló hacia adelante para emitir un sonido afirmativo:

—Ajá.

—Ya se le pasará. No sé si te has dado cuenta, tío, pero necesito a alguien con un poco de sangre fría.

—No jodas —contestó Naz, dándole al interruptor de la luz.

El cadáver yacía en el suelo, justo donde Cheb lo había dejado.

—Es más o menos lo que te he dicho por teléfono.

Naz señaló el cadáver con la cabeza.

—¿Qué le ha pasado en el culo?

Cheb le contó cómo lo había encontrado, sentado en el fogón. Naz caminó hacia el cuerpo semidesnudo —con la cabeza ligeramente girada, un rostro joven y melena rubia— y le preguntó si lo conocía.

—No.

—¿No crees que se parece a tu colega, el cocinero?

Cheb ya lo había pensado, pero se limitó a decir:

—Bueno, los dos son rubios.

—Y tienen un cuerpo parecido. Tú no lo has matado.

—Pues claro que no —protestó Cheb, escandalizado.

—Eso digo: que tú no lo has matado. Si lo hubieras hecho, yo no te ayudaría. Pero como no es así, voy a echarle una mano.

Eso estaba bien. A Cheb no se le había ocurrido que pudiera haber ningún problema.

—¿Has traído el coche de Hogie? —preguntó.

—Sí —respondió Naz—. Está en un aparcamiento gigante, cerca de una calle con mogollón de restaurantes chinos.

—¿Y qué hace allí? —preguntó Cheb.

—¿Crees que iba a pasarme cuatro horas buscando sitio para aparcar?

—Pues tendrás que ir a buscarlo. Puedes aparcar en el callejón de atrás.

Naz caminó hasta el fondo de la cocina. Abrió las puertas de emergencia y miró a ambos lados del callejón; era peatonal, pero cabía un coche perfectamente. Primero asintió, pero luego empezó a negar con la cabeza.

—Menudo marrón —comentó. Luego, dio media vuelta y se marchó.

Veinte minutos más tarde, Cheb estaba junto a la salida de emergencia, contemplando dos ojos rojos que brillaban en la oscuridad de la noche. Eran las luces traseras del Volvo de Hogie.

Naz retrocedió en dirección al restaurante. Al mirar por el espejo retrovisor vio que Cheb se asomaba por detrás de un enorme cubo metálico y supuso que había metido el fiambre dentro. Lo que no sabía era cuánto tiempo llevaba esperando: un chico solo en un callejón con un cadáver.

Naz paró frente a la puerta y salió del coche. Pero primero limpió el volante y la palanca de cambio con la manga del jersey. Cuando cerró la puerta, también limpió el tirador. Por último le dijo a Cheb que lo esperaría al final del callejón, en la esquina de la calle principal.

—¿Por qué?

—Para vigilar. Además, si alguien se para a preguntar qué coño haces con un fiambre, yo puedo salir corriendo.

—¿Y cómo quieres que lo meta yo solo en el maletero?

—Lo has metido en el cubo, ¿no?

Cheb asintió; vale, ya se le ocurriría algo. Naz le entregó las llaves y se alejó tranquilamente.

—Cuando termines, pásate a buscarme con el coche.

Desde su puesto de vigilancia en la esquina, Naz no le quitaba ojo. Aunque nadie entraba en el callejón, pasaba cantidad de gente por delante. Si ninguno de ellos notó

nada raro no fue gracias a Cheb. Un estrépito metálico resonó por las paredes del callejón; el tío había derribado el cubo. Una pava, vestida de plateado y con unos calcetines muy sexys, se volvió un segundo al oír el ruido. Naz le dio un repaso: desde los muslos a las costillas desnudas. Pero la tía no le hizo ni caso y él la vio alejarse meneando un poco el trasero. Naz volvió la vista al callejón. La luz de la cocina le daba un brillo raro al cubo de basura, tirado sobre los adoquines. Cheb estaba fuera de su campo de visión, seguramente agachado. Naz oyó un gruñido; Cheb estaba levantando el cuerpo para meterlo en el maletero. Naz retomó su papel de vigía. Había poca gente en la calle, pero siguió al acecho por si acaso.

Otro ruido. Cheb había cerrado de golpe las puertas de emergencia. El tío se comportaba como un tarado mental. Se movía dejando una estela de seguridad química, como las luces del tráfico nocturno capturadas en una foto de larga exposición. Naz lo observó mientras entraba en el coche con unos gestos exagerados.

Estruendo número tres. Al dar marcha atrás, Cheb había chocado contra el cubo de basura. El coche se caló, arrancó y avanzó medio metro antes de volver a calarse. Naz oyó el chirrido del cambio de marchas y vio que el coche saltaba un par de metros hacia adelante antes de desviarse bruscamente a la derecha. No se le había ocurrido que Cheb no supiera conducir. Naz echó a correr. Al calarse el coche por tercera vez, metió la cabeza por la ventanilla del conductor y gritó:

—¡Sal! Ya conduzco yo.

Cheb sonrió con placidez.

—Como tú quieras.

Instalado frente al volante, Naz miró por el retrovisor y vio el cubo de basura rodando por el suelo. Frente a él tenía la calle tranquila que rodeaba Soho Square. Antes de llegar al final del callejón, Naz superó los sesenta kilómetros por hora y tomó la curva tirando con fuerza del freno de mano. El coche derrapó ligeramente, pero volvió a enderezarse, sin apenas perder velocidad. Como Soho Square estaba desierta, iba a atravesarla a toda leche, pero de pronto pensó en algo que lo obligó a hacer una parada de emergencia.

—¿Has tapado el fiambre?

Cheb le juró que sí. Con todos aquellos volantazos y derrapadas, el tío se había animado muchísimo. Parecía que se estaba divirtiendo. Cuando Naz reanudó la marcha, incluso daba saltitos en el asiento.

Era otra noche de calor. Las masas de gente que se arremolinaban junto al edificio Centrepoint y en el cruce de Charing Cross Road iban vestidas para el sol, aunque ya pasaba de medianoche. El polvo flotaba sobre el asfalto, fino y seco entre el humo de los coches. Naz adelantó a un taxi, pasó frente al Centrepoint y cruzó un semáforo.

—Vale, vamos al sur. Gira a la derecha —le instruyó Cheb.

Sin pensarlo dos veces, Naz se metió en el carril bus, pero en el siguiente cruce lo obligaron a girar de nuevo a la derecha y pronto se encontró avanzando hacia el sitio de donde habían venido: de vuelta al Centrepoint. El edificio se alzaba ante ellos como un enorme paquete de cereales.

—¿Te suena este sitio? —preguntó Naz.

—No, no conozco mucho Londres —respondió Cheb.

Naz volvió a girar para completar la vuelta a la manzana. La próxima vez que buscase una carretera hacia el sur, esperaría una señal que le indicara el camino.

—Dime adónde quieres que vaya y punto.

—Sólo hay que seguir el río. Lo he mirado en el plano y está tirado.

Dieron la vuelta a otro edificio y atravesaron seis carriles de tráfico hasta que Naz logró meterse en un túnel. Cheb ni se enteró; estaba revolviendo en la guantera como un desesperado.

—Pensaba que Hogie tenía papel.

—¿Vas a liar un porro?

—Sí.

—De puta madre. Así nos trincarán por posesión de droga además de por llevar un cadáver en el maletero.

Cheb asintió. Naz tenía razón.

—Tú llevas pistola, ¿no?

—¿Por qué iba a llevarla? —exclamó Naz, volviéndose brevemente hacia Cheb—. Yo sólo uso la pipa para currar y éste es tu curro, no el mío.

Cheb podría haber dicho que no era un trabajo, sino un viaje. Pero en vez de hacerlo sacó el brazo por la ventanilla abierta para notar el viento entre los dedos. En esos momentos cruzaban un puente bajo el cual discurría el Támesis, gordo y lento. Las luces de la ciudad se reflejaban en sus aguas como huevos fritos flotantes. Cheb buscó la caja de compactos de Hogie debajo del asiento; quería encontrar algún acompañamiento musical para inmortalizar la experiencia. Al final se decidió y metió un disco en la ranura del equipo y contempló las flechas verdes que anunciaban su decisión. A continuación empezó a sonar un agudo lamento envuelto en una serie de ruidos caóticos.

—¿Te ha dicho Jools que soy budista? —preguntó Cheb mientras esperaban en un cruce.

Sí, lo había mencionado. Naz había intentado animarla, pero ella sólo quería quedarse acurrucada, envuelta en un edredón que la cubría hasta los ojos. Él decidió ir poco a poco para no agobiarla. Fue entonces cuando señaló las paredes y le preguntó por qué estaban cubiertas con papel de plata. Ella le contestó que lo había hecho Cheb porque era budista.

—... una especie de budista —explicaba Cheb—. Karma y *kismet*, ¿sabes? Lo mío es un *dharma* disidente.

—*Kismet* es una palabra árabe —dijo Naz.

—Ya. Oye, ¿sigues las indicaciones? Porque estamos yendo hacia el oeste.

Naz tomó el desvío hacia Wandsworth y volvió a preguntar adónde iban. Cheb le contestó que buscase una discoteca llamada Comecon. Cuando finalmente vieron una

cola de unos cien metros de largo, Naz dedujo que habían llegado.

—Aparca detrás de esos autocares —le indicó Cheb.

A la izquierda y a la derecha de la calle había una hilera formada por los autocares que traían a la gente de las ciudades periféricas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Naz.

—Esperamos a que se acabe la cola. ¿Quieres un cigarro?

Naz sacó un pitillo del paquete. Cheb le dio fuego con el Bic y luego le preguntó si sabía mucho árabe.

—No, no mucho —contestó Naz—. Hablo inglés, gujarati y urdu. Ah, y un poco de hindi.

—Joder, menuda lista. ¿Y qué pasa con el árabe? ¿Eres musulmán?

—Sí, como tú budista. Aunque yo llevo más tiempo siendo musulmán como tú budista que tú budista como yo musulmán.

—¿Ah, sí? Pues yo, la verdad, paso de esas religiones del desierto: los bíblicos, los judíos y los del turbante. Y no te ofendas.

Naz miró la cola que había frente al Comecon; seguía siendo larguísima. Fuera cual fuese el plan de Cheb, al menos el tío tenía la sensatez de esperar a que la cosa se calmase.

—El problema es que las tres me parecen iguales —estaba diciendo Cheb—. Las tres religiones muestran un respeto penoso por la senilidad y se basan en el cultivo del trigo. ¿Has oído hablar del Creciente Fértil? ¿De la cuna de la civilización? Pues resulta que el sitio sólo es fértil para el trigo.

Cheb bajó el volumen del equipo, como si quisiera que la gente se enterase de lo que iba a decir.

—Si te fijas en el trigo, verás que los granos son microscópicos y están envueltos en espigas. Es complicadísimo intentar sacar algo nutritivo de una planta así.

Naz se atragantó con el humo del cigarrillo. Había visto una camioneta que vendía refrescos en la acera de enfrente e interrumpió a Cheb para sugerirle que compraran algo de beber. Cheb contestó que no, que era mejor que no los vieran demasiado.

—¿Y tengo que aguantar este rollo? —preguntó Naz.

Cheb no se ofendió en absoluto; acababa de empezar.

—Pues claro. Como decía, el trigo tiene desventajas, pero también es el alimento más sano entre los cultivos básicos. Por eso las culturas basadas en el trigo poseen un exceso de viejos. Son una pandilla de labriegos vejesterios, pero los tíos aguantan.

Naz contemplaba a los chavales que se iban desmarcando de la cola para comprar bebidas. Regresaban con las manos llenas de botellas para sus colegas que se habían quedado guardando sitio. Detrás de la camioneta, un flacucho con un jersey de capucha iba parando al personal para venderles papelinas, probablemente de *speed*, o tal vez éxtasis o tripis. Naz vio cambiar de manos el dinero y la droga, y recordó la

pasta que Cheb le había prometido por teléfono esa mañana. De la paga no podía quejarse, pero sí de las condiciones de trabajo. Cheb no le contaba lo que quería saber —qué estaban haciendo allí y por qué— y sí cantidad de cosas que no le interesaban. El tío no paraba de darle al pico. En ese momento estaba diciendo que la religión era la cara social de la tecnología alimentaria.

—¿Sabes por qué estas religiones siempre están buscando conversos? Para ampliar sus mercados. Verás: hay distintas clases de trigo, de grano duro y de grano blando; para hacer una barra de pan que no se pudra al cabo de unos días, hay que mezclarlos a partes iguales. Los que comen trigo han de intercambiar la mitad de su grano por grano de la otra clase, y por eso los agricultores tienen que vivir cerca de un mercado. O sea, que esos labriegos vejesterios saben que sus cosechas están viajando por todo el mundo mientras ellos siguen atrapados en un sitio. Son conscientes de un mundo en expansión pero no pueden comprenderlo, y eso les aterra.

La voz de Cheb sonaba más ida que antes. Naz ya no contemplaba la camioneta de refrescos, sino a Cheb, que describía un mundo en rápido desarrollo y a los paranoicos cuyas vidas iba segando a su paso.

—El mundo del trigo vuelve neurótico todo lo que toca; es una fábrica de obsesiones horribles. Los que comen trigo se encierran en sí mismos porque temen al mundo y temen que los engañen. Tienen que comerciar, pero el comercio los aterroriza. Al mismo tiempo, la situación los enriquece a todos o, como mínimo, a los viejos. Así que al final acaba produciendo una veneración antinatural por la tercera edad, combinada con sueños constantes de parricidio. Es una forma asquerosa de vivir, pero es la base del monoteísmo: Dios, casi todos sus profetas y todos sus sacerdotes son viejos; la propiedad es sagrada; el robo es inmoral; matar es un crimen y la codicia, un pecado. Al mismo tiempo, la cultura en sí promociona la codicia e incita al asesinato. ¿Por qué? Porque la única forma que tiene la gente de progresar es matar a esos viejos cabrones y robarles su tierra.

Cheb se rió. Naz lo miró para demostrarle que había captado al menos parte de su atención. Con un poco de suerte, estaría a punto de terminar.

—Como pasa con el trigo, hay un millón de variedades de religión, pero sólo tres especies básicas: el islam, el judaísmo y el cristianismo. Las tres son claramente multiculturales, tanto si quieren admitirlo como si no; las tres se subdividen constantemente y las tres están en guerra contra las otras, a pesar de ser casi indistinguibles. Creen que se odian mutuamente, lo cual es sólo un síntoma de la neurosis generalizada.

—¿Por eso tenemos guerras interminables?

—No, eso se acabó.

Naz vio una pequeña grieta en la lógica de Cheb.

—¿Y qué me dices de Bosnia? ¿Y el Líbano? ¿Y Sudán?

—Son fenómenos anormales. Se acabó, porque nadie vive exclusivamente de trigo. América y China nunca lo han hecho. Lo que quiero decir es que estamos listos para una nueva religión mundial. Y su primer acto sagrado va a ser un enterramiento. Ya va siendo hora de que saquemos el cadáver del maletero, ¿no crees?

Hogie le dijo a Mannie que no pensaba responsabilizarse de las acciones de Cheb. Porque estaba claro que el tío se volvería loco cuando descubriera a Jools acampada en su cuarto.

—Tú no lo sabes, pero ayer él se pasó toda la noche buscando la energía psíquica de la habitación.

—Las habitaciones no tienen energía psíquica —replicó Mannie.

—Es uno de esos rollos kármicos. Si te lo explicase Cheb, seguro que lo pillarías.

Estaban en el Good Mixer, un pub próximo a Camden High Street, cerca del mercado. Después planeaban ir al Dublin Castle. Hogie se sintió obligado a explicar por qué todos los pubs a los que habían ido eran tan cutres.

—Esto no es como Manchester, tío. Londres está muy hecho polvo.

—¿No hay bares, no sé, más modernos?

—Hay algunos en el Soho, pero son enanos —contestó Hogie.

De todas formas, ya estaban tan borrachos que les daba igual cómo fuera el siguiente pub. El Good Mixer era un local construido con fórmica y madera barata en torno a unas mesas medio rotas y despintadas. La mayor sorpresa para Mannie fue que estaba tan abarrotado que apenas podían moverse. Por la decoración y el olor a cerveza, tendría que haber sido un bar de viejos, pero la gente era de la misma edad o más joven que ellos. Casi todos eran nuevos *mods* y seguían con los pies el ritmo de viejas canciones de *rhythm and blues*. No había sitio para sentarse; sólo unos bancos de polipiel junto a las paredes y todos estaban ocupados. Unas cuantas parejas se habían sentado en la mesa de billar —cubierta con una tabla de conglomerado— y otras en el suelo, pero casi todo el mundo estaba de pie e iba moviendo la cabeza al compás de una canción de los Kinks o recitando la letra con los labios.

—¿Vamos afuera? —sugirió Mannie.

—Como quieras —respondió Hogie—. Luego podemos probar el Spread Eagle; es más limpio, aunque está decorado en plan antiguo. Lo que pasa es que muchos de estos locales no los han renovado desde los años ochenta.

Mannie y Hogie fueron a sentarse en el bordillo con las cervezas. Era una noche calurosa, sin una brizna de viento que despejara los olores del mercado. Mannie olisqueó el aire y preguntó:

—¿Qué es?

Hogie señaló al otro lado de la calle, donde se apilaban las cajas de verdura sin vender. No le molestaba el olor, pero le agobiaba recordar que tendría que estar en el mercado dentro de —consultó su reloj— unas cinco horas. Aún no se lo había dicho a Mannie, pero la fiesta de inauguración empezaba a preocuparle. En las últimas horas había tenido el estómago revuelto; no podía pensar en comida y mucho menos en cocinar. La cerveza tampoco ayudaba demasiado; era afrutada, sin gas, y le daba ganas de correr al lavabo.



Mannie debió de percatarse de algo: de su cara verdosa o del ruido de sus tripas.

—Macho, ¿qué te pasa? —le preguntó.

—Nada, nervios. La fiesta, el menú y todo eso.

Mannie no se lo creía.

—¿Qué dices? Pensaba que estabas tranquilo, que pasabas de todo.

¿Era eso lo que pensaba?

—Pues no. Estoy nervioso —contestó Hogie—. ¿Qué te crees? ¿Que soy el típico capullo al que no le importa nada?

Mannie lo pensó detenidamente.

—Pues la verdad es que sí. Tío, no te cabrees, pero normalmente eres de teflón; todo te resbala.

Hogie se quedó pensativo unos instantes.

—Sí, bueno. Intento aguantar.

—Quiero decir, que siempre te sale todo bien —se explicó Mannie—. Joder, estudiaste cocina porque te lo dijo Cheb y ahora resulta que eres tú el que tiene éxito.

No fue exactamente así.

—Oye, un respeto —protestó Hogie—. Fue... ¿cómo se dice? Una decisión consciente.

—Yo creía que tú y Cheb acababais de volver de unas vacaciones alucinantes en Ibiza y que él te convenció de que podríais vivir así todo el año si trabajabais en hoteles.

Era verdad, pero sólo en parte. Cheb los matriculó a los dos en una escuela de hostelería después de lograr que los expulsaran del colegio. Pero eso solamente fue el principio, cuando tenían dieciséis años, aunque en aquella época ya sabían que Hogie tenía talento. De todos modos, toda la culpa la tenía el estudiante de bellas artes.

—¿Sabes que la escuela estaba dividida en dos? La mitad era de bellas artes y la otra mitad, de hostelería. No había rivalidad ni nada, porque pensábamos que eran unos capullos.

Mannie asintió. Recordaba habérselo oído decir.

—Sí. No nos mezclamos hasta que Cheb se enteró de que los de bellas artes compraban la droga supercara. Así que empezamos a ir a sus fiestas y a sacar una pasta vendiéndoles mierda. Total, que una noche estaba yo hablando con uno de esos artistas y le dije: «¿Por qué estudias arte si ni siquiera sabes dibujar?» El tío se me puso chulo y me dijo que eso no importaba. Entonces yo le clavé el dedo en el pecho y le solté: «Tú sólo quieres ser famoso, pero lo tienes claro, chaval.» Le dije: «La única manera de hacerse famoso es jugar a fútbol o meterte en un grupo de rock.» No recuerdo qué pasó después; supongo que nos peleamos o yo me quedé sobado, una de dos. Pero al día siguiente me puse a pensar en que quizá me podía hacer famoso siendo chef. Y si no, al menos podría vivir como si lo fuera. O sea, que le pedí a Cheb que me escribiera cartas a todos los mejores restaurantes, entré en un sitio con una estrella Michelin y desde entonces no he parado.

—Eres un triunfador, tío. Te lo has montado bien.

—Mejor que ese estudiante, seguro. Cuando volví a Manchester, lo vi haciendo malabarismos por la calle. Y eso también lo hacía de puta pena.

Mannie se echó a reír.

—Lo más triste es que yo también lo intenté y tampoco me salió. —Mannie comenzó a revolver en la bolsa que tenía a sus pies—: ¿Y si te invito a otra birra? Así tú te calmarías y yo podría ahogar mis penas. —Lo soltó como si todavía fuese en broma, pero la expresión de su cara decía todo lo contrario.

Hogie se levantó.

—No, ya voy yo.

Mannie continuó escarbando en la bolsa como si esperase encontrar un tesoro escondido. Hogie echó un vistazo al caos que llevaba e insistió:

—Venga, tío. Ya te he dicho que tengo guita.

—Espera. —Cuando Mannie sacó la cabeza, su expresión triste había desaparecido del todo. Sonreía de oreja a oreja y decía—: No me lo creo. ¡Lo he encontrado!

—¿Qué?

—Un cartón entero de tripis.

Hogie se lo quedó mirando. Era un papel tamaño A-4, todo estampado con dibujitos de un sol.

—¿Es el que perdiste la semana pasada?

Mannie no estaba seguro. Había perdido muchas cosas, tanto antes como después. Podía decirse que pertenecía a Hogie y a Cheb, ya que ellos habían pagado su deuda. Ya sabía la respuesta, pero Mannie se lo preguntó de todos modos:

—¿Qué hacemos con esto?

Ya era tarde cuando volvieron al piso. Hogie y Mannie entraron en la oscura sala de estar riéndose por lo bajo. No sabían quién más había allí. Mannie soltó que a lo mejor Jools y Naz se habrían reproducido y habría miles de copias diminutas de ellos por todas partes: renacuajos gelatinosos engendrados por el diablo. Hogie se echó a temblar y a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Mannie.

—Que me has recordado la cabeza de gelatina.

Mannie también se partió de risa.

—Alucinas en colores.

—Te lo juro, tío. La vi en una pared, en un cartel.

—Sí, hombre... Un tipo con la cabeza de gelatina.

—Pues sí. ¿Y sabes qué te digo? ¡Que yo también quiero una, joder!

Los dos se dejaron caer uno sobre otro, muertos de risa. Cuando Jools encendió las luces, seguían desternillándose sobre la moqueta.

—Jools, ¿qué tal? —dijo Mannie—. ¿Dónde está Naz?

—Ha salido. —Ella se los quedó mirando con sus ojos azules, que tenían un brillo maligno. Cuando habló, lo hizo con mala leche—: ¡Apártate de ese perverso de mierda!

—¿Qué?

Jools agarró a Mannie por la chaqueta y lo separó de Hogie.

—¡Que te apartes de este perverso!

Mannie y Hogie no paraban de reír, a pesar de que ella estaba llorando. Tardaron al menos cinco minutos en darse cuenta de que la cosa iba en serio. Entonces intentaron acariciarle los brazos, Mannie por la derecha y Hogie por la izquierda. Apenas la rozaban con los dedos, pero le susurraban frases de consuelo como «Venga, venga» y «No llores».

Jools se separó de Hogie, le dijo que le quitara las manos de encima y rompió a llorar otra vez.

—¿Qué te pasa, Jools? ¿Por qué lloras? —le preguntó su hermano.

—Es un perverso, un perverso —respondió ella.

—¿Quién? ¿Naz? —Mannie se quedó helado al preguntarse si ella lo obligaría a defenderla.

—Naz, no. Él —contestó, señalándolo con el dedo—. Hogie.

Jools se abalanzó sobre él y comenzó a gritar:

—¡Y no se te ocurra decir que la culpa la tiene mi madre, hijo de puta! ¡Ni se te ocurra decir que ella abusó de ti!

Hogie retrocedió hasta topar con la pared. De pronto se dio cuenta de que iba a tener un mal viaje, y eso era algo que nunca le había ocurrido.

Más tarde, Mannie tuvo que admitir que Hogie no le había echado la culpa a su madre en ningún momento. Al principio resultaba difícil entender lo que Hogie estaba farfullando, pero por lo visto el tío quería que creyeran que no había sido nada; sólo una pequeña aventura. Al ver que eso no calmaba la situación ni impedía que Jools siguiera pegándole, Hogie empezó a meter la pata. Les contó que estaba borracho, que había bebido demasiada sidra Olde English. Como estaba demasiado pedo para ir a clase, fue a buscar a Mannie a su casa. Pero en vez de a Mannie encontró a su madre, que estaba paseándose por el dormitorio envuelta en una toalla.

—¿Qué pasó entre vosotros? —preguntó Jools, que había dejado de pegarle, pero todavía parecía peligrosa.

—Gloria está bien. Quiero decir que siempre me había gustado, pero tendríais que

haberla visto ese día. Desnuda, sólo con una toalla...

Mannie hizo un ruido que Hogie no había oído en su vida: una especie de chillido que, sin querer, se convirtió en una risita. Cuando Jools lo fulminó con su mirada mortífera, Mannie quiso decir: «No soy yo. Son los seis ajos que me he tomado.» En cambio, echó a correr por el pasillo y a bajar y subir la escalera a toda velocidad. A la vuelta, casi se había convencido de que todo había sido un viaje edípico rarísimo, pero cuando entró en la sala de estar vio que nada había cambiado. Jools estaba gritando como una loca y Hogie, escondido detrás del sofá, le decía que necesitaba tiempo para pensar.

—Estoy un poco... no sé... confuso. —Su voz era normal, pero Mannie lo oyó lamentarse—: ¿Qué puedo decir?

La mirada de Hogie recorrió la habitación, como si no reconociera a nadie. Sus ojos iban de un hermano al otro, dos huérfanos, hasta que al final extendió el brazo para tirar del jersey de Mannie.

—Lo siento —se disculpó.

Durante horas, no sabía cuánto tiempo, Mannie contempló a Hogie revolcarse por la moqueta, entrar y salir de diferentes ataques de histeria hasta que finalmente se quedó hecho un ovillo en el suelo. A su lado, Mannie seguía sentado y bebiendo cerveza. Hay gente que dice que el zumo de naranja es la mejor forma de neutralizar el ácido, pero él sabía que la única manera de salir de un mal viaje era quedarte quietecito y emborracharte hasta perder el conocimiento. Mientras no te movieras, no podías hacerte daño; al final te quedabas sobado y punto.

Después de acabarse las birras, Mannie vio que tendría que tomarse una botella de ron Mount Gay que había visto en la cocina, entre las latas de tomate. Jools ya no lloraba. Cuando Hogie finalmente se tranquilizó, ella se puso a hacer té y tostadas como si nada. Incluso dejó un bol de cereales en el suelo para Hogie. Pero en vez de comérselos, Hogie se lavó la cara con la papilla. Aún quedaban un par de cabellos rubios en la leche.

Mientras ponía a hervir el agua y encendía la tostadora, Jools hablaba. Hablaba sin cesar y únicamente de Naz; no se cansaba de enumerar sus cualidades físicas y mentales. Mannie no podía creer que hubiera tantos matices en la personalidad de Naz. Por lo visto, el tío no sólo era un delincuente y traficante de droga sino un amante «activo». Mannie no tenía ni puñetera idea de lo que quería decir exactamente con eso. No obstante, se alegraba del cambio de tema.

Su madre se había estado tirando a Hogie. Ésa era la explicación a un montón de cosas que antes carecían de importancia pero que de repente se convertían en pruebas horribles; su madre y Hogie eran los únicos que «conjugaban» en las clases de francés de los miércoles por la tarde. Ella era la razón de que Hogie se desviara en su sesión de footing de los viernes. Y los días en que Mannie llegaba a casa después de la escuela y Hogie ya estaba allí, diciéndole: «Macho, sí que has tardado. Llevo horas esperándote.»

Otra cosa era evidente, tanto que incluso Jools lo había adivinado: un día Hogie dejó de ir por su casa. Nadie había dicho nada desde el estallido de locura de Hogie o el ataque de autismo que le siguió, pero la única razón por la que Jools no paraba de describir a su amante perfecto era porque quería dejar algo claro. Había hombres que intentaban comprender a las mujeres. Y había otros que las hundían en la miseria.

Cuando Hogie empezó a pasar más tiempo en el piso de la madre de Cheb, Mannie volvía a casa y se encontraba a su madre sentada en la cocina, envuelta en un aroma a perfume rancio y una bata. Ya se había tomado una botella de ginebra y su cara siempre tenía la misma expresión. A Mannie se le había quedado grabada aquella mirada: esa mezcla de ira, aturdimiento y lágrimas lentas.

La cola había menguado. Naz sólo veía a unas veinte personas alrededor de las vallas metálicas del Comecon. Cheb ya había salido del Volvo y caminaba hacia el maletero, así que él sacó las llaves del contacto y lo siguió.

—Pásame las llaves —dijo Cheb—. Y ve a buscar un autocar con el portaequipajes abierto.

Naz le dijo que vale y arrojó las llaves con suavidad para que Cheb las cogiera al vuelo. El camello se había metido en la camioneta de refrescos aparcada junto a la discoteca, que se había quedado sin clientela.

Naz se dirigió a la hilera de autocares. En la mayoría, el conductor estaba sentado al volante o acostado sobre los dos asientos delanteros y no podía verlo; estaba oscuro y él iba de negro. A pesar de ello y de que las ventanillas de los autocares eran altas, Naz avanzaba encogido. Mientras comprobaba las puertas laterales en busca de una que hubiese quedado abierta, sintió que iba con demasiado cuidado. La religiosidad de Cheb lo había puesto un poco nervioso. Tenía que deshacerse de un cadáver, lo cual, aunque no fuera cosa corriente, era algo que iba a tener que hacer algún día.

La primera puerta que Naz intentó abrir se levantó con facilidad. El portaequipaje estaba vacío: acceso instantáneo.

De vuelta al coche, Naz vio la puerta del maletero abierta. Cheb estaba inclinado sobre él y la linterna iluminaba su rostro desde abajo. Naz no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero de lejos parecía repugnante. De cerca resultó peor de lo que había imaginado; Cheb estaba cortando las nalgas del cadáver con un cuchillo de cocina.

—Ya sé que da asco.

Naz no dijo nada.

—Venga, deja de mirarme así. Me estás haciendo sentir culpable. Se le ha quedado la marca del fogón en el culo. Yo sólo estoy eliminando las pruebas. Te juro que no quiero destrozar más el cadáver.

—Pensaba que formaba parte de tu nueva religión.

—De la mía, no. Pero estaba pensando que, cuanto más ritual parezca, menos posibilidades tendrán de resolver el caso. De esta manera creerán que ha sido un psicópata.

—Y yo quedo fuera de sospecha.

Mientras cortaba la nalga izquierda, Cheb le preguntó qué deberían hacer con las partes sobrantes. Naz no quería ni pensarlo.

Entre los trastos que habían acabado en el maletero de Hogie, había una tarrina vacía de helado.

—Podemos meterle el culo aquí dentro y tirarlo a la basura —dijo Cheb.

Tras tapar los dos trozos de carne, se dirigió hacia la papelera más cercana. Volvió dando palmaditas.

—Listo.

Había llegado el momento de trasladar el cadáver. Naz cargó con la cabeza y los hombros y prácticamente todo el peso. Cheb se limitó a impedir que los pies rozaran el suelo. Cuando llegaron al autocar señalado, fue Cheb quien abrió la puerta. Naz arrojó el cadáver dentro del compartimento del equipaje y los dos lo empujaron hacia las sombras. A continuación dieron un paso atrás para ver el efecto. El cadáver no quedaba oculto. Cheb pensó que sería mejor darle la vuelta para que quedara atravesado. Sin pensarlo dos veces, se metió en el compartimento para maniobrar el cuerpo. Cuando logró colocarlo en la dirección que quería, lo empujó contra la pared que separaba el motor de la zona de equipaje.

—Cuando el autocar empiece a moverse, rodará hacia adelante —le advirtió Naz.

Cheb ya lo había pensado. Estaba planeando sujetarlo, así que le preguntó a Naz si veía al conductor del autocar.

Naz se fue a comprobarlo. Al cabo de unos segundos volvió diciendo:

—Sí, hay un tío delante vestido de uniforme y leyendo *The Sun*.

—Pues hazlo salir.

—¿Cómo?

—Dile que se la chupas por cinco libras.

—Vete a la mierda.

Cuando Cheb sonrió, la luz de las farolas le iluminó los dientes y la calva.

—Lo decía en broma. Tengo una idea mejor: ve a atracar la camioneta. Cuando salgas corriendo, los conductores bajarán a ver qué ha pasado.

Cheb lo decía en serio. Naz alucinaba.

—¿Tengo que salir corriendo? ¿Y adonde cojones quieres que corra?

—Alrededor de la manzana. Yo te esperaré en el coche.

Naz sabía que aquello era una locura. ¿Y si lo seguían?

—¿Quién te va a seguir? —contestó Cheb—. Tienes una pistola.

Naz se paró, o más bien, hizo una pausa.

—Ya te lo he dicho. No llevo pipa.

—Ya sé lo que has dicho, pero no me lo creo.

Naz podría haber contestado: «¿Me estás llamando mentiroso?» Pero cuando Cheb le había sugerido que fuese a ver al conductor, la mano se le había ido a la izquierda del cinturón, donde guardaba el arma.

—También te he dicho que la pipa era para currar y que esto no es mi curro.

—Pues que lo sea. Ya viste el negocio que estaba haciendo ese camello detrás de la camioneta. Te sacarás una pasta.

Naz podría haberse tomado un poco de tiempo para pensarlo con calma, pero era una noche extraña; el *kismet* y el karma controlaban la situación. Así que comenzó a alejarse y a ponerse un par de guantes de cuero negros.

Quería recorrer la calle a pasos grandes y lentos, a fin de tener tiempo de situarse. De esa manera todo parecería una película del Oeste: la típica escena en que un hombre camina por la calle desierta del pueblo. En la pared del Comecon sólo quedaban unos pocos rezagados esperando a que los porteros los dejaran entrar; esos rechazados serían los testigos. Los habitantes del pueblo que abandonaban la calle principal para refugiarse en el *saloon* o que se escondían tras los visillos de sus casas.

La pistola era una Browning automática. El botín tendría que ser abundante para compensar su pérdida, si es que la perdía. Si disparaba, aunque no le diera a nadie, tendría que tirarla a la alcantarilla más cercana. Podría ser la última vez que la tenía en las manos, así que Naz decidió aprovecharla al máximo. Ya estaba a unos veinticinco metros de la camioneta.

En *Los chicos del barrio*, Ice Cube usaba el dedo anular de la mano izquierda para subirse el borde de la camiseta. Tenía el arma metida en los pantalones, con la empuñadura hacia la derecha. Combinada con la mirada de Ice Cube, era una jugada de puta madre; totalmente imparables.

El tío ni siquiera tenía que tocarla, porque la expresión de su cara lo decía todo: «Sí, aquí tengo la pipa. Ahora todo depende de vosotros. ¿Os parece convincente?» Naz habría seguido el método de Ice Cube si la Browning hubiera podido verse por encima del mostrador de la camioneta, pero desgraciadamente no era el caso.

En *El clan de los irlandeses*, Gary Oldman tenía el brazo levantado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero con el revólver apuntando hacia abajo. Al disparar, el tío se lanzaba hacia adelante como si fuese un espadachín, lo cual era la forma más extraña de usar un arma que había visto en una película. Sin duda alguna, al que sostenía una pistola de esa manera le encantaba dispararla, tanto si daba en el blanco como si no. Otra opción: últimamente Naz había visto varias películas en que agarraban la pipa boca abajo y disparaban con el dedo meñique, o con el índice de la otra mano. El estilo Chow Yun Fat se estaba poniendo de moda.

A cinco metros de la camioneta, Naz decidió adoptar una pose clásica de la profesión: los brazos cruzados. Se había sacado la Browning de los pantalones y se sentía muy cómodo con ella en la mano derecha, bajo la axila izquierda. Al llegar a la camioneta esperaría en el mostrador hasta que abrieran la ventana; los tíos dirían «¿Sí?», él se volvería ligeramente hacia la derecha y levantaría el codo izquierdo. Entonces verían la Browning apuntándolos, con el dedo firme en el gatillo.

Cuando Naz llegó a la camioneta, los dos tíos estaban sentados dentro, fumando a oscuras. Ninguno de los dos reparó en su presencia al otro lado de la ventanilla. Naz vio reflejados en el cristal a los porteros del Comecon. Cuatro de ellos charlaban frente a la puerta y otro estaba un poco más lejos, apoyado en un coche y hablando con el conductor. Naz miró más allá de la imagen reflejada y vislumbró un porro encendido. Los dos hombres, el camello y el vendedor de refrescos, seguían sin verlo. Naz golpeó la ventanilla corredera con el dedo corazón de su mano izquierda, cuidando de mantener la pistola escondida. Uno de ellos se volvió hacia él y le hizo un gesto de «Está cerrado» a través del cristal. Naz volvió a llamar, esa vez con una sonrisa.

Lo malo de la sonrisa era que los convencería de abrir la tienda, pero luego sería



imposible recobrar la pinta amenazadora. No había nadie que tuviera una mirada de ex presidiario y, al mismo tiempo, una sonrisa encantadora. O una cosa o la otra: o Bruce Lee o Jackie Chan. Naz sonrió de nuevo a los dos hombres. Sólo uno de ellos lo miró. Era el mismo de antes: el vendedor de la bata blanca.

—Que está cerrado, joder.

Esa vez se le oyó perfectamente. Su amigo ni siquiera alzó la vista.

Naz pensó: «Esto va a ser un coñazo.» Sacó la Browning de su cálida axila y rompió el cristal con la culata. Esta vez sí que atrajo la atención de aquellos mamones: el de la bata blanca con manchitas de colorines y el otro, que se había quitado la capucha. Naz vio que el tío tenía la cara chupada y era diez años mayor de lo que había imaginado. Los dos lo miraban con caras de qué coño pasa.

Cuando se agacharon y metieron la cabeza debajo del mostrador, Naz supuso que estaban cubriéndose porque habían visto la Browning. Pero de pronto Bata Blanca se levantó armado con una escopeta de cañones recortados y Capucha Negra con una pistola semiautomática. Naz disparó a Bata Blanca en el pecho y se oyó a sí mismo gritar «¡Cago en la puta!» en algún idioma. La bala le produjo una manchita en la bata, a juego con las demás. Aquel fotograma del orificio de entrada y las gotitas color frambuesa se le quedó grabado en la retina mientras se tiraba al suelo.

Naz jadeó sentado en el bordillo, de espaldas a la camioneta. A continuación notó el estrépito de las balas al chocar contra el metal detrás de él. Capucha Negra estaba intentando perforar la carrocería para herirlo. Naz pensó: «Este gilipollas sí que ha visto demasiadas películas.» Aquel truco sólo funcionaba en el cine.

Los porteros del Comecon, que se habían quedado absortos con el espectáculo, dejaron de mirar y echaron a correr. Un movimiento hizo que Naz mirara al quinto portero y el coche aparcado junto a la puerta. El maletero se había abierto solo. Bueno, el conductor debía de haber apretado el botón desde dentro del coche. De repente Naz comprendió, sin saber cómo, que aquel buga era un arsenal. Los tíos que venían hacia él y los camellos de la camioneta formaban parte de la misma banda. Era de cajón. Naz había sido gilipollas. Se había montado una película de vaqueros y de repente se encontraba en El Álamo.

Naz levantó la vista. Por la ventanilla de la camioneta asomó el cañón cuadrado de una pistola, seguida de una mano. Se incorporó de un salto y agarró la muñeca de Capucha Negra con la mano izquierda. Con el codo derecho le machacó el brazo sobre los añicos de cristal hasta que topó con el hueso. Al volverse vio la jeta angulosa de Capucha Negra con la nariz rota y el brazo derecho clavado en el cristal de la ventanilla. Naz le plantó la Browning en la cara y miró por encima del mostrador. Bata Blanca seguía vivo; sus ojos azules de cerdito lo miraban desde un careto redondo. En condiciones normales debía de ser coloradote, pero en esos momentos se había quedado blanco. En el regazo tenía la escopeta de cañones recortados.

—Pásame la escopeta... Al revés, mamón.

Bata Blanca le dio la vuelta a la escopeta y se la pasó a Naz, que la agarró por la culata y la dejó en el mostrador.

Después de desarmarlos a los dos, Naz oyó dos o tres disparos a su espalda. Un tercer disparo se estrelló contra el lateral de la camioneta, a un metro de distancia. Naz pensó: «Menuda pandilla de inútiles, ¿es que nadie hace practicas de tiro?» Se guardó

la Browning en el cinturón y se volvió hacia ellos. Llevándose la escopeta a la altura del hombro, apuntó al portero que estaba junto al maletero abierto. No tenía ni idea de lo precisa que era aquella arma, pero la usó como un rifle normal y corriente. Tuvo que disparar dos veces —vaciando los dos cañones— para derribar al hombre.

Naz arrancó la automática del brazo sangrante de Capucha Negra. Era una Beretta plateada. También cogió el cargador que había en el mostrador y usó la culata de la escopeta para romper la ventanilla del conductor. Luego sorteó los cristales rotos hasta alcanzar las llaves de la camioneta. Mientras caminaba hacia la puerta del Comecon, se deshizo de las llaves y de la escopeta.

Había cuatro porteros, cinco contando el conductor del coche. Naz sólo veía a dos, ambos armados con pistolas que habían sacado del maletero del coche. Uno de ellos estaba disparando a lo loco. A pesar de que era de noche y estaba a veinte pasos de distancia, Naz distinguía el brazo del portero moviéndose arriba y abajo, de izquierda a derecha. El otro tío, en cambio, lo apuntaba con toda calma. Naz dio un salto a la izquierda y echó a correr en zigzag con la cabeza gacha. Mientras corría, vació el cargador de la Beretta sobre ellos. No creía que le hubiera dado a nadie, pero era imposible ver nada. Los tíos debían de haberse puesto a cubierto detrás del coche. Naz sacó la Browning de debajo del cinturón y se tiró al suelo, junto al coche. Al ver una rodilla y una zapatilla de tenis blanca debajo del chasis, apuntó y disparó. Se oyó un grito. Naz rodó por el suelo hacia su izquierda; la parte trasera del coche. Cuando se incorporó, se escudó con la puerta del maletero. Al otro lado del coche, alguien asomó la cabeza para mirar. Naz la partió en dos de un disparo. Fue horrible; la parte frontal del cráneo se abrió y desapareció.

Ya no hubo más disparos. Al mirar a su derecha, Naz descubrió que la puerta del pasajero estaba abierta, pero no había nadie dentro. El conductor debía de ser uno de los tipos que se había cargado, y eso quería decir que aún quedaban tres dentro de la discoteca, aunque seguramente no iban armados. Naz no los veía. No veía a nadie. Los que esperaban en la cola habían salido por piernas en cuanto empezó el tiroteo.

Naz fue a comprobar si las llaves del coche estaban en su sitio, pero en un principio no vio ni el volante. Era un coche con el volante a la izquierda. «Mejor descubrirlo ahora que más tarde», pensó Naz. En el maletero encontró una bolsa de deporte de piel. Dentro distinguió un ligero brillo metálico. Naz la cogió y metió en ella la Beretta vacía y el cargador de repuesto.

Ya iba hacia la discoteca cuando oyó un chillido agudo. Detrás del coche yacía un hombre que se aguantaba la pierna y gritaba como un desesperado. Naz apuntó la Browning hacia él. Aunque le pareció que el tío no iba armado, había visto una pistola en la acera, a un metro de su mano. Quizás había más armas que él no veía. Naz notó una arcada que le subía por la garganta, pero la contuvo y le disparó tres veces en el pecho. El tío podía haberse arrastrado hasta un arma, habría sido tonto dejarlo ahí tirado. Sin embargo, nunca se había sentido tan mal por pensar con lógica, por prever y razonar las cosas. Cuando entró en la discoteca, ya iba en piloto automático.

El resto de los porteros se habían ocultado en el vestíbulo y la cajera estaba pálida dentro de su cabina.

—Esto es un atraco —anunció Naz—. Que nadie se mueva.

Al echar un vistazo a través de la ventanilla, descubrió una pila de bolsos y abrigos.

—Vacía una bolsa y llénala de dinero —le dijo a la cajera.

Ella se levantó de la silla y empezó a revolver en la pila.

—Que no sea una mariconada. Ésa misma.

Los porteros estaban paralizados. Los pobres eran tontos del culo. Todos ellos habían adoptado posturas de «descanso», es decir, los músculos en tensión y las sonrisas forzadas. Llevaban tantos años cultivando su cuerpo que ya no sabían pasar inadvertidos. Y estaban tan tiesos que si Naz les hubiese dado un empujoncito, se habrían derrumbado uno por uno como fichas de dominó. Cuando les preguntó si hacían muchas pesas todos asintieron, agitando las cabezas sobre sus cuellos de toro.

Naz adoptó un tono amenazador.

—¿Qué os parece? ¿Habría que pagar más si los ataúdes son más grandes de lo normal? Porque esos tres tíos que me acabo de cargar van a necesitar a alguien fuerte que lleve las cajas. Y si queréis ir al entierro, más vale que me escuchéis. Me voy a llevar todas las pipas para que no tengáis que explicarle a la pasma por qué andabais armados hasta los dientes. Pero cuando mañana salgan los periódicos, quiero leer que os atacó una banda de diez hombres o más, de cualquier raza, color o religión. Todo menos un tío paquistaní, ¿entendido?

Ellos asintieron.

—Eso espero. Porque a mí no me cuesta nada volver aquí la semana que viene y pegar cuatro tiros.

La cajera susurró que había terminado.

—Tráela aquí fuera, guapa.

La chica salió de su oficinita y le entregó una bolsa que pesaba mucho para estar sólo llena de papel.

—¿Has metido calderilla?

Ella negó con la cabeza; no, sólo billetes. Un rótulo en la ventanilla decía «Comecon. Entrada: 15 libras». Naz había visto al menos mil personas en la cola y dentro tal vez ya había el doble cuando llegaron él y Cheb. «La hostia», pensó. Se puso la bolsa al hombro y se marchó.

Había decidido coger el coche del portero. Al principio no reconoció la marca, pero cuando cerró la puerta del maletero descubrió la palabra Oldsmobile en letras cromadas. Al arrancar se preguntó por qué había tan pocos pedales y entonces se dio cuenta de que era automático. Él sólo había conducido coches con marchas, pero empujó la palanca hacia adelante y el coche empezó a avanzar.

El primer vehículo con el que se cruzó fue el Volvo de Hogie, que estaba dando tumbos junto a la camioneta de refrescos y la hilera de autocares. Cuando Naz lo adelantó, Cheb lo saludó con la mano. Cincuenta metros más allá, Naz alcanzó a Bata Blanca y Capucha Negra, que iban cojeando por la calle. Naz frenó para adaptarse a su ritmo y les ordenó que le pasaran la bolsa que llevaban, cosa que hicieron sin rechistar.

—Si hay menos de cuatro mil, vuelvo y os pego un tiro. ¿De acuerdo? —les amenazó Naz.

Entonces Capucha Negra se sacó una bolsita de debajo del chándal. Naz la cogió y le

dio las gracias.

Naz esperaba que Cheb conociera lo bastante el código de circulación para entender la señal que le estaba haciendo con el intermitente. Le dio tiempo de sobra antes de girar a la derecha y aparcar, dejando que Cheb parara delante de él. Entonces, Naz salió y se deslizó en el asiento del Volvo.

—¿Ése era el plan? —fue lo primero que le preguntó Cheb.

—¿Si ése era el plan? —repitió Naz.

—No, si no me quejo. Ha sido de puta madre, tío. Pero cuando empezó el tiroteo ninguno de los conductores salió de los autocares. Se tiraron al suelo y ahí se quedaron. Yo pensé que, con todo el jaleo, nadie me iba a ver metiendo un fiambre en el autocar.

—No había ningún plan. Ha sido una chapuza.

—Siempre hay algún plan. Puede parecer una explosión de locura, pero en el fondo el universo está programado. Estamos conectados con el futuro. Mira cómo estaba el mundo antes de que llegáramos aquí; lleno de paranoia e inestabilidad. Somos superhéroes, tío. Todo lo que hemos hecho ha sido demencial y peligroso, pero nos hemos sacado treinta y cinco mil libras en una noche.

—¿Ya lo has calculado? —se burló Naz.

—La pasta es tuya, tío. A mí el dinero me da igual. La cuestión no es hacerte rico, sino volverte loco gastándotelo. Con mis tarjetas de crédito, no tengo que preocuparme de mi salud mental.

—Me parece bien —replicó Naz.

No pensaba darle nada a Cheb, pero sí le dijo que había varios miles de libras en armas en la bolsa de deporte. A Cheb le pareció genial porque quería una pistola. Sin pensarlo dos veces, se volvió para coger la bolsa del asiento de atrás y le preguntó a Naz qué tipo de arma le recomendaba.

—¿Has usado alguna en tu vida?

—Más o menos. En salones recreativos. —Tenía la cabeza casi dentro de la bolsa. Finalmente sacó la Beretta y comentó—: Pesa más de lo que imaginaba.

Naz y Cheb llegaron al piso al amanecer. Nada de lo que vieron les sorprendió. Cheb examinó aquellas figuras lamentables: Hogie en el suelo, entre restos de tostadas, migas y cereales, y Mannie hundido en la butaca, rodeado de cascos de cerveza. Cheb se volvió hacia Naz y le comentó:

—¿Ves lo que quiero decir? Cuando llegue el fin de la civilización, la culpa la tendrán los cereales.

## **Segunda parte**

### **Desfasados**

Susan le pidió a George que la dejara en Cambridge Circus. Quería pasar por el café que él había mencionado, donde los chaperos se sentaban al sol, lucían sus móviles como joyas y apuntaban a sus clientes en agendas gordas de despacho. Un poco antes, ella le había sugerido que fueran los dos juntos; si quería incluso se vestiría de hombre.

—¿Tan desesperada estás? —le preguntó George.

Pues sí, guapo, lo estaba. Por lo que había visto de momento, los únicos que valían la pena en Londres eran maricones.

—Pues no cuentes conmigo. Esas niñatas depiladas no me van. Cuando uno llega a cierta edad, empieza a buscar un poco de personalidad.

Susan se preguntó si tardarían mucho en llegar.

No llevaban toda la mañana hablando de sexo; sólo las últimas horas. Era una forma de distraer la mente de otras cosas, como la necesidad de irse del piso de New Cavendish Street.

George se había puesto serio con ella y le había dicho que no podía vivir en un sitio donde había estado su hijo. ¿Cómo podían saber que Callum no le había dado la dirección a Frankie?

—¿Y adonde voy a ir?

—A un sitio discreto. ¿Te acuerdas de Rosa, *la Maltesa*?

—Sí, la monja.

En realidad era una puta, pero pasaba tanto tiempo en misa que algunos la tomaban por santa. Y además, a la tía no le importaba ponerse el hábito de carmelita. A cambio de dinero, claro.

—Ya no ejerce. Se jubiló e invirtió en propiedades inmobiliarias. Ella te ayudará.

Susan no quería ni pensar en dónde acabaría.

Estaban llegando a Gower Street, una calle de sentido único. George giró por Shaftesbury Avenue, pero le dijo a Susan que no quería pasarse el día atrapado en el tráfico. ¿Le importaba que la dejara en la próxima esquina, detrás de la iglesia de Saint Giles?

Al salir del coche, él le recordó que se llevara la maleta. Ella quiso saber el motivo.

—¿Por qué no te la quedas tú?

George se encogió de hombros.

—Me parece más práctico que la tengas tú.

Mientras se encaminaba a Cambridge Circus, Susan se preguntó por qué George había estado tan receloso; quizá tenía que ver con la cocaína que había dentro de la maleta. Susan había planeado darse un paseo por el Soho para entrar un poco en

ambiente; quería averiguar lo que se sentía siendo la dueña de todo lo que alcanzaba la vista. Sin embargo, cargando con aquella maleta se sentía más como una vagabunda que como una millonaria.

Torció a la derecha en Old Compton y comenzó a subir por Frith. Reconocía todas las calles, pero muy pocos lugares. Tal vez George había comprado los locales, pero no era responsable de todo lo que pasaba. Los homosexuales que estaban sentados en las terrazas suponían una mejora evidente, pero los demás cambios eran más ambiguos: ya no había tiendas de alimentación, ni sastrerías, ni nada que no fueran boutiques de ropa moderna y los *sex-shops* de siempre. No obstante, había más cafés que bares, por lo que Susan dedujo que eran inmuebles valiosos.

Encontró el restaurante al doblar la esquina, después de un club donde ella había trabajado haciendo su numerito con el abanico de plumas. El nombre, La George, destacaba orgulloso en letra cursiva. Susan intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Entonces pulsó el timbre y miró por la ventana, esperando que el pelado del bar se moviera. Pero no lo hizo. Sólo levantó un poco la cabeza.

—Está cerrado —dijo y dio media vuelta.

Susan volvió a pulsar el timbre. Esta vez el chico no le hizo ni puto caso. Aunque hubiese llamado una hora seguida, no le habría abierto. Susan se quedó en la calle con la maleta en la mano y una enorme sensación de impotencia que le recorrió la espalda de arriba abajo.

Apenas había tráfico. A unos veinte metros de distancia, un camión de transporte hacía marcha atrás desde un callejón, bloqueando toda la calle. Sus luces naranja estaban sincronizadas con una voz robótica programada para repetir «Atención peligro» en un volumen lo bastante alto para que se oyera por encima de los bocinazos. El ruido la puso nerviosa durante cinco minutos, antes de caer en que aquel callejón conducía a la parte trasera del restaurante. Susan podría entrar por la puerta de servicio. Una vez dentro, le soltaría una buena bronca al imbécil que no le había abierto la puerta.

En el callejón había un Volvo familiar aparcado junto a unas puertas de emergencia. Susan miró por la ventanilla de atrás: dentro sólo había carne cruda, trozos de animal amontonados.

De repente las puertas se abrieron con estrépito y dieron paso a un chico vestido de blanco. Llevaba las llaves de un coche en la mano y le pidió a Susan que lo dejara pasar. Lo primero que se encontró el chico al abrir el maletero fue una especie de morro perruno, con una oreja rota en un ángulo coqueto sobre unos ojos mortecinos. Susan no había visto nada parecido desde que vivía junto al mercado de Spitafield (en el sesenta y ocho y luego en el setenta y cuatro).

—Joder, ¿tengo que levantar eso? —murmuró el chico.

—¿Es cabrito? —preguntó Susan.

—Sí, el chef ha comprado cinco —contestó el chico sin levantar la vista.

Desde la cocina se oyó una voz grave con un fuerte acento de Manchester.

—¡Eh, vosotros! ¡Echadle una mano, joder!

Al asomarse a la cocina, Susan vio a un chico asiático bastante alto que llevaba un gorro de cocinero e indicaba la puerta con la mano. Sus ayudantes obedecieron y

salieron al callejón. Allí formaron una cadena para pasarse los cabritos. El asiático caminó hacia ellos, cogió un animal por las patas y se lo llevó adentro, dejándolo caer en la encimera de acero. Acto seguido, señaló el Volvo con un cuchillo de carnicero que había descolgado de un gancho.

—También hay verdura. Sacadla toda.

Los cocineritos lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Sí, jefe.

—Y cuando hayáis acabado, picad el cordero. Pero aseguraos de no meter los sesos. Eso lo estoy reservando para otra cosa.

—Sí, jefe.

El cuchillo se hundió en la tripa de un cordero, que se abrió como si tuviera cremallera.

Susan entró en la cocina y le preguntó:

—¿Tú eres el chef?

El asiático no levantó la cabeza; era un artista con el cuchillo y no quiso interrumpir su trabajo.

—Soy el *chef du jour*. El tío que trabaja aquí no se ha presentado y yo le sustituyo. Si le molesta, le digo lo mismo que a ellos. —El chico indicó a sus ayudantes, que inmediatamente bajaron la vista—. No estoy de humor para gilipolleces, así que no quiero que nadie me toque las narices.

Ella no lo dudaba. El chico estaba cubierto de sangre hasta los codos y los empleados de la cocina parecían aterrorizados. Controlando la voz, Susan anunció:

—Yo soy la dueña.

Aquello lo detuvo un momento, pero no mucho. Alzó la vista, la miró a los ojos y se limpió las manos en la camisa blanca. Cuando se las mostró, seguían teñidas de rojo, pero él sonreía de oreja a oreja.

—Mejor no darse la mano, ¿eh? Pero encantado de conocerla. —Hizo una pausa, sin dejar de sonreír—. Perdona por lo que he dicho antes. No he dormido en toda la noche, con la historia del mercado. Pero me he pasado un poco. Lo siento.

A ella le había caído bien. Le perdonó el comentario, diciéndole que él no podía saber quién era ella.

—No, no. Es culpa mía. Pero ya le digo, ayer por la noche fue una cosa detrás de otra. Por eso he explotado.

No pasaba nada; no era su cabeza la que Susan quería. Mientras él se lavaba las manos en el fregadero, le contó lo del chico pelado que había visto antes. El que estaba sentado en el comedor del restaurante.

—Ése es Cheb, el maître. A mí me parece que no tiene la personalidad adecuada para una movida como ésta... ¿Usted qué cree?

—Estoy de acuerdo. Ahora mismo lo despido.



Naz la vio alejarse. La tía tenía estilo y no pensaba perderse lo que estaba a punto de pasar, así que echó a correr detrás de ella. Había sido una noche de mierda, pero aquello quizá compensaría por todo lo demás.

Cheb esperaba a los decoradores de la fiesta, que tenían que estar al caer. Cada vez que sonaba el timbre, miraba hacia la puerta. Pero la última vez sólo había sido una mujer con una maleta, alguien que buscaba un hotel o que la orientaran. Cheb no estaba para esas chorradas, así que continuó viendo la televisión.

Antes de que los decoradores se pusieran manos a la obra, tendrían que convencerlo de que podrían recrear las imágenes que él tenía en mente y que cada vez eran más alucinantes, sobre todo después de ver las noticias en el televisor que había colocado en la barra. Normalmente nunca las veía. A él no le importaba lo que pasara en sitios concretos, sino lo que experimentaba cada ciudad en su camino hacia el olvido total. Pero aquel día la cosa era distinta; las noticias le estaban hablando directamente a él.

Una reportera se paseaba por el escenario de lo que describía como «el lugar de un horrible incidente frente a una popular discoteca situada al sur de Londres». Mientras sorteaba las cintas azules y blancas con que la policía había sellado la zona, las cámaras enfocaban la camioneta de refrescos o la puerta del local. La voz en *off* decía que la policía había hecho un llamamiento a quienes hubiesen visto a un grupo de jamaicanos fuertemente armados en los alrededores de Wandsworth.

La reportera prometió una entrevista con el jefe de policía después de la pausa. Cheb dio la espalda a los anuncios, justo a tiempo para ver que la pelirroja entraba en el comedor hecha una furia. Cuando llamó al timbre apenas se había fijado en ella, pero de cerca imponía mucho más respeto. Entonces supo que había cometido un error al dejar a una mujer así colgada en la acera. Detrás de ella apareció Naz, sonriendo por primera vez en muchas horas.

—¿Quieres conocer a la jefa? —le preguntó.

Cheb cerró los ojos y notó que giraban bajo sus párpados como los cilindros de una máquina tragaperras. Cuando los abrió, deseó que se lo tragara la tierra. Llevaba toda la mañana diciéndole a la gente que se sentía con una fuerza de superhéroe, pero ya empezaba a hundirse. Incluso los superhéroes necesitaban dormir entre una hazaña y otra, al menos para reponer sus poderes.

Claro que eso no quería decir que en una emergencia no pudiera sacarse un poco de diplomacia de la manga.

—¿Tú eres Cheb? —inquirió ella.

Él asintió.

—Te va a despedir —intervino Naz, todavía detrás de ella—. ¿Quieres que diga algo en tu favor?

Cheb decidió meterle la excusa de la presión del trabajo, cosa que era verdad, se mirase por donde se mirase. Al descubrir que Hogie sólo era capaz de rodar por el suelo llorando de vergüenza y prometiendo que en el futuro se portaría bien, Naz y él fueron los que tuvieron que ir al mercado, organizar al equipo de cocina y preparar la fiesta de inauguración.

La mujer seguía allí.

—¿Qué has dicho?

—Sí, soy Cheb.

—¿El colgado *new age*?

Sí, suponía que sí.

—Pues a mí me pareces un capullo. Anda, ponme una copa.

Conque ésa era su fuerza de superhéroe: un destello distante que desaparecía tras la sombra de un rascacielos.

—Sí, señora. ¿Qué quiere?

—Un gintonic.

Mientras Cheb se dirigía a las botellas, dieron una nueva noticia por la tele. Habían descubierto un cadáver en Grays, Essex, clavado en el suelo de un autocar. La presentadora estaba diciendo que se desconocía la identidad de la víctima.

Naz miró la pantalla.

—¿Clavado?

Cheb asintió, esquivando su mirada.

Susan hizo una mueca y apagó el televisor.

—Qué asco. ¿Qué coño le pasa a este país?

Con la cabeza todavía baja, Cheb le contestó que no lo sabía y le pasó la bebida.

—Ahora salid. Quiero hacer una llamada.

Cheb volvió a la cocina y Naz lo siguió, susurrándole al oído:

—¿Lo clavaste al suelo?

—Para que no rodase.

—Alucino. ¿Con clavos?

—No me agobies, joder —protestó Cheb—. Estoy en una fase de cansancio, pero es pasajera. Antes de la fiesta, estaré como nuevo.

—Pues pasa de tripis. Yo de ti me limitaría a las anfetis.

O quizá no. Cheb pensaba que tal vez la culpa era del *speed*. Estaba en su tercer gramo desde la noche anterior y la cosa ya no iba.

—¿Nos hemos olvidado de algo?

Los cocineritos trabajaban como autómatas, cortando y preparando la comida según el menú que Naz tenía en mente.

—Tranquilo, tío. Todo marcha.

—¿Y no han preguntado por Hogie?—preguntó Cheb.

—No les he dado tiempo de preguntar.

Cheb seguía preocupado.

—¿Qué cojones le pasa a Hogie? Cuando nos prometió que nos compensaría, ¿qué crees que quería decir?

Naz se encogió de hombros. Aunque había estado allí cuando Hogie empezó a hacer promesas, se limitó a contestar:

—No lo sé. Él no se tiró a mi madre.

Pues debía de ser la única que se había librado.

A Susan se le había ocurrido llamar a su peluquera en España. Era amiga suya y, además, totalmente legal. Estaba casada con un jugador profesional de golf cuyo único handicap era el delirium trémens. Entre la peluquería y su casa junto al club de golf, la tía se enteraba de casi todo. Susan quería saber las últimas novedades sobre Frankie.

—Cassie, soy yo.

—Me cago en... ¡Susan Ball! ¿Qué te ha pasado? ¿Has visto *Shirley Valentine* al revés? Se supone que tienes que escaparte de Inglaterra para vivir en el Mediterráneo, no todo lo contrario.

Cassie se partía de risa. Susan tuvo que esperar unos segundos para preguntarle sobre Frankie.

—Está en Manchester, cariño. Buscándote como un desesperado.

Susan se alegró muchísimo, porque quería decir que Callum no le había contado sus verdaderos planes al cerdo de su marido. Se imaginaba a Frankie recorriendo Flixton en busca de la casa de su madre. Le encantaría ver su cara cuando se acordase de que llevaba muerta más de seis años.

Cassie seguía al otro lado de la línea.

—¿Y tú, cariño? ¿Estás bien?

—Perfectamente. Todo va fenomenal.

—¿Dónde estás viviendo?

—Ahora mismo estoy a punto de mudarme. Parece que voy a tener que vivir en un puticlub... Mejor no te cuento. Oye, Cassie, tengo que colgar. Ya te llamaré.

Antes de marcharse, Susan abrió la maleta y llamó al cocinero. El tío volvió con el pelado, que seguía con cara de cordero degollado y llamándola señora.

—Vosotros dos, ¿vais a estar listos para la fiesta?

—Eso espero.

—Sí, señora.

—Será un gran éxito, ¿no?

Los dos asintieron.

—Bueno, sólo para asegurarnos, pasad esto a los invitados, ¿vale?

Susan puso un kilo de cocaína en la barra y le dio un golpecito cariñoso a la bolsa.

—Es coca, chicos.

Los dos se quedaron petrificados. Los ojos se les salían de las órbitas.

—Sí, señora.

El avión de Londres llevaba un retraso de quince minutos, pero sólo Frankie podía ponerse a mil por tener que esperar un cuarto de hora. Cardiff se ofreció a comprar otra ronda de bebidas y lo dejó solo en la sala de espera de primera clase.

La noche anterior, cuando llegaron a Manchester, Frankie había reservado dos habitaciones. Sin embargo, no dejó que Cardiff subiera a verlas, sino que lo envió directamente a buscar a su mujer. Cardiff se quedó en el vestíbulo, como un pasmarote.

—Pero si no tengo ni zorra de esta ciudad —se quejó—. ¿Dónde quieres que busque?

Frankie escribió el nombre de soltera de Susan en un bloc de notas del hotel y le dijo que usara su imaginación. No valía la pena discutir con Frankie, porque estaba hecho una furia. Si no conseguía telefonar, seguramente explotaría. Estaba cabreado desde que en el taxi del aeropuerto se dio cuenta de que su móvil español no funcionaba en Manchester.

Cardiff se pasó toda la noche buscando. Eran más de las siete de la mañana cuando regresó, agotado. Y además angustiado, porque tenía que informar a su jefe de que no había ni rastro de Susan. Por eso casi se sintió aliviado al enterarse de que Frankie tenía un nuevo problema. No sólo había desaparecido su mujer, sino también su hijo. Cagada por partida doble. Frankie le dijo que no se molestara en deshacer la maleta, que volvieran al aeropuerto; esta vez con destino a Londres.

Cardiff no tenía motivos ni ganas de estar de vuelta en la isla. Ciertamente, ir a Londres era mejor que quedarse colgado en el norte, pero él prefería la Costa del Sol. Al acercarse a las dos mujeres que estaban sentadas en la barra de primera clase sólo intentaba que la cosa le resultara más llevadera.

—Cuidado, chicas. Allá voy.

Cardiff se dio cuenta de que no las había impresionado demasiado, pero siguió con su rollo.

—¿Sois hermanas?

Se parecían un poco; las dos tendrían cuarenta y tantos años y eran del norte. En España, Cardiff había conocido a mucha gente del norte de Inglaterra. Como él decía, en la costa había una mezcla increíble.

—¿Puedo invitaros a algo? Me llamo Sean Doherty. —Ése era el nombre que figuraba en su pasaporte, pero al tenderles la mano pensó: «Me voy a hacer la picha un lío»—. Pero mis amigos me llaman Cardiff.

Ellas le dieron la mano, pero enseguida se levantaron para marcharse. Cardiff ni siquiera había logrado averiguar sus nombres, pero decidió volver a intentarlo.

—Camarero, por favor. Un par de vodkas con soda y lo que estaban bebiendo las señoritas. —Entonces se volvió hacia ellas—. Por favor. Soy un viejo tonto, pero haría cualquier cosa por un par de bellezas como vosotras.

Al final obtuvo sus nombres, porque los vio escritos en sus tarjetas de embarque.

—No me gustaría equivocarme, así que ¿cuál de vosotras es Manning y cuál Beddoes?

La más bajita le aclaró las cosas.

—Yo soy la señora Beddoes y ésta es la señora Manning.

Gloria Manning asintió. Sí, era ella.

—Os vais de vacaciones, ¿no? ¿Con el Club Dieciocho a Treinta?

Eso siempre hacía reír en España: preguntarle a una mujer madura si estaba de vacaciones con uno de esos viajes organizados para jovencitas. Por lo menos le sacó una carcajada a la señora Beddoes.

—Ojalá. No, vamos a una fiesta en Londres.

—¿A una fiesta? ¡Vaya vida! Ya me gustaría a mí coger un avión cada vez que me apetece ir de juerga.

Todo iba como una seda. La señora Manning no había dicho mucho, pero él nunca descartaba a las más calladas. Ése era uno de sus lemas. Las más silenciosas siempre se sentían agradecidas si alguien les daba un poco de palique.

—La fiesta la organiza un amigo de mi hijo y él nos ha pagado el avión y lo demás. Es la inauguración de un restaurante.

—Qué bien. Un restaurante, ¿eh? ¿Sabéis qué? A mí me encanta comer. ¿Cómo se llama ese garito?

—La George.

A Cardiff le pareció un nombre raro de cojones. Estaba a punto de hacérselo deletrear cuando anunciaron su vuelo por megafonía. Desgraciadamente, no creía que tuviera ocasión de hablar con ellas en el avión. No entendía cómo se habían colado en la sala de espera de primera clase, pero dudaba mucho que se sentaran delante, con los ricachos. De todos modos, después de enterarse de sus nombres y de su destino, Cardiff decidió darse una vuelta por aquella fiesta. Siempre que Frankie le dejara un poco de tiempo libre, claro. «Nunca se sabe —pensó—. Tal vez a él también le apetezca echar una canita al aire.» Si se daba el caso, Frankie podría escoger la que le gustase más. Al fin y al cabo, en ese momento estaba soltero.

Cuando volvió a la sala de espera, Frankie le dijo:

—¿Dónde te has metido, imbécil? Estamos embarcando.

—Perdona. Me distrajeron unas tías. Ya me conoces.

—¿Serás inútil? ¿Y qué ibas a hacer con ellas? ¿Coserlas a navajazos como hiciste con aquella puta?

Fue un golpe bajo.

—Un respeto, Frankie. Esa tía era mi mujer.

—Y tú su chulo.

—No grites, joder —le rogó Cardiff.

Frankie le dio un empujón para que avanzara. Por los altavoces sonaba la última llamada para los pasajeros del vuelo a Londres. Cardiff cogió las maletas y siguió a Frankie hacia la puerta de embarque, donde un guarda vigilaba la entrada. Cuando a alguien lo buscan por asesinato, prefiere evitar ese tipo de comentarios.

Oficialmente, la mujer que había matado sólo era su concubina, pero Cardiff siempre se había considerado un hombre de familia. Eso era lo que no comprendía de Frankie. ¿Por qué había permitido que su hijo entrara en el país seis kilos de cocaína? Era una misión no apta para cardíacos y cargarle el muerto a tu propia sangre... A Cardiff le parecía una putada. Él nunca lo habría hecho.

Frankie caminaba por delante de él, marcando el paso. Otra cosa que no comprendía de su jefe era por qué quería volver a meterse en el ajo. Ya había amasado su fortuna. Lo tenía todo controlado. De todos modos, Cardiff pasaba de analizarlo; bastante tenía con cargar con cuatro pesadas bolsas por toda la terminal del aeropuerto. Si Frankie quería volver a ser un chorizo, él lo seguiría sin rechistar. Pero si alguien se lo preguntaba —alguien de confianza—, le diría: «Hay que estar colgado para confiar en Callum Ball. ¡Cómo va a organizar ese gilipollas un negocio de tráfico de cocaína!»

A diez metros de su puerta de embarque, Cardiff volvió a divisar a Viv y a Gloria. Si hubiese podido acelerar, lo habría hecho. ¿Quién sabe? Quizás a Frankie le interesase el rollo. Valdría la pena hablar con ellas para impresionarle; para demostrarle que el viejo Cardiff todavía podía ligarse a las fulanas. Quién sabe, tal vez entonces Frankie lo pondría a chulear, y eso era mucho mejor que según qué trabajos sucios.

Le sorprendió muchísimo que las chicas se sentaran en la parte delantera del avión. O sea, que sí tenían pasta. Cardiff estuvo hablando con ellas durante todo el viaje a Londres e incluso las ayudó con las bolsas de mano. Frankie seguía cabreado. Estaba volviendo locas a las azafatas, pero pasaba por completo de las dos tías.

En Heathrow, Gloria dejó a Viv en la recogida de equipajes y se encaminó hacia las tiendas. Buscaba regalos, pero sólo encontró calcetines y bombones. Mientras esperaba en la cola con una corbata para Mannie y unas mallas para Jools, se quedó atrapada detrás del londinense pesado que estaba detrás de ellas en el avión. El hombre estaba de espaldas, pero reconoció su abrigo de pelo de camello. Cuando empezó a gesticular, ella se fijó en sus anillos de oro. Estaba pasando el rato jugando con su teléfono móvil.

—¿Dónde está mi hijo? —le oyó decir—. Vosotros teníais negocios con él, ¿no? ¡Pues moved el culo y encontradlo de una puta vez!

Gloria ignoraba cuánto tardaría Vivien en recoger el equipaje. Ninguna de ellas había volado antes en primera clase. De haberlo hecho, habrían sabido que podían llevar más equipaje de mano y no habrían facturado las maletas. Hogie había insistido en tratarlas por todo lo alto y les había dicho que no tenían que preocuparse de nada, que él lo pagaría todo con su American Express.

La voz de Hogie le había sonado extraña, pero lo más raro era que las hubiese llamado. La había dejado de piedra. El chico había telefoneado a las nueve de la mañana para decirle que quería que la inauguración fuese un acontecimiento familiar: Mannie, Jools, Cheb y las madres de todos. Gloria no habría aceptado aquella invitación tan extraña si no la hubiera llamado Viv Beddoes inmediatamente después. Al final decidió que todavía resultaría más raro si las madres de Hogie y Cheb iban a la

fiesta y ella no. Hasta que llegó al aeropuerto no empezó a preguntarse dónde se había metido la madre de Hogie; desde luego, en la lista de pasajeros no estaba.

Frank seguía dando la paliza con su teléfono móvil. En cada llamada mencionaba a su hijo y decía cosas como: «¿Qué es eso de que no lo has visto? Tú eras su contacto, ¿no? Pues búscalos.»

Había dos londinenses en el avión. El tal Frank, que se había pasado el vuelo aterrorizando a las azafatas, y Cardiff, que las había aterrorizado a ellas. Cardiff parecía haber desaparecido, pero Gloria supuso que estaría en la recogida de equipajes, ya que había oído a Frank decirle que se ocupara de las maletas.

Al llegar al principio de la cola, Frank depositó en el mostrador un fajo de billetes españoles y un puñado de corbatas. El chico de la caja las fue pasando por la pistola láser mientras él seguía hablando por teléfono. Gloria se fijó en un cartel que decía: «Se aceptan todo tipo de divisas de la Comunidad Económica Europea. El cambio se dará en libras esterlinas.»

Cardiff y Viv Beddoes caminaban hacia ella. Habían cargado todas las maletas en el mismo carrito, pero el hombre había cogido uno con la rueda torcida. Gloria ya oía su voz a pesar de que sólo eran una motita al fondo de un largo pasillo. Cuando estuvieron más cerca, él gritó:

—¡Ya hemos vuelto a reunir al Club Dieciocho a Treinta!

Cuando llegaron con el carrito, Frank ya se encaminaba hacia la agencia de alquiler de coches. Gloria señaló la espalda de Frankie.

—Si quieres alcanzar a tu jefe, tendrás que correr.

Gloria sacó su pequeña maleta del carrito y Viv hizo lo mismo. Le dijeron adiós con la mano, pero poco más.

Cardiff empujó el carrito chirriante para no quedarse atrás. Sin embargo, Frankie le llevaba bastante ventaja, gracias a sus enormes zancadas. El tío llevaba unos pantalones estilo inglés que debía de haber desempolvado expresamente para el viaje. Era muy fácil olvidar cómo era alguien cuando lo veías en bañador y camiseta todos los días. Y de noche, vestido con jerséis de pico, pantalones de pinzas y mocasines italianos. Resultaba difícil acordarse de cómo habían sido las cosas. Había algo extrañísimo en la ropa que Frankie llevaba ese día. Estaba tan pasada de moda que parecía recién salido de la cárcel después de una condena de diez años. Desde luego, aquella imagen lo hacía más terrorífico. En esos momentos, Cardiff habría preferido dar media vuelta, aunque le habría tocado empujar el carrito hasta España.

De pronto, una viejecita se cruzó en su camino. Cardiff intentó frenar el carro, pero sólo logró salir disparado hacia un lado. Cuando por fin consiguió enderezarlo, tanto Frankie como las chicas ya estaban a unos cincuenta metros de distancia.

Las mujeres habían topado con una cola larguísima. Cardiff no veía dónde empezaba ni dónde terminaba. Estaban atrapadas, intentando colarse justo a la derecha de Frankie.

Normalmente Frankie se habría abierto paso hasta la cabeza de la cola, pero en aquella ocasión se había parado para esperarlo a él.

—Hola, guapas —les dijo Cardiff—. ¿Algún problema?



Frankie miró a Viv y a Gloria como si no las hubiera visto en su vida. Sin embargo, enseguida comprendió la situación y decidió ayudarlas —incluso les guiñó el ojo—. Lo único que tuvo que hacer fue poner la mano en el hombro de un viejo y decirle:

—Usted se queda aquí.

El viejo captó la indirecta. Quince metros de cola se esfumaron como por arte de magia.

Frankie dejó pasar a las mujeres, apoyando una mano en el hombro de Gloria. Viv, siempre la más charlatana, le dijo:

—Gracias, encanto.

—De nada.

Cardiff comprendió lo que estaba ocurriendo. Viv era una de esas celestinas siempre dispuestas a colocar a su pobre amiga con el primero que pasara. Frankie sonreía alegremente.

—Bueno, a lo mejor os vemos en el restaurante —dijo Viv Beddoes, cogiendo el brazo de Cardiff. Luego se volvió hacia Frankie para añadir—: A los dos, ¿eh?

Frankie sonrió de nuevo.

—Estabais en el avión, ¿verdad? Perdonadme por no haberos hecho caso, pero es que estoy muy preocupado por mi hijo.

—¿Problemas familiares? —le preguntó Viv, con una mirada de consuelo.

—Más o menos. Acaba de ponerse a trabajar por su cuenta, así que estoy un poco preocupado.

Cardiff no se lo podía creer; Frankie estaba en plan encantador y las mujeres se interesaban en la historia de Callum. Después de su comportamiento en el avión, lo lógico habría sido que pasaran de él. Quizá fuera porque eran tías del norte; las pobres estaban acostumbradas a hombres insoportables vestidos a la moda de hacía quince años. Y seguramente las había impresionado el bronceado.

Frankie estaba jugando con las llaves del coche de alquiler. Se volvió hacia las mujeres y les dijo:

—Nosotros vamos al West End. ¿Queréis que os llevemos?

Susan echó un vistazo a las lámparas con flecos, las colchas horteras de nailon y el tocador con su gama completa de ambientadores y perfumes comprados por catálogo. George abrió la ventana en un intento de diluir aquel olor a fulana con algo más respirable. Sin embargo, antes de que la habitación se llenase de moscas y del ruido de la gente follando, ya se había escabullido para buscar el lavabo. Susan imaginó que allí el aire sería aún más dulzón que en ese dormitorio de puta, cortesía de Rosa, *la Maltesa*. Unas horas antes, mientras la ayudaba a mudarse, George se había burlado diciendo que era justo su estilo. Pero la había obligado a aceptar de todos modos.

De manera que era así como Rosa había invertido los ahorros de toda una vida: en un puticlub de mierda en Manchester Street. George le contó que tenía otras tres casas desperdigadas por Marylebone. Era un buen negocio; el alquiler se pagaba cada día y el precio incluía la asistenta y el teléfono. Susan le dijo a George que no necesitaba una asistenta, aunque sí le habría gustado disponer de su propio lavabo, en lugar de tener que compartirlo con los ocupantes de otras seis habitaciones. Eso era lo único extraño del lugar, y era un detalle típico de Rosa. Debía de pensar que ella se había ganado la vida de la manera más dura y que nadie que empezara en la misma profesión podía tenerlo más fácil.

Lo más curioso era que, al salir del taxi, a Susan le había parecido bien. El edificio estaba tan cerca de la sede central de Marks & Spencer que supuso que tenía que ser un barrio respetable. Pero se equivocó.

George volvió y se sentó en la cama, que casi llenaba la habitación. Ya iba vestido para la noche; llevaba un esmoquin que le daba un aspecto imponente. Marica pero serio; de loca, nada. Parecía sacado de un *remake* de *El padrino* firmado por Almodóvar. Tenía una copa de coñac en la mano y la botella a su lado, encima del tocador. Cuando la abrió le dijo que era un regalo de bienvenida, pero él ya llevaba tres copas y ella sólo estaba en la primera.

—No quiero quedarme aquí —se lamentó Susan—. Frankie no sabe nada del otro piso. ¿Por qué no vuelvo allá?

—No puedes estar segura de que Callum no se lo dijera.

George se dio unas palmaditas en los bolsillos del esmoquin para buscar su paquete de tabaco. Le había alegrado saber que Frankie había mordido el anzuelo y se había ido a Manchester. Sin embargo, no se quedaría allí mucho tiempo cuando descubriera que su hijo no estaba. George no sabía cómo sacar el tema de Callum.

—Otra cosa —dijo, mientras encendía un Gauloise—. Parece ser que Callum ha desaparecido.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿cómo lo sabes?

Porque había visto el cadáver. Pero eso no se lo dijo.

—Es un rumor.

Susan no parecía preocupada. Simplemente cogió un cigarrillo y comentó:

—Se habrá ido a alguna *rave*. Ahora mismo estará durmiendo la mona en casa de

alguna niña, intentando recordar dónde se dejó la coca.

Susan había extendido las cinco bolsas de cocaína y su mejor ropa encima de la cama. Aún no sabía qué ponerse. Con un vestido en la mano y el cigarrillo en la otra, le preguntó a George qué opinaba.

—Quizás el crema.

Ella cogió el vestido crema y se miró en aquel espejo diminuto.

—No sé, no veo nada. ¿Cómo crees que debería vestirme?

George ya le había explicado que primero iban a conocer a gente de la prensa; unos cuantos editores de revistas y algún crítico gastronómico que podían ayudar a promocionar el restaurante.

—¿Y cómo quieres que me presente ante la prensa? —insistió Susan.

—No lo sé, pero que sea algo discreto —contestó George—. Queremos que se concentren en el restaurante, no en la mujer del gángster.

Susan eligió un vestido rojo.

—No sé, quizá, si fuera famosa, él se asustaría. Lo podría deslumbrar con mi fama.

—No lo digas ni en broma. No quiero que Frankie se presente en el restaurante.

Susan no lo escuchaba mientras se alisaba el vestido rojo sobre los pechos y el abdomen. Pensaba en Frankie, deslumbrado por los faros de un coche o cegado por el sol español. Entonces recordó una anécdota.

—Un día fuimos de excursión al desierto, a visitar el sitio donde rodaron un viejo *spaghetti western*. Frankie estaba tan emocionado que compró una cámara de vídeo antes del viaje. Cuando llegamos, se nos acercó un campesino viejo y nos dijo que teníamos que pagarle si queríamos filmar. Frankie le pidió que esperara un momento y volvió al coche a coger su escopeta. El viejo salió corriendo y no volvimos a verlo. Frankie se quedó en la calle con la escopeta en la mano, intentando imitar a Clint Eastwood, mientras yo lo grababa con la cámara. «¿Tienes un caballo para mí?», gritaba.

—Ése no era Clint Eastwood, sino Charles Bronson.

—Te digo que intentaba imitarlo, no que lo consiguiera. La única imitación que Frankie sabe hacer es la de Michael Caine e incluso ésa le sale fatal —respondió Susan—. Total, que estaba en pleno desierto, agitando la escopeta y gritando frases de películas de vaqueros con ese horrible acento suyo. Llevaba una camisa hawaiana, unos pantalones cortos y nada más. Yo me eché a reír. Él también se reía, pensando que era un tío genial, pero supongo que debió de notar algo en mi risa que le hizo pararse y me preguntó: «¿De qué coño te ríes?» —Susan hizo una pausa—. Yo lo estaba grabando, así que estaba prácticamente de espaldas al sol. Cuando Frankie empezó a gritarme, me moví, por los nervios. Al moverme yo, él también lo hizo. A todo esto, el tío seguía agitando la escopeta. Finalmente yo me quedé delante del sol y a él lo cegó la luz. La cara le cambió por completo; no sólo entornó los ojos, sino que torció todo el gesto, como si se hubiera quedado en blanco. Yo seguía grabando. Aún tengo la cinta y es fantástica; el tío se pasó dos o tres minutos cerrando y abriendo la boca, como si estuviera asfixiándose. Al final se volvió y caminó en silencio hasta el coche. Me daba

un poco de miedo seguirlo, pero no había motivo; el pobre parecía un perro apaleado. No volvió a estar normal hasta al cabo de varias horas, ya de vuelta en el pub.

—Frankie siempre fue noctámbulo. Pero nosotros también, ¿no? —comentó George.

Susan no dejaba de darle vueltas a aquella imagen. Luego, ya en el taxi, dijo:

—Quizá la publicidad no sea tan buena idea.

George se sintió enormemente aliviado.

—Es mejor que nadie conozca nuestra relación. Que la prensa se centre en la decoración y en el chef.

George no tendría que haberse preocupado tanto, ya que sabía que siempre podía hacer negocios con Susan. Ella tenía la cáscara dura, pero un interior blando. Le había pescado sus chanchullos con las cuentas, pero también le había hecho saber que confiaba en él. Susan lo apoyaba, fuera cual fuese su forma de llevar las cosas.

El taxi dejó Oxford Street y torció por Dean para internarse en el Soho. George era miembro de seis clubes, y eso cubría cualquier necesidad. Podría haber llevado a Susan a cualquiera de ellos: a un local de estriptis para recordar los viejos tiempos, a las Colony Rooms por la ginebra y la animación, al casino para apostar, o a uno de los bares más radicales para una excursión al mundo gay. Pero esa noche había elegido el Sohovian, una discoteca de lo más pija frecuentada por periodistas. Al llegar, él bajó primero y le indicó a Susan la entrada mientras le daba al taxista su número de socio.

La barra principal era de metal cromado y cuero, decorada con figuras geométricas, y las ventanas estaban cubiertas con persianas de bambú. A Susan le decepcionó; habría sido sofisticado si estuvieran en la Costa del Sol y fuera 1985. Siguió a George, que acababa de saludar a una chica en un rincón. Mientras se acercaban a ella, George le susurró que se llamaba Annabel y escribía la columna de sociedad del *Evening Standard*. También le comentó que la chica que estaba sentada a su lado trabajaba en televisión y que la otra lo hacía en un periódico, pero no recordaba exactamente en cuál. George les dedicó una sonrisa de relaciones públicas y ellas dejaron su torbellino social para gritar:

—¡George!

Él les indicó que ya iba y echó otro vistazo periscópico a su alrededor. Una rubia regordeta se había levantado de su asiento para saludarlo. A George le parecía que era la editora de un suplemento dominical, algo con una sección de cocina. La rubia se unió a ellos mientras los demás le hacían sitio. George presentó a Susan a todo el mundo, pero no mencionó su relación con el restaurante. La periodista Annabel comenzó a hablar del chef, diciendo que era una «monada, una auténtica monada».

Otra dijo:

—Va a ser un exitazo. Todas mis amigas hicieron unas críticas fabulosas de su último restaurante.

Eso era lo que Susan esperaba. Tenía la imagen del asiático alto. El chico parecía competente; por lo menos, sabía usar un cuchillo de carnicero.

—¿Nunca has probado su comida?

Ella negó con la cabeza.

—Es que he estado fuera los últimos años.

—¿De viaje? —preguntó una voz masculina.

Ella se volvió hacia él.

—No, descansando. Me retiré pronto.

Era un hombre mayor que se sentaba sobre una barriga de whisky; tenía la cara cenicienta y la corbata manchada de comida. De toda la gente del local, era quien más se acercaba a su imagen de lo que era un periodista. Por lo menos era el que hacía más preguntas, todas ellas con un tono afeminado del que ya hacía tiempo que había aprendido a desconfiar.

—¿Estás retirada? ¿Y qué hacías antes?

George intervino rápidamente.

—Susan era modelo.

Ella asintió. Tenía razón.

—¿Y todavía vives en el extranjero?

—No, ahora vivo en un burdel, en Marylebone.

Susan miró a George con sarcasmo, pero él ni se inmutó. Se limitó a cogerla del brazo y acompañarla a que conociera a otra persona.

—No te acerques a ese tío —le advirtió.

—¿Por qué?

—Porque en cualquier momento va a deducir quién eres. Hace treinta años que se mueve por el Soho.

Susan se volvió. El viejo seguía mirándola fijamente y ella se preguntó si la reconocía. En ese momento recordó su círculo de amistades: un par de pintores, otro par de escritores y un antiguo alumno de Eton que había hecho de recadero para los hermanos Kray. La mitad eran homosexuales y absolutamente todos eran alcohólicos.

—El tío sigue mirando. Vámonos.

Durante el corto paseo por Dean Street, Susan intentó esperar a George, pero él tardaba porque se había quedado despidiéndose de sus amiguitas las periodistas. Así que ella fue la primera en llegar al restaurante. Se quedó un momento parada, preguntándose por qué habían tapado la ventana, y cuando se decidió a entrar, la puerta se abrió ante ella. Allí estaba Cheb, erguido y despierto, con una sonrisa de bienvenida. Su cara estaba teñida de un rubor rosado que le llegaba hasta la coronilla y lucía un esmoquin blanco con un ligero relieve de ondas barrocas. El fular que llevaba al cuello se abría como una flor obscena, perforada por un alfiler con una perla blanquísima. Sus pantalones eran de terciopelo marrón y las botas de tacón le daban los siete centímetros adicionales que necesitaba. En una mano sostenía un cóctel a la altura del pecho, mientras con la otra la invitaba a pasar.

Susan entró.

El restaurante había sido decorado para un cóctel al estilo Las Vegas. Unas guirnaldas de terciopelo adornaban el techo y caían al suelo como cascadas de color flamenco. Los focos psicodélicos proyectaban sus remolinos líquidos sobre las paredes mientras las bolas de espejo disparaban miles de rayos y puntos sobre la gente que bailaba. Entre los invitados —famosos, periodistas y *groupies* de cocineros— había unos desconocidos disfrazados de bailarines que se contoneaban al ritmo de las trompetas cubanas.

George estaba al lado de Susan, mirando boquiabierto a su alrededor.

—¿Quién cojones es esta gente? —exclamó.

—Venían incluidos con el pincha —contestó Cheb.

George tardó un segundo, pero al final sonrió.

—Buen trabajo —le felicitó—. ¿Sabes si el disc-jockey acepta sugerencias?

Susan seguía inmóvil, sin saber muy bien qué opinaba de todo aquello.

—Señora Ball, permítame que le haga un cóctel de curasao —le ofreció Cheb con gesto respetuoso—. ¿Cómo lo prefiere: azul o verde?

Susan pensó: «Mejor no liarse.»

—Otro gintonic —contestó, e inmediatamente le añadió un «por favor» y una sonrisa.

Susan decidió que el pelado había hecho un buen trabajo con la fiesta, a pesar de que la música le parecía un tanto extraña. Se preguntó cuándo había oído por última vez *Call Me* —en la versión Hammond de Walter Wanderley— y se dio cuenta de que nunca la había oído entera con la ropa puesta.

Entre los cabritos, los corderos asados y las pilas de arroz con azafrán, estaba Naz.

—Que todo el mundo se ponga en fila —dijo—. Así seguro que os toca.

Hogie se había sentado en la encimera donde antes habían preparado unas hamburguesas con cordero picado, perejil y leche. El tío no podía estarse quieto; no paraba de dar pataditas a los armarios de debajo y de reírse con una risa aguda, como la de una perra apaleada pero más repetitiva. Era una especie de «ji, ji, ji» seguido de un hipo extraño, como un disco girando al revés. Naz ya estaba nervioso y la agitación de Hogie lo estaba poniendo a cien.

Los cocineritos estaban formando una cola.

—Muy bien. Poneos en fila y recibiréis vuestra recompensa —repitió Naz.

A continuación agarró la espátula con las dos manos, una en el mango y la otra en la punta, y machacó al máximo la cocaína. Después la trabajó en diez líneas paralelas; como chicas en bañador sobre un tejado.

Naz razonó consigo mismo. Después del estrés que había pasado, era lógico que se sintiese un poco débil. Sin embargo, sabía que lo único que lo agobiaba era Hogie. El tío se había presentado hacía una hora, todavía incapaz de hablar, pero tan tranquilo. Llevaba su uniforme blanco de cocinero y podía cortar dulces en mil formas complicadas. Era un buen truco —especialmente viniendo de un capullo como él— y Naz estaba demasiado hecho polvo para superarlo... Aunque le habría gustado hacer algo mejor y ser el más respetado en la cocina.

Naz alzó la vista y vio a sus cuatro ayudantes que contemplaban su experta forma de cortar la coca y esperaban en fila, tal como él les había ordenado. Pensó: «Joder, pero si a éstos les impresiona cualquier cosa.» Le dio a la chica que estaba primera un billete de veinte libras muy bien enrollado y le dijo:

—Prueba esta especialidad de la casa.

Cheb tenía razón. El tío le había dicho que no bastaba con aterrorizar a los cocineritos, sino que había que endulzar el palo con la promesa de droga gratis. Y había funcionado; los tíos habían currado como enanos. Estaban tan emocionados que se habrían puesto a dar saltitos si no les hubiese dado corte hacerlo delante de él.

Hogie bajó de la encimera de un salto y se unió a la fila, todavía riéndose. Naz se apoyó contra el horno caliente y le dio un sorbo a su yogur de fresa para beber mientras veía desaparecer la coca. Cuando le tocó a Hogie, Naz se fijó en que los cocineritos le pasaban el turulo con reverencia, dando un paso atrás para dejarle más espacio. Habrían parecido soldados si no hubiesen estado esnifando, secándose los ojos o frotándose los conductos nasales. Era un caso de doble respeto tanto por él como por Hogie. Bueno, si así estaban las cosas, a Naz ya le iba bien. Tenía que admitirlo; Hogie había reunido un buen equipo. Los tíos no cocinaban nada mal y la prueba estaba a su alrededor, esperando a que se la llevaran en carritos y bandejas.

Era un banquete digno de un rajá, de tres o cuatro dictadores o de una docena de presidentes democráticos. Cuando los cocineritos terminaron de catarlo todo, sabían que habían creado algo muy especial.

Mientras se metía su tirito, Hogie estaba rodeado de montañas de carnes coloreadas y de distintos tipos de pan indio. Su imagen reflejada en la brillante encimera de acero inoxidable se reunió con él en la raya y lo fue siguiendo, nariz con nariz. Al terminar la línea, se incorporó rápidamente y echó la cabeza hacia atrás para conectar los pasajes nasales con los troncos bronquiales. Cuando eso ocurrió, la cabeza se le fue para adelante. A continuación sacudió los brazos caídos, empezando por las puntas de los dedos, y comenzó a levantarlos lentamente. Era como si lo hubieran conectado a la corriente; las piernas —ligeramente dobladas— empezaron a temblarle y la pelvis se convirtió en su centro de gravedad. Tenía los brazos estirados hacia adelante, con las palmas hacia afuera y los dedos temblorosos apuntando al techo.

En un microsegundo, Hogie se había puesto rígido. El tío aguantó en esta postura y luego ¡pim, pam!; sacudió las caderas. Naz pensó: «Te has lucido, Elvis.»

Hogie se dejó caer y aterrizó sobre las manos, como si pretendiera hacer flexiones. Sin embargo, levantó el culo para que su cuerpo formara un ángulo recto con el suelo y empezó a mover las piernas y a deslizarse hacia atrás a gran velocidad, manteniendo el cuerpo doblado y las manos rozando el suelo. Las piernas eran lo único que movía, pero el tío no paraba. Hogie logró dar dos vueltas a la cocina antes de caer de bruces. Incluso se puso de pie con estilo, como si la caída formase parte de la actuación.

—¿Está buena la farla? —bromeó Naz.

—Algo he notado —respondió Hogie con una sonrisa. Era la primera cosa que había dicho en todo el día.

Naz le devolvió la sonrisa. Acto seguido, dio unas palmadas y dijo a su equipo:

—Vale, sacad la comida.

Los cocineros corrieron hasta la bandeja más grande, la levantaron y se encaminaron hacia las puertas de la cocina. En ese instante apareció Cheb, que los esquivó y pidió disculpas.

—¿Está bien? —le preguntó a Naz, al tiempo que señalaba a Hogie.

—Sí, creo que sí.

Cheb se volvió hacia Hogie.

—¿Te encuentras bien, tío?

Hogie asintió.

—¿Seguro?

—Sí, buen rollo total. De verdad. —Hogie se acercó a Cheb, le puso la mano en la nuca y le miró fijamente a los ojos—: Macho, me habéis salvado la vida. Tú y Naz, los dos me habéis salvado, como Billy Graham. Ahora ya estoy en el camino del Bien. Quiero que sepas que puedo acabar con esto; puedo vencer mis pecados y este ciclo de iniquidad.

—¿Ah, sí? —dijo Cheb—. ¿De qué vas?

Hogie ni se inmutó.

—Quiero decir que voy a expiar mis pecados. Lo que le hice a tu vieja.



Cheb intentó igualar su pose de sinceridad. Le puso las manos en los hombros y se acercó para susurrarle:

—Mira, Hogie. Nadie baila solo, ellas también querían, ¿no? —Entonces rompió el momento de intimidad—: Venga, pasa de todo y ven a conocer al personal.

Hogie asintió y se dirigió a la puerta.

—Vale, tío. Pero, acuérdate: la cosa ya está en marcha y yo voy a pagar por mis pecados. Voy a pedir perdón de rodillas.

Cuando lo vieron salir de la cocina, Cheb se volvió hacia Naz y le dijo:

—¿No crees que está un poco raro?

—Tú sabrás. Es colega tuyo, ¿no?

—El muy cabrón no me ha dicho nada sobre el traje. ¿Qué tal me queda? —Cheb extendió las manos y giró como una bailarina.

—Guay —respondió Naz.

—Gracias, colega. Bueno, a currar. —Cheb señaló la bolsa de cocaína abierta y dijo—: ¿Puedes pedirle a uno de tus pinches que lo divida y lo reparta por las mesas?

El disc-jockey se hacía llamar Juevo Billions. Mientras sonaban los últimos compases de *Rhythm of life*, de Sammy Davis Jr., Juevo tenía el dedo preparado sobre el *fader*. Cuando pinchó el siguiente disco, le hizo una señal a Carmichael, que al verlo se acercó al improvisado escenario. George agarró el micrófono y, con el meñique apuntando al cielo, entonó las primeras frases de una canción melódica:

*En las calles y los callejones, donde el alma de un hombre es fácil de comprar, todo el mundo vende, todo el mundo mueve, todos los chorizos viven como rajás.*

Susan se quedó impresionada. Ni Tony Christie había conseguido una pose tan perfecta. George no llegaba a algunas de las notas más agudas, pero lo disimulaba bien, cortando con astucia las palabras más difíciles. Susan había oído a demasiados cantantes de karaoke que se recreaban de forma masoquista en sus puntos flacos.

Lo que George bordaba eran los gestos; le daba un estoicismo a la canción que rayaba en lo bíblico. Por ejemplo, le puso un toque *Solo ante el peligro* al verso «Los hay en todas las ciudades» que le pareció genial. Y lo hizo con poquísima afectación. Cuando cantó «¿Podemos pararlos?», era una pregunta de verdad. El tono de venganza de «Algunos lo vamos a intentar» sonó con la tristeza de un hombre consciente de que está solo en esa misión.

Susan se volvió hacia el bar y pidió un gintonic doble. Cuando George le había informado de que era barra libre, ella le había dicho:

—Total, es mi dinero.

—Y antes sería de otro, pero ya no me acuerdo de quién —había sido la réplica de George.

Antes de que Frankie se lo agenciara, el dinero había pertenecido a las reservas de un banco. Era el oro nacionalizado de un país pobre, que fue robado mientras lo trasladaban a un banco mercantil. Tal como ella lo recordaba, aquella república bananera había acordado garantizar una de sus graves deudas exteriores con lingotes de oro. Ésa era la historia, aunque a Susan le parecía inverosímil. Siempre había sospechado que el gobierno de aquel país estaba asegurándose la jubilación antes del próximo golpe de Estado. De todas formas, de eso hacía muchísimo tiempo. Frankie lo había robado todo en la zona de seguridad del aeropuerto de Heathrow.

Tras echar un vistazo a su gintonic, Susan se dio cuenta de que no podía bebérselo. La chica que había detrás de la barra no tenía ni puta idea; había puesto tanta tónica que el brillo aceitoso de la buena ginebra se había perdido por completo. Susan se lo devolvió y le pidió que le vertiese la bebida en un vaso más largo y le añadiese dos medidas de ginebra.

—Oiga, señora, puede que sea barra libre, pero usted se está pasando.

La camarera era una rubia con cara de mala leche.

—Oye, guapa, yo me paso todo lo que me da la gana —replicó Susan con dulzura—. Así que sírveme y cállate.

George terminó su número rápidamente y se acercó a ellas. Había visto la expresión de odio en la cara de la camarera y quiso aclarar las cosas antes de que se salieran de madre.

—La señora Ball es mi socia, Jools. —Y entonces se la presentó a Susan—: Ésta es Jools Manning, la estrella de televisión. —George se volvió hacia la chica para hacerle la pelota—. A mí *Pony Trek* me apasiona. Me he quedado sorprendidísimo cuando Cheb me dijo que te habías ofrecido a ayudar en la barra. Quería darte las gracias personalmente.

Jools seguía enfadada.

—¿Es usted su socia? —preguntó, pasándole de mala manera el nuevo gintonic—. Pues si Hogie pretende llevarse la gloria por la cena de esta noche, dígame que es un mentiroso de mierda. Naz lo ha hecho todo. Hogie estaba totalmente desfasado.

Susan observó a Jools mientras daba media vuelta y devolvía celosamente la botella de ginebra al estante. Había un espejo detrás de la estantería y cuando la chica se inclinó para alcanzar otra botella, su rostro rabioso desapareció. Sin embargo, fue reemplazado por otra cara algo desenfocada que la miraba desde el fondo de la sala. Una cara que le sonaba muchísimo.

De pronto Susan reconoció los rizos rubios y la barbita ridícula. Era el mismo chico que la había seguido por Harrods. Ella lo miró por el espejo y esperó a que se acercara a la barra. Pero el chico seguía allí, con una sonrisa alhelada y aspecto incómodo. Susan decidió dar ella el primer paso. Una voz cantaba «¿Te gustaría volar en mi precioso globo?» en la versión de Fifth Dimension, no de Mike Samms.

—¿Bailamos? —le preguntó a Hogie.

Cardiff se sabía de memoria las calles del Soho, pero no reconocía las tiendas. Calculó que un ochenta por ciento del barrio había cambiado de manos desde su última visita. Sentía bastante lástima por los negocios pequeños: las empresas familiares, los

colmados y todo lo demás. Aunque el porno seguía en alza. Para matar el tiempo, echó un vistazo en un par de *sex-shops*. A él le gustaba tener a mano revistas porno, para las ocasiones en que le apetecía leer pero no quería algo con mucha letra. Pero al final no compró nada. Se estaba haciendo tarde y, además, las revistas no eran tan fuertes como antes, en los años setenta.

Sabía dónde estaba el restaurante La George por la dirección, pero ignoraba lo que iba a encontrar por el camino.

Lo único que no había cambiado en el Soho eran los pubs. Cardiff entró en cinco..., por curiosidad, claro. Cuando llegó a la puerta de La George, la verdad es que estaba un poco alegre. Miró su Rolex: eran las nueve. Teniendo en cuenta que iba diez minutos adelantado, era demasiado temprano. No le apetecía entrar sin Viv y Gloria, así que cruzó la calle y se metió en el pub de la esquina, donde podría tomarse otra cerveza y mirar por la ventana a ver si llegaban.

Frankie Ball se había rajado; decía que tenía muchas cosas que hacer. Cardiff le preguntó si quería que él se quedase en el hotel.

—No hace falta —le contestó—. Sal a divertirte con esas viejas.

Las chicas le habían dicho que eran de un sitio llamado Prestwich, en las afueras de Manchester. Si alguien le hubiese hablado de Manchester diez años atrás, Cardiff se habría quedado en blanco. En su época, presumía de conocer todos los lugares de Inglaterra, siempre y cuando estuvieran en Londres. En aquellos tiempos nunca se relacionaba con pueblerinos, pero había descubierto que vivir en el extranjero aumentaba su tolerancia de lo extraño. En la costa había un tío gordo que iba a su pub de vez en cuando y era de Rochdale. Le llamaban Tetley y era un tipo duro. Cardiff conocía a más de un criminal famoso que había vuelto a Inglaterra después de que Tetley le pegara una buena paliza. Los tíos preferían ir a la trena que enfrentarse a esa bestia.

Cardiff se arrepintió de no haber preguntado a Viv y Gloria si conocían a Tetley. Total, Rochdale estaba cerca de Manchester. Quién sabe, incluso podrían ser familia: hermana, madre y amante de aquel palurdo.

Las chicas llegaron en un taxi. Viv Beddoes salió primero. Cardiff vio a Gloria intentando pagar a través de la ventanilla que separaba al taxista del pasaje. Vació su vaso y salió a toda prisa, antes de que ella acabara de recoger el cambio, que se le había caído al suelo.

Cuando Viv vio a Cardiff acercarse con sus andares de pato, se echó a reír.

—¿Estabas espiándonos?

—Es que soy agente secreto, ¿no lo sabías? —bromeó Cardiff—. ¿Cómo estás, guapa? ¿Y tú? ¿Lo tienes todo?

Cardiff miró la acera para ver si quedaban más monedas. Mientras tanto, Gloria estaba intentando cerrar su monedero repleto de cambio.

—Dale propina al taxista y así te libras de la calderilla —sugirió Cardiff.

—Ya le he dado un billete. Podría habérselo dado en monedas, pero no entendía lo que me estaba diciendo; habla igual que tú y tu amigo. Por cierto, ¿dónde está Frankie?

Cardiff le contó que no había podido venir. Les mandaba saludos, pero tenía unos asuntos que resolver. A Cardiff no se le escapó la puñalada sobre su acento londinense y se preguntó si a ellas les haría gracia su imitación del acento del norte. Seguramente no; la única vez que lo había intentado, la gente lo había mirado con cara rara. Cuando al volverse había visto a Tetley detrás de él, comprendió por qué.

—¿Entramos?

Una vez dentro, Cardiff se puso a examinar el local. La verdad es que era un garito cojonudo. Le encantaban las palmeritas de adorno que se habían marcado y la música también era de puta madre. Se desabrochó otro botón de la camisa y, cuando Viv se volvió hacia él, sonrió para indicarle que estaba listo para la marcha.

Había mucha gente bailando: demasiados negros, pero las tías estaban buenas. Enseguida se dio cuenta de que él era el más viejo de la sala.

—Ése es mi hijo, Jason —le informó Viv.

Viv señalaba a un chico bajito que llevaba la cabeza rapada y un esmoquin blanco y parecía sorprendidísimo de ver a su vieja. Mientras tanto, Gloria Manning saludaba frenéticamente en dirección a la barra. La rubia que servía las bebidas le devolvió el saludo con una expresión confusa.

«¡Joder con las reuniones familiares! —se dijo Cardiff—. Está claro que siempre hay alguien que no soporta ver a sus seres queridos.» Continuó recorriendo el restaurante con la mirada hasta que descubrió a un tío con canas al fondo de la sala. Al menos ya eran dos veteranos. Aunque no quería agobiarse por eso, sobre todo porque el sitio era perfecto para él; como si él mismo hubiese escogido el decorado y las canciones.

Cuando se volvió el de las canas, Cardiff pensó: «No jodas. Mira que encontrarme aquí al moñas de George.» Cardiff se acercó a él para poder verlo mejor. Por la manera en que iba vestido, las cosas debían de irle bastante bien. Cardiff había oído que George andaba metido en el negocio del blanqueo. No le sorprendía, porque el tío siempre le había parecido demasiado listo para ser un chulo, especialmente cuando no tenía ningún interés en la mercancía. Trabajar con mujeres siempre traía problemas.

Cardiff se preguntó si George seguiría manejando las finanzas de Frankie. Desde luego, alguien debía de enviarle a Frankie sus cheques, porque el tío siempre estaba forrado.

Entonces vio a Susan Ball. Estaba bailando con alguien que se parecía a Callum Ball y que iba disfrazado de cocinero. Sin embargo, fue la ropa de Susan lo que lo dejó boquiabierto; la tía llevaba un vestido suave de color crema, con un corte casi hasta el cielo. Por él asomaba una pierna bien torneada que se enrollaba en el muslo del chico, mientras los dos bailaban un tango, muy agarrados. ¿Qué coño estaba pasando?

Tras considerar todas sus opciones, Cardiff decidió que lo mejor era largarse antes de que lo vieran e informar a Frankie inmediatamente. Así que empezó a buscar una salida discreta. George se había colocado en la entrada y estaba saludando a todo el mundo y jugando a ser la reina del baile. Cardiff reconsideró la situación y se dirigió a la cocina. Tenía que haber una salida trasera y ése era un buen momento, mientras los sonrientes cocineros estaban fuera sirviendo *poppadoms* y *bhajis*.

De hecho, era curioso, porque el sitio no parecía un restaurante indio. No había papel pintado con estampado de cachemira ni cuadros bordados de elefantes.

Personalmente, él habría preferido unos canapés y unos pinchitos, pero cuando chocó con un paqui melonado, no hizo ningún comentario al respecto. Sólo exclamó:

—¡Eh, mira por dónde vas, Gungadin!

La mirada asesina que le lanzó el tío lo dejó petrificado. Él sólo estaba intentando ser simpático para poder escabullirse, pero parecía que el paqui se lo había tomado a pecho. Cardiff murmuró una disculpa y agachó la cabeza. Antes de confundirse entre la multitud, el paqui se levantó un poco el lateral de la chaqueta. Metida en la cintura del pantalón llevaba una pistola. Y él la vio, tal como había querido el tío.

Cardiff se apoyó en una columna para recuperar el aliento, aliviado de que el paqui hubiese vuelto a la fiesta. El muy cabrón estaba deslizándose elegantemente hacia el bar, con la pipa tan bien escondida bajo el esmoquin que nadie diría que la llevaba. Lo vio pasar al otro lado de la barra y sonreír a los clientes que hacían cola para «empolvase» la nariz. Mientras la gente se agachaba como pajarillos sobre bebederos, eso sí, con turulos en el pico, el paquistaní los miraba con una sonrisa. Hizo un gesto con la mano morena —cubierta de anillos de oro— para mostrar los pequeños boles llenos de coca e invitó a todo el mundo a que se sirviera; había de sobra para todos. Cardiff echó un último vistazo y desvió la mirada, temiendo que el paqui volviera a verlo.

Estaba intentando reunir las piezas del rompecabezas: Susan Ball casi morreándose con su propio hijo, George con su nombre en la entrada y, por último, un matón paquistaní. Todos estaban en el ajo y, teniendo en cuenta la cantidad de droga que había visto, estaban viviendo de la coca de Frankie.

Cardiff divisó un hueco entre la gente y aprovechó para colarse en la cocina. Había planeado salir por las puertas de atrás, pero desgraciadamente eran de esas en las que golpeas una barra horizontal y la puerta se abre automáticamente. Cardiff las odiaba. En teoría estaban hechas para que, en caso de incendio, pudiese abrirlas hasta una abuelita medio asfixiada, pero a él siempre se le daban de puta pena. Con gran desgana, pasó un dedo por la barra y se preguntó cuánto tiempo tardaría en abrirla; aporreándola y sintiéndose inútil. Aún no había reunido los ánimos para intentarlo cuando oyó un ruido a su espalda. Se ocultó entre las sombras, tras decidir que era mejor que no hubiera moros en la costa antes de darse a la fuga.

Cheb comprendió finalmente el concepto de expiación de Hogie. Al principio, el susto de ver a su madre le había estropeado un poco la marcha que llevaba. Se quedó en blanco porque no sabía qué hacía allí o por qué había venido con la señora Manning. Entonces lo entendió: aquél era el acto de contrición de Hogie. A Cheb le aterrorizaban las posibles consecuencias de la situación, el tipo de escena que Hogie había planeado: una confesión lacrimosa delante de todos o tal vez algo aún más teatral. Así que Cheb puso su sonrisa de buen hijo y se preparó para hablar con su mamá. Jools y Mannie estaban detrás de él, abriéndose paso hacia su propia madre.

—Hola, nene. Qué sorpresa, ¿no? —dijo Viv—. Hogie debe de haberse gastado una fortuna.

—Lo habrá pagado con tarjeta —contestó Cheb—. Me alegro de que hayas venido.

Cheb le dio un besito en la mejilla, justo debajo de sus pómulos marcados, donde antes había unos hoyuelos que con la edad se habían convertido en arrugas. Su madre le acarició la cabeza rapada.

—Hemos conocido a un hombre en el aeropuerto y lo hemos invitado... —Viv hizo una pausa para mirar a su alrededor—. Es curioso; ha desaparecido. No importa; estaba un poco gordo. Y era un poco viejo. Ya me veía teniendo que deshacerme de él o pasándoselo a Gloria.

Viv había comenzado a mover las caderas al ritmo de la música. La fiesta pintaba bien. Ella había pensado que era una locura —dejarlo todo y coger un avión a Londres—, pero una vez allí se alegraba de haberlo hecho. Aunque había algo que no entendía:

—¿Por qué no ha invitado Hogie a su madre?

—Sólo estáis tú y la madre de Mannie.

La señora Beddoes volvió a mirar a la señora Manning y luego otra vez a Cheb. Tenía una expresión extraña que parecía algo atontada, pero no lo era. Cheb no pudo interpretarla, así que esperó a que cobrara más definición. Cuando finalmente lo hizo, no necesitaron más palabras.

—¡No jodas! —exclamó ella—. ¿Gloria también?

Viv miró de reojo a Gloria Manning, que acababa de darle un fuerte abrazo a su hija. Los ojos de Gloria se llenaron de lágrimas y de pronto rompió a llorar.

—¿Es que lo sabe todo Dios? —preguntó Viv.

—Todos los afectados —contestó Cheb.

—Mierda.

Gloria Manning estaba mirando a Jools con impotencia. Mannie, a su lado, se movía con nerviosismo y se tiraba frenéticamente de las mangas del jersey.

—Querrás una copa, ¿no? —le preguntó Cheb a su madre.

—Ni se te ocurra dejarme sola.

—Sólo será un segundo. ¿Tú qué quieres: ginebra, whisky?

—Me quiero ir. ¿Dónde está el enano asqueroso de Hogie? ¿Nos va a usar para montar un número?

Cheb señaló al fondo de la sala.

—Está bailando con la jefa.

La madre de Cheb entornó los ojos, deslumbrada por los focos discotequeros.

—¿Y ésa de quién es madre?

Cheb se encogió de hombros. La primera vez que vio a Susan Ball, enseguida pensó que era el tipo de Hogie.

—Tráeme lo de siempre —decidió Viv—. Y asegúrate de que Hogie no se acerca a Gloria. Está un poco nerviosa y no quiero que haga una locura.

Cheb se dirigió a la barra, que seguía a tope a pesar de que no había nadie sirviendo desde que Jools había dejado su puesto. La razón era simple; uno de los cocineritos había repartido la coca en platillos de flan y los invitados, entusiasmados, se iban

pasando los billetes. Cheb los miró con una sonrisa forzada, esperando no parecer demasiado pirado. Ellos le devolvieron sonrisas gigantescas; iban demasiado puestos para reconocer la locura de Cheb.

—A disfrutar —los animó.

Cuando Cheb fue a sacar una cerveza de la nevera, una mujer empezó a hacerse una raya. Cheb le mangó la tarjeta de crédito que había dejado en la barra. Se la limpió en los pantalones —el borde estaba cubierto de polvillo—, la pasó por su máquina copiadora y la devolvió a la barra antes de que ella levantara la cabeza.

Cheb pasó otras cuatro tarjetas por la máquina mientras le servía la cerveza a su madre; sonreía como un gilipollas durante toda la operación y animaba a las arpías cocainómanas a que no se cortaran. Mientras tanto, se preguntaba hasta qué punto podría aumentar los niveles de audiencia de una ejecutiva de televisión que estaba pegando gritos a su izquierda. Si le explicaba la historia de Hogie, la tía no tendría motivos de queja. Mientras se quedara por allí, recogería suficiente materia prima para treinta años de series basadas en casos reales: el hombre que amaba a las madres de sus amigos... Eso tenía que valer dinero.

Cheb le llevó la copa a su mamá. Tal como iban las cosas en el frente doméstico, esa noche no podría copiar muchas más tarjetas. Al internarse entre la gente, miró a Hogie. El tío no tenía ni idea de los problemas que había causado y todo sentimiento de culpabilidad se había desvanecido en cuanto se había arrimado a otra mujer. Susan Ball tenía los brazos en alto y estaba realizando una maniobra con mucho morbo, que realizaba sus pechos. Cuando empezaron a sonar los primeros compases de otra canción, ella y Hogie corrieron hacia la cocina. Cheb esperaba que se quedaran allí. A él le gustaba el caos como al que más, pero en aquel caso era mejor que Hogie fuera discreto.

Hogie no sólo estaba intentando bailar al ritmo de la música *easy-listening* de Juevo Billions, sino al de los nuevos acontecimientos. Pese a tener la mente nublada por tanta sustancia química, una voz le decía que no era el momento para una disculpa pública. A través de los espacios que quedaban entre la gente que bailaba, seguía viendo a Gloria Manning y a Viv Beddoes. Ellas lo habían señalado con el dedo más de una vez, así que sabía que estaban hablando de él. Esperaban a que Hogie diera el primer paso, pero él había decidido posponerlo. Ya empezaría a ser bueno al día siguiente. En ese momento no haría nada para arriesgarse a perder a esa nueva mujer. La señora Susan Ball; le encantaba su nombre. Y le encantaba su aspecto: una reina de ensueño que contemplaba todo el espectáculo como si fuera un *déjà vu*. Era tan perfecta que tenía que haberla soñado.

Además, bailaba mucho mejor que él; era una mujer diseñada para la sofisticación de la música *lounge*. Él intentó contonearse un poco y seguir sus pasos ondulantes, pero no hubo manera. Descontrolado, desorientado..., intentó encontrar una forma de apartarla de la pista de baile y llevársela a la intimidad de la cocina.

—Oye, ¿sabes que bailas de maravilla? —le dijo.

Ella sonrió.

—Todo lo que sé me lo enseñó George Carmichael.

—A lo mejor me lo enseñaría a mí. ¿Tú qué crees?

—Si se lo pides bien... Eh, ¿adónde me llevas?

Con una mano en su espalda y la otra donde la suave curva de la cadera se convierte en hueso, Hogie la dirigió hacia las puertas de la cocina. Al maniobrar, siguió taconeando; tal vez si sonaba un poco flamenco ella pensaría que seguía bailando.

Pasaron del parqué a las baldosas.

—Esto es la cocina... —le anunció Hogie.

—Muy astuto.

Estaba clarísimo; la tía se estaba burlando de él. Pero ya no podía dar marcha atrás.

—... y aquí dentro, bueno..., yo preparo la comida y todo el rollo. Pero hoy me encontraba mal y por eso me ha ayudado Naz.

Hogie no movió las manos mientras la llevaba por toda la cocina. A lo mejor alucinaba, pero de pronto le pareció que el suave crema de su vestido se ponía colorado en los puntos de calor, justo donde él la tocaba.

—Sí, he oído que estabas enfermo. ¿Te encuentras mejor?

Él la miró con ojos de perrito faldero.

—Bueno, la verdad es que me siento un poco débil.

—¿Ah, sí?

—Sí y no sé... Quizá me estoy pasando, pero me gustas tanto que no puedo ni respirar. Bueno..., dime tú si la he cagado y quieres que me largue ahora mismo, pero...

Hogie se preguntó si funcionaría.

Funcionó. Sus labios se encontraron. Él notó que la textura ligeramente pegajosa de su pintalabios se disolvía en el calor de su aliento y en la repentina sensación de humedad, como la de un pastelito borracho. El aroma del perfume, de una densidad entre sólida y gaseosa se abría para dejarle paso. Hogie entró y sintió que el perfume se iba plegando tras él, capturándolo.

Desde su escondrijo detrás del calentaplatos, Cardiff no daba crédito a sus ojos. Susan y su hijo juntos; parecían un anuncio de champú. El beso de una pelirroja y un rubito con unos rizos que relucían bajo los fluorescentes. Pensó: «Joder, que digan que me perdí la liberación sexual, pero yo nunca había visto a una mujer comportarse de esa manera. No con su propio hijo.» Siempre que Frankie se quejaba de que no era normal cómo mimaba ella a Callum, Cardiff no había captado lo que quería decir. No le extrañaba que a Frankie le agobiara tanto el tema.

Cardiff quiso verlo más de cerca. Se arrodilló y avanzó a gatas hasta llegar al final del mueble de cocina. Como el siguiente tramo lo dejaría al descubierto, esperaba que Susan fuera de las que cierran los ojos al morrarse. Al parecer era así, la tía se había sentado encima de los fogones y él se había puesto frente a ella, con las pelotas contra los mandos. Cardiff corrió hasta parapetarse detrás de un cubo de basura. Desde allí veía perfectamente. ¡Joder, incluso veía doble! Los veía de frente; a Susan, con sus largas piernas de bailarina rodeando la cintura de su hijo. Y desde arriba; reflejados en la campana del extractor. Aquello era mejor que la mejor de sus fantasías. Allí acostado en el suelo, era como si volara hacia un paraíso sexual. Como si se hubiese puesto un



visor y lo contemplase todo a través de unas lentes pornográficas (lo cual no era difícil, después de su larga relación con los vídeos porno y, anteriormente, con los cines X y sus magníficos montajes en súper ocho).

La verdad es que el niño era un auténtico semental. En vez de limitarse a darle caña, el chaval iba girando las caderas poco a poco. Tenía una mano debajo del culo de su mamá, para sujetarla bien mientras él meneaba el rabo. Y la otra mano debajo de los tirantes del vestido. Debía de haberle bajado la cremallera, porque con un ligero tirón la prenda resbaló hombros abajo. Susan llevaba un sujetador negro que brillaba como si estuviera mojado. Al ver temblar aquellas tetitas con sus pezones puntiagudos, Cardiff estuvo a punto de gritar: «¡Sácalas de ahí, Callum!» Era una vieja costumbre, la de animar a los actores, pero logró morderse la lengua a tiempo. Se recordó a sí mismo que lo que estaba viendo era real, porque era demasiado guarro para ser un guión.

Cardiff pasó de los pechos de Susan a la imagen reflejada en el acero de la campana; sólo para controlar la reacción del chico. Para él, la expresión de la cara del tío era la prueba que determinaba la diferencia entre lo real y una actuación. Curiosamente, el niño tenía una expresión alelada, más propia de una película de Walt Disney que de una experiencia erótica tan fuerte. Al fijarse en la cara, Cardiff descubrió —para su enorme sorpresa— que el tío no era Callum, sino un chico a quien no había visto en su vida.

Cardiff sintió que se desinflaba. Pero la segunda decepción fue lo que realmente lo remató. El chaval acababa de sacarse un paquete de condones del bolsillo y Cardiff se dio cuenta de que, a partir de ese momento, todo lo harían con el chubasquero puesto. Una de las cosas que lo ponían a parir era no ver la tranca del tío. Cuando alguna vez había comprado, sin querer, un vídeo en que se ponían una goma, enseguida se le ponía blanda. Cardiff tenía sus requisitos y, para él, una polla tenía que ser rosada y ligeramente veteada de venitas rojas y azules. A no ser que fuera la de un negro, porque entonces tenía que ser muy oscura, con el capullo de color café. Blanca o negra, la salchicha tenía que estar a punto de salirse de la piel. No había nada peor que ver una tetina de biberón colgando cómicamente de la barriga de un tío. ¿Qué morbo tenía una longaniza con el envoltorio?

Cardiff volvió a gatear hasta las puertas de emergencia. Como había pensado que iba a asistir a algo especial, la decepción le impedía quedarse. Cuando empujó las barras de la puerta, éstas increíblemente se abrieron a la primera. La fuerza del impulso lo lanzó de morros al callejón, pero al menos había logrado salir del edificio.

Acabó tirado en la acera, mirando al paquistaní. Enseguida desvió la mirada. Estaba convencido de que era hombre muerto.

—No he visto nada —protestó Cardiff.

El paqui miró por la puerta abierta de la cocina.

—Algo tienes que haber visto —replicó.

—Nada, de verdad.

—Pues ponte gafas, gordo. Desde aquí le veo hasta la marca del sostén.

Cardiff cerró los ojos e intentó recordar alguna plegaria. Al oír los gritos, uno tras otro y cada vez más agudos, supo que no iban dirigidos a él y eso le bastó. No quería abrir los ojos. Se quedó en el suelo; notó el roce del pantalón sobre su cara cuando el paqui

pasó por encima de él y luego el ruido de las puertas de emergencia que se cerraban. Cuando finalmente abrió los ojos, estaba solo.

Cheb estaba con su madre cuando oyó los gritos.

—¡Gloria! —exclamó Viv, al tiempo que arrastraba a su hijo hacia la cocina.

Se equivocaba. Era Jools quien había chillado antes y quien seguía chillando, emitiendo unos gritos cada vez más agudos. Las baldosas de la cocina parecían a punto de resquebrajarse. Gloria Manning se limitaba a sollozar, abrazada a su hija. Las dos estaban enmarcadas por dos mitades de cordero.

Al entrar detrás de su madre, Cheb oyó que le preguntaba a Gloria:

—¿Qué te pasa?

No hacía falta preguntar.

Susan Ball estaba semidesnuda, despatarrada sobre los fogones, e intentaba ponerse las bragas. Hogie parecía ido, con la campana del extractor sobre la cabeza como si fuera un halo. Murmuraba «No, no, no», totalmente incapaz de controlar la situación. Al menos tenía la bragueta abrochada, aunque el cinturón no. Todo el mundo sabía lo que había sucedido y Jools y su madre incluso lo habían visto.

Cheb desvió la mirada y topó con la de Naz, que venía del callejón. Naz dejó que entrara una corriente de aire nocturno antes de cerrar las puertas y dirigirse hacia Jools. Cuando estaba atravesando la cocina, se detuvo; era como si quisiera alcanzarla pero no se acordara del camino. Ella seguía chillando; hasta ese instante Cheb no se dio cuenta de que la madre de Jools la estaba reteniendo. La tía tenía las manos extendidas, lista para atacar.

—Llévanos al hotel —dijo la madre de Cheb.

Cheb paró un taxi en Frith Street. Jools, ya más calmada, entró primero. La siguió Gloria, ayudada por Mannie, que luego se sentó frente a ellas en el asiento abatible. Jools y Gloria se acurrucaron juntas, con los brazos enlazados. La madre de Cheb se estrujó en el espacio que quedaba en el asiento de atrás.

Cheb dudó un momento. Casi había decidido acompañarlas y sentarse en el último asiento abatible cuando apareció Naz. Sus ojos se encontraron con los de Jools a través de la puerta abierta.

—Quiero ir contigo —le dijo, tendiéndole la mano.

Cheb iba a cederle el sitio, pero su madre intervino.

—No, no me dejes —le ordenó secamente.

Cheb entró y le dijo a Naz que los siguiera.

—¿Adónde?

—Al Shaftesbury —respondió la señora Beddoes.

Fue un trayecto tenso, los cinco juntos. Jools lloraba y respiraba tan hondo que parecía tragarse el aire de todo el taxi. Cheb sentía que el fular le oprimía el cuello, como si estuvieran retorciéndole el alfiler. Y éste parecía afilarse, porque incluso notó unas

punzadas en el pecho. Cuando volvió a alzar la vista, el taxi cruzó una calle abarrotada de coches y se deslizó entre la triste muchedumbre de Piccadilly Circus. Sobre ellos, los enormes rótulos publicitarios transmitían sus mensajes de neón, que tatuaban la ventanilla de atrás y al cabo de unos segundos se disolvían con el movimiento del tráfico. Pero Cheb no veía a la gente ni las luces, sino el espacio que quedaba libre.

Como un pulgar que borra las marcas en un trozo de plastilina, el movimiento del taxi hacía que la gente desapareciese. E igual que en un trozo de plastilina manoseada, el movimiento nunca creaba superficies lisas. El resultado final siempre era fétido, ennegrecido y grasiento, totalmente deforme. En una ocasión, en Manila, Cheb había oído a un marinero norteamericano describir los dientes de una prostituta como un cementerio, y la imagen se le había quedado grabada. No por la idea de las piezas descolocadas, sino por las encías asquerosas en que estaban engastadas. Londres era exactamente igual.

Llegaron al hotel y subieron en ascensor hasta el cuarto piso. Allí recorrieron un pasillo tapizado de lujosa moqueta.

Una vez dentro de la habitación, Cheb se oyó decir:

—¿Y ahora qué?

—¿Té?

Su madre estaba buscando junto al tocador.

—No encuentro el hervidor de agua.

—¿Llamamos al servicio de habitaciones?

Cheb vio a Mannie marcar el número en el teléfono de la mesilla de noche y, al cabo de unos segundos, lo oyó anunciar:

—Dicen que es demasiado tarde. Bajo un momento.

Cheb deseó que aquello se le hubiese ocurrido a él. Mannie sólo tenía que caminar hasta la puerta, abrirla y ser libre.

—No vale la pena... —comentó Viv.

Nadie más dijo nada. Todos estaban sentados y en silencio: Jools y Gloria en la cama y él y su madre en sillas. Permanecieron así más de veinte minutos, hasta que Cheb pensó que Mannie los había dejado plantados. Y no le culpaba, la verdad.

Finalmente llamaron a la puerta.

—No tiene llave —les recordó Gloria Manning, con una voz todavía llorosa.

Jools se levantó.

—Ya voy yo.

A pesar de que Frankie no se alojaba en el Jack Tavern de Holloway, habría pasado allí gran parte del tiempo; por lo menos desde la hora de comer hasta después de la hora de cerrar. Cuando Cardiff lo localizó por el móvil, oyó claramente el ruido del pub.

—¿Frankie?... Sí, tengo una pista... En serio... Te doy la dirección.

Cardiff regresó al vestíbulo, dispuesto a esperar. Había visto llegar a Viv, a Gloria y a todos sus hijos y había obtenido sus números de habitación gracias al recepcionista, un favor de un ex chulo a otro. Frankie le había dicho que tardaría quince minutos. Mientras tanto, Cardiff esperó a que se le secase el sudor de la espalda y mató el tiempo adivinando cuáles de las tías del vestíbulo eran fulanas y cuánto cobraban por mamada.

Cuando Frankie llegó, puntualísimo, no venía solo. Los dos tíos que lo acompañaban eran jóvenes, de rostros duros y cuellos macizos. Habrían parecido los típicos matones si no hubiesen ido tan colocados, tal como dedujo Cardiff por su forma de mirar y sus risitas inesperadas. Cada uno llevaba una bolsa de deporte, como si fueran a jugar a fútbol.

Frankie los presentó en el ascensor, camino del cuarto piso.

—Éstos son los tíos que estaban montando el negocio con Callum.

—Aunque no lo hemos visto —explicó uno de ellos.

—No han visto al inútil de mi hijo. —Frankie miró a sus nuevos muchachos con aprobación—. Bueno, ya lo arreglaremos.

Caminaron por el pasillo hasta las habitaciones 424 y 426. Los dos chavales se apostaron junto a una manguera de incendios mientras Frankie y Cardiff apoyaban una oreja en la primera puerta.

—Estos chavales, joder... Ojalá Callum fuera más como ellos —susurró Frankie—. Tienen un entusiasmo increíble.

Cardiff se volvió a mirarlos.

—¿Son de fiar?

—Son la hostia, tío. —Frankie parecía haber vuelto a los veintiuno y estaba encantado de tener finalmente unos matones de verdad.

Cardiff no estaba tan seguro. Los tíos tenían una actitud un poco rara. No parecían nada afectados, ni por Frankie ni por la situación. Lo mismo podrían estar esperando el autobús, por la forma en que sonreían y se hacían muecas el uno al otro. Sin embargo, Cardiff prefirió callarse y probar con la segunda puerta.

—Tendré que llamar —dijo, puesto que tampoco se oía nada.

Frankie asintió. Cardiff golpeó la puerta con los nudillos y esperó. Al cabo de un segundo oyó un murmullo que debía de ser de una de las mujeres, seguido de una voz más fuerte que podía pertenecer a la hija de Gloria.

Cuando la puerta se abrió, se quedó mirando a la joven, que tenía una mirada de fiscal y cara de mala leche. Entonces Frankie lo apartó y entró en la habitación.

—Hola, señoras —dijo—. ¿Les apetece salir de marcha?

Luego, cuando estaba en la cabina del camión, Cardiff comentó:

—Creía que sería más difícil sacarlas de la habitación.

Frank estaba sentado delante, con el conductor.

—¿Qué te dije? Estos dos son la hostia. Tienen imaginación.

El chaval que se había sentado atrás con Cardiff encendió un porro y se inclinó hacia adelante para ofrecérselo a Frankie. Él negó con la cabeza.

—Fúmatelo tú, hijo. Diviértete.

El chico se lo pasó al conductor, que le dio una calada y luego preguntó:

—¿Qué tal la Browning, señor Ball? ¿Le fue bien?

Frankie levantó el arma, una pistola automática con un silenciador largo y aparatoso.

—De puta madre. Aunque no es una Browning, sino una imitación española. Tengo una igual en España. Te pedí que me consiguieras la Hi-Power porque me hice este silenciador y no funciona con ninguna otra cosa.

El chico asintió y aguantó el humo en la boca, de manera que habló con voz ahogada.

—Precisamente iba a preguntarle por eso. Tiene muy buena pinta.

Frankie pasó la pistola para que todo el mundo pudiera admirarla. Durante cinco minutos se fueron intercambiando el porro y la pistola, hasta casi hacerse un lío.

—Sí, la verdad es que la tía no falla —contestó Frankie cuando recuperó el arma—. Aunque me costó un huevo conseguir una. Al final tuve que pedirle a un español chapucero que me la construyera a partir de los restos de una vieja Ford.

Los dos chavales soltaron un «Oohh» de admiración.

—Ya sabe que si necesita cualquier otra cosa, nosotros podemos conseguírsela, señor Ball.

—¡Joder, me ha tocado la lotería! Y no me llames señor Ball. Ahora que somos socios, llámame Frankie.

Los dos chicos sonrieron y asintieron.

—Vale, Frankie —dijeron.

Después, la conversación decayó durante los siguientes diez minutos. Al final, Frankie se volvió en el asiento y preguntó:

—Entonces, ¿qué usasteis? ¿Una Beretta?

El chico asintió.

—La mía era una Smith amp; Wesson —respondió el conductor.

Pusieron rumbo al este de Londres y la cháchara sobre armas se unió al ruido de cuerpos que rodaban por la parte trasera del camión. Finalmente, en algún sitio pasado Bow Common, cruzaron un puente y se detuvieron frente a un almacén. El conductor salió de la cabina y cuando Cardiff se reunió con él vio que ya había abierto la persiana trasera del camión. El otro chaval estaba enfocando una linterna hacia la oscuridad donde yacían las tres mujeres y el chico calvo.

—Venga, rapidito —dijo el conductor, que ya estaba descargando a uno por los tobillos.

Cardiff agarró un par de pies y se puso a arrastrar a Viv Beddoes. En pocos segundos los tuvieron a todos alineados contra el camión. Todos llevaban chaquetas azules, con la cremallera subida hasta arriba y las mangas sueltas. Debajo, tenían las manos esposadas a la espalda.

—Que se muevan —ordenó Frankie.

Usando las pistolas como varas para picar ganado, los chicos de Frankie los pusieron en fila. Los prisioneros caminaban con los mismos andares de pato que al cruzar el vestíbulo del hotel.

Entraron en el almacén y lo atravesaron a oscuras, siguiendo un rayo de luz que se filtraba por una rendija en la puerta del fondo. La puerta resultó ser un ascensor, al que todos fueron pasando dentro con más o menos dificultad.

El primer piso estaba casi tan vacío como abajo. Aparte de un par de bloques de hormigón rotos y una vieja viga de acero, sólo había un sofá destartado y un viejo sillón. Fue Frankie quien se sentó. Cuando los prisioneros se pusieron en fila frente a él, el tío comenzó a hacer preguntas. Enseguida quedó claro que sólo el hijo, Cheb, poseía información de utilidad. El chaval confirmó que Susan Ball y George Carmichael eran socios en el restaurante.

—Pregúntale sobre la cocaína —sugirió Cardiff.

El chico intentó pasarse de listo.

—¿Qué cocaína?

Frankie también podía ser listo; estiró la pierna y derribó a Cheb con un solo movimiento. El pobre se estrelló contra el suelo, gritando de dolor. Cuando finalmente alzó la vista, encontró a su madre arrodillada junto a él. Tuvo que retorcerse aún más para ver a Frankie junto a ella, apuntándole con la pistola y apoyando el cojín del sillón contra su cabeza.

—Si le vuelo la tapa de los sesos a tu madre, nadie va a oír nada. Excepto ella, claro. A ella le sonará bastante potente, ¿no crees?

Después de aquello, Cheb se espabiló. Delató a Susan; dijo que ella había suministrado toda la droga para la fiesta. No sabía de dónde la había sacado, pero sí que tenía más, porque había visto la maleta.

El chico tenía más cosas que contar, aunque resultaba difícil oírle por encima del llanto de las mujeres. Frankie le pasó su pistola a Cardiff y le dijo:

—No aguanto más este follón. Venga, quítamelas de encima.

Cardiff cogió la pistola, intentando no mostrar el más mínimo asomo de duda. Puso en pie a Viv Beddoes y la empujó para que se moviera en la dirección correcta. Sin embargo, las otras mujeres no se habían movido.

—¡Venga, seguid al tío Cardiff! —les gritó Frankie.

Detrás de él, los matones las amenazaron con las pistolas para que caminaran.

La habitación era una especie de trastero grande, de seis por seis metros. Cardiff se

plantó en la puerta y las fue haciendo pasar. Cuando Gloria Manning cruzó el umbral, le disparó en la coronilla a una distancia de unos siete centímetros. El impacto la empujó hacia adelante y la hizo desplomarse sobre las rodillas. Al rodar por el suelo, Cardiff vislumbró el enorme agujero que tenía donde segundos antes había estado la nariz. El ruido había sido el mismo que si alguien hubiera atizado un sofá con un bate de béisbol, pero la había matado.

A continuación apuntó a Jools. La fuerza de la bala la impulsó de espaldas contra la pared del fondo y la dejó tumbada, con sus piernecitas regordetas dobladas en un ángulo extraño.

De pronto oyó a Frankie corriendo y gritando.

—¡La madre que te parió! Te he dicho que me las quitaras de encima, no que las mataras.

La mirada de Frankie pasó de Cardiff a Viv Beddoes. Cardiff estaba paralizado, como si no tuviera ni idea de lo que acababa de hacer. Viv, también paralizada por el horror, se cayó de espaldas e intentó gatear por el suelo, todavía maniatada bajo la chaqueta. Desde fuera, Cheb contempló hipnotizado la expresión de impotencia de su madre. Él tenía la boca abierta y no hacía más que gritar y gritar.

Frankie tuvo que arrancarle a Cardiff la Browning, dedo por dedo. Entonces miró a Viv Beddoes: un par de ojos bajo la capucha, dos discos relucientes con un margen blanco. Lo poco que podía verle de la cara tenía un brillo húmedo, a causa de las lágrimas silenciosas que le cubrían las mejillas.

—Menuda porquería —comentó Frank.

Cheb oyó otro ruido sordo y de pronto su madre se desplomó en el suelo. A diez metros de distancia, divisó el orificio de salida, que le había destrozado la garganta. Frank Ball la había matado.

—Mira lo que me has hecho hacer, hijo de puta —le dijo a Cardiff—. ¿Sabes qué? Lo vas a limpiar tú y, cuando te deshagas de ellos, que parezca obra de un perverso. Con la cantidad de revistas porno que lees, no te costará mucho.

Mannie salió del cuarto de baño, que estaba tan vacío como el dormitorio; sólo había un tubo de dentífrico, un secador y un bote enorme de crema de noche. Se encogió de hombros y miró a Naz, que sostenía una bandeja de tés.

—No lo entiendo —se lamentó Mannie—. Estaban aquí hace media hora.



## **Tercera parte**

### **Hasta las cejas**

El titular decía: «La madre bailarina del cadáver sin trasero.» Debajo había una foto de Susan con una pinta mucho más joven, pero no mucho menos sexy que en la actualidad. El pie de foto rezaba: «¿Ha visto usted a esta mujer?», y ofrecía una recompensa de diez mil libras.

Cuando Hogie habló con ella por teléfono, Susan le contó que la foto era de 1969, de la época en que actuaba en el Huía. El periódico había obtenido cinco poses distintas; ésa mostraba a Susan arrodillada sobre una alfombra, con las manos aguantándose los pechos desnudos y una coronita en la cabeza (luego, al examinarla más detenidamente, Hogie concluyó que era una diadema). A continuación, pasó a las páginas de la cinco a la nueve para leer toda la historia y ver el resto de las fotos. Cuando terminó, volvió a doblar el periódico de modo que sólo se viera la cara de Susan y lo dejó con los demás encima del televisor.

Ella seguía negándose a verlo o a darle su dirección, con lo que él sólo podía pasearse por el piso abrazado a su teléfono móvil. Se sentía perdido y hecho polvo, como un grano de arena en una playa. Aunque Susan sólo era en parte responsable de esa sensación. Cuando despertó del peor viaje de ácido de su vida en los brazos de Susan, algo le decía que ese momento de éxtasis acabaría en lágrimas.

El Día Uno empezó con el descubrimiento de Viv Beddoes; la encontraron en una depuradora de la Compañía de Aguas del Támesis, en Hornsey. Dos horas más tarde, Jools fue hallada en el interior de un contenedor de recogida de vidrio en un supermercado de la cadena Sainsbury's, en Islington. Nadie sabía cómo había podido el asesino meterla allí dentro. Gloria Manning pasó un día entero entre las vías muertas de Willesden Junction, hasta que un aficionado a los ferrocarriles avisó a la policía. La policía sospechaba que las tres mujeres habían sido asesinadas al mismo tiempo y en el mismo lugar, pero esperaban la confirmación de los exámenes forenses. Los detectives encargados del caso no descartaban la posibilidad de abuso sexual.

La prensa no había logrado entrevistar a ninguno de los huérfanos. Después de realizar su declaración en comisaría, Mannie había regresado al piso de Hogie y los periodistas aún no lo habían localizado. También desconocían el paradero de Cheb, por lo que preferían creer que había muerto, como su madre. Al cabo de dos días sin noticias suyas, Hogie empezó a pensar que tenían razón.

Al principio fue Jools quien recibió más atención de la prensa y la televisión. Era una estrella que había brillado con luz propia antes de extinguirse rápidamente. La cadena de televisión retrasó su muerte ficticia por respeto y esa semana el culebrón terminó con un pequeño homenaje a su talento: un verso en letras blancas sobre fondo negro y un resumen de sus mejores momentos. Naz salió de la habitación cuando lo pusieron y se pasó el resto del día en el cuarto de baño, sentado en la taza y con la vista fija en las flores de la cortina de la ducha.

Hasta el cuarto día la policía no confirmó que el cadáver clavado en el suelo del autocar era el de Callum Ball. Esa mañana, las fotos de Susan Ball destronaron finalmente a Jools de la primera plana. Susan llamó a Hogie hacia las nueve y volvió a telefonarlo a la una y media, después de comprar la edición del mediodía del *Evening Standard*.

Lo primero que dijo fue:

—Murió de un ataque al corazón.

Hogie asintió, porque él también había comprado el periódico. Los diarios de la mañana coincidían en que su hijo había sido torturado antes de morir y mutilado después, pero las últimas noticias decían que había muerto de un infarto. A Susan no le importaba o al menos eso dijo. Ella sabía quién lo había matado.

Hogie oyó sus sollozos ahogados; tenía el auricular apoyado entre la mejilla y el hombro. Ella le pidió que pasara a las páginas cuatro y cinco y él luchó con el diario hasta encontrar la foto: un hombre de unos treinta y tantos años que llevaba un peinado de periodista deportivo y el cuello de la camisa abierto. Al leer la letra pequeña, Hogie descubrió que era Frankie Ball, a quien se había visto por última vez en 1979 frente al Old Bailey, el principal tribunal penal de Inglaterra. Junto al artículo principal, un texto enmarcado aseguraba que dos de los periódicos habían enviado hombres a la Costa del Sol en busca de una foto más reciente.

—No está en España —dijo Susan—. Está aquí.

—¿Tu marido?

—Está en Londres, buscándome —aseguró más dulcemente, con la voz ya casi normal.

—Ah —dijo Hogie.

El *Standard* intentaba relacionar la muerte de su hijo con un tiroteo en una discoteca del sur de Londres. La mayor parte de la noticia era pura especulación y sugería que el chico había participado en algún negocio de droga que había salido mal. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba Frankie Ball entrando droga en Gran Bretaña, pero todo el mundo entrevistado por el periódico parecía convencido de que era verdad.

—¿Y ya has hablado con él? —preguntó Hogie.

Oyó un ruido al otro lado de la línea; quizás una sacudida de cabeza o un bufido antes de que ella le contestara que no, que prefería evitarlo.

Era la única buena noticia que Hogie había recibido esa semana.

—¿A ti qué te parece? El tío mete a nuestro hijo a camello y consigue que lo maten. Yo diría que nuestro matrimonio ha terminado. —Hubo una pausa antes de que su voz volviera a sonar, ahora con un tono aún más duro—. Va a ser un divorcio jodido.

—Entonces, ¿puedo venir? No me gusta estar aquí. Quiero estar contigo.

Susan ya no sabía qué decirle. Estaba en el pasillo, respirando la humedad del papel pintado y tiritando frente al único teléfono del edificio que Rosa, *la Maltesa*, había encadenado a la pared del segundo piso. Desde allí veía la puerta abierta de su dormitorio, unos escalones más abajo. Al llegar, a Susan no le había sorprendido descubrir que tenía el peor cuarto de todo el inmueble. La Maltesa había aceptado ayudarla, pero no iba a echar a una de sus inquilinas profesionales de una habitación más confortable. Aunque, la verdad, todas las habitaciones eran minúsculas y deprimentes. Sólo la red eléctrica y las tuberías —ambas en pésimo estado— evitaban que el lugar se viniese abajo. Susan pensaba que Hogie no entendería por qué estaba sufriendo todo eso a solas. Si sólo tenía que ocultarse de los paparazzi y de un marido psicópata, ¿por qué tenía que hacerlo ella sola?

—Esas mujeres que nos pescaron en la cocina; las que me estaban gritando... Las muertas son ellas, ¿no? —preguntó Susan.

—Sí, Jools y su madre. Cheb y su madre también estaban allí.

—Lo siento mucho.

—¿Las mató tu marido? —preguntó Hogie.

—No lo sé. Seguramente. —No sabía qué más decir. Y no sabía si estaba siendo tonta o egoísta, manteniendo a Hogie a distancia. Al final, tras jugar con el cordón del teléfono, le dijo—: A lo mejor deberías venir.

Hogie se sintió incomprensiblemente complacido. Después de oírle repetir la dirección y colgar el teléfono, Susan empezó a pensar que tal vez fuera lo mejor. Los dos necesitaban consuelo. ¿Qué había conseguido ella en los últimos días? Se había pasado el tiempo contestando a las llamadas de fulanos salidos que le pedían sado, griego u otras especialidades de la casa. Ella les decía que servidora se había retirado y pegaba un grito para ver si alguien quería el trabajo.

Susan enrolló el pañuelo que tenía en la mano hasta convertirlo en una pelota húmeda. En sus pliegues había restos de rímel. Al dirigirse a su cuarto, lo arrojó al suelo, pero aterrizó en su taza de té. No importaba; lo poco que había bebido se le había quedado atravesado, como si tuviera la boca llena de algodón. No se lo habría podido acabar.

Era absurdo pensar que ella podría matar a Frankie. De momento tan sólo había logrado obtener una pistola; otro favor que le debía a La Maltesa. Susan la tenía escondida debajo de un ejemplar del *Daily Mail* en la mesa del tocador, entre su batiburrillo de cremas y perfumes. Rosa le había dicho que era un arma de mujer, pero al sacarla para echarle otro vistazo, Susan seguía sin poder imaginarse a sí misma usándola. Tenía la empuñadura de nácar o de un material similar y el resto era niquelado, con aspecto macizo y muy usado. Susan la devolvió a su sitio con cuidado y rompió a llorar otra vez.

Hogie se guardó el papel con la dirección de Susan y comenzó a hacer la maleta. Era un auténtico alivio poder salir del piso. Los últimos cuatro días se había cruzado con Mannie y Naz en la sala de estar, en la cocina o en el cuarto de baño y ninguno de los dos le había dicho nada. Ellos se paseaban como almas en pena, mientras él iba dándose contra los muebles. Hogie todavía quería averiguar si le culpaban por lo que había pasado. El también tendría que comenzar a preguntarse si se sentía culpable. Desde luego, algo sentía.

Hogie no logró montar su gran número de expiación y, ahora que ya resultaba imposible, tampoco le había contado a Mannie la verdad sobre su madre. Por la manera en que se comportaba, el tío parecía quitarle importancia, como si fuera una de esas cosas que pasan entre personas adultas. El único problema era que los dos sabían perfectamente que en esa época Hogie no era un adulto, sino que tenía quince años, casi dieciséis.

Entre la escuela y el barrio donde vivía Mannie había un club de golf. Una hilera de árboles separaba el campo de las casas. El día en que Hogie se enrolló por primera vez con Gloria Manning, se había pasado la mañana —desde las nueve y media— en un búnker, fumando un porro y bebiendo sidra. A las once, el costo lo estaba mareando y la cinta de *acid house* empezaba a machacarle la cabeza. No tenía ni idea de si

Mannie había ido a clase, pero decidió pasarse por su casa. Si estaba allí, podrían tomarse un té, ver la tele y pasar el rato sin hacer nada.

Hogie atajó por los árboles que había al final del campo de golf. En el patio de la casa más cercana vio a un rottweiler que ladraba en un corral alambrado. Un niño de unos diez años estaba atizando el alambre con un bate de críquet para enfurecer al animal. Hogie sabía que el dueño del perro había pagado al niño para que lo hiciera; el tío criaba perros de defensa con certificado de locura.

Hogie siguió caminando frente a una hilera de casas pareadas. A su izquierda había un jardín con un solo rosal y a su derecha, otro con una furgoneta aparcada. Hogie cruzó la calle y se dirigió al pasaje de al lado de la casa de Mannie. Nunca usaba la puerta principal, sino la de atrás.

En la cocina no había nadie, pero la puerta no estaba cerrada con llave. Dentro, los platos del desayuno ya se habían secado junto al fregadero, aunque conservaban restos de jabón. La señora Manning solía lavar los platos antes de irse a trabajar. Si la puerta estaba abierta, quizá Mannie siguiera en la cama. Hogie atravesó el salón y subió la estrecha escalera que llevaba a la habitación de Mannie. Era el cuarto más enano de la casa y si el tío no lo hubiese tenido un poco ordenado, habría sido una pocilga. A los pies de la cama vio la colcha doblada, pero ni rastro de Mannie.

Cuando oyó abrirse la puerta del cuarto de baño, Hogie se abalanzó hacia la puerta de la habitación. Al otro lado del pasillo, la señora Manning salía del baño con una toalla enrollada como un turbante sobre su pelo mojado y otra bien liada al cuerpo, por debajo de las axilas. Tenía los pechos apretujados y la piel de una blancura casi artificial.

Ella no lo vio a él. En cambio, él lo vio todo por la rendija de la puerta: lo que ella enseñaba y lo que él imaginaba. La señora Manning se metió en un cuarto que había a su izquierda: su dormitorio. Hogie salió de la habitación de Mannie en silencio y se pegó a la pared, como un espía. Alargó el cuello para mirar por la puerta entreabierta.

Cuando dejó caer la toalla, estaba de espaldas a Hogie. No era una mujer gorda, pero tenía el culo bastante grande, como un gigantesco huevo de chocolate partido en dos. A Hogie le entraron ganas de abalanzarse sobre ella, abrir esas nalgas y zambullirse en medio hasta que los dos se echaran a reír.

Entonces se puso de puntillas y volvió a la habitación de Mannie, donde encontró la pistola de su amigo escondida en el sitio de siempre —al fondo del armario—, envuelta con un tapete del Subbuteo. Hogie levantó el percutor y sacó el tambor. Los seis agujeritos estaban vacíos, así que abrió la caja de cartón donde en teoría iban los jugadores del Ajax y sacó seis balitas de bronce. Las metió en la pistola, cerró el tambor y bajó el percutor.

Hogie se dirigió al dormitorio de la señora Manning con la pistola apoyada en la mejilla, todavía en actitud de agente secreto. Cuando abrió la puerta, se la encontró de cara. Llevaba un sujetador de satén rojo y una falda azul hasta las rodillas. El turbante seguía en su sitio.

—Hogie —dijo ella, sorprendida—. ¿A qué juegas?

Hogie notó que se ponía colorado y que las piernas le fallaban.

—¿De dónde demonios has sacado esa pistola? —le preguntó.

Él se tambaleó hacia un lado. Quizás estaría mejor si pudiera sentarse. Había un taburete de terciopelo bajo el tocador; lo retiró con el pie y se dejó caer encima. Durante todo ese tiempo, no dejó de mirarla. No podía evitar que le temblara la mano, pero mantuvo la pistola firme contra la mejilla.

—Sal de aquí, Hogie.

A Hogie le salió una voz rota, casi como un balido.

—Quítese la falda, señora Manning.

—¿Y si no qué? ¿Me vas a matar?

De pronto él se metió el cañón de la pistola en la boca. Si no la hubiera cogido con las dos manos, puede que se hubiera roto los dientes, de tanto que le temblaban.

—No hagas eso. Anda, suelta la pistola.

Hogie estaba seguro de que ella reconocía el arma, ya que la había visto todos los miércoles por la noche cuando su penúltimo novio se preparaba para ir al club de tiro. Ella sabía que Hogie no estaba chupando un juguete. A continuación, él se sacó la pistola de la boca, pero sólo lo suficiente para poder hablar.

—O se quita la falda o yo me quito la vida.

Ya empezaba a temblar menos. Sabía que podía seguir adelante.

—Que se la quite, coño.

Ella levantó una mano para tranquilizarlo.

—Vale, vale.

Entonces se bajó la cremallera lateral, aguantando la tela con la mano hasta que pudo quitársela. Debajo lucía un liguero rojo de un tono distinto al sujetador.

Hogie volvió a retirar un poco la pistola para darle otra orden breve:

—Abra la puerta del armario.

Ella lo hizo. Al principio no debió de entender por qué, pero cuando vio el espejo de dentro, comprendió que él la quería contemplar desde todos los ángulos.

Había una radio en el tocador. Hogie apretó uno de los botones que correspondían a emisoras ya sintonizadas. Le salió Piccadilly Gold, donde estaban poniendo *Viva Las Vegas*, de Elvis Presley. Ya estaba que se salía.

—Por favor, quítese las bragas, señora Manning.

Ella negó con la cabeza.

Hogie levantó el percutor y el gatillo tembló bajo su dedo. Se miraron fijamente; él sintió ganas de llorar y los ojos de ella también se estaban llenando de lágrimas.

Entonces ella se bajó la goma de las braguitas de nailon, que le venían muy ajustadas. Al doblarse hacia adelante, Hogie atisbo un destello de pelo negro en el espejo. La polla empezó a ponérsele dura con un tirón doloroso. Bajo los téjanos grises de su uniforme escolar, su polla no paraba de crecer.

Tenía a la señora Manning en sus manos, pero no sabía qué hacer. Ella lo miraba y sostenía las bragas como diciendo: «¿Y ahora qué, rico?» Los ojos de Hogie se fijaron en la masa enredada de su vello púbico.

—Acérquese.

Ella dudó.

Hogie notó el sudor en la frente.

—Hágalo, por favor. O me mato, lo digo en serio.

Ella comenzó a moverse.

—Lentamente, con las manos en la cabeza.

Ella se puso las manos sobre el turbante. Estaba justo enfrente de él, a medio brazo de distancia. Podía alargar un dedo y tocarle el vello rizado. Cuando lo hizo, ella retrocedió de un salto.

—Más cerca.

Ella dio medio paso hacia él. Estaba lo bastante cerca para que Hogie pudiera acariciarle el vello. Tanto el vello como la piel retenían la cálida humedad del baño y conservaban el aroma del jabón.

Hogie dejó la mano ahí hasta que notó que ella empezaba a tiritar. Tenía que pensar en algo antes de que la tía se le enfriara del todo. Así que le pidió que caminara hacia la cama. Ella retrocedió hasta que las piernas toparon con el borde y se dejó caer sobre el edredón.

Hogie se quedó de pie. Seguía teniendo la pistola en la boca, tan adentro que casi le daban arcadas. Con una sola mano, se desabrochó el cinturón y los botones de la bragueta. Se bajó los téjanos y los calzoncillos a la vez. La polla se le quedó atrapada en los calzoncillos, pero luego salió.

La señora Manning estaba donde había caído. No se sabía si tenía las piernas abiertas o cerradas.

Hogie volvió a sacarse la pistola de la boca.

—¿Puede...? —No sabía cómo decirlo—. ¿Puede... ponerse las manos debajo del culo y, bueno, separarse las nalgas?

—¿Como en un libro guarro?

Hogie asintió.

—Sí, exactamente.

—Ni hablar.

Del cañón de la pistola colgaba una gota de saliva. Hogie volvió a incrustársela en la boca, con demasiada fuerza. Notó un corte en el paladar y un sabor cálido y salado. Al sacársela un poco cayeron unas gotas de sangre del extremo del cañón. Tenía la barbilla cubierta de sangre y saliva.

—Haré esto —añadió ella.

La señora Manning subió un poco las rodillas. Al hacerlo, la negrura entre sus piernas cobró sentido; se dividió en unos labios gruesos y oscuros, perfectamente definidos.

Hogie se despojó de los téjanos y se acercó al armario. Con los ojos fijos en ella, alargó la mano hasta el estante de arriba, donde sabía que Gloria guardaba un tubo de gel entre sus pañuelos.

Al volverse a sacar la pistola de la boca, la sangre le manchó el pecho y luego cayó al suelo. Su mirada fue de la mancha al tubo de gel lubricante.

—No tengo mucha idea. ¿Vamos a necesitar esto?

Ella lo miró, estupefacta.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

Porque muchas veces entraba a mirar en su habitación y sabía dónde lo guardaba todo. No sabía cómo confesarlo, así que le dijo:

—Estoy enamorado de usted.

—No es verdad.

—Se lo juro.

Él se arrodilló en la cama y se colocó encima de ella, con el cañón todavía en la boca. Las siguientes gotas de sangre se derramaron sobre la barriga de ella.

—Suelta la pistola —le rogó, con una voz mucho más dulce.

Pero Hogie no se fiaba. Sin quitarse el arma de la boca, se dejó caer sobre una mano, como si fuera a hacer flexiones. Tampoco se la sacó de la boca cuando se apoyó sobre los codos. Al penetrarla con fuerza el cañón le partió un diente. Pero siguió apretando.

Ella resolló, levantó las manos y lo agarró fuerte. Él siguió con el cañón en la boca. Estaba ahogándose, pero no lo movió.

Agarrada con fuerza a la espalda de Hogie, ella se subió un poco y torció la cabeza hasta encontrar la boca de él. Empujó la lengua junto al metal y logró abrir un espacio lo suficientemente ancho para juntar los labios. Tenían el cañón de la pistola entre sus bocas, engrasado con la sangre y la saliva de ambos. Ella intentó que la soltara, en vano, y las astillas del diente roto dieron un toque violento a sus besos.

Cuando la recordaba, Hogie no sabía si era una historia de violación. Quizá no lo fuera si ella aceptaba volver a acostarse con él; tal como hizo más adelante. De todos modos, nunca habría ocurrido nada entre ellos de no haber sido por esa primera vez en que él la había presionado claramente. Su única excusa era que sólo tenía quince años y amenazar con matarse era una forma de conseguir que una chica se acostara con uno.

Un día ella le preguntó si lo habría hecho.

Él le contestó que sí. Ella asintió; era lo que imaginaba. Lo habría hecho porque se sentía avergonzado o ridículo o porque la cosa había ido demasiado lejos. Pero por ninguna otra razón. Y eso seguramente también era verdad.



Cheb tenía la cabeza como una col lombarda. Cada vez que lo acompañaban al lavabo, le mostraban su imagen reflejada en el espejo y él se la quedaba mirando. Le habían pegado tal paliza que no se reconocía. Aunque lo más curioso era que tampoco sentía nada. No encontraba un dolor que confirmase aquella imagen y tampoco sabía qué hacía allí de pie, hinchándose, sangrando y babeando. Lo único que tenía eran recuerdos inconexos.

Primero le dijeron que hablara. Después le dijeron que se callara. En cualquier caso, la cosa siempre acababa en hostias. De lo que más se acordaba era del sonido constante de la música. Generalmente era tan fuerte que tenía que esforzarse muchísimo para que lo oyeran cuando intentaba interesarles en la historia de su vida y en sus teorías personales. Pero a ellos sólo les interesaba lo que sabía de Susan Ball y la cocaína.

Siempre que la música estaba a tope, había dos tíos. Otras veces, cuando Frank Ball o Cardiff estaban por allí, la música era sólo un murmullo, tan suave que podría haber sido un eco en su cabeza. Trabajaban por turnos y venían a verlo al cuarto sin ventanas donde él se pasaba las horas buscando el sitio exacto en que habían matado a su madre. Una vez le dieron una silla para sentarse, claro que enseguida se rompió, pero durante un tiempo pudo sentarse casi a su nivel mientras intentaba contestar las preguntas.

Aquel día la música estaba muy alta y le dijeron que no se preocupara. Para entonces él ya confiaba en ellos, así que cuando le anunciaron que no iban a hacerle daño, se lo creyó. Tal como dijo uno de ellos:

—Hoy es el Día del Policía Bueno. Puedes llamarnos Cagney y Lacey.

Fue Lacey quien le explicó su estrategia.

—Hemos decidido ser más blandos contigo, Chebby. No queremos acabar con otra víctima de un infarto.

Al decirlo, Cagney se echó a reír. Cheb también se rió. Otra trombosis coronaria no, por favor, era lo último que necesitaban.

Cagney era rubio y un poco caprichoso. Lacey era más reflexivo y hacía todo lo posible por concentrarse cuando Cheb respondía a sus preguntas.

Otra cosa guay de Lacey era que liaba los porros e incluso se los metía a Cheb en la boca. El se lo agradecía, porque no había otra forma de fumar cuando se tenían las manos esposadas a la espalda.

Después de dejarle dar unas cuantas caladas, Lacey le dijo:

—¿Qué tal?

Cheb asintió. Muy bien.

—¿Te acuerdas de dónde sacamos esta hierba? —le preguntó Lacey a su compañero.

—De Daltson. Creo que es casera —respondió Cagney.

—Puede ser. ¿Cuál es la mejor que has probado?

Cagney se encogió de hombros.

—Ése es el problema. Si es buena, luego no me acuerdo ni que me maten.

Lacey le dio la razón.

—¿Y tú, Chebby? —se interesó—. ¿Cuál es la mejor hierba que has fumado?

—Vietnamita —contestó Cheb, pero enseguida cambió de opinión—: No, tailandesa.

Los dos asintieron con aprobación.

—Qué puesto está el niño, ¿eh, tío? —comentó Cagney.

—Sí —asintió Lacey—. La tailandesa está de puta madre, pero yo ya ni me acuerdo de la última vez que la probé. ¿Y tú?

—Sí, en las vacaciones el año pasado —respondió Cagney—. Estaba increíble.

—¿En Tailandia, dices?

—Sí, Tailandia, Goa, Bali... Voy un par de meses al año y me fumo un poco de costo, un poco de opio, me despejo y luego vuelvo a casa.

Cagney se acercó para quitarle el porro a Cheb.

—No te me pongas en plan Bogart, colega. Deja algo para los demás.

—Pues un día de estos voy a hacer lo mismo —comentó Lacey—. Porque Ibiza está pasada de moda, tío. Ya es hora de que me dé un voltio por la India.

—La India es una caña —insistió Cagney—. Bueno, Goa. Ahí sí que te puedes poner las pilas. Cuando vuelves, te comes el mundo. O si no, mira al cabrón de Chebby.

Ese día continuaron así durante horas; hablando, fumando y vacilando con la música *drum and bass*. Cuando Lacey empezó a hacerle preguntas sobre Susan Ball, Cheb se alegró tanto que hizo todo lo posible por contarle algo nuevo. Les contó que la tía tenía una fábrica de drogas psicodélicas, donde sintetizaba fenetilaminas, que te ayudaban a desvelar el misterio del océano, y triptaminas, que te ponían en órbita. Cheb también les contó que Susan asesoraba a la NASA y llevaba ropa interior plateada.

El problema era que a veces los tíos estaban en su onda, pero otras eran gente muy distinta. Tenían una capacidad de concentración mínima, por eso acababan aburriéndose. Sobre todo Cagney. Y entonces volvían las leches.

—¿Y si subimos una cocina de gas? —sugirió Lacey.

Cagney estuvo de acuerdo.

—Qué buena idea. A ver cómo reacciona éste si lo freímos un poco.

También llevaban mecheros Bic, los más pequeños del mercado. Cuando los encendían debajo del culo de Cheb, era tan sólo un juego. Él apenas lo notaba.

Los días en que Frank Ball se pasaba por allí, Cagney y Lacey siempre parecían contentos de verlo. Aunque fuera el Día del Policía Malo, ellos seguían siendo amables con el tío Frank, que es como habían empezado a llamarle. Incluso bajaban la música si él decía que le daba dolor de cabeza. Y siempre pasaban por alto que fuera un

alcohólico perdido y un llorica, al menos en su cara. Por lo visto, su hijo acababa de palmarla y por eso eran tan comprensivos. En cambio, a sus espaldas los tíos lo ponían verde. En ese sentido, a Cheb no le molestaba la falta de coherencia de sus captosres. A él tampoco le gustaba nada el tío Frank; como siempre estaba demasiado borracho o afectado para empezar una conversación, el tío sólo tenía energía para partírle la cara.

El tío Frank los llamaba Sean y Liam, en lugar de Cagney y Lacey. Les tenía tanto cariño que el pobre se habría llevado un buen disgusto si hubiese sabido lo que decían de él cuando no estaba.

Durante uno de sus numeritos de policía malo, Lacey le soltó:

—Frankie me ha dicho que te dé una de su parte, así que supongo que debería mamártela... Pero de momento tendrás que conformarte con esto.

Cheb vio que la pata de la silla se elevaba en el aire. Cuando le cayó encima, el dolor comenzó como una partícula diminuta y concentrada pero inmediatamente lo engulló en algo más grande y más negro, como un tren de alta velocidad que va tan rápido que parece llegar al final del túnel una fracción de segundo antes de entrar en él.

Después de aquello, las horas se convirtieron en una serie de fotogramas que se sucedían a toda velocidad y al mismo tiempo se hacían eternos. Cheb vio una gran lengua que lamía el aire y después desaparecía, mientras su oreja se llenaba de saliva asquerosa. Durante toda esa operación oía a Cagney diciendo:

—Al tío Frankie le mola esto.

Las carcajadas de Lacey retumbaron por el cuarto.

—¡Le encanta! Es un viejo verde.

Y la bota de Lacey se hundió en los testículos de Cheb.

Los tíos hablaban de lo idiota que era Frankie, imitaban sus anécdotas sobre la bella España o los recuerdos de su época en chirona y especulaban sobre las cosas que no le hacía a la zorra de su mujer. Pero sobre todo hablaban del blandengue de su hijo, ese cabronazo que se había muerto sin haberles dicho nada.

—Bueno, un respeto para el chaval —dijo Cagney—. No creo que Frankie hubiese aguantado tanto. Al tío le habría dado un infarto en cuanto se le hubiese comenzado a chamuscar el culo.

La única persona a la que despreciaban más que al tío Frank era al pequeño Cardiff. Y Cheb tenía que darles la razón. Siempre que Cardiff venía a sentarse con él, la habitación se quedaba en silencio. Era una quietud mortal; sólo se oía el *jungle* en la cabeza de Cheb y el ruido de aquel hombre desmoronándose. Parecía imposible que un tío gordo pudiera sonar a hueco. A veces resultaba tan insoportable que Cheb se ponía a hablar por voluntad propia. Comenzaba en voz baja, murmurando, hasta que encontraba una idea determinada y entonces se lanzaba. En algunas ocasiones no funcionaba; movía la boca pero no salía nada. Pero siempre que entraba en materia, Cardiff se levantaba lentamente y lo hostiaba de derecha a izquierda, en la cabeza. No dolía. Cheb sólo oía pías, pías, pías, se internaba en túneles oscuros a través de los cuales salía disparado hacia la estratosfera.

Cheb abrió los ojos. Estaba en el suelo; a un lado se alzaba el tío Frankie y al otro Cagney y Lacey. Era Cagney quien hablaba:

—Seamos realistas. Ya lo hemos exprimido a tope.

—Tiene que saber algo —insistió Frank Ball.

—Nos ha dicho que Callum se estaba moviendo en una *rave* al sur del río, en un garito llamado Comecon. Curiosamente, el otro día hubo tomate en ese sitio. La pasma dice que eran jamaicanos, pero yo he oído que fueron unos paquis del norte.

Desde fuera de la habitación, Cardiff gritó:

—Ya os dije que Susan estaba liada con unos paquis.

Frankie no le hizo ni caso.

—¿Qué más ha dicho?

Solamente Cheb pudo ver la sonrisa burlona de Cagney.

—Pues que Callum fue sacrificado por unos marcianos que practicaban satanismo y vudú. Ya te lo he dicho, Frankie; le hemos currado demasiado.

Cheb babeaba, incapaz de articular una sola palabra.

—Seguid así. Alguien tiene que pagar por lo que le pasó a mi hijo.

Frank se dispuso a irse, pero añadió:

—¿Ha dicho algo sobre mi mujer?

Lacey bajó la vista y se encogió de hombros, igual que Cagney. Los dos intentaban ocultar la sonrisa.

—¿Qué? Tiene que haber dicho algo.

—No lo sé. Quizás en el turno de Cardiff.

Frank llamó a Cardiff. Finalmente el gordo entró en su campo de visión, andando como un pato.

—¿Ha dicho algo este cabrón sobre la zorra de mi mujer?

Cheb había dicho tantas cosas que lo difícil era recordar qué no había dicho. Susan estaba poseída por espíritus sexuales; se la chupaba a los perros y arrancaba a dentelladas las cabezas de los pollitos. También era una sacerdotisa que le había dado la extremaunción a Lenin cuando retiraron el cadáver de su mausoleo y lo trasladaron a un laboratorio de clonación en Novosibirsk...

Cardiff parecía incómodo.

—Ha dicho que se está tirando a uno de los chicos de George Carmichael —contestó Cardiff—. Alguien llamado Hogie.

Cheb no recordaba haber dicho algo tan soso; debían de habérselo borrado de la memoria a fuerza de palos. Estaba empezando a hundirse en agujeros negros. Y cuando eso ocurría, ya no se acordaba de nada.

Frankie les dijo que de momento dejaran a Cheb.

—Tengo otro trabajo para vosotros.

Tras salir de la sala de interrogatorio, se dirigió a los ventanales del primer piso del almacén. Desde allí divisó agua por tres lados; si hubiera tenido ojos en el cogote, habría visto aún más. Estaban en una nave industrial vacía, construida en un recodo de Bow Creek. El lugar había quedado aislado cuando excavaron un tramo de canal navegable en la curva, dejando una especie de isla fluvial. Cuando Frankie lo vio por primera vez, pensó que era ideal: remoto y tranquilo. Pero se había equivocado totalmente; era el local más ruidoso del mundo. Ya era horrible cuando los chicos ponían su música electrónica a tope, pero sería insoportable cuando la gente que trabajaba para ellos terminara de instalar el equipo para la *rave* que pensaban montar en la planta baja.

Para acabar de ponerlo a parir, alguien de abajo se había liado a hacer pruebas de sonido. Temblaban hasta las ventanas, que tenían los marcos de acero encajados en pesadas piedras. Lo que los dos chicos llamaban *drum and bass* empezó a oírse a través del suelo de hormigón y provocó una serie de explosiones en la cabeza de Frankie. Y eso que él ya estaba mal de la cabeza.

Lo único que lo consolaba era que aquello era lo que Callum habría querido. Era lo que Sean y Liam le repetían constantemente; que el sueño de Callum era montar las *raves* más potentes de Londres, mezclando el sonido más duro con la droga más rentable. Ellos se limitaban a seguir su inspiración.

—¿Está un poco fuerte para usted, tío Frank?

Él negó con la cabeza.

—No, no pasa nada.

—¿Quiere que les pida que lo bajen un poco?

Qué buen chaval.

—No, hijo. Lo soportaré.

El trato le había parecido de puta madre. Cuando Callum vino a proponérselo, él estuvo encantado de colaborar. Siempre había querido algo mejor para su hijo que tirarse a turistas e ir a bares llenos de españoles. Ya nunca sabría si su hijo tenía los cojones necesarios para una vida fuera de la ley. Quién sabe, quizá podría haber tenido éxito. La cosa prometía; por lo menos había tenido el coco de asociarse con gente legal. Frankie creía que Sean y Liam eran la rehostia.

Sean estaba a un paso de él, esperando respetuosamente.

—¿Dice que tiene un trabajo para nosotros?

Frank intentó aclararse la cabeza. Raca raca raca; aquel ruido se le metía a uno en el cerebro.

—Sí, me acaban de decir desde España que Susan se aloja con una vieja fulana que

conocemos —contestó—. Quiero que vayáis para allá y me la traigáis. Con un poco de suerte tendrá la cocaína y podréis recuperarla.

—Genial.

Sean intervino.

—De puta madre. Así podremos empezar a devolverle su inversión, tío Frank.

—No hay prisa, hijo —respondió Frank—. Yo ya os agradezco lo que estáis haciendo.

Ellos también lo entendieron; se refería a la venganza por la muerte de Callum.

—En paz descanse —dijo Liam.

—Amén —añadió Sean.

Cardiff apareció de la nada. Tosió y dijo:

—Esta furcia que está ayudando a Susan... ¿es Rosa, *la Maltesa*? ¿La que antes trabajaba en D'Arblay Street?

—Sí, ésa. Parece ser que la tía controla a una serie de fulanas en varios clubes del West End.

—¿Puedo ir yo? Podría hablar con ella y convencerla de que nos entregue a Susan sin montar un follón.

—¿Y quién cojones va a hablar con una zorra como tú? Tú te quedas con ese cabrón...

—Señaló el cuarto donde yacía Cheb—. Y yo voy a usar gente de la que me puedo fiar.

¿Quién podía imaginar que la propia madre de Callum iba a caer sobre él como un ángel exterminador? Su problema, bueno, el problema de todas las tías era que no podían soltar a sus hijos. Frank lo tenía comprobado. El mundo estaba lleno de mujeres que se ponían hasta el culo de pastillas y ginebra el día en que sus hijos se iban de casa. Con Susan, la única diferencia era que le había dado una menopausia de novela de Stephen King. Ella tenía la culpa de lo que le había pasado a Callum. Frank todavía no podía creer que lo hubiese matado, pero Liam y Sean le habían dicho que no había aparecido con la droga. Así que tenía que haber sido ella.

Susan descubrió que ya no podía dormir como antes. A las once cuarenta y cinco de la mañana estaba en la cama, sirviéndose más ginebra. Le puso un poco de tónica para disimular, aunque nadie podía verla. Hogie seguía profundamente dormido. Susan lo miró: un chico delgado sobre las sábanas brillantes. Sólo hacía cuatro horas que dormía y aún tardaría un buen rato en despertarse.

El calor de la habitación y las sábanas de fibra podrían haber sido una mala combinación. Sin embargo, Hogie había logrado moverse sin problemas; las sábanas no lograron encadenarlo y el calor sólo dio un ligero brillo a su piel. Dondequiera que estuviera ella, debajo o encima de él, Hogie la había manejado perfectamente; ella se deslizó por la cama sin apenas notar la fricción. Hasta que él se durmió, claro.

Susan le pegó otro trago a su copa. Como no había nevera, no tenía hielo y la ginebra estaba a temperatura ambiente, aunque su sangre estaba un poco más caliente. Alargó la mano para coger un mechón de pelo que cubría la cara de Hogie, lo retorció entre sus dedos y se lo colocó detrás de la oreja. Hogie no tenía lóbulos; la curva de la oreja

simplemente terminaba en la mandíbula. Era una peculiaridad fisiológica que poseía algún significado sexual que Susan había olvidado. El chico no tenía carne fofa en ninguna parte del cuerpo, excepto en las zonas más obvias, normalmente ocultas.

Susan se preguntó si estaba un poco borracha.

El sonido del teléfono la hizo reaccionar. Estaba medio desnuda cuando se levantó de la cama de un salto, así que se puso una cosa con encaje que habían dejado los inquilinos anteriores y subió la escalera para aplacar aquel berrido insoportable. Ni siquiera sabía por qué perdía el tiempo; sería otro cliente que llamaba al número que había visto en una cabina telefónica de Baker Street. Cuando descolgó, el aparato siguió sonando. Susan se quedó parada en el pasillo, sin entender lo que pasaba. Entonces dio media vuelta y regresó al lugar de donde procedía el ruido: su dormitorio. Encontró el móvil de Hogie encima de su bolsa. Él seguía durmiendo, totalmente ajeno a los timbrazos. Susan sacó la antena, apretó el botón y se llevó el móvil al pasillo.

—Diga.

—¿Susan? —dijo la voz con un tono de duda.

—George. ¿Por qué me llamas por el teléfono de Hogie?

—Por nada, un presentimiento. Está contigo, ¿no?

Ella no quería hablar del tema.

—¿Qué? —preguntó George en tono burlón—. ¿No quieres contármelo todo? Pues debe de ser amor.

Ella no sabía lo que era. Pero si George pensaba que ella iba a jugar a qué mala he sido, lo tenía claro. Ni siquiera eran las doce y ya se había emborrachado, tenía el rímel corrido y pululaba por el pasillo de un puticlub vestida con un *negligé* y unas zapatillas de borlas. Lo único que quería era un poco de intimidad.

Susan le paró los pies con un ataque frontal.

—Joder, George. Déjame en paz. Callum ha muerto, nosotros estamos jodidos y a ti sólo se te ocurre soltarme mariconadas.

Silencio.

—Perdona, Susan.

Ella se oyó respirar. No se había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—No, no. Perdona tú, George. —Iba a llorar, pero se controló—. Estoy bien, sólo un poco sensible y deprimida. ¿Qué querías?

—Por teléfono, no —contestó él.

—¿Es algo malo?

—Puede que sí..., puede que no. Vengo a buscarte dentro de treinta minutos.

—¿Para ir adónde? —Hacía días que no salía y no sabía si estaba lista para enfrentarse al mundo, pero él le dijo que no se preocupara.

—Sólo vamos al piso de Hogie.

Ella no lo entendió.

—Hogie está durmiendo.

Se oyó una risita al otro lado del teléfono.

—Lo sabía... Lo has agotado. Tienes que ir con más cuidado; el chico no viene con piezas de recambio...

—¡George!

—Ay, perdona. ¿Te he soltado otra mariconada? Ha sido sin querer...

George colgó cuando la oyó reír.

Susan bajó la antena del móvil. Al volver a la habitación, se vio a sí misma en la luna del armario. Si tenía que estar lista en treinta minutos, le quedaba mucho por hacer.

Cuando oyó la voz de George Carmichael en el piso de abajo, negando furiosamente que era el tío que había venido a por el francés con Gretel, Susan estaba duchada, vestida, fresca. Ni siquiera se sentía muy borracha.

—Un segundo, George. Ahora bajo —le gritó, asomada por la barandilla.

Él asintió y salió a la calle.

—Fuera estaremos más seguros —dijo.

Antes de marcharse, Susan echó otro vistazo a Hogie. Pensaba escribirle una nota, pero al final le acarició la mejilla hasta que se despertó.

—Susan. Buenos días.

A Hogie le costó incorporarse porque aún estaba un poco dormido.

—No, sigue durmiendo —le dijo ella, poniéndole una mano en el pecho—. Vuelvo dentro de una hora.

Él se acercó y se besaron.

—Sólo una hora —repitió ella.

—Aquí estaré.

Ella esperó hasta que los ojos de Hogie volvieron a cerrarse. Al salir, decidió llevarse el móvil. Por si acaso se le ocurría expresar sus sentimientos con palabras.

George la esperaba en la acera con la puerta del coche abierta, para que pudiera entrar directamente. Se volvió un momento hacia el edificio, pero ella le dijo que venía sola.

—Tenías razón sobre Hogie; está agotado. ¿Estás seguro que no hay piezas de recambio?



Cheb sabía que el monstruo seboso estaba sentado al otro lado de la puerta. Pero ya no había contacto, porque a Cardiff se le habían acabado las preguntas. Si hubiera preguntado, Cheb habría seguido hablando. Precisamente se le había ocurrido una teoría sobre los ríos olvidados que recorrían el East End de Londres. Escuchando con atención, Cheb oía el agua y el ruido de pisadas en su cauce. Esa vez no era su imaginación, sino miles de patitas que repicaban al unísono.

Sabía que la mayor parte de Londres se había construido sobre las fosas cavadas en la época de la peste bubónica. Se imaginaba los ríos filtrándose hasta las fosas y la peste volviendo a sus aguas. Los pasitos que oía debían de ser ratas que corrían desde el puerto por los antiguos túneles de la ciudad. Las ratas venían con el grano —regalo gratis en los paquetes de cereales—, procedentes de Sebastopol, Tiro, Shanghai... Una rata por cada grano, viajando como polizones hasta la vieja capital del Imperio británico. Menudo alucine; en esos barcos de carga se mezclaban heces puras de *Rattus Rattus*.

Tenía que atenerse a los hechos; en 1996 había más ratas en Londres que en cualquier otro momento de la historia de la capital.

Otro hecho comprobado; en 1996, las ratas negras, que finalmente habían sido aceptadas por sus primas mayores, las ratas pardas, cohabitaban en una especie de utopía ratonil en la que había suficiente comida para que cada *rattus* se hiciera más *grandus* y *gordus*.

Increíble pero cierto; en 1996, ninguna de las dos especies de *rattus* dejaba de crecer. Una rata de cinco años ya medía unos treinta centímetros, pero una rata de catorce años podía alcanzar el tamaño de un gato. Si no hubiera límites en el crecimiento de las comunidades de roedores, una rata centenaria podría superar a un coche japonés en tamaño y seguramente en velocidad.

¿Qué más quieres saber, gordo de mierda? Cheb tiene todas las respuestas. Sólo me tienes que inflar a hostias y yo gritaré, lo diré todo. Ven a la celda de tu prisionero, él necesita tus cuidados, es la hora de la letrina. Si no puedo vaciar el tarro de toda esta información, al menos déjame que la cague por el otro lado.

Cardiff asomó la cabeza por la puerta. —¿Qué?

Los morados hinchados que Cheb tenía por alrededor de la boca lo convertían todo en una especie de murmullo.

—Necesito mear.

—¿Mear? Vale.

Cardiff sacó una navaja del bolsillo y se aseguró de que Cheb la viera antes de acercarse. La navaja tenía una hoja finísima y la empuñadura de goma. Cardiff mantuvo el filo cerca del cuello de Cheb mientras abría las esposas que lo sujetaban a la silla y volvía a esposarlo por delante. De esa manera, el chaval podía desabrocharse la bragueta y hacer sus necesidades sin ayuda de nadie. Cardiff lo levantó de la silla y lo acompañó hasta los lavabos medio abandonados que había al pie de la escalera.

Cheb caminaba lentamente. Aunque notaba la punta de la navaja empujándolo, estaba

demasiado magullado para dar pasos más grandes.

En el lavabo, si miraba a la izquierda podía volver a examinar su cara. ¿Cómo estaban sus orejas ese día? ¿Todavía hinchadas a lo bestia? ¿Seguía teniendo la nariz aplastada? ¿Continuaban faltándole dientes a su sonrisa? ¿Aún tenía la cabeza inflada como Brainiac, el enemigo de Superman?

La sombra de Cheb bailaba sobre los azulejos de porcelana blancos, mientras Cardiff se mantenía a un paso de distancia. Cuando Cheb se desabrochó los botones de los téjanos, Cardiff se mantuvo cerca, navaja en mano, y sólo retrocedió al ver que Cheb producía un poderoso chorro.

—¿Hacemos un concurso de meadas? —preguntó Cheb—. ¿A que tú no podrías mear como un caballo después de recibir una paliza como ésta?

Cheb se sacudió la polla y se volvió para que Cardiff viera cómo la meneaba. Cardiff estaba sólo a dos pasos y no debería haber bajado la cabeza para mirar, porque Cheb lo embistió con la cabeza como si fuera un ariete. Tenía la cara destrozada, pero seguía siendo puro hueso. Cheb siguió dándole cabezazos hasta que el tío cayó al suelo. Incluso en ese momento, se le subió encima y siguió dándole a ese cabrón hasta dejarlo inconsciente.

Cuando el gordo recuperaba el conocimiento, Cheb lo devolvía a los brazos de Morfeo. Su cabeza había dejado de notar dolor. Podía estar hecha papilla —y seguramente lo estaba—, pero no sentía nada, así que seguía dándole cabezazos a Cardiff cada vez que parpadeaba. Porque él tenía cosas que hacer. Suerte que el tío había traído su propia navaja.

Cardiff se despertó helado. Ésas eran sus sensaciones más fuertes; tenía frío y se sentía vacío. La cabeza le zumbaba y el zumbido era mucho peor que cualquier otro ruido que hubiera a su alrededor. Apenas podía ver. Un velo negro cubría la larga sala donde se encontraba.

Sus oídos captaron el sonido que hacía alguien rascando. Quizá varias personas. La luz retornó a la habitación, pero repartida de manera extraña, como cortinas de tela blanca intercaladas con sábanas negras.

Lentamente se fue definiendo una silueta retorcida: alguien trabajaba con un cepillo. Los ruidos incomprensibles que había oído antes ya tenían explicación: cerdas ásperas sobre un suelo de cemento.

Helado, vacío y mojado. Cardiff estaba empapado hasta la médula. La silueta arrojó un cubo de agua al suelo, en dirección a la cañería. Otra gasa negra flotó ante sus ojos y Cardiff intentó retirarla con las manos. Casi no se veía las manos, aunque sabía que estaban allí, frente a su cara. Le costaba mucho enfocarlo todo, que no se volviera borroso.

De pronto vio sus huellas dactilares. Y el dolor comenzó a agudizarse. Se sentía vacío y sólo se le ocurría que el dolor estaba relacionado con esa sensación.

Todo él era una colección de tópicos; se le había relajado el estómago, estaba deshecho, destrozado... Estaba volviendo en sí. Lo habían apaleado y por eso se sentía tan totalmente deshecho.

Cardiff olió el óxido ferroso de la sangre y el olor a mierda. Se había cagado encima.

Estaba vacío porque se había cagado encima.

El tío del cepillo se acercó.

—¿Has vuelto de la ultratumba? —le preguntó con un ligero ceceo a través de sus labios hinchados.

El chico pelado apareció con una cara roja que destacaba sobre el fondo en blanco y negro.

—Puedo tirarte otro cubo de agua —ofreció el pelado—. Así te espabilarás.

Al chico le salía sangre de la boca. De pronto su cara pasó a un primer plano y Cardiff vio los cortes en los labios. El chaval se había sangrado los moretones para bajar la hinchazón. Iba de cirujano aficionado.

—Tengo frío —protestó Cardiff. Estaba helado y tenía los dedos totalmente entumecidos.

—Y más que tendrás. Pero podría calentarte de momento. Hay un radiador en la otra planta.

El chaval se alejó con el cepillo a cuestas.

Cardiff intentó moverse. Otra frase hecha: quedarse clavado en el suelo. Estaba sentado pero no podía moverse; ni hacia arriba, ni hacia adelante, ni hacia atrás. Ni siquiera podía caerse. Estaba allí plantado y no podía hacer nada.

Se miró las piernas blancas que colgaban de la viga de hierro donde acababa de descubrir que estaba sentado. No llevaba pantalones. Aguantándose las náuseas, alargó la mano para tocarse la polla. Seguía allí: la picha y los huevos. De pronto se le había ocurrido una idea horrible, pero por suerte tenía la herramienta en su sitio.

El chirrido de unas ruedas atravesó la nave. El chico estaba empujando una enorme bombona de gas, parecida a una de esas cosas que hay bajo las alas de un avión. La colocó al lado de Cardiff y se alejó.

Los dientes le castañeteaban tanto que Cardiff pensó en una caja de ritmos sonando al compás de la música de la planta baja. Pero se equivocaba; aquel ruido sólo podía acabar en hipotermia.

Se preguntó si volvería a perder el conocimiento.

El chaval estaba enroscando la válvula de una bombona de gas más alta que él y luego empezó a ajustarla con una llave inglesa.

Se oyó un chasquido. El chorro de gas y la explosión de aire caliente fueron como el abrazo de una madre, una cama calentita, un horno de hacer pan... Cosas que, por un segundo, le hicieron olvidar que alguna vez había tenido frío. Cuando los dientes volvieron a castañetearle, ya no sonaban tan marchosos.

—Quiero hablar de maíz —anunció el chaval—. No hay otra alternativa posible. El trigo, por ejemplo, crea una sociedad decadente: borrachos de cerveza y locos por el dinero. El arroz sólo te vuelve tonto. ¿Te imaginas hundido hasta las rodillas en un arrozal, buscando la inercia absoluta, con el sistema nervioso funcionando al mínimo? Todas las grandes civilizaciones se han alimentado de maíz. Todas: los mayas, los aztecas, los incas...

El chico hablaba despacio, superando poco a poco la horrible hinchazón causada por días y días de palizas. Pero seguía diciendo estupideces. Cardiff intentó concentrarse, porque intuía que le convenía.

—Alimentados de maíz. Me encanta esa frase; ya suena sabrosa.

»El maíz es guapísimo. Lo plantas y germina tan rápido que casi se lo oye crecer. Los granos de arroz y trigo tienen que descascarillarse, pero al maíz sólo hay que sacarle la farfolla y ya tienes una panocha jugosa. La puedes freír, hervir, asar al horno, hacer a la parrilla, pasarla por el pasapurés... O bien secarla y molerla para hacer harina. Es la hostia de versátil.

El chaval se sentó en la viga junto a Cardiff y acercó su cara roja a la suya.

—¿A ti cómo te gusta el maíz? —le preguntó.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Cardiff intentó moverse, pero el dolor le atravesó el cuerpo y lo clavó en el suelo.

—¿Qué me pasa?

—¿Aún no lo has descubierto?

Cardiff negó con la cabeza mientras el dolor lo perforaba, dejándolo totalmente desconcertado.

—Piensa, piensa. Ya caerás —dijo el chico—. Yo voy a seguir hablando para mantenerte informado. La gracia del maíz es que es seguro y flexible. Crece tan rápido y con tanta abundancia que cualquier cultura que se alimenta de maíz se desarrolla a un ritmo astronómico. Empiezan siendo cavernícolas, pero al día siguiente ya están construyendo una ciudad de oro en medio de un lago. Además, el maíz cría, porque acelera el ciclo natural de la vida. Llegas más pronto a la pubertad, te reproduces temprano. Mueres joven.

El chico sonreía y asentía con la cabeza.

—Es un alimento de puta madre para una sociedad de puta madre. ¿Sabes por qué? —prosiguió—. Porque no hay respeto a la tradición ni mierdas de ésas. Todo está preprogramado. El maíz produce una sociedad adicta a la expansión, la reproducción y la muerte. Incluso su tecnología lo refleja...

Hizo una pausa.

—Tienes que comprender la tecnología agrícola que acompaña al maíz. El maíz no requiere una tierra fértil para cultivarlo; sólo necesita ser fertilizado. Los mayas vivían en la costa, así que recitaban un conjuro y enterraban una cabeza de pescado junto a cada planta. Los incas compraban guano en los Andes. Tanto el pescado podrido como la mierda de pájaro son abonos perfectos, ricos en elementos nitrosos. Pero lo único que realmente necesitas es sangre y mierda... —El chaval hizo una pausa y continuó—. Si matas a todos tus enemigos o sacrificas a la familia de tu vecino, ya está, ahí tienes un campo empapado en sangre, listo para sembrar. No importa si muere media sociedad; los comedores de maíz se reproducen como conejos y dentro de un año siempre habrá el doble de bebés. Ése es el secreto: sangre, mierda y sol. El

sol calienta las cabezas del maíz y de la gente; los vuelve locos de remate. Hay sangre y hay mierda que sale de las entrañas de los vivos y de los cuerpos destripados de los muertos. El sol en un lado de la ecuación y mierda en el otro.

—¿Destripados?

El chico sonrió.

—Sabía que al final lo adivinarías.

Cardiff estaba sentado en una viga baja, apuntalada con unos trozos de hormigón. No podía moverse y ya sabía por qué: de alguna manera —inimaginable e inhumana— lo habían amarrado por el culo.

—Es un truquito mesoamericano. Estás inmovilizado.

El chico sostenía su navaja.

—Fue más fácil de lo que parece. Primero tuve que engrasarte el culo para poder meterte la navajita. Te metí el puño unos diez centímetros antes de cortar el recto y extraer los intestinos. ¿Cuántos metros de tripa crees que tenías enrollada? Pues un montón; tiré de ella y la usé para atarte bien a esta viga. La verdad es que estabas lleno de mierda, pero hubo muy poca sangre; en cuanto saqué los intestinos por el culo sellaron el agujero. Incluso cuando estabas inconsciente, la tensión de las tripas te mantenía derecho, como una de esas marionetas con un cordel que les atraviesa la cabeza y les sale entre las piernas. Te quedaste ahí sentadito, sin rechistar, durante dos horas.

La mano de Cardiff se fue directa a la viga. Al notar aquella textura arrugada y viscosa, le entraron arcadas. Las arcadas, a su vez, le produjeron una tensión que sintió por todo el cuerpo; como si tuviera una goma elástica en su interior.

—Los mayas dejaban a la gente así, atada a un tronco pesado, para que se los comieran los buitres. No podían salir corriendo, porque si lo intentaban se arrancaban el estómago. Yo no tenía un tronco, así que he usado esta viga de acero. Es una versión moderna bastante aceptable, ¿no crees?

Cardiff se sintió desvanecer. Era hombre muerto.

Cheb lo percibió y lo abofeteó para revivirlo.

—Óyeme bien, gordo de mierda. Tienes una oportunidad minúscula de sobrevivir. Si recibes atención médica enseguida y te ponen un intestino sintético, quizá no la palmes. Yo te aseguro que no vas a perder más sangre; tienes un tapón en el culo y mientras aguante permanecerás estable. Lo que tienes que hacer es convencer al cabrón de tu jefe de que llame a la ambulancia. Pero tienes que darle algo, hacer un trato para que te recompense y te salve la vida. ¿Lo entiendes?

Cheb volvió a abofetearlo.

—¿Lo entiendes?

El gordo asintió.

—Dile a Frankie que esos chicos que tanto le molan se cargaron a su hijo.

—¿Liam y Sean?

—Como se llamen. Tú díselo y punto, joder.

—Si se lo digo a Frankie, no me salvará —gruñó Cardiff desde su estupor—. Me matará.

—Es tu única esperanza. Una vez se lo digas, ni siquiera tu jefe puede ser tan idiota como para no darse cuenta.

Cardiff no estaba tan seguro. Incluso en su estado, aquello no lo ayudaría.

—De todos modos irá a por Susan y tu colega.

—Bueno, eso es problema suyo. Hogue se tiraba a mi madre, así que mis sentimientos hacia él son un poco ambiguos. Tú a lo tuyo, que yo ya me encargo de pensar.

Cardiff volvió a cerrar los ojos y Cheb le dio la última bofetada.

—¿Lo entiendes, gordo de mierda?

Cardiff asintió.

Desde la vieja plataforma de descarga, Cheb contemplaba el río y sentía todo el peso del almacén sobre su cabeza. Se preguntaba dónde podría encontrar algo para el dolor, aunque no estaba seguro de que le doliera. Hablar ya le había costado un montón; tenía los labios tan enormes que impedían el paso a las palabras.

Miró a su alrededor. Curiosamente, había mucho movimiento junto a la plataforma. Había dos camiones de transporte y unos cuantos tíos con camisetas negras que cargaban altavoces o focos por la rampa que llevaba al almacén. Al pasar, lo miraban de arriba abajo. Ponían cara de no haber visto nada semejante en su vida, pero pasaban de meterse con él. Un gordo con pinta de ángel del infierno cargaba con un foco en cada mano, como si fueran bolsas de la compra. Fue el único que le dirigió la palabra.

—¿Todo bien, colega? —inquirió.

—Sí, gracias —le respondió Cheb, agitando la mano para quitarle importancia.

Cheb bajó cojeando por la rampa y se deslizó entre los dos camiones. Después de doblar la esquina, encontró menos gente que se lo quedara mirando.

Cuando llegó a la fachada del almacén, se detuvo a descansar junto a una ventana y estuvo observando a un grupo de hombres que montaban un enorme andamio dentro del almacén, destinado al equipo de sonido. Otro grupito estaba inflando con helio un gigantesco luchador de sumo que sujetaban con cuerdas mientras se iba desdoblado hacia el techo.

Cheb agitó su col lombarda. ¿Dónde cojones estaba?

Con gran esfuerzo, avanzó por un camino empedrado hacia un puentecito. Una vez allí, se asomó para ver un arroyo de aguas negras que arrastraban restos de basura hasta un recodo lejano. A su espalda, los almacenes de ladrillo rojo parecían casi hundidos en el agua. Frente a él, la carretera zigzagueaba como un suicida en una autopista. Finalmente pasó por delante de un rótulo que decía Three Mile Island, un nombre que le sonaba.

Delante de un supermercado de la cadena Tesco, Cheb avanzó por la rampa de minusválidos hasta llegar a las puertas automáticas. El ojo-que-todo-lo-ve lo reconoció y las puertas se abrieron. La entrada estaba repleta de clientes con carritos de la compra, cuyas ruedas se paralizaban cuando él pasaba junto a ellos. Nadie dijo nada, pero todos se lo quedaron mirando. Una vieja que estaba intentando arreglar el asa de su cesta se incorporó justo en el momento en que él se acercaba y soltó un grito cuando la cara de Cheb entró en su campo de visión. «Tú no te ves», pensó él.

Halló el teléfono público que buscaba junto a la sección de tabaco. Al hurgar en los bolsillos, encontró una tarjeta de crédito que no se les había ocurrido quitarle. La metió en la ranura y la máquina se la tragó.

Aunque le salió el contestador, no colgó. Se agarró a la pared para no caerse y se mantuvo consciente concentrándose en la pantallita que mostraba el importe de la llamada.

—Venga, venga. Que alguien conteste. Venga, venga...

Alguien cogió el teléfono.

—Cheb, pensábamos que estabas muerto —dijo Naz.

Él también lo pensaba. ¿Era un chiste de ultratumba?

—¿Dónde estás?

Cheb no lo sabía.

—Cerca de una especie de almacén. Hay un río y no sé qué más.

—¿Estás solo?

—Antes estaba con un gordo llamado Cardiff, que ahora estará por ahí con el culo al aire. No me encuentro muy bien. ¿Podrías venir a buscarme?

Cheb se volvió, vio que la chica del estanco estaba mirándolo y le mostró el teléfono.

—Tú, dale la dirección de este sitio.

Ella salió de su cabina y le cogió el teléfono de la mano. Cheb se sintió resbalar por la pared.

—La cosa está chungu —dijo George y empujó la puerta del piso de Hogie. Al pasar Susan, sonaron unas campanitas—. Frankie está convencido de que hemos organizado un grupo armado.

Susan asintió. Se imaginó a Frankie sudando la gota gorda y preparando sus armas. El tío había provocado la muerte de Callum por liarlo en sus fantasías de gángster chocho y pensaba llevarlas todavía más lejos. Sería divertido si no fuera tan repugnante y peligroso. George y ella habían querido darle un bofetón y el tío se había armado hasta los dientes, listo para repeler la invasión. No les quedaba ningún plan, ninguna esperanza...

Susan siguió a George hasta la sala de estar, donde encontró a los chicos. A Naz ya lo conocía. El otro se llamaba Mannie. Los miró a los dos un segundo, pero fue Cheb quien capturó su atención. Le habían apaleado hasta tal punto que habría sido irreconocible —parecía más tubérculo que humano— para la mayoría de personas. Menos para Susan, ya que era exactamente tal como se imaginaba a alguien que hubiese pasado un tiempo con Frankie. Así se sentía ella por dentro.

Cheb alzó la vista y los miró con una sonrisa irónica, atontada o drogada. Era difícil saberlo.

—¡Qué salvajes! —protestó Naz—. Y esto es después de haberlo curado un poco... Lo encontramos hecho una braga, ¿verdad?

Cheb asintió lentamente; intentó sacar la frase por la boca, pero fracasó. Sus labios habían desaparecido y se habían convertido en moretones negros sobre su cara hinchada.

—Bueno, ahora que sabemos dónde están, vamos y los matamos —dijo Naz, asintiendo con vigor mientras miraba fijamente a George y luego a Mannie.

Mannie asintió, pero parecía muerto de miedo.



—¿Así, por la cara? —preguntó George.

Naz le dio una patada a una bolsa que tenía a sus pies. Susan no se había fijado en ella, pero entonces se dio cuenta de que estaba llena de armas.

En el coche, George le había hecho un breve resumen de las últimas novedades, pero ella quería confirmarlo.

—¿Mi marido está aliado con la gente que mató a nuestro hijo?

Naz asintió y miró a Cheb para que lo corroborara. La cabeza hinchada del chico se movió lentamente, arriba y abajo.

—Venga, pensémoslo bien. Es el peor sitio para intentar cogerlo... ¡En una *rave*!

—Sólo son cuatro. Y nosotros somos más.

Pero George no lo veía así.

—Cheb dice que hay cuatro, pero mirad en qué estado se encuentra —dijo George—. Dudo que pueda contar hasta cuatro. Con los porteros, la seguridad y los técnicos puede haber unos treinta, o tal vez más.

—Podemos hacerlo.

—No, no podemos. Míranos.

Susan los escuchó discutir: a los tres chicos y a George Carmichael. Naz parecía totalmente pirado, Cheb estaba medio muerto y Mannie cagado de miedo...

George prosiguió con la lista.

—Yo soy un contable, joder, y ella es ama de casa. Hogie ni siquiera está aquí... Está durmiendo.

George miró a Susan y se encogió de hombros, como si lamentara el comentario, pero ella tenía que ver que era una locura. Susan intentó pensar en algo que decir, pero antes de que pudiera abrir la boca, Mannie empezó a hablar.

—Yo me apunto. Sé tirar... al blanco y esas cosas... —Su voz se apagó.

Finalmente, Susan tomó una decisión.

—George tiene razón. No podemos hacerlo esta noche.

George se ofreció a acompañarla, pero Susan le dijo que prefería coger un taxi. Se envolvió la cabeza con un pañuelo que le tapaba casi toda la cara, esperando que no la reconociese un lector de periódicos ávido de recompensas. Lo más probable era que nadie pensara nada, excepto que era una lunática por ir tan abrigada con aquel calor. En el taxi, se pasó el rato dándole vueltas a la situación. Si hubiese podido enviarlos a todos contra Frankie, lo habría hecho. Podría haber funcionado. Pero tenía que haber una forma mejor de hacerlo, un plan más pensado; uno en que no tuviera que inventarse excusas para dejar a Hogie en casa.

Intentó elaborar otra estrategia, pero no se le ocurrió nada. Sin embargo, al entrar en Manchester Street presintió nuevos problemas. Llegaba demasiado tarde.

La puerta del edificio de Rosa, *la Maltesa*, estaba abierta y frente a ella se congregaban grupitos de estudiantes extranjeros procedentes de las academias de inglés de la zona. Entre ellos había unas cuantas putas vestidas con su ropa de trabajo: corpiños, camisoncitos cortos o uniformes de colegiala.

Susan le pidió al taxista que esperase un momento, bajó y paró a un transeúnte.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero he oído disparos. —La mujer señalaba hacia la calle, donde otras mujeres se asomaban por la ventana de un edificio cercano—. Yo trabajo en el número ciento ochenta.

—¿Hay heridos?

La mujer se encogió de hombros.

—Creo que ahora está vacío.

Susan se abrió paso entre la muchedumbre que señalaba la puerta y comentaba la situación. En el umbral vio la basura desperdigada por el felpudo: tarjetas de servicios de taxi y folletos de pizzerías o curas para el asma. Al levantar la vista, descubrió sangre en el pasamanos de la escalera.

Entró en el edificio.

La puerta del apartamento de abajo había sido forzada, pero no había nadie dentro. Subió por la escalera, sorteando las manchas de sangre, hasta un rellano. Allí se fijó en que la puerta del lavabo también estaba rota. El suelo estaba encharcado y había un enema de acero inoxidable, amarrado a los grifos, que lanzaba agua contra las paredes y se agitaba descontrolado como una serpiente robótica. Susan miró hacia el primer piso. La puerta de su habitación colgaba de las bisagras.

La habían arrasado. Su ropa estaba tirada por el suelo y por la cama y la maleta, vacía, en el suelo. Estaba claro que Frankie había encontrado a Hogie y la cocaína y se los había llevado a los dos. Susan empezó a recoger la ropa tirada sobre la cama. Las sábanas sucias todavía conservaban la huella del cuerpo de Hogie y un poco de su calidez. Susan alisó las arrugas de la cama y barrió las últimas motitas de cocaína.

Al regresar a la calle, las sirenas de la policía aún estaban a media manzana de distancia. Corrió hacia el taxi, peleándose con el pañuelo para taparse la cara y secarse las lágrimas que no había notado hasta ese momento. Se dejó caer dentro, dijo «Camden» y comenzó a aporrear los botones del móvil. Al cabo de unos segundos, la voz de George sonó a través de las microondas.

—George. ¿Dónde estás?

—¿Susan? Aún estoy aquí, arrojando a Cheb... ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

¿Que cómo estaba? Destrozada y desahuciada, era lo máximo que podía decir. Había ocurrido lo peor.

—Tiene a Hogie.

—¿Frankie? ¿Cómo?

—No lo sé. Deben de haber sonsacado a Rosa. —Los dos sabían que La Maltesa tenía

que estar fatal para abrir la boca fuera de un confesionario.

—¿Qué hacemos? —preguntó George.

—Ir a buscarlo. —Ella hizo una pausa y sintió una burbuja que le estallaba en la garganta. Antes de que las lágrimas le impidieran hablar, dijo—: Por favor, por favor.

Era la noche más calurosa del año y George Carmichael estaba sudando con la gabardina puesta. El aire acondicionado se había apagado al arrancar el coche y lo único que podían hacer era bajar las ventanillas mientras vigilaban la planta superior del almacén y escuchaban la música que atravesaba las aguas (y les centrifugaba el cerebro). Cuando Cheb le describió el edificio, lo primero que pensó fue que Frankie realmente había perdido la razón. ¿Quién iba a esconderse encima de una *rave*? Pero una vez allí le pareció una fortaleza inexpugnable. Incluso tenía un foso para mantenerlos a distancia.

—¿Cómo estáis? —preguntó.

—Yo podría estar mejor —contestó Naz desde el asiento de atrás—. Para mí, las cosas van bien cuando tengo que esquivar los cadáveres. —Su voz revelaba claramente que tenía los nervios de punta y no le importaba que se notase—. Sólo hay que seguir el plan de Cheb; es guay. Todos a una, estilo *yihad*.

George podría haberle contestado que no había plan. Cheb prácticamente lo había admitido. Al verlo acostado en la cama, hecho polvo, respirando a través de sus costillas rotas y con una hernia en el estómago, supo que Hogie estaba jodido y se acabó.

Sin embargo, respondió:

—Al menos sabemos dónde está Frankie, así que tenemos el factor sorpresa a nuestro favor.

Naz se inclinó de nuevo hacia adelante y se dirigió al cogote de George.

—¿Qué clase de pipa prefieres?

George se volvió para mirar en la bolsa que Naz había abierto. Era difícil escoger, sobre todo teniendo en cuenta que no había tocado un arma de fuego en los últimos treinta años y que no había disparado una desde que estuvo con los *boy scouts*, en 1958.

—¿Un fusil?

Naz se puso la bolsa en el regazo y empezó a sacar un fusil de asalto que estaba en el fondo.

—¿Qué es eso?

—Un AK.

A George le pareció reconocerlo; era el típico fusil que llevaban los rusos en las películas de espionaje y en los telediarios. El arma de los malos.

A continuación echó un vistazo a sus nuevos socios: Naz, atrás, y Mannie, al volante. Y lo peor era que sólo Naz parecía ser de utilidad. El otro chico estaba tan nervioso que no paraba de temblar, a pesar de que se había metido un montón de tranquilizantes. Tenía la cabeza gacha, con el flequillo en los ojos, y jugueteaba con su pistola. Quizá deberían darle otro tranquilizante o algo más fuerte. Naz se había traído un auténtico botiquín; llevaba las drogas perfectamente envueltas en una bolsita de farmacia.

George se volvió hacia Naz.

—¿Está bien? —preguntó sólo moviendo los labios y señalando a Mannie con la cabeza.

—Sí. Si no se le pasa el tembleque, tengo un poco de Librax.

George creía que iba a necesitar algo más. Desde el principio, el único trabajo que pensó que Mannie podía hacer era conducir y, después del viaje que habían tenido, ni siquiera estaba seguro de eso. Sin embargo, el chaval había dicho que quería pelear. En el regazo tenía una vieja pistola de caza y en la mano un puñado de balas que no hacía más que meter y sacar de la recámara. Naz llevaba horas diciéndole que tirara esa mierda a la basura, pero él se negaba. Según él, era la única pistola que sabía manejar.

Naz ocupaba casi todo el asiento de atrás; se tapaba con una gabardina que ocultaba un enorme surtido de armas. Las gabardinas habían sido idea de Naz.

—Cuando saquemos las pipas, tenemos que sacarlas de algún sitio.

George se dio cuenta de que no había preguntado a Naz cómo se metió en ese tipo de trabajo. Era una pregunta importante, lo cual le hacía pensar que tenía que perfeccionar su técnica de contratación. Estaba claro que no había formulado las preguntas necesarias cuando contrató a Cheb para el restaurante.

George volvió a plantearse por qué estaba allí. Hogie era un buen cocinero, pero no tanto como para morir por él..., además, seguro que estaba sobrevalorado. Así que el motivo debía de ser el sentimiento de culpabilidad. Susan aún no sabía exactamente dónde había muerto su hijo o cómo había aparecido su cuerpo en Essex, clavado en el fondo de un autocar. George quería hacer algo para compensarlo antes de que lo descubriera. Aunque, con un poco de suerte, nunca tendría que dar explicaciones; francamente, él tampoco tenía ni idea de cómo había aparecido el cuerpo en Essex, clavado en el fondo de un autocar.

Naz estaba listo para ponerse en marcha.

—Todos a una —les dijo, interpretando todavía el papel de animadora—. Sólo hay que seguir el plan de Cheb.

George estuvo a punto de gritar: «¿De qué coño hablas? ¿Qué te hace pensar que hay un plan? ¿No se parecerá al último plan de Cheb, el de deshacerse de un cadáver?» Claro que, en comparación, aquél comenzaba a parecerle racional y bien calculado. Sentado en el coche con un psicópata y un depresivo terminal, George pensó: «El que necesita ir al psiquiatra soy yo.» ¿Por qué cojones estaba allí? Sólo había una razón; porque amaba el Soho y lo que había construido allí. Si lo perdía, la vida no valía la pena.

Naz ya había salido del coche.

—Venga, vamos a infiltrarnos.

George no le hizo esperar, pero al salir del coche le dijo:

—Ésta puede ser mi última oportunidad de preguntártelo. ¿Naz es una abreviatura de qué? ¿Naseem?

—No. Nasser.

George tenía el número del móvil de Hogie, pero no la nueva dirección de Susan. Ella sabía que era una precaución razonable, pero se sentía culpable porque la idea había sido suya, no de George. Era como negarle su voto de confianza antes de empezar la campaña electoral. En esos momentos se hallaba en una suite del hotel Conan Doyle, donde se había registrado con el nombre de Lee Meriwether: un nombre imperfecto, anodino, ideal para un seudónimo. Se sentía como un león enjaulado. Lo único que podía hacer era esperar, sola, travestida de Meriwether, mientras rezaba por quedarse viuda lo antes posible. Entre tanto, tenía ginebra y televisión: la ginebra para los nervios, la tele para las noticias.

Rosa Mansif, *la Maltesa*, fue el segundo titular en el telediario de la tarde. En el de la noche había pasado a ser noticia de portada: la cuarta o quinta víctima del presunto asesino en serie que rondaba suelto por la ciudad. Los expertos no se ponían de acuerdo sobre Callum; no sabían si su infarto contaba como un asesinato o no.

Las manecillas del reloj escalaron lentamente hasta las doce y adquirieron velocidad colina abajo. La ginebra había empezado a hacer efecto.

Cuando vio a Hogie, no se lo podía creer. Lo rodeaba un halo de auténtico tarado mientras troceaba un pollo y sonreía a la cámara. Susan agarró el mando a distancia y empezó a darle al botón del volumen. Hogie estaba en un decorado de colores pastel, rodeado de ollas, cacerolas y boles de especias. La cámara lo siguió hasta los fogones, donde empezó a agitar una sartén a medio fuego.

—Después de cortarlo en daditos —decía—, tenéis que freírlos con un montón de mantequilla para obtener ese tono bronceado tan apetitoso.

Susan corrió al otro lado de la habitación para coger el bolso, donde había guardado el teléfono de Hogie. Se lo puso en la oreja y sacó la antena a toda velocidad. Los dedos se le enredaron al intentar marcar y alisar el papel con el número del móvil de George. Detrás de ella, la voz de Hogie seguía llenando la habitación.

—Lo que queremos conseguir es un auténtico sabor cajún. Si estáis viendo esto en olorvisión, tenéis que notar el aroma de Misisipí en llamas.

La presentadora le dio las gracias y lo invitó a unirse a ella para participar en un debate en directo. Susan se volvió hacia la pantalla con el teléfono en la oreja y contempló a Hogie sonriendo y trotando hacia el mullido sofá de terciopelo. Todavía llevaba la sartén de pollo frito; un técnico con auriculares tuvo que quitársela de las manos.

—Gracias, colega —le dijo Hogie.

Al cabo de cinco minutos sin respuesta, Susan colgó y apretó el botón de llamada. Esperaba que George se hubiese acordado de llevar el móvil encima. En la pantalla, a Hogie le estaba costando mantenerse recto en aquel sofá tan informe. La presentadora le dijo que sentía mucho la muerte de sus amigos.

—¿Ah, sí? —le contestó Hogie.

Luego empezaron las preguntas: ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a la actriz de televisión Julie Manning? ¿Era cierto que se alojaba en su casa cuando la secuestraron? ¿Cómo se sintió cuando se enteró de la noticia?

Las respuestas de Hogie no fueron demasiado inteligibles. Todavía sostenía un tenedor con un trozo de pollo, que iba agitando mientras hablaba. Lo único que Susan sacó en claro de sus contestaciones fue que todo el asunto le estaba «machacando el tarro». No parecía más atontado de lo habitual.

Susan volvió a colgar y decidió que le daría a George unos minutos más. Se quedó allí de pie, impotente, contemplando a la presentadora, que pasaba otra página de su libreta de notas y le soltaba una nueva retahíla de preguntas: ¿Su amigo Jason Beddoes también había desaparecido?, ¿Había perdido la esperanza?

—Supongo que sí. Era mi mejor amigo, ¿sabes? —contestó Hogie.

Seguía mareando el trozo de pollo y respondiendo torpemente a cada pregunta, aunque no tenía nada que decir. En la cocina había estado efervescente, pero en el sofá era un manojo de nervios.

Susan dejó de mirarlo cuando sonó el móvil. Lo cogió y apretó el botón.

—¿George?

La voz que sonaba al otro lado era lenta e hinchada.

—No. Las tropas ya han abandonado los barracones.

—¿Eres Cheb?

—Cheb, *el Monstruo*, el único cerebro de esta organización.

—¿Sabes dónde está Hogie?

—¡Pues claro! Ésta es su gran oportunidad de alcanzar la gloria televisiva. Lleva toda la semana esperando; no iba a perderselo por nada el mundo.

En pantalla, la presentadora decía:

—¿Y cuál es tu relación con la ex bailarina de estriptis Susan Ball? ¿Sabes dónde está? ¿Conoces a su marido?

George no se alejó de Naz al cruzar el puente que llevaba a la isla. Mannie variaba más; a veces iba adelantado y otras rezagado, pero siempre dando tumbos. George lo atribuyó a los nervios, pero quizá fuera por la música, que iba aumentando de volumen a cada paso. Ya casi habían llegado a las puertas del almacén y dos de los hombres de seguridad los habían visto. Ambos iban de negro, pantalones de chándal y camisetas. En el pecho llevaban escrito «La selva de Londres» en letras bastante grandes, ya que George pudo leerlas sin gafas.

—Pasemos de estos tíos —susurró Naz—. Cheb dijo que entráramos por detrás.

Los dos hombres de seguridad gritaron:

—¿Tenéis invitación?

George se limitó a asentir un poco con la cabeza, como si no lo hubiera oído por culpa de la música. Naz no fue tan sutil:

—¿Qué tal dentro? ¿Hay marcha?

Los dos hombres permanecieron inmóviles, aguantando la pose y sendos radioteléfonos, como un par de culturistas jugando a soldaditos.

—¿Tenéis invitación?

Naz le guiñó el ojo a George y le hizo un gesto en plan «¿De dónde han sacado a estos colgados?».

—¿Qué coño es eso de una invitación? —quiso saber George.

—El gobierno ha prohibido las *raves* —dijo Naz—, así que ésta debe de ser para alguna causa benéfica.

George echó un vistazo a los dos de seguridad.

—¿Para «la selva de Londres»?

—Como no hay... —replicó Naz, encogiéndose de hombros.

Sin embargo, hacía calor de sobra para que creciera una. George se preguntó qué pinta tenían los tres con las gabardinas. Ya habrían sido un trío raro sin necesidad de los complementos. George notaba el fusil bajo su gabardina; el cargador se le clavaba en las costillas y la correa le pellizcaba el hombro. Naz llevaba un gabán militar y Mannie un impermeable de plástico. En ese momento iba por delante de ellos, quizá porque el equipo de seguridad lo ponía nervioso. Cuando dobló la esquina del edificio, el impermeable se hinchó un poco con el aire y George se dio cuenta de que tenía un corte de mujer. Mannie llevaba la ropa de su hermana muerta.

Naz silbó para avisar a Mannie.

—Eh, es mejor que yo pase primero.

Mannie se había parado junto a una de las zonas de descarga. Una rampa conducía hasta una plataforma y un par de puertas de almacén. A través de las puertas, George vio una barrera vigilada por otros dos tíos, y más allá las cabezas de la gente



agitándose al ritmo de la música. Le sorprendió que dejaran las puertas abiertas. Una noche como ésa podrían vender el doble de botellas de agua si mantenían a la gente encerrada. Aunque suponía que incluso los gánsteres preferían evitar que se les muriese la clientela.

—Debe de haber unas dos mil personas aquí dentro —calculó George.

Naz no estaba de acuerdo.

—Yo creo que unas mil quinientas.

Naz se adelantó para hablar con los de seguridad que vigilaban la barrera. Un tío se acercó a lo alto de la rampa y asomó la cabeza con la intención de escuchar lo que Naz tenía que decir. Al cabo de un momento, alzó la vista y llamó a su compañero. Con la música era imposible oír lo que decían, pero a George le pareció una negociación. Naz les estaba haciendo una propuesta y ellos escuchaban, asintiendo de vez en cuando y tirándose un poco del cuello de las camisetas. Al final Naz les dio algo, ellos le entregaron los radioteléfonos y se alejaron andando.

Habían avanzado unos tres pasos cuando Naz los llamó. Ellos se volvieron, se miraron entre ellos como para confirmarlo y echaron a correr. George los observó mientras se alejaban de la zona de descarga y corrían hasta el borde del agua. Pero lo más alucinante fue cuando se tiraron dentro y se pusieron a nadar.

Al llegar a la altura de Naz, George le preguntó:

—¿Qué has hecho?

—Pagarles.

George no podía imaginarse cuánto tendrían que pagarle a él para hacer algo semejante.

—La mayoría de gente lo haría por mil libras —contestó Naz.

Cuando George miró al agua, ni siquiera vio las cabezas.

—Se les va a mojar el dinero.

—También les dije que los mataría si se negaban.

Mannie había vuelto a adelantarse y ya había franqueado la barrera. George iba un poco más atrás; se preguntaba cómo lograría sortearla con el peso de la gabardina, el fusil y las dos carabinas de repuesto. No tenía por qué preocuparse; Naz le puso una mano en el hombro y le pidió que esperara. Unos segundos más tarde tiró de Mannie para que volviera atrás.

—No te adelantes, colega.

A George ya le iba bien. Ver el interior del almacén lo había paralizado. En esos momentos estaba en la plataforma de descarga, con las manos apoyadas en la barrera y la nariz apretada contra la enorme pared de calor, luz y ruido.

Dentro no había pista, sólo cemento rugoso salpicado de charcos de sudor. En la pared del fondo, las columnas de altavoces se alzaban como soportes de un arco de triunfo cuya parte superior estaba formada por una enorme hilera de focos. Eran como una batería que disparaba rayos láser sobre la multitud. Y debajo, en pleno centro del arco,

se hallaba el disc-jockey detrás de sus platos. El tío tendría que haber parecido enano al lado de aquella construcción gigantesca, pero en realidad el arco le daba una cierta grandeza: como César o Stalin. Excepto que la gente que lo rodeaba no era una masa disciplinada, sino un cultivo entomológico sacado de un microscopio. Un enjambre de alienígenas con alas.

George no sabía muy bien qué esperaba encontrar. En los últimos tiempos no frecuentaba las discotecas, pero en los años ochenta a veces se dejaba arrastrar a sitios como Heaven o The Fridge. Conocía el *house* y le gustaba bastante. Para él no era más que música disco a la que le habían quitado los adornos. Quizá pensaba que una *rave* sería algo parecido: con buen rollo, mucha energía, manos en el aire y todo el mundo vestido especialmente para la ocasión. Pero aquello era radicalmente distinto. Ni siquiera era música *house*, sino algo que le habían mencionado pero nunca había acabado de imaginar del todo: *jungle*. Y no había visto nada igual desde hacía más de treinta y cinco años.

A principios de los años sesenta, a George le apasionaban los clubs *mods* del Soho. La escena en la que se hallaba en ese momento le recordó los torpes bailes anfetamínicos de *rhythm and blues*, pero multiplicados por cinco en tamaño e intensidad. La gente que bailaba tenía la misma pinta: ojos muy abiertos y litros de sudor que les bañaban la cara y los convertían en calaveras sonrientes. El éxtasis era una anfetamina. Apenas recordaba la fórmula, pero le había gustado cómo sonaba cuando la oyó por primera vez: 2,3,4, metadioximetanfetamina. O algo así. Los números del principio sonaban como una canción de *rhythm and blues*: después de contar venía el torrente indescifrable de letras. George se había tomado alguna pastilla de éxtasis, pero siempre en privado, en compañía de algún amante. De pronto se dio cuenta de que se había perdido la mitad de la experiencia. No obstante, toparse con ella de esa manera le había producido una auténtica conmoción tóxica. Ni siquiera podía controlar la respiración, que se le estaba acelerando y amenazaba con alcanzar el ritmo frenético de la música que sonaba a su alrededor.

George le dio la espalda a la barrera.

—¿Quieres un pitillo? —murmuró.

Naz asintió; vale.

George se registró tres bolsillos antes de encontrar su paquete de tabaco. Sacó dos Gauloises, le dio la vuelta a uno, se lo metió en la boca y le pasó el otro a Naz.

—Gracias, colega —contestó Naz—. Cuando quieras, nos vamos.

George no podía fumar tan rápido.

—¡Vamos a montar una *yihad* que te cagas! ¿Estás listo, colega? —insistió Naz.

Finalmente George lo soltó:

—Esto es una locura. No vamos a poder.

Naz le dio una palmadita en el hombro y le dijo:

—Ni se te ocurra rajarte, tío.

George lo miró a los ojos.

—¿Por qué coño estás tan tranquilo? —le preguntó con voz firme pero desesperada.

—Como dice Cheb, sólo hay que ajustarse al plan y está tirado.

No le quedaban argumentos, pero intentó interpretar a Naz. ¿Qué era lo que estaba tirado?

En ese momento, Naz rodeó a George con el brazo, como si entendiera cómo se sentía.

—No soy idiota. No voy a entrar en un sitio y dejar que me maten —le dijo—. Pero Cheb lo tiene controlado; ha sembrado la discordia entre el enemigo. Ahora que Frank Ball sabe quién mató a su hijo, no hay por qué preocuparse.

George no se lo creía.

Cardiff había quedado reducido a un charco con olor a desinfectante. Frankie había ordenado a sus chicos que envolvieran el cuerpo con lonas de plástico y se lo llevaran. Al cabo de media hora, los chicos subían por el ascensor tan alegres como cuando se habían marchado.

—Ya está durmiendo con los pececitos, tío Frankie —dijo Liam.

Frankie les sonrió.

—Buen trabajo, chicos.

Lo habían tirado al río, tal como él les había aconsejado. Y también habían limpiado perfectamente la porquería que Cardiff había dejado en el suelo. Sin embargo, no habían tenido suerte al tratar de localizar a Susan, a pesar de lo que le habían hecho a su amiga maltesa.

Los chicos descansaban en la viga de hierro donde habían encontrado a Cardiff; fumaban y charlaban sobre sus vacaciones. Frankie se vio obligado a reconocer que tenían más estómago que la mayoría de tíos con quienes había trabajado a lo largo de los años. Porque la verdad era que Cardiff daba asco cuando lo encontraron. Si llegaba su hora, Frankie esperaba que hubiera un tío como Dios manda para sacarlo de su agonía, tal como él había hecho con Cardiff. El cabrón había farfullado y rogado, pero en el fondo debía de saber que era lo mejor. En el estado en que lo encontró, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Qué posibilidades tiene una persona sin intestinos? Fue cosa de un segundo. Pum. Bala entre las cejas.

Frankie se tomó otro trago, en honor a Cardiff. Por ti, hijo. No eras gran cosa, pero al menos encajaste una bala sin echar a correr. Claro que no podías correr demasiado con una viga en el culo.

—Katmandú —decía Sean, al otro lado de la sala.

—¿Du qué?

—Katmandú, tío, lo tienes que probar.

—¿Sí? Yo creo que me molaría ir. Para aclararme el tarro.

Frankie los observó. Los separaban veinte metros de suelo de cemento y la botella medio vacía de brandy que tenía en la mano. Y un abismo generacional. Aunque

parecía imposible, los tíos llevaban más de cuatro horas hablando de droga y viajes. Tal como estaban las cosas, casi echaba de menos a Cardiff. Bueno, no. Lo que realmente echaba en falta era un poco de paz y tranquilidad.

Cuando empezó la música, Frankie pensó en mandar a uno de los chicos a por tapones para los oídos. Pero aguantó el tipo. Se limitó a mirar por la ventana y apretar los dientes. Unas horas antes, la cola era tan larga que iba desde el extremo más lejano del río a las puertas del almacén, pasando por el puente. En ese momento ya había desaparecido, aunque hacía unos minutos había visto entrar a tres vagabundos. Los tres llevaban gabardina a pesar del calor, pero Frankie dedujo que si eso era todo lo que tenían, no tendrían más remedio que llevarlo puesto. La única gente que quedaba junto al muelle eran los vigilantes de seguridad, que estaban en un círculo y a los que se reconocía por sus camisetas. Frankie sabía que llevaban escrito en ellas «La selva de Londres», pero sólo porque Sean y Liam también se las habían puesto. Aquella era una de las muchas ideas nuevas que Liam había tenido que explicarle. Tenía algo que ver con la ley, con las ventajas de instituirse como organización benéfica y con la importancia de poseer una identidad corporativa. De esa manera, los clientes sabían que iban a recibir calidad: «Un ambiente cuidado, buena música y droga de categoría.»

Le habían informado de que había unas mil quinientas personas, todas ellas bailando y hasta las pestañas de droga. A veinte libras por persona, sin contar lo que se habían gastado en droga, era un pastón. Frankie no tenía nada en contra del negocio, pero le preocupaba el riesgo que suponía para la puta salud pública.

Liam estaba preguntando si Katmandú era el sitio adonde iban a relajarse los Beatles. Sean creía que sí.

—¿Sabes una persona con quien la gente se ha pasado un huevo? —preguntó Liam—. Con Yoko Ono.

—¿Sí?

—Sí, señor. Toda la peña diciendo que la muy zorra rompió a los Beatles y no sé qué más hostias. ¿Sabes qué te digo? Que yo me la tiraría.

—¿A Yoko Ono?

—Pues sí. Y otra cosa, yo creo que canta de puta madre. Bueno, no es que sea Aretha Franklin, pero la tía le pone lo suyo. Hay una canción en *Some Time in New York City* que es una pasada.

—Ah, ya sé cuál es. Es acojonante.

Sí, eran unos tíos cachondos. Aunque se equivocaban sobre Yoko Ono. Fue McCartney quien se cargó a los Beatles.

El programa había terminado. Hogie había vuelto al bar de la sala de espera, donde estaba intentando entretener al máximo de gente posible. Una chica se esforzaba por colgarse de su brazo, pero como a él le gustaba gesticular, la pobre siempre acababa resbalando. Después de la tensión de toda una semana, la sala estaba abarrotada; no sólo de invitados y su gente, sino de técnicos, asesores, amigos y demás. Era una fiesta de celebración.

El único objetivo de Hogie, tal como intentaba explicar, era escoger una bebida. La cosa ya era difícil por la gama de botellas en oferta, pero lo complicaba el hecho de conocer al camarero. Los dos habían trabajado en un hotel Four Seasons al oeste del país, aunque la mayor sorpresa fue descubrir que todavía había buen rollo entre ellos. El tío le preguntó a Hogie por qué no tomaba lo de siempre.

—No lo sé. ¿Qué es lo de siempre?

—Sidra con brandy.

—Macho, te vas a cargar mi imagen. Esta gente cree que soy un gourmet.

La pava que tenía colgada del brazo era una periodista flaca que brillaba más de lo normal bajo los fluorescentes de la sala.

—¿Es verdad que ibas colocado en ese programa de Liverpool?

—Sí, pero esta vez no. —Era una mentira tan descarada que a ella pareció hacerle gracia.

Al examinar las botellas que había en la barra, Hogie se acordó de que Susan bebía ginebra. Pensó en pedir eso, pero antes de que pudiera abrir la boca la productora del programa le asaltó por la espalda.

—Hola, genio —gritó.

Se besaron en las mejillas por quinta vez desde que había terminado el programa y ella pidió una ronda de cervezas.

—¿Cerveza te va bien?

—Sí, guay —contestó Hogie.

La tía había arrastrado consigo a algunos de los invitados. No al psicólogo de pacotilla —gracias a Dios—, pero sí a los demás: a un cantante pop que parecía escandinavo y a un humorista.

—Hogie ha abierto un nuevo restaurante y es fantástico. Yo fui a la inauguración; fabulosa.

—¿Ah, sí? —Hogie tomó un trago de su cerveza—. A mí me pareció que se jodió un poco, ¿no?

Al cabo de un par de cañas, Hogie recordó que llevaba encima la cocaína de Susan. No se fiaba de la seguridad en la casa donde se alojaba, así que la había traído para guardarla. Sin pensarlo dos veces, abrió una bolsa, la volcó sobre un platito y comenzó

a ponerse unos tiritos en la barra. De pronto se formó una cola. Todo el mundo preguntaba si podía hacerse una loncha. Hogie contestaba que sí, sonreía a todos y escuchaba al humorista mientras repetía, palabra por palabra, el mismo numerito que había soltado en el programa. Hogie comenzó a sospechar que la productora le había cargado con el muerto a propósito, porque la tía se había largado a hablar con otro grupo. Hogie seguía oyéndola; recibía felicitaciones por todas partes. Por lo visto, el programa había sido un gran éxito, ya que habían conseguido una exclusiva: una entrevista postasesinato. Al día siguiente saldrían en todos los periódicos.

La gente empezaba a desmadrarse. Un montón de desconocidos se le acercaban y le hacían preguntas personales sobre Jools. El humorista había hundido la cabeza en el plato de coca y estaba dando la vara sobre la calidad de la droga en un tono de lo más esquizofrénico. Al cantante pop le había dado un ataque porque un cámara le había pedido que cantase *Fernando* y cuando el tío le contestó que no se sabía la letra, el otro había insistido en recordársela. En un rincón, la productora describía a grito pelado la inauguración del restaurante y presumía de haber estado allí la noche en que mataron a toda aquella gente. Pues sí, chicos, últimamente estaba tan al loro que era como si tuviese una antena especial para las noticias. Si los demás querían comprobarlo, ya podían ponerse a la cola.

Nadie chillaba tanto como la productora. Al menos hasta que se oyeron los gritos junto a la puerta. Éstos pertenecían a una mujer totalmente distinta que se estaba peleando con el tío de seguridad.

—¡Soy su tía Susan y tengo que verle! —decía.

Cuando por fin Susan logró abrirse paso hasta el bar, Hogie no tuvo la más mínima oportunidad de defenderse. Ni siquiera vio venir el puñetazo, simplemente lo recibió en la cabeza y se desplomó hacia adelante, rebotando sobre la barra.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que Hogie había servido un pequeño plato de cocaína y pensó: «El muy cerdo no llama ni deja una nota, pero de esto sí que se acuerda, ¿no?»

Hogie agitó la cabeza para despejarse y la miró con una sonrisa alelada.

—¿Susan?

—¿Qué coño haces aquí, Hogie?

Susan pensó que si le hubiese metido una aguja de hacer punto en la oreja, podría haberla sacado por la otra, totalmente limpia.

—He salido por la tele. Era una obligación contractual, ¿sabes? —Hogie señaló a una chica delgada—. Ella te lo explicará; trabaja de asesora.

La mirada atenta de la chica revelaba que la había reconocido. La mirada de Hogie sólo revelaba que estaba atontado.

—Te cuelga coca de la nariz —le informó Susan.

Hogie se limpió el residuo con la muñeca y le ofreció un turulo hecho con un billete de diez. Susan lo miró. Se lo podría haber quitado de un manotazo, pero no lo hizo. Apartó con los codos a la asesora y al humorista, y recogió el plato.

—¿Dónde está el resto?

Hogie agarró su bolsa del suelo y le mostró las bolsitas de plástico, todas bien colocadas e intactas menos una, que estaba rota. Susan las recogió una por una, vació el platito en la bolsa rota y se las fue metiendo en el bolso. Luego recogió con el dedo los granos de cocaína que se habían quedado pegados al plato y se los pasó por debajo de la nariz. Los ojos no se le llenaron de lágrimas; ni siquiera parpadeó. Cuando miró a Hogie, su esnifada final sonó como un gruñido.

—Nos vamos.

Hogie asintió. Vale. Recogió su chaqueta y un par de bolsas de plástico que había a sus pies.

—Quizá debería decirle adiós a la productora...

Ni hablar. Susan lo empujó hacia adelante con el bolso apoyado contra su codo hasta que llegaron a los ascensores. Detrás oía gritar a la asesora:

—Estoy segura de que es ella. Es Susan Ball, la madre.

Luego sonó la voz de otra mujer, mucho más fuerte.

—¡Pues llama a todo el mundo, joder! ¡Que la siga un equipo!

Las voces se apagaron al cerrarse las puertas del ascensor. Había catorce pisos hasta la planta baja y Susan empleó el tiempo de manera constructiva, dejando que el frío del aire acondicionado le llegara hasta la columna vertebral. Hogie continuó balanceándose y sonriendo como un idiota.

En el vestíbulo se había armado un auténtico cirio. Susan cogió a Hogie del brazo y lo guió alrededor de la enorme mesa de recepción. Aunque la señalaban directamente a ella, logró desentenderse de los gritos de los recepcionistas y los vigilantes. Sus labios se movían para decir: «Es ella», pero las palabras se perdían entre la nieve de los televisores que decoraban la entrada. Susan no se detuvo. Arrastró a Hogie hasta las puertas giratorias y lo sacó del edificio de un empujón. Fuera estaba la plaza elevada que daba al Támesis; casi habían llegado. Pero cuando las puertas terminaron de girar, comenzaron los flashes.

Susan mantuvo una mano sobre Hogie y se llevó la otra a los ojos. Escudándose de aquella manera vio a la jauría de fotógrafos que corrían hacia ellos. La mayoría gritaban su nombre, mientras otros intentaban variaciones como «Suzie», «Sue», «Suzie Ball».

—¡So guarra! —gritó una voz a su izquierda, mucho más fuerte que un megáfono.

Ella se volvió y vio a un gordo enorme que se le venía encima con una cámara en el ojo. El tío consiguió un primer plano de Susan con una auténtica expresión de sorpresa. Al mirar a Hogie de reojo, se dio cuenta de que él también estaba estupefacto. Lo agarró con más fuerza; si no hubiera tirado de él, el tío se habría quedado allí clavado, a merced de aquellos sabuesos.

—¡Baja la cabeza! —le ordenó.

Los dos corrieron por delante de la jauría de paparazzi hasta la rampa donde esperaba el coche, aparcado bajo la luz enfermiza de las farolas callejeras. Hogie no reconoció el

vehículo hasta que ella lo metió dentro.

—¿Es mi coche?

Susan asintió y señaló el asiento de atrás.

—Cheb me ha dado las llaves.

Cheb había permanecido acurrucado en un rincón, invisible hasta que abrieron la puerta y se encendió la luz interior. Cuando Susan arrancó, él se mantuvo escondido, fuera del alcance de los fotógrafos que se aplastaban junto a las ventanillas. Ni siquiera se movió cuando ella se liberó de la muchedumbre y dirigió el coche hacia la rampa que conducía al Bullring. El pobre tenía peor aspecto que cuando Susan lo había ido a buscar a Camden, peor que en todo el día. Tenía los ojos hundidos en unos bulbos que parecían berenjenas maduras abiertas por el centro. Se había pinchado los labios para reducir la hinchazón después de darse cuenta de que ella apenas entendía lo que estaba diciendo. Al mirar por el espejo retrovisor, Susan se fijó en la gota de sangre que le caía por la comisura de la boca. No obstante, se movía y eso ya era un milagro.

—¿Cómo vas a aguantar? —le había preguntado antes.

Enseguida lo descubrió. El chico tenía los bolsillos atiborrados de drogas que podían comprarse con receta médica: Valium, morfina y jeringas.

—La droga no es sólo para divertirse —le había dicho Cheb.

Cuando ella quiso saber cómo había conseguido todo aquello, Cheb le dijo que se lo había pillado Naz.

—Para ti es un gángster paquistaní, pero cuando entra en una farmacia da el pego. Parece un médico indio.

Hogie se había arrodillado para volverse hacia Cheb y mirarlo bien. Al ver su estado, se quedó mudo.

—Hostia, Cheb, hostia... Cheb... —Es lo único que pudo decir.

Susan tenía la vista fija en la carretera y le dijo a Hogie que hiciera lo mismo. En cuanto percibió su tono de voz, Hogie se volvió para sentarse bien y mirarla con ojos de perrito faldero, como diciendo: «Sé buena conmigo.»

—Te he dicho que mires adelante —repitió ella. Hogie fijó la vista en el puente y la ciudad que se alzaban frente a él.

—No quiero ni oírte respirar —insistió Susan.

Cheb se incorporó por primera vez y salió de la oscuridad para golpear a Hogie en la cabeza con la culata de una pistola. Hogie se desplomó. Con una mano en la palanca que reclinaba el asiento y agarrándole del pelo con la otra, Cheb bajó el asiento hasta dejarlo en posición horizontal.

—¿Está inconsciente? —preguntó Susan.

Cheb negó con la cabeza.

—Aún no, pero no tardará.

Susan se volvió y vio la silueta de la aguja hipodérmica. Cheb la sostenía entre los



dientes, como un perro con un hueso. Mantuvo el cuello de Hogie pegado al reposacabezas y le arremangó la bata de chef para darle una palmadita en la vena.

—¿Quieres que frene un poco?

—No, tú sigue. Hemos de librarnos de esos periodistas.

Cheb había encontrado la vena. Susan se estremeció, arrepintiéndose de haberse vuelto en el instante en que la aguja se hundía en el brazo de Hogie. Cuando Cheb empujó el émbolo, ella lo oyó decir:

—Esto te pasa por follar con las madres de la gente.

—¿Es verdad que se acostó con la tuya?

—Sí. Y ni siquiera creo que le gustase.

—Lo siento.

—En el fondo le tengo envidia —soltó Cheb.

Lo dijo con una sonrisa y volvió la cabeza, de modo que ella lo vio enmarcado en el espejo retrovisor. Casi se había convertido en lo que quería ser: un monstruo. Tenía la cara de todos los colores y tonos: verde, violeta, negro y azul. Y la navaja en la mano. Susan no podía mirar en el espejo sin ver el brillo de la hoja en la oscuridad mientras él trabajaba sobre la cara de Hogie.

—¿A ella también la amenazó con suicidarse? —preguntó Susan.

Cheb se lo había contado todo sobre la carrera de Hogie de camino a la cadena de televisión; todos los truquitos y chantajes que solía emplear. Susan sólo estaba confirmando los hechos; ya había dictado sentencia.

—Pues claro —respondió Cheb—. ¿Por qué? ¿A ti qué te dijo?

Susan fijó la vista en el espejo retrovisor hasta que Cheb se desenfocó y aparecieron las luces del tráfico que tenía detrás. Había despistado a los de la prensa en South Bank, pero en esos momentos la seguía una especie de camioneta con una antena rara en el techo, visible cada vez que tomaba alguna curva.

—Tenemos que darnos prisa y entregárselo a Frankie.

Frankie se tomó otro trago del brandy que había comprado en el aeropuerto. Sus chicos no dejaban de darle al pico, incluso siguiendo la música con los pies. Por el olor a hierba y las nubes de humo, Frankie dedujo que estaban pasándose otro porro. Consultó su reloj y vio que marcaba las cuatro. Había pensado dormir y dejar a los chicos vigilando, pero aquel ruido infernal le había jodido la idea.

Al volver a mirar por la ventana, le pareció vislumbrar algo en el río. De noche y borracho de brandy, no podía estar seguro. Entornó los ojos y la silueta borrosa se definió: era un coche, alguien que llegaba tarde a la *rave*.

El coche aparcó al otro lado del río y una pareja empezó a tambalearse hacia el puente. Ya habían avanzado unos cuantos metros cuando Frankie se dio cuenta de que llevaban a alguien entre ellos, una figura inerte que apenas movía los pies.

Frankie llamó a sus chicos y les señaló la pareja.

—¿Qué coño hacen éstos?

Liam se acercó tranquilamente, echó un vistazo y se encogió de hombros.

—Van con un tío que está colocadísimo. Es imposible que pasen por seguridad.

Los tres tíos frenaron un poco al llegar a lo alto del puente. Al que iba colocado le dieron unas convulsiones y sus amigos lo acompañaron hasta la pared lateral. Sus chicos comenzaron a comentar la jugada: el tío estaba vomitando. Mientras sus colegas lo sujetaban por los brazos, el tío estaba doblado en dos y echaba la papilla sobre las sombras del parapeto.

La luna iluminó a los dos ayudantes; uno era pelirrojo y su melena reflejaba la luz de la luna, mientras que el otro tenía una calva que concentraba la luz y la convertía en una roca lunar.

—¿Sabes qué, Frankie? Creo que es tu mujer.

Frankie se levantó de un salto, se tambaleó y chocó contra otra ventana. No veía una mierda ni con la cara pegada al vidrio.

—¿Estás seguro?

—Ha salido en todos los periódicos.

El grupo había llegado al suelo empedrado de la isla.

—¿Con quién está? ¿Son los paquis?

—No, no creo. Sólo veo a tres —contestó Sean, que estaba detrás de Frankie.

El grupo siguió avanzando y fue acercándose al lateral del almacén hasta perderse de vista. Frankie se puso de puntillas para intentar ver algo.

—¿Adónde han ido?

Liam estaba revolviendo en una bolsa de deporte. Cuando se incorporó, sostenía contra el pecho un fusil automático.

Corrió al lado de los ventanales, dando saltitos para mirar abajo.

—Ya los veo.

Intentó colocarse en una posición de francotirador, junto a la pared.

—Dame esa bolsa —le ordenó Frankie, balanceándose y mareando el brandy dentro de su estómago.

Sean se la arrojó por el suelo. Frankie intentó pararla con el pie, pero tropezó porque estaba demasiado borracho. La bolsa pasó de largo. Si había algo ahí fuera, sé lo había perdido.

—Eh, ¿qué es eso? —gritó Sean.

Una furgoneta se había parado junto al agua. Unas sombras borrosas se congregaban frente a ella, medio iluminadas por sus propios faros. Cuando otra furgoneta se acercó lentamente, las sombras se convirtieron en un grupo de hombres y mujeres, que rompieron el círculo para dejar sitio para aparcar al segundo vehículo.

—Dame esa bolsa, ¡hostias! —repitió Frankie.

Sean se la tendió, abierta, y Frankie revolvió en su interior. Enseguida reconoció por el tacto el grueso cilindro de la bengala.

—Abre la ventana.

Las ventanas estaban selladas con pintura. Liam se acercó corriendo y rompió un vidrio con la culata de su fusil. Frankie tiró de la cuerda que había en la parte superior de la bengala y la lanzó al río. El agua se tiñó de rojo y el caminito se iluminó como si hubieran encendido una lámpara naranja.

—¿Has visto algo? ¿Son paquis?

Sean no estaba seguro. El grupo había desaparecido detrás de las camionetas en cuanto vio la bengala de señales.

—Creo que se han largado —comentó Liam.

—Se han puesto a cubierto, gilipollas —dijo Frankie y le dio una patada mientras se tambaleaba hacia la bolsa.

Esa vez sacó una escopeta de cañones recortados. Siempre se sentía a gusto con ella. Era pesada pero corta y precisa. Frankie empezó a llenarse los bolsillos de cartuchos. Liam rompió otro cristal y se colocó junto a la ventana con el cañón del fusil en el agujero. Apuntó hacia abajo, listo para apretar el gatillo.

Frankie trotó hacia él.

—Son paquis, ¿verdad?

—No estoy seguro.

El chaval se estaba acojonando; se le notaba en la voz. Frankie pegó la cara al cristal.

Los tres estaban esforzándose en ver algo por la ventana cuando se encendió la luz. Venía de la orilla y era tan fuerte que todos quedaron recortados por ella. Frankie se volvió, deslumbrado, y se quedó mirando la silueta de Liam. No tenía ni puta idea de

qué había ahí fuera; casi esperaba encontrarse con helicópteros, tanques y hasta artillería pesada.

—Bueno, ¿quién coño creéis que es?

Liam tartamudeó.

—Creo..., creo que son equipos de televisión.

Una tercera furgoneta se unió a las dos que ya se habían colocado en el muelle, mientras un equipo de televisión montaba más focos sobre pedestales giratorios. Cuando los encendieron, los focos proyectaron una luz blanca sobre la pared lateral del almacén. A sus pies, unos cuantos cámaras y fotógrafos solitarios se disponían a cruzar el puente.

—¿Quién cojones ha traído a la prensa?

—¡Oye, esto no es un desfile de modelos! —le chilló Liam—. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—No. —Frankie no quería ni oírlo—. Tenemos que aguantar.

Hogie se tambaleaba; tenía la cara salpicada de vómito y le costaba contener las náuseas. Su cerebro giraba a toda velocidad. Las luces caleidoscópicas brillaban en el agua. Un millón de relojes sonaban a la vez. Una vez más, perdió el conocimiento.

La vista le volvió a rachas. Primero los pies; una bota que se definía y luego desaparecía, después la otra. Al intentar levantar la cabeza, oyó retazos de música. Algunos fragmentos volaban hacia él, esquivándolo en el último segundo con un pitido. Una aguja se arrastró sobre su surco y saltó a otro ritmo como un conejo. A pesar de la ausencia de silencio, Hogie comenzó a notar dentro de su cabeza un espacio vacío que cada vez era más grande. Su cerebro se había convertido en un pedazo hinchado de vacuidad que daba vueltas en su propia gelatina.

Se abrió paso como un zombi entre una enorme y blanda masa de gente. Las manos que lo mantenían erguido lo llevaron a pocos metros de la multitud oscilante. Frente a él aparecían fotogramas de gente que bailaba, congelada en la luz estroboscópica, y desaparecía dejando estelas. El calor le tensaba la piel del cráneo. Notó el sudor compartido cubriendo las paredes con perlitas de agua. Por encima de todo aquello, la música lamía la orilla y lo aguantaba todo en un equilibrio precario. Hasta que de pronto cayó en otro agujero negro y empezó a desvanecerse.

Volvió a recobrar el conocimiento. Estaba boca abajo sobre una rampa de cemento. Dos manos le cogieron la cara y la levantaron suavemente mientras él alzaba la vista. Era Cheb, que se había agachado para examinarlo. Hogie se fijó en su calva y en la espiral de colores que se reflejaban sobre ella, convirtiendo los rojos en espectáculos de luz ultravioleta y los azules en luces psicodélicas. Hogie intentó mirar más allá. Le pareció vislumbrar altavoces, pistas de baile, un luchador de sumo de seis metros de alto, Susan Ball flotando en una nube borrosa. Pero seguía teniendo un problema con la cabeza: el dolor de dentro y el picor de fuera.

De pronto notó la voz de Cheb en su oído:

—Tú no digas nada. No tienes por qué saber nada.

—Cheb, ¿eres tú?

No estaba seguro. ¿Sonaba como Cheb? ¿Sonaba Cheb tan loco?

—Tú calla y ya está.

—¿Qué pasa, Cheb?

—Por fin. Este es el gran sacrificio: la víctima voluntaria, la manera de salir de este lío. Así que cállate.

Hogie volvió a intentar levantar la cabeza. Entonces la vio en la mano de Cheb: la hoja de la navaja, el destello brillante en su borde afilado. Cheb puso la hoja sobre los labios de Hogie para subrayar sus palabras. Luego apareció otra cabeza, que descendió hasta colocarse junto al monstruo de Cheb.

Hogie reconoció la voz de George Carmichael.

—Dios mío, Cheb. ¿Ese es Hogie? ¿Qué le has hecho en la cara?

—Lo he adaptado a los requisitos del cliente —contestó Cheb.

George se quedó agachado entre la cabeza apaleada de Cheb y el melón liso de Hogie.

—¿Lo has afeitado? —preguntó.

—Sí. Ni mi propia madre sabría quién es quién.

No era un afeitado muy apurado; algunas partes de la cabeza brillaban, otras tenían una pelusilla rubia y otras secciones estaban rojas, irritadas. Pero era suficiente; lo habían pelado de la coronilla a la barbilla. El pelo y la barbita habían desaparecido. Cheb contempló su trabajo con orgullo, sosteniendo la navaja que había utilizado: una con una hoja larga como un bisturí.

Por debajo de la barrera surgió una vaharada de humo que el frío de la noche había extraído de aquel enorme almacén hirviente. Hogie pareció chamuscarse un poquito, pero a Cheb no le afectó. Cuando George Carmichael notó que los ojos le lloraban, se levantó.

Todos estaban allí: Susan miraba con ansiedad la masa borrosa de gente; Naz tenía un radioteléfono en la mano y se esforzaba por entender algo a pesar de las interferencias; Mannie revoloteaba como una mariposa en su impermeable de mujer; Cheb y Hogie, cada uno a su manera, totalmente idos.

Cheb se unió a Naz en la barrera y le pidió que lo pusiera al día.

Naz apagó su radioteléfono y le contó lo que había oído.

—Los seguratas se están volviendo locos. Han visto los equipos de televisión y no quieren acabar en las noticias de la mañana.

—¿Y qué hacen? —preguntó Cheb—. ¿Se largan?

Naz asintió.

—¿Y ahora qué? —dijo.

—Nos dividimos en dos equipos: tú con Carmichael y Mannie. Yo, con Hogie y con ella.  
—Cheb señaló a Susan, agachada junto a un Hogie inconsciente.

George no entendía nada.

—¿Dos equipos? ¿Para hacer qué? ¿Qué coño está pasando?

—Se acabó. Vosotros podéis saltar a la fama con Naz. Necesitamos que frenéis a la prensa.

Susan estaba tirando de uno de los brazos de Hogie para arrastrarlo hacia la barrera. Cheb le cogió el otro brazo y entre los dos lo enderezaron, lo pasaron por encima de la barrera y lo dejaron caer al otro lado. Cuando Susan pasó una pierna para unirse a él, George la agarró del hombro. Ella le apartó la mano.

—Déjame, George —le dijo, seria—. Vamos a subir solos.

—¿Adónde?

Naz ya había puesto rumbo a la entrada del almacén. Antes de desaparecer, llamó a Mannie y George para que lo siguieran.

Susan le hizo un gesto para que se marchara.

—Vete, George. Nosotros trataremos con Frankie.

Ella y Cheb ya habían franqueado la barrera y con gran esfuerzo se internaron entre el gentío con el peso muerto de Hogie.

—¿Y cómo vais a tratar con él?

—Haremos un sacrificio —respondió Susan—. Se acabó, George. Vete.

Fue la última cosa que dijo; lo último que George oyó antes de que se la tragara la muchedumbre. Lo dejó allí abandonado, entre el agua del río y el mar de gente que bailaba. Se encogió de hombros y corrió por la rampa hasta coger velocidad. Mannie caminaba por delante de él, ya en la esquina del almacén. George lo siguió, corriendo sobre los adoquines y preguntándose por qué. ¿Por qué tantas luces? ¿Por qué aquel resplandor? Al doblar la esquina del almacén, vio la silueta triunfal de Naz. Se había plantado ante el almacén con la gabardina al viento.

Naz dominaba la situación. Toda la fachada del edificio estaba iluminada como un escenario; la luz procedente del otro lado del río proyectaba sombras a su espalda. Detrás de él, los últimos miembros del equipo de seguridad huían hacia el otro lado de la isla. Frente a él, los operadores, equipados con cámaras profesionales de vídeo, cruzaban el puente seguidos de hileras de periodistas armados con micrófonos a modo de lanzagranadas peludos. Lo único que veían era a un pistolero solitario, agigantado por su propia sombra. Naz dio un par de pasos zigzagueantes, en parte para ver cómo ondeaba la gabardina y en parte para ponerse en situación.

Ya había decidido que iba a usar la Smith amp; Wesson, una mágnun de combate con un cañón de más de veinte centímetros de largo. Al verla por primera vez entre el arsenal que se había llevado del Comecon, pensó que era una pistola de juguete. Pero era ideal para la ocasión. Le hubiese encantado llevarla a un lado para sacársela de debajo de la gabardina en plan *cowboy*. Pero no tenía cartuchera, así que se veía obligado a llevarla delante, debajo de la hebilla del cinturón. Los cámaras estaban a unos cincuenta metros de distancia, suficientemente cerca para que no saliese desenfocado pero lo bastante lejos para que sólo se viese una sombra amenazadora.

Fue un momento memorable. Naz comenzó a avanzar hacia las cámaras, hacia las luces, hacia la acción. Caminaba a pasos grandes y lentos, dejando que la gabardina se hinchara con la brisa y que los faldones ondearan como un frac sincronizado. Las cámaras de televisión lo tenían en sus miras y los flashes se disparaban a su alrededor. Naz agitó la mano para relajarla y se la llevó suavemente hasta la culata de la mágnun. Y entonces la sacó. La pistola, empuñada con firmeza, parecía el dedo del juicio final.

Los cámaras se agacharon para protegerse. Los fotógrafos se tiraron al suelo. Uno de ellos saltó por encima del puente y se zambulló en el agua.

Naz levantó la pistola y apuntó el cañón hacia una de las columnas de focos. Su primer disparo acertó exactamente en la bombilla que quería. Era coser y cantar con aquella pistola. Era un arma de precisión con poquísimos retrocesos. Naz la había subestimado.

Mejor pipa del mes, sí, señor. A continuación se preparó para volver a disparar; esta vez se cargó la bombilla central de una batería de nueve focos. Cuando apuntó a los equipos de televisión, los tíos pensaron que podía darles donde quisiera y se levantaron del suelo para intentar una rápida retirada. Mientras se mantuvieran al otro lado del puente, fuera de sus dominios, a Naz le daba igual; podían grabar lo que les diera la gana. Naz se imaginaba su estampa, enmarcado por el ladrillo sombrío de las fábricas y alzándose sobre las aguas como un vaquero del este: Clint Eastwood en versión asiática. Después de cargarse otra bombilla, por pura mala leche, se marcó unas cuantas poses para los fotógrafos: con la pistola cruzada sobre el pecho, luego colgando de su mano relajada y finalmente apuntando a la luna, envuelto en una nube de polvo.

Desde lo alto de la ventana, Frankie preguntó:

—¿Qué coño es eso?

Se volvió hacia Liam, que negaba con la cabeza, boquiabierto. El tampoco lo sabía y, si se lo imaginaba, no lo dijo. De pronto el ascensor empezó a chirriar; estaba subiendo. El ruido hizo que Liam se alejase de la ventana para adoptar una posición de defensa. Cuando la cabina se detuvo en su planta, el chico se había colocado justo enfrente de las puertas de acero. Tenía el fusil de asalto en el hombro, preparado para el ataque.

Frankie le hizo un gesto de aprobación mientras avanzaba lentamente con actitud arrogante. Llevaba la escopeta en los brazos, abierta y con los cartuchos en su sitio. A unos pasos del ascensor, la cerró con un chasquido y se plantó al lado de Liam. Los dos, armados y peligrosos, serían lo primero que viera quien saliese del ascensor. Frankie tenía que admitir que le gustaba la situación.

Llamó a Sean y le señaló las puertas.

—Ábrelas. Nosotros te cubrimos, hijo.

Sean se acercó a la pesada puerta corredera y empezó a tirar de ella. La luz del interior de la cabina proyectó un rayo que fue ensanchándose a cada centímetro, abriendo un camino de luz sobre Liam y Frankie, que esperaban —hombro con hombro y con las armas preparadas— como un pelotón de fusilamiento.

Frankie miró a Liam y se fijó en la concentración de los ojos del chico mientras apuntaba hacia el ascensor. Se preguntó si debía decir algo, alguna frase ingeniosa, pero no se le ocurrió nada. Simplemente acercó la escopeta hasta las costillas del chaval, apretó el gatillo y lo derribó.

Sean alzó la vista, en la que hubo una brevísima expresión de horror al ver desplomarse a su compañero en un charco de sangre. Frankie dirigió el cañón hacia él y volvió a disparar.

Cheb y Susan oyeron los tiros desde dentro del ascensor, pero no vieron nada porque la puerta exterior estaba apenas entreabierta. Se miraron y, al no oír nada más, Susan señaló la puerta con la cabeza.

—¿Abres tú?

Cheb asintió. Cuando soltó el brazo de Hogie, esperaba que el tío se tambaleara o cayera al suelo. Pero no; sólo se encogió un poco.



Cheb abrió completamente la puerta corredera interior y se preparó para empujar la exterior. A pesar de la morfina que lo mantenía en pie, la gran puerta se le hizo pesadísima. Quizás el esfuerzo sería excesivo; se cagaría encima y perdería toda la compostura y la sangre fría de un solo golpe.

Sin embargo, estaba seguro de cómo se desarrollaría la escena. Era un juego; la puerta corredera descubriría a Hogie primero y luego a Susan. Y después, de entre las sombras, surgiría él: el último del trío. Frankie se quedaría totalmente confuso cuando viera a Susan rodeada de dos pelados gemelos.

Frank sonrió.

—Joder. Dos calvitos —exclamó.

Parecía tranquilo; tenía las piernas ligeramente separadas y la escopeta abierta. Y estaba relleno de las recámaras humeantes con dos nuevos cartuchos.

Susan dio el primer paso al salir del ascensor.

—Tenemos que hablar.

Él asintió. Sí, quizá sí. No parecía hostil, simplemente atento.

—Tengo casi toda la coca —le dijo ella.

Susan dio otro paso adelante para mostrarle el bolso abierto a su marido. Dentro había cuatro bolsitas de cocaína, todavía cerradas al vacío y casi todas intactas. La única bolsa en la que faltaba droga estaba cerrada con un poco de cinta adhesiva.

Frankie esbozó una sonrisita.

—Quiero que vuelvas conmigo.

—Ya lo sé. Ha sido un desastre —contestó Susan, mirando los cuerpos desparramados por el suelo: los hijos de puta que habían torturado a Callum. Frankie se lo había hecho pagar.

—Te he traído el chico con quien me he estado acostando.

—¿El tal Hogie?

Ella asintió. Frankie cerró la escopeta; tenía una mano en los cañones recortados y la otra en el gatillo y la culata, pero no apuntaba a ningún sitio.

—¿Y dónde está?

Cheb se adelantó hasta plantarse a menos de un metro de la escopeta de Frankie.

—Yo soy Hogie.

Frankie lo miró.

—¿Tú? —Miró a Susan y le preguntó—: ¿Él?

Susan asintió.

—¿El cerdo asqueroso que ha matado a Cardiff?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo gustos raros.

Frankie dio un pasito adelante, con lo que el cañón quedó a unos cinco centímetros del chico. Casi estaba pecho contra pecho con aquel enano pelado. No se lo creía. Examinó a Hogie y después, lentamente, volvió a Cheb.

—Cardiff me lo describió y dijo que tenía el pelo rubio, un poco como Callum. —Miró a Cheb fijamente—. ¿Por qué te lo has rapado?

—Porque a ella le gustaba notar mi calva entre las piernas.

—No me lo creo.

—¡Soy Hogie y reclamo mi destino! —gritó Cheb.

El dedo de Frankie no se despegó del gatillo. Mientras lo apretaba, Cheb levantó la mano. Al recibir la primera bala, Cheb le clavó la hoja afilada debajo del esternón. Logró hundirla más antes de que la segunda bala lo obligara a soltar la navaja. Frankie ni se inmutó. Simplemente retrocedió un paso cuando Cheb se desplomó hacia adelante. La única señal de que Frankie había sido apuñalado era el plástico azul de la navaja, que sobresalía un centímetro de su camisa. Cuando empezó a brotar la sangre, sólo apareció una manchita sobre la tela.

Todo ese rato, Frankie se había quedado mirando a Hogie, que se había tambaleado e intentaba abrir la boca.

Lenta y torpemente, surgieron las palabras:

—No. Yo soy Hogie.

Frankie enarcó una ceja, como si quisiera preguntar algo. Parecía más distraído que otra cosa. La mano que sostenía la escopeta se aflojó y con la otra se frotó el estómago. Con aire pensativo, fue moviendo la mano hasta llegar a la parte de la navaja que permanecía al aire. Entonces la cogió con los dedos pulgar e índice, como si se estuviera acariciando un tercer pezón. Mientras Susan buscaba una señal de que Frankie comprendía lo que le estaba pasando, su cara colorada, su bronceado español y los indicios de su tensión alta se desvanecieron. Se estaba muriendo.

Frankie soltó la escopeta y se derrumbó sobre las rodillas. Entonces Susan se volvió para coger a Hogie de las manos; él también estaba a punto de desmoronarse.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Fue idea de Cheb —le contó Susan.

En su explicación, Cheb le había hablado del sol, de los incas y los aztecas, de la sangre y la muerte y otras cosas. Pero sobre todo había insistido en el tema del sacrificio. El chico estaba como una cabra, pero tenía un plan y no iba a hacer nada si ella no aceptaba seguirlo hasta el final, hasta ese momento de sacrificio, en que moriría pensando en los pecados de Hogie.

—No te preocupes —lo consoló—. Cheb tenía una explicación lógica.

Susan no podía expresarlo con palabras, pero lo entendía. Ella también había sacrificado muchas cosas. Su hijo había muerto y también su marido. A cambio, sólo tenía a Hogie. No valía una mierda, pero era la razón por la que había pasado por aquel trago y lo único que quería. Ése era otro de los sacrificios.

Era normal que ella hubiese querido hacerle sufrir un poco. Y tanto si él se daba cuenta como si no, en el último momento había estado dispuesto a morir por ella.

En primera clase del Intercity a Manchester había espacio para ponerse cómodo. Naz, que había desperdigado los enormes periódicos dominicales por toda la mesa, le dio la vuelta a uno de ellos para que Mannie pudiera ver la fotografía.

—Ya la he visto —dijo Mannie. Incluso había leído el artículo interior.

—Sí, pero ¿qué opinas?

Mannie volvió a examinarla. Era una imagen borrosa de Naz cabalgando sobre su propia sombra con las piernas abiertas.

Si se miraba con atención, se veían dos figuritas en el fondo: dos tíos totalmente perdidos, uno con pelo canoso y otro con la gabardina de su hermana.

Naz le dio unos golpecitos a la foto.

—Ésta es la mejor —susurró en tono confidencial.

Como había salido en las portadas de todos los periódicos, tenía montones donde escoger.

Las fotos de Naz habían desviado el centro de la noticia. Mannie aún no había leído ni un artículo que intentara analizar el motivo de la masacre o las muertes anteriores a ella. Era más fácil explotar la imagen de Naz que buscar la verdad.

Naz no estaba de acuerdo. Llevaban más de trescientos kilómetros discutiendo sobre el tema, hasta que finalmente le dijo a Mannie:

—Mira, ya sé que a ti te importa un huevo. Has perdido a toda tu familia y ya está. Pero para mí, salir en los periódicos es como estar al mismo nivel que Jools. Y eso me hace sentir mejor cuando pienso en lo que sentía por ella.

Así que no fue un lígüe fallido de una noche. Bien explicado, podía ser un auténtico romance. Y había un montón de gente esperando a que se lo contase.